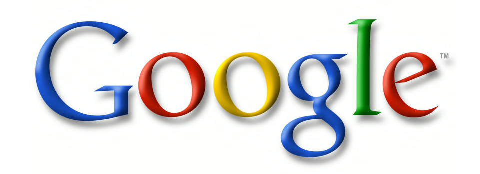



A 852,550

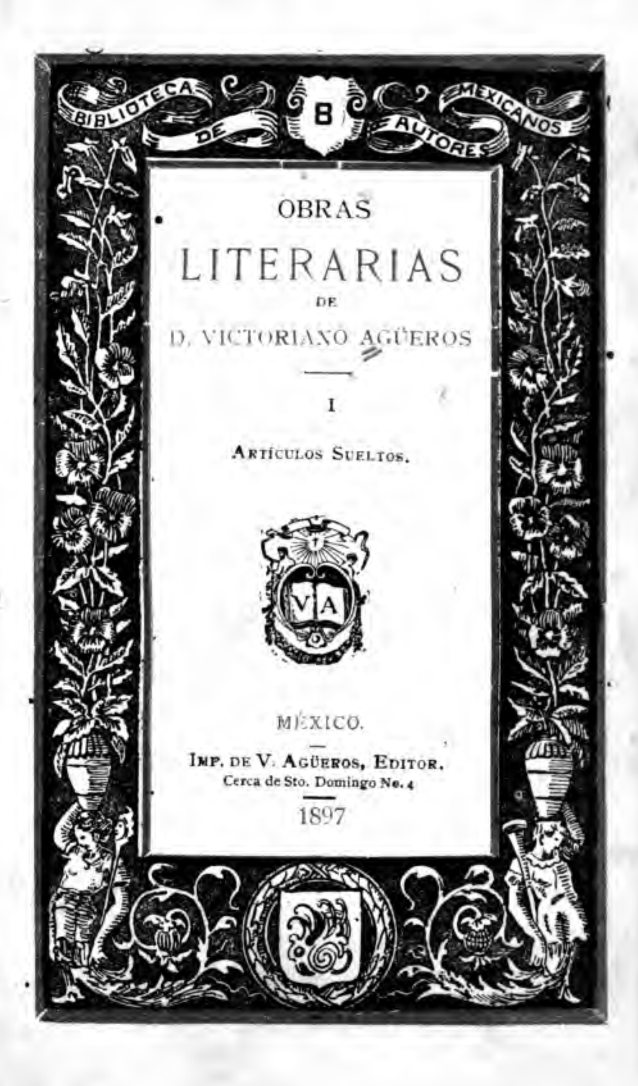


BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS





OBRAS LITERARIAS

DE

D. VICTORIANO AGÜEROS

I

ARTÍCULOS SUELTOS.

MÉXICO.

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Cerca de Sto. Domingo No. 4

1897



NOTICIAS

DEL AUTOR Y DE SUS ESCRITOS.

I

BIOGRAFIA. *

ON Victoriano Agüeros nació el 4 de Septiembre de 1854 en Tlalchapa, humilde pueblo del Estado de Guerrero, siendo sus padres D. Agustín Agüeros, comerciante español, y D.ª Feliciana Delgado, mexicana. A los doce años le mandó su señor padre á esta capital, y en el *Ateneo Mexicano*, colegio dirigido por el ingeniero D. Celso Acevedo, hizo sus primeros estudios. En 1870 obtuvo el título de Profesor de Instruccion Primaria, el cual le fué expedido por el Ayuntamiento de México, habiendo tenido despues á su cargo en el mismo *Ateneo Mexicano* algunas cátedras. En 1877 ingresó en la Escuela Nacio-

* Apareció este artículo en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, de Madrid, número de 30 de Agosto de 1880, con motivo de estar se publicando á la sazón en dicho periódico los estudios sobre ESCRITORES MEXICANOS CONTEMPORANEOS del autor.

nal de Jurisprudencia de esta capital, y allí hace actualmenre sus estudios de Abogado.

Aficionado á las letras, ha empleado siempre sus horas desocupadas en la lectura de obras importantes; y en 1871 empezó á enviar á algunos periódicos sus primeros ensayos literarios, firmados con el pseudónimo de *José*. Merced á su mérito, siempre se los publicaron, aunque nadie lo conocía.

El inolvidable escritor español Sr. D. Anselmo de la Portilla honró al jóven Agüeros, considerándolo como colaborador de su periódico *La Iberia*, en donde publicaba amenos artículos literarios con el mismo pseudónimo. Dió á luz en 1874, en el folletín de este diario, su primer libro, con el título de *Ensayos de José*.

En 1877 publicó sus *Cartas Literarias* (un tomo de 520 páginas,) al cual puso prólogo el Sr. Portilla. Este libro ha proporcionado á su autor grandes satisfacciones, y la amistad de personas respetables. Ese mismo año dió á luz un tomito, *Dos Leyendas, por José*, que contiene una de Navidad y otra con el título de *Páginas íntimas*. Fueron ensayos en un género que hasta entonces no había cultivado. Escribió tambien en *El Siglo XIX* como redactor literario, y como colaborador en otros periódicos.

Llevado luego de sus deseos de servir á su patria, dando á conocer en el extranjero las glorias literarias de México, concibió la idea de publicar en *La Ilustración Española y Americana* una série de biografías y juicios críticos de escritores mexicanos contemporáneos. Realizado su deseo, ha

tenido la satisfacción de ver aplaudida su obra por sus compatriotas, y también con este motivo le han distinguido con sus consideraciones los escritores más respetables de España.

Actualmente, en los ratos que sus estudios de Jurisprudencia le dejan libres, escribe aquellos artículos biográficos y una colección de leyendas que, con el título de *Confidencias y Recuerdos*, publica en el folletín de *El Siglo XIX*. También prepara para la prensa un tomo de *Artículos y Juicios literarios*.

Estas ligeras noticias dan á conocer lo que el Sr. Agüeros ha escrito y lo que se propone escribir; y de su conjunto se desprende que en él la afición al estudio se sobrepone á la natural propensión de la juventud de buscar en fáciles pasatiempos, distración y descanso á la diaria labor de las aulas. Sin embargo, con una modestia que mucho le honra, me ha dicho varias veces:—"Yo no soy más que un estudiante, y cuanto he escrito hasta hoy ha sido de pura afición y por distraerme; pero si Dios me lo permite y me da fuerzas, cuando acabe mi carrera de abogado procuraré dedicarme á trabajos sérios de literatura, prefiriendo en todo caso los que se refieran á la de México."

Esto de no soltar los libros de enseñanza profesional para escribir, con bien intencionada pluma, páginas inspiradas en la lectura de buenos libros y en el afán de enaltecer las bellas letras en la persona de quienes con aplauso las cultivan en

México, repito que no es común en tan pocos años, y bastaría para ver dibujada la fisonomía moral de un jóven, y revelar su decidida vocación literaria, áun cuando faltaran otros indicios; mas en el Sr. Agüeros concurren otros, y es el principal entre ellos su predilección por ciertas lecturas.

Si es verdad, como yo creo, que un libro bueno se puede calificar de muy buena compañía, y al contrario, otro malo de muy mala, cabe decir, mudando palabras en un conocido adagio: "Díme cuáles son tus libros favoritos, y te diré quien eres;" y siendo así, pienso que con decir que los autores predilectos del Sr. Agüeros son Chateaubriand, Lamartine, Saint-Pierre, Selgas, Alarcón, Trueba, Fernán Caballero, y otros como éstos, de pluma elegante y discreta, de inspiración siempre digna de sí mismos y del culto á las Bellas Letras, dejo bien expresado que el buen gusto literario corre parejas en el Sr. Agüeros con la firmeza de su fé, la ternura de sus afectos y la elevación de sus sentimientos. En efecto, los arrebatos del genio le entusiasman; los primores de estilo, las ficciones atrevidas é ingeniosas, las novedades; de todo gusta y jamás niega el aplauso merecido; pero lo que saborea con deleite, lo que se apodera de su corazón y de sus sentimientos, es la lectura de libros que, como los de los autores citados, elevan el alma con la descripción de las bellezas de la naturaleza, ora majestuosas é imponentes, ora risueñas y graciosas; libros que forman el corazón, retratando la plácida quie-

tud que proporciona en cualquiera estado la práctica de la virtud; que despiertan y avivan con bellos ejemplos el anhelo de servir á Dios y á la humanidad; que mueven los afectos más tiernos y dejan en el ánimo amable y grata impresión, como la recibe aquel que, deseando esparcimiento y consuelo, busca un buen amigo y no se despide de él sin ser consolado en la adversidad, instruido en la duda, fortalecido en los buenos propósitos, complacido en la alegría, confirmado en la esperanza. Y ciertamente que no son los autores citados los únicos de la devocion del Sr. Agüeros. Gracias á Dios, no faltan otros; pero nombro éstos, porque son sus predilectos, por supuesto después de la Biblia y el inimitable Kempis, y casi otro tanto como el *Quijote*; sin hablar de los libros que tratan de México ó son de autores mexicanos, que para esos tiene aquella preferencia especial que siempre se concede á lo propio, y que bien demuestra en su galería biográfica.

Y ya que apliqué al jóven biógrafo, con motivo de sus lecturas favoritas, el adagio de las buenas compañías, entiendo que sus escritos permiten aplicarle igualmente aquel otro: "Por sus frutos se conoce el árbol."

En sus *Cartas Literarias* manífiesta cuánto sabe admirar las creaciones del genio; pero no siempre se identifica con los talentos que admira y aplaude. Con los que se identifica, hasta el grado de hacer coro con ellos, es con los que glorifican á Dios; cantan la maravillosa armonía del univer-

so; se recrean en las excelencias de la virtud, así en sus manifestaciones públicas, religiosas y patrióticas, como en las muy modestas que sólo tienen por testigo las paredes de un pobre albergue, de un sencillo taller, de una obscura escuela; en pocas palabras, las que suponen el ejercicio de las obras de misericordia. También une su voz á los cantores del casto amor conyugal, del piadoso amor filial, de la quietud bendita del hogar. Cuando esos inspirados acentos llegan á sus oídos embelesados, sin querer los repiten sus labios. En cambio, permanece mudo é indiferente ante aquellos genios que abusan de su potente inspiración; y si les dedica algunas palabras, es solo para lamentar su extravío.

En las demás obras del Sr. Agüeros es también su pluma como pincel que retrata su alma: son á veces sencillos cuadros de la naturaleza, escenas de familia observadas aquí y allá; á veces episodios de la vida íntima del corazón. Los cuadros y las escenas son de aquellos en que se recrea todo corazón sano y bien formado: que convidan á la meditación y á la contemplación para infundir nobles sentimientos, ideas consoladoras y provechosas impresiones; escenas y cuadros, en fin, amables por la sencillez de que están rodeados y la moralidad que respiran: todo lo cual es indicio seguro de la pureza de las aspiraciones y deseos de su corazón. Su pluma se complace en describir las dichas del hogar y las dulzuras de la familia, las santas ternuras del amor casto y apacible, y

los consuelos que da una vida consagrada al trabajo; y en esto se descubre también fácilmente al jóven honrado que suspira por una vida quieta, y que cifra toda su felicidad en alcanzar la realización de sus deseos en lo que se refiere á la familia y al hogar doméstico. De aquí viene que las páginas que escribe sobre estos asuntos sean sencillas y encantadoras, sentidas y fáciles, y que estén llenas de una poesía verdaderamente bella y candorosa.

De los episodios se puede decir lo mismo: no ha querido ser en ellos original á todo trance, ni acumular sorpresas: enarra hechos corrientes, sin más artificio que el de enlazarlos de manera que no sólo ofrezca la lectura honesto pasatiempo, sino que además el corazón sensible experimente satisfacción, y alguna útil enseñanza el recto criterio.

Un escritor mexicano ha caracterizado bien este género de obras del Sr Agüeros. "En todas ellas—dice—se percibe el espíritu de ese género poético especial que se pudiera llamar doméstico; pues Agüeros siempre se dirige á dulcificar los sentimientos del hombre, principalmente con relación á la familia. Su númen tierno y delicado no olvida jamás los montañosos y pintorescos lugares en que rodó su cuna, y de ellos toma continuamente objetos y motivos para ejercitar su actividad, encadenándola con dulce esclavitud á la poesía del recuerdo y la vibración del pasado. Agüeros es el cantor de la infancia, el bardo del hogar, el poeta cuya fantasía va á empaparse

siempre en los ténues matices de la aurora de la vida. Nunca hace versos, pues encuentra en la prosa estética la forma más adecuada para vaciar libremente el exuberante raudal de sus concepciones."

En lo que antecede, me he propuesto dar á conocer las excelentes intenciones del jóven Agüeros al tomar la pluma. Para conocer cómo la maneja, hay que ocurrir de preferencia á su galería biográfica. En ésta, como colección de indudable mportancia, que figurará en las bibliotecas, se ha esmerado de una manera particular, revelando ámplios conocimientos bibliográficos y literarios en estilo más sóbrio, correcto y elegante.

He dicho al principio que es raro en la temprana edad del Sr. Agüeros y en medio del bullicio de México, dedicar á provechosas lecturas los ratos que les deja libres el estudio. Debo añadir que no es ménos raro que al tratar de satisfacer su afición á escribir haya enderezado bien su rumbo, sin torcerlo por halagadoras perspectivas. Ya el Sr. Portilla, al referir en el prólogo de las *Cartas Literarias* cómo conoció al Sr. Agüeros, hizo notar esto, y dijo, refiriéndose á él: "Supe que era nativo del Estado de Guerrero, donde reside su familia; que estaba en ésta capital haciendo sus estudios; que, sin perjuicio de ellos, se daba tiempo para leer y escribir, y que se llamaba Victoriano Agüeros. Excusado es decir que tanta aplicación y tanto juicio me admiraron, y más cuando supe, como fuí sabiendo poco á poco, otras circunstan-

cias de su vida, tales como la firmeza de sus sentimientos religiosos en medio del general descreimiento, y la pureza de sus costumbres en medio de la corrupción general. Un jóven de diez y ocho ó veinte años, de amable presencia y buena posición, que vive en una populosa ciudad, léjos de su familia, libre, solo, dueño de su voluntad y de sus acciones, y que, léjos de abusar de estas circunstancias, pasa la vida estudiando, leyendo, escribiendo, sin caer en la moda de la impiedad ni en la moda de las disipasiones, es ciertamente una maravilla."

En efecto, no obstante las distracciones que se hallan en el mundo cuando se está en las circunstancias de nuestro jóven escritor, y no obstante tambien de que con sus dotes podía adquirir numerosas amistades y cosechar aplausos y provecho pecuniario, él ha vivido siempre en la soledad, léjos de toda clase de círculos, llenando páginas para *honesta y sosegada distracción de su ánimo*, como dice en la dedicatoria de uno de sus libros; casi sin amigos, y sin ser conocido personalmente de los demás escritores de México. Y es que el Sr. Agüeros ha sabido vencer las tentaciones, si las ha tenido, y en él, además, la modestia y la humildad son compañeras de su mérito; pero vuelvo á decir que no es comun esta prueba de firmeza. Lo natural en estos casos es seguir la corriente, y pedir á la fortuna, ya que no provecho inmediato, sí algo de la popularidad que tanto favorece á los escritores y poetas. Mas á nadie parecerá

extraño este desinterés al saber que el Sr. Agüeros ha sido invitado por la Empresa de *La Ilustración*, siempre generosa y amable, á aceptar honorarios, supuesto que colabora con sus artículos biográficos, y él ha contestado que agradece pero que no acepta la oferta, bastándole la satisfacción de dar á conocer con sus escritos el estado y progreso de las letras en México, en un periódico tan importante como aquel.

Ya cierro estos apuntes: no son muy largos ciertamente, en términos absolutos; pero sí parecerán bastantes al considerar que se trata de un jóven estudiante de veinte años, tanto más entregado á los estudios profesionales, cuanto más próximo está á vestir la toga. Allá, dentro de algunos años, entiendo que el Sr. Agüeros habrá realizado su propósito de escribir libros que enriquezcan las letras mexicanas, así por su levantada inspiración y nobleza y utilidad del asunto, como por la belleza del estilo. Seguramente acompañarán otros apuntes á algunas de esas obras; y escuchando mi deseo, creo que para entónces serán mucho más extensos y completos, porque se habrá realizado ya la promesa del Sr. D. Anselmo de la Portilla: «Victoria o Agüeros es una esperanza magnífica para las letras mexicanas. Ha entrado por buen camino en la carrera de escritor, y en ella me atrevo á pronosticarle ventura y gloria." *

Yo no dudo que será cumplido el pronóstico: pa-

---

* Prólogo de las CARTAS LITERARIAS.

ra ello solo necesita el Sr. Agüeros perseverar, pues apénas habrá quien como él haya contado desde los primeros pasos con la benevolencia de todas nuestras principales notabilidades literarias, quienes tienen abiertas para él sus ricas bibliotecas. Con tan sabio consejo y con tan valioso tesoro, su elevado entendimiento, su bello corazón, su cultivado talento y su infatigable afan por el estudio y el trabajo, le aseguran para más adelante un buen lugar en nuestra literatura.—*Luis Villard.*

--A las anteriores noticias hay que agregar que D. Victoriano Agüeros obtuvo el título de abogado el 19 de Diciembre de 1881.

Al año siguiente, en Julio de 1882, se hizo cargo de la dirección y redacción de un periódico intitulado *El Imparcial.*

El 1° de Julio de 1883 fundó *El Tiempo*, diario católico, al frente del cual ha permanecido hasta la fecha.

II

JUICIOS.

D. José Selgas, en carta que dirigió al autor, con fecha 8 de Enero de 1873, dijo acerca de las *Cartas Literarias*, lo siguiente:

"....Las he leído con viva complacencia y las juzgo excelentes. Sana crítica, recta intención, es-

tilo rico, entusiasmo por las verdaderas bellezas literarias y muy buen gusto: hé aquí lo que en ellas encuentro. -Mi juicio, brevemente expuesto, se funda en esta sorpresa: en el prólogo me encuentro con que es usted casi un niño, y en el libro descubro que es usted todo un hombre."

D. Pedro Antonio de Alarcón, también en carta dirigida al autor con fecho 21 de Enero de 1878, calificó las *Cartas Literarias* en estos términos:

"....He leído sus preciosas páginas, y en ellas la erudición y el buen juicio compiten con la pureza y la elegancia del lenguaje."

D. Manuel Tamayo y Baus, en carta de 14 de Octubre de 1878, dijo al autor, acerca del citado libro:

«Tengo la satisfacción de dar á Vd. sincero parabien por una obra que acredita, á no dudar, á su autor, de muy estudioso y entendido.»

D. Anselmo de la Portilla, en el prolólogo que apareció al frente de las *Cartas,* dijo entre otras cosas:

«Las *Cartas Literarias* del Sr. Agüeros no son una historia de la literatura ni un tratado ordenado y metódico de esta materia: son frutos de lecturas bien hechas y bien aprovechadas, impresiones recibidas al leer libros buenos, con los cuales el aplicado lector ha hecho un buen libro.

«....Es justo decir que su libro es bueno y que sus páginas serán provechosas.»

D. Casimiro del Collado dijo al autor, en carta que le dirigió en Febrero de 1878:

"Ya había leído en *La Iberia* una gran parte de sus artículos. Cuando este periódico publicó las *Cartas Literarias* de V., las juzgué obra de un escritor viejo ya en el arte. Tales eran el acierto y madurez de los juicios, la erudición del fondo y la belleza de la forma. A no haberme desengañado nuestro buen Portilla, no habría yo creído jamás que fuesen obra de un jóven casi adolescente.

"Poco pesa mi voto en estas materias; pero no temo afirmar que quien á la edad de V. atesora tanta erudición y tan buen juicio, tiene en la literatura mexicana un porvenir brillante."

D. Cárlos de Olaguíbel y Arista emitió el siguiente juicio:

"Basta leer las primeras páginas del libro (las *Cartas Literarias*) para formarse una idea muy ventajosa del Sr. Agüeros, cuyas intenciones como escritor no pueden ser más elevadas y puras. Recomiéndase, en efecto, á la estimación de los hombres honrados por la excelencia de sus principios, y realza esta espreciabilísima cualidad con una timidez y desconfianza de sus propias fuerzas que es innegable prueba de mérito, tanto mayor cuanto son raras ambas circunstancias en nuestra época."

El malogrado crítico D. Francisco J. Gómez Flores publicó un artículo en 1879 juzgando las *Cartas Literarias*, y en él figuran los siguientes párrafos:

". . . . Considero de suma importancia los esfuerzos que el Sr. Agüeros hace en sus *Cartas Literarias* para impulsar el espíritu didáctico entre

osotros; porque, efectivamenie, ellas tienden más á la literatura trascendental que á la puramente estética.

"Grandes conocimientos revelan las cartas del Sr. Agüeros· sobre todo, hay en ellas exuberante riqueza de místicos arranques. Los últimos no interesarían nada, en verdad, á la crítica literaria, si no hubiesen sido incrustados en una obra de marcadísimo carácter filosófico.

"....La crítica debe ser racionalista ántes que todo, sin que valgan dogmas, sectas ni religiones para desvirtuar su augusto magisterio.....

«¡Esta es la verdadera crítica! Y la del Sr. Agüeros se detiene medrosa y tímida en el dintel de su propia morada, sin osar trasponerlo; no empapa su crisol en los puros arreboles de la verdad demostrada, sino en el ya pálido crepúsculo vespertino del dogma y de la fé.

"Yo no ataco las ideas religiosas del Sr. Agüeros; las respeto; pero opino por que cada elemento del saber humano tiene su esfera peculiar de acción.

«El Sr. Agüeros se ha movido más al impulso del sentimiento y la fantasía que al de la razón y el exámen crítico; ha gustado más de dar vuelo libre á la imaginación que de sujetarse al concienzudo estudio que exige la especulación científica. Por estas razones ha juzgado las literaturas y los autores de que se ocupa á través del prisma de la pasión y la parcialidad. El espíritu místico y el sentimiento ascético son los principales elementos

de que se vale para considerar las cuestiones y asuntos que toca en su obra, la cual todo lo que gana en galanura y elegancia pierde en rectitud y verdad. Por otra parte, una vez admitido que la base de sus estudios literarios es la fé dogmática y la conciencia teológica, se ve muy natural y muy lógico su procedimiento didáctico de negación para todo lo que no se amolde á sus concepciones religiosas y morales, y de afirmación para lo que las acate y admita.

"Mas, sin embargo de este falseamiento del verdadero objeto de la crítica justiciera y razonada, respira la obra de que me ocupo las más sanas intenciones hácia los atributos eternos de la Moral y del Arte.

"Finalmente, las *Cartas Literarias* de D. Victoriano Agüeros son dignas de alabanza y elogio por su estilo castizo y puro en lo general, por las muchas bellezas de forma que contienen y por las tendencias críticas que revelan."

Acerca de las *Dos Leyendas* que, como se dijo en la noticia biográfica, publicó el autor en 1877, el citado crítico Sr. Gómez Flores emitió el siguiente juicio:

«La *Leyenda de Navidad* es una bella imitación de la *María* de Jorge Isaacs, aunque en la forma se incline más al estilo de Lamartine, principalmente en *Graziela*. Es un delicado idilio, en que campean todas las galas de una vigorosa y jóven fantasía, unidas á un sentimiento poético y religioso acendradísimo. Pasa la escena en uno

de los pintorescos pueblos del Estado de Guerrero, situado en las accidentadas y fértiles gargantas de la Sierra. La naturaleza, con todo su explendor y magnificencia, se vé admirablemente retratada en ella. Los tipos son todos campesinos humildes y sencillos, que aún conservan las costumbres primitivas con todo el tinte un si es no es romancesco que las caracteriza. Piedad, la heroina de la leyenda, es una niña semejante á Graziela y á María, la del poeta colombiano, aunque con rasgos más simpáticos de amor filial. Se respira en toda esta novelita del Sr. Agüeros el perfume delicioso de los tiempos bellísimos de la infancia, de esa época memorable de la vida del hombre que se le presenta tanto más luminosa y poética cuanto más se aproxima á la senectud.

«La segunda leyenda, denominada *Páginas íntimas*, está constituida por una série de cartas de un nobilísimo enamorado, que plantean la exposición del argumento, y que ya al final se desenvuelve con la sencilla narración que el autor hace de los últimos acontecimientos que el protagonista deja de referir en sus cartas.

"El espíritu místico se trasluce mucho en ambas leyendas á través de la galana dicción del Sr. Agüeros; pero no teniendo tendencias de crítica literaria ninguna de las dos, á la inversa de las *Cartas Literarias* del mismo autor, el dogma y la fé están en ellas muy en su lugar, ya que el Sr. Agüeros los venera y respeta con tanta unción y sinceriedad."

D. Luis González Obregon, en su *Catálogo de novelistas mexicanos,* dijo lo siguiente acerca de esas mismas *Leyendas*: "En ellas revela el Sr. Agüeros que tiene dotes para novelista, y que sabe escribir con poesía y sentimiento. Además, tiene la cualidad de pintar paisajes y costumbres de nuestro país."

Por último, el distinguido escritor colombiano D. Angel Cuervo *, á quien el autor remitió los pliegos ya impresos de sus *Obras literarias* que formarán esta colección, dijo acerca de las *Leyendas*, en carta de 3 de Enero de 1896, lo que sigue:

"En sus leyendas hay un perfume de honestidad y candor que arrebata. Las heroinas son tipos que viven: uno mismo ha conversado con ellas, y áun las ha amado. *Piedad,* "tímida y pudorosa, resplandeciente de hermosura y de modestia," es perla finísima en el hogar paterno, que da horas de gozo á su amante. En *Amelia* se ven las inquietudes de la niñez cuando el amor abre las puertas de la juventud. *Margarita* es como el sol que con sus rayos desarrolla el corazón de un jóven estudiante y le hace saborear las ilusiones de una vida bonancible. En fin, *Julia*, que, según mi parecer, es la más notable de ellas, aparece como un dechado de prudencia, de ternura y de nobleza de alma: es de aquellas creaciones que se graban en la mente y que conservamos siempre con cariño.

[*] Residía en Paris, en donde falleció el 24 de Abril de 1896, dejando en el más amargo dolor á su hermano el eminente filólogo D. Rufino José Cuervo.

"Las descripciones de la naturaleza mexicana son bellísimas, y las costumbres no son ménos simpáticas por la verdad que reflejan.' Lo de las *Posadas* me parece que lo estoy viendo, pues en mi país se hace una cosa parecida con el nombre de *Aguinaldos*....etc."

La *Leyenda de Navidad* fué reproducida por *La Moda Elegante Ilustrada* de Madrid; y otra leyenda del autor, intitulada *La Cruz de la Montaña,* se publicó en el *Almanaque de "La Ilustración"* de 1881.

Ya quedó dicho que D. Victoriano Agüeros publicó en *La Ilustración Española y Americana* de Madrid diversos estudios acerca de la literatura y escritores mexicanos (1878 –1880), con el objeto de dar á conocer en el extranjero, donde tan mal se nos juzga casi siempre, nuestras glorias literarias. Reunidos en un tomo esos estudios (1880), los hizo circular con aquel mismo objeto en España, Alemania y Repúblicas de Sud--América; y de todos esos países recibió cartas muy lisonjeras que le hicieron comprender que su libro había alcanzado en gran parte el fin que se había propuesto. Valera, Nuñez de Arce y Menéndez Pelayo, en España; D. Juan Fastenrath, de Colonia; D. Miguel A. Caro, de Colombia; D. Juan Leon Mera, del Ecuador; D. Ricardo Palma, del Perú; D. Rafael Obligado, de la Argentina, por no contar más que á los principales, enviaron al autor de los *Escritores mexicanos contemporáneos* testimonios patentes de que éste libro había despertado en ellos

gran interés por nuestra literatura, y les había llevado noticias que estimaron en mucho.

La *Allgemeine Literarische Correspondenz*, y *Das Magazin für die Literatur des In-und Auslandes*, de Leipzig, publicaron artículos encomiásticos, haciendo el primero un extenso extracto de la introducción del libro, que contiene una reseña histórica de la literatura mexicana. El segundo, al hablar de diversos escritores nuestros, dijo lo siguiente: "El guía más experto para dar á conocer los tesoros de la literatura mexicana, es D. Victoriano Agüeros, quien al amor ardiente que profesa á su patria, reune un afecto verdadero á todo lo hermoso y bueno, respetoá la Religión y conocimientos muy vastos y variados.

"....Sacar á los escritores mexicanos de la oscuridad, para presentarlos al público que habla castellano, es el mérito inestimable que el Sr. Agüeros ha contraído con su libro."

D. Gaspar Núñez de Arce, en carta dirigida al autor con fecha 19 de Diciembre de 1879, le dijo entre otras cosas: "Los artículos de V. en *La Ilustración Española* me han servido para apreciar el estado de la literatura mexicana, y conocer á algunos de sus hombres más importantes. Yo le estimulo á V. para que persevere en la senda que ha emprendido con tanto acierto, porque todo cuanto contribuya á estrechar los lazos intelectuales entre dos pueblos hermanos, me parece digno de encomio. ¡Cuánto ganariamos unos y otros en conocernos mejor de lo que nos conocemos!

Los españoles perderíamos el temor de excitàr ciertas antipatías, que no tienen razón lógica en que fundarse, y los mexicanos verían, como han tenido ocasión de verlo los que han estado en España, que aquí no son jamás recibidos como extranjeros, sino como hijos queridísimos que tienen siempre un puesto en nuestro hogar."

Y en carta de 20 de Septiembre de 1880, le dijo tambien:

"He tenido gran satisfacción al recibir el libro sobre escritores mexicanos, no solo porque amplía mis noticias acerca de la literatura de su país, al cual, como V. sabe, miro con verdadero cariño, sino porque es obra de V., á quien tanto estimo y aprecio.

"Aunque no siempre participe de las opiniones y juicios de V., no puedo ménos de reconocer que la obra está muy bien escrita. El tomo es el que corresponde á esta clase de trabajos: claro, elegante y ordenado. Debe y puede V. estar satisfecho de su obra, que es además un verdadero servicio prestado por V. á la literatura mexicana."

D. Juan Valera se expresó así en carta de 13 de Septiembre del mismo año de 1880:

«He recibido el libro de V. que tiene por título *Escritores Mexicanos Contemporáneos*. Ya, en las columnas de *La Ilustración Española*, había yo leído muchos artículos de este interesante trabajo, celebrando que hubiese álguien que tan atinadamente nos diese noticia de una parte de nuestra literatura, tan rica, como por lo común, igno-

rada en la Península. Con la lectura del libro completo y reunido ha venido á corroborarse mi opinión acerca de él. Lo hallo elegantemente escrito, sin afectación, sino con natural sencillez, y en él he aprendido muchas cosas que ignoraba.— Deseo que siga V. activo y escribiendo nuevas cosas para honra de las letras españolas; y digo españolas, porque en este punto no se ha proclamado la independencia, y me parece que sería un mal que se proclamara. Todos somos y debemos ser unos, sin que yo crea por eso que no deban tener sello y carácter especiales los escritores de por ahí; ántes bien echo muy de ménos en los autores mexicanos esta condición, y es el mayor defecto que les pongo. Quisiera que todos fueran muy castizos, como por lo general lo son, pero que tuviesen más sabor á esa tierra. Esto pondría rica y amena variedad, dentro de la unidad de la lengua, raza y manera esencial de ser, que en nuestra literatura conviene que haya.»

D. Juan Fastenrath dijo al autor en carta fechada en Colonia el 2 de Septiembre de 1880:

«Tengo una verdadera satisfacción en decir á V. que he leído con sumo gusto las brillantes páginas del libro de V., que me dieron á conocer las glorias literarias de la tierra de Hernán Cortés. Las leí en Scheveninga á las orillas del mar.

"......El libro de V. no es el de un principiante, sino el de un maestro. Admiro en él un exquisito gusto literario, vastísima erudición, mágia de estilo, amor á la patria y á la Madre del Nuevo

Mundo, nuestra querida España, y el más profundo sentimiento católico. ¡Ojalá que el ilustre escritor español, D. Anselmo de la Portilla, á cuya memoria dedica V. su preciosa obra, hubiese leído las páginas de V., que honran y enaltecen tanto á México como á España."

D. Ignacio Aguilar y Marocho se expresó como sigue:

"D. Victoriano Agüeros es ya bastante conocido por sus producciones literarias, y sobre todo por sus excelentes dotes como biógrafo, habiéndose incluido varios de sus escritos de este género en *La Ilustración Española y Americana* que se publica en Madrid. Si por estos antecedentes se formó el público un concepto sobrado ventajoso de los precoces talentos del Sr. Agüeros, creemos que hoy, en vista de sus nuevos escritos en que campea gallardamente el estilo conciso y severo del historiador, unido á una dicción pura y correcta, y á una crítica tan inteligente como imparcial, los que lean su libro no podrán ménos de concederle el gran mérito de la especialidad en un ramo literario tan erizado de dificultades como el de que se trata, atendida principalmente la circunstancia de referirse las biografías á escritores contemporáneos y que actualmente existen entre nosotros."

D. Casimiro del Collado, que residía en Madrid cuando aquí se publicó el libro *Escritores Mexicanos Contemporáneos*, dirigió al autor la siguiente carta, con fecha 19 de Noviembre de 1880:

"Entre varios libros que acabo de recibir de esa, ha llegado á mis manos el precioso tomo de biografías de escritores que acaba V. de publicar, y que yo había más bien devorado que leído, hace pocas semanas, merced á la benevolencia de D. Juan Valera.

«Encuentro esos artículos tan bellos por el fondo como por la forma, y hallo en todos ellos un criterio inteligente y levantado, una erudición extraordinaria en sus pocos años, y un estilo fácil, castizo y elegante. Puedo asegurarle que ántes he devorado que no leído esta interesante obra, cuyo efecto en estos círculos literarios le afirmo que ha sido completo. Casi casi no puede fijarse la preferencia en determinadas biografías; pero creo que las de nuestro inolvidable Portilla, del incomparable García Icazbalceta, y sobre todo, la introducción á todas ellas, son magistrales.

"Felicito á V. por esta publicación, tanto más cordialmente cuanto que, como recordará, yo fuí, en unión de nuestro querido D. Anselmo, de los primeros en augurar en V. un escritor notable, y en anunciarle un brillante porvenir literario. Dios no quiera turbar con las usuales amarguras la diafanidad de tan legítima esperanza."

D. Ricardo Palma, en carta de 3 de Septiembre de 1886, dijo estas concisas palabras.

«El prólogo es espléndido. Le agradezco infinito que me haya dado á conocer con su precioso libro escritores de su patria que me eran desconocidos."

El Repertorio Colombiano, revista literaria de Bogotá, reprodujo en su tomo IX (Julio á Diciembre de 1882), con el título de *Reseña histórica de la Literatura mexicana*, la introducción del libro de que se ha hablado; D. Miguel Antonio Caro, en un interesante estudio acerca del Ilmo. Sr. Montes de Oca, intitulado *Un Obispo poeta*, que publicó en *El Repertorio Colombiano* y que aparece reproducido al frente del tomo XXX de la Biblioteca Clásica de Madrid, que contiene la versión de los *Poetas Bucólicos Griegos*, citó los artículos sobre literatura y escritores mexicanos publicados en *La Ilustración Española*, calificándolos de *interesante reseña de nuestros escritores*; el P. Francisco Blanco García, en el tomo III de su *Literatura Española en el siglo XIX*, al tratar de la literatura hispano-americana, cita también y recomienda los mencionados artículos; y por último, el insigne Menéndez y Pelayo, en su obra *Horacio en España* y en la introducción del tomo I de su *Antología de Poetas hispano-americanos*, menciona el libro de nuestro autor al hablar de los Sres. D. José Sebastián Segura y D Alejandro Arango y Escandón. Todo lo anterior demuestra que ese libro y los artículos publicados en *La Ilustración* contribuyeron á dar á conocer en el extranjero nuestras verdaderas glorias literarias.

—

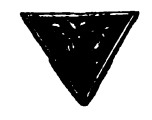
Tales son las noticias de los escritos del autor.

Al reunirlos en la presente colección, quiere repetir lo que dijo en el prólogo de sus *Artículos iterarios*, publicados en 1877, y hacer extensi-

vo á aquellos lo que manifestó acerca de éstos.

"Conozco—dijo entonces—que nada se perdería con que quedaran confundidos y olvidados en esa cantidad inmensa de escritos que diariamente devora la prensa periódica, pues estos pobres trabajos, ni por su forma ruin y baladí, ni por las materias de que tratan, debían salir por segunda vez á la publicidad, hoy que tantas obras, y de todos géneros, se ofrecen á los lectores ilustrados. Empero, el cariño con que uno vé siempre lo que escribe, por malo que sea; y aquel deseo natural de conservarlo del mejor modo posible, me hacen formar hoy este libro y presentarlo al público.

"Escritos, además, estos artículos sin preparación y sin estudio; trazados algunos para distraer el ánimo en horas de fastidio, y muchos para hacer ménos pesadas mis veladas de estudiante, no es extraño que en ellos falten enseñanza y novedad, interés de otro órden, y galas de pensamiento y de lenguaje; por todo lo cual necesito pedir la indulgencia del lector, y que espero no me negará."





LA BIBLIA.

I

LIBRO admirable, cuyo estilo es majestuoso y sublime, elevado y magnífico; tierno unas veces como el canto de armoniosas aves, dulce como los acentos de la arpa eólica, y otras reposado y solemne como la voz de los ancianos: ora lastimero y desgarrador, semejante á los gritos de la adversidad, ora suave y apacible como las brisas de la tarde, ó los inocentes cantos de los niños! Libro que es la fuente misteriosa donde la humanidad bebe sin cesar las saludables aguas de una moral pura, y cuyos menores conceptos son por sí solos códigos perfectísimos de amor y de enseñanza. A él van los poetas que quieren conmover con sus cantos, y los artistas soñadores que buscan inspiracion en la verdad y la belleza. De él dice Lamartine que *son sus caractéres estrellas y sus páginas firmamentos*..... ¡La Biblia!..... monumento sagrado y eterno constrùido por las manos mismas de Dios; luz purísima y siempre viva que guía los pasos de los hombres; faro

consolador de los corazones que creen, conjunto de verdades y de grandiosas bellezas, orígen de vigorosas inspiraciones y manantial de santísimos consuelos...... Allí están estampadas por el inspirado génio de Moisés las verdades históricas y científicas más admirables; verdades que el orgullo de los adelantos modernos, queriendo desmentir, sólo ha confirmado. Allí están referidos con maravillosa concision, así el orígen del mundo y de los hombres, como las pompas y primeras galas de que se revistió la naturaleza para deleitar á nuestros padres desde el primer instante de su sér. Allí están los más atrevidos vuelos del pensamiento y las conmociones y tempestades que experimentar puede la inteligencia humana. Allí hablan todos los dolores, todas las dichas de la tierra, y se escuchan tambien las más dulces é íntimas efusiones del amor y la amistad; allí, finalmente, en la Biblia—como dice el elocuente Marqués de Valdegamas—"están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será: en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas; y en su última página el fin de las cosas y el de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio; y acaba con el Apocalípsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como

el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalípsis de San Juan, es triste como la última palpitacion de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, vénse pasar unas en pos de otras á la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos; las tríbus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus magistrados; las monarquías con sus reyes, y los imperios con sus emperadores. Babilonia pasa con su abominacion; Nínive con su pompa; Ménfis con su sacerdocio; Jerusalen con sus profetas y su templo; Aténas con sus artes y con sus héroes; Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios: todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola."

Pero, sobre todo, el ánimo queda embargado y el entendimiento suspenso, cuando se considera la Biblia como monumento literario. Hay en sus resplandecientes páginas desde el más tierno y conmovedor idilio hasta la más terrible de las tragedias; desde el himno guerrero más ardiente hasta la más triste y desgarradora de las elegías; desde los cantos más melodiosos y suaves hasta la epopeya más elevada y grandiosa. Ni Homero, ni Virgilio; ni el Dante, ni el Tasso; ni Shakspeare ni otros grandes poetan ofrecen en sus obras las maravillas que encontramos en la Biblia. ¿Quién ha igualado jamás la bella y conmovedora historia de José y sus hermanos, la de Tobías y de sus padres? ¿Cuándo la epopeya de los hombres ha llegado

á la altura en que está colocado el heroísmo sublime de los Macabeos? ¿Qué idilio de los bucólicos más célebres podrá compararse con los risueños y apacibles cuadros de Ruth y de Booz, de Tobías y de Sara, de Isaac y de Rebeca? Y finalmente, ¿dónde están las tragedias dignas de colocarse al lado de las que abundan en las Santas Escrituras, tales como las de Dina y Atalía?..... En este libro por excelencia se inspiraron Rafael y Murillo para pintar sus vírgenes de sonrosada tez, sus ángeles y sus niños; en él buscó tambien Miguel Angel sus colores para admirar perpétuamente al mundo con su fresco inmortal de la Capilla Sixtina. ¿Y de dónde tambien, si no de la Biblia, tomó Bossuet su elocuencia para hablarnos de los misterios del sepulcro? ¿En dónde aprendió aquel lenguaje severo y majestuoso con que tantas veces conmovió á su auditorio? ¿Quién le inspiraba los solemnes apóstrofes que dirigía á los grandes? ¿Quién le enseñó á formular aquellas exclamaciones tristes y sombrías como la misma tumba, que todavía hoy hacen estremecer y temblar?..... Y los legisladores, ¿en dónde se inspiran para formar las buenas y prudentes leyes que rigen á los pueblos? Y los poetas, estos cantores eternos de las obras del Criador, ¿en dónde aprenden á dar armonía y expresion delicada á sus estrofas? Y los historiadores ¿á dónde van cuando quieren imprimir á sus narraciones energía, colorido y majestad?....

II

La Biblia es la historia de la humanidad, vasto é inmenso panorama donde están retratadas sus alegrías y sus tristezas, sus dolores y sus esperanzas, sus faltas y su redencion. Leyendo sus páginas, asistimos primeramente llenos de asombro á la obra portentosa de la creacion; nuestra alma se sorprende y se recrea entusiasmada con las magníficas y extraordinarias escenas descritas de un solo rasgo por aquellos versículos sencillos, breves y elocuentes. Despues, cuando vemos á nuestros primeros padres gozando en el paraíso, una suave ternura y una blanda tristeza se apoderan de nuestro corazon: aquí derramamos las primeras lágrimas por la dicha que perdimos, y aquí tambien comenzamos á experimentar los trasportes dulcísimos de la esperanza, al ver que un Redentor Divino vendrá á salvarnos. Pasan aquellos días de consuelo y de tristeza; lloramos sobre el cadáver del inocente Abel; nos dirigimos á Dios implorando justicia y misericordia para el fratricida, y presenciamos con espanto el tremendo espectáculo del diluvio, en que *se desataron las cataratas del cielo y se abrieron los manantiales del abismo.* Llegamos á los felices tiempos de los patriarcas, y ya aquí es tal el embeleso que se apodera de nuestra alma, que nos asociamos en un todo á las inocentes y sencillas costumbres de los moradores de los campos; recorremos los bosques y las montañas cuidando el dócil rebaño, y rendidos de fatiga por el sol del desierto

nos retiramos á descansar sosegadamente á las orillas de un torrente; allí, donde la sombra de la palmera ó el rumor de las brisas nos hace buscar las agradables delicias de un sueño tranquilo. Vamos en seguida á la montaña á presenciar los sacrificios que las familias hacen al Señor, y por las tardes nos acercamos á las fuentes, en donde dos jóvenes candorosos sienten nacer sus primeros amores. Aquí están los de Isaac y Rebeca, de Jacob y de Raquel, y aquí hallamos tambien la tiernísima historia de José y sus hermanos. ¡Qué perfidia la de éstos, junto á la mansa humildad del primero! ¡Qué corazon el suyo, tan firme en la virtud, que rechaza poderosas tentaciones y sufre humildemente larga é injusta cautividad! Pero nada es tan tierno, nada tan conmovedor, como aquella extraña manera de darse á conocer á los ingratos que le vendieron. "José—dice Chateaubriand—llorando á la vista de sus ingratos hermanos y del jóven é inocente Benjamin; ese modo de pedir noticias de un padre; esa adorable sencillez y esa mezcla de amargura y de agrado, son cosas inefables: naturalmente vienen las lágrimas á los ojos, y se siente uno conmovido á llorar con José."

Muere el rey de Egipto, protector de José y su familia, y una bárbara opresion cae sobre la privilegiada descendencia de Jacob. Pero aparece luego Moisés, el Gran Legislador de los hebreos, que trae de Dios la grandiosa mision de salvar á su pueblo: él va á arrebatarlo de la esclavitud en que gime, y á guiarlo á través de las aguas de los mares y de las soledades del

desierto; él va á ser su legislador, su padre amoroso que velará por la impaciente multitud: hará brotar fuentes de agua pura del seno de las rocas, y por él lloverá del cielo sabrosísimo maná: él consolará á los descontentos, dará confianza á los tímidos, orará por los pecadores y los ingratos. Tal es Moisés: profecía viva de Jesucristo que anuncia á la humanidad los sacrificios, la santidad y el amor con que ha de regenerar al mundo el Salvador de los hombres. Moisés solo es toda la historia del pueblo hebreo: por eso cuando se medita en él, sentimos singular respeto y veneracion hácia su memoria, y contemplamos su figura grandiosa y radiante de esplendor entre las brumas de los pasados tiempos.

Despues de contínuas guerras y tribulaciones sin cuento, el pueblo de Dios conquista al fin la tierra prometida: á las fatigas del desierto, á las inquietudes de los combates, al malestar de una peregrinacion prolongada, suceden la paz y el sosiego. Empero, pronto las familias comienzan á dividirse, el culto de Jehová á olvidarse, sangrientas guerras á encenderse. Saúl, primer rey de Israel, persigue con ódio incomprensible al manso y dulce David: sube éste al trono, y tiene que mandar perseguidores áun contra su mismo hijo: aquí oímos los gemidos de su dolor inmenso despues de su caída, y presenciamos las maravillas que obran en él la penitencia y el arrepentimiento; y aquí vemos igualmente cómo, bajo el reinado de Salomon, un pueblo creyente y agradecido levanta á su Dios el más grandioso y rico templo que jamás han visto los siglos.

Entre tanto, ¡qué hermoso es considerar que aquella nacion privilegiada, ora esté bajo las cadenas del pecado, ora desfallezcan su fé y su esperanza, confía en que llegará al fin el Redentor prometido, el Rey Salvador de Israel y del mundo, el vengador de tantas humillaciones sufridas, de tantos pesares y amarguras! Los profetas lo anuncian con sus solemnes cantos, con sus fúnebres y tremendas imprecaciones: las ciudades se preparan á recibirlo, los pecadores á implorar su perdon....

En Betlem, en pobre y oscura gruta, nace el autor de la Ley Nueva, el regenerador del hombre, el que trae del cielo tesoros de gracia y de amor para derramarlos sobre la tierra. Hé aquí que ha llegado el cumplimiento de las divinas promesas; oíd ahora á Jesus, presenciad sus obras. No habrá ya sangrientos sacrificios: él será la víctima de paz y de amor; no habrá ya ódios entre los hombres y los pueblos; él será el dulce vínculo de concordia que los unirá á todos; no habrá ya tinieblas ni horrores: él será Sol de verdad y manantial purísimo de sagrados afectos: una moral celestial y divina va á regir el mundo. Jesucristo, con solo su venida, desquicia los templos de la idolatría y la maldad, y con su muerte en el Calvario sella para siempre el pacto de eterno amor entre el Criador y la criatura.

Despues de las admirables y sublimes páginas del Evangelio, hallamos la narracion sencilla de los *Hechos de los apóstoles;* las *Epístolas* del gran San Pablo, figura sin igual en la historia, por su conversion milagrosa á la fé de Cristo

despues de haberla perseguido, por su celo en dar la luz del cielo á las naciones y á los reyes, por su abnegacion incomparable para predicar á los gentiles la verdad, y, en una palabra, por su elocuencia avasalladora, su sabiduría y su virtud. ¡Qué doctrina hay en sus cartas, tan llenas de uncion y amor al género humano! ¡Qué claridad y sencillez en sus conceptos! ¡Qué justicia en sus sentencias! ¡Cuánta profundidad y conviccion resplandecen en las instrucciones que da á sus discípulos!..... Él es verdaderamente el intérprete más grande de los preceptos de Jesus, el varon más penetrado del espíritu de Dios, para ser el mensajero que deberá llevar á los confines de la tierra la simiente preciosa de la moral Evangélica.

Con el *Apocalípsis* de San Juan, vision profética de los últimos tiempos, se cierra la última página de la Biblia: allí están nuestro destino, nuestra postrera esperanza, la promesa final de la Divinidad.

III

Hay en la Biblia algunas páginas que son como preciosas perlas que adornan la narracion, como diamantes engastados en el libro para hacerlo más resplandeciente, á manera de las valiosas joyas que hacen deslumbrador y magnífico el lujoso traje de una reina; páginas que conmueven el espíritu profundamente, así por la exquisita y rica poesía que contienen, por la sana y útil filosofía que enseñan, como por su estilo elevado y noble, y las gratas delicias que

halla el corazon en su lectura. En Isaac, José y Tobías tenemos el tipo de los buenos hijos; el de la excelente esposa en Esther, Ruth y Raquel; en Judith el de la mujer valerosa y heróica que salva á la nacion hebrea de tremenda catástrofe, y por último, en David están personificados el arrepentimiento, el dolor del pecado, el poder eficaz de la penitencia.

El Libro de los Salmos es un prodigio eterno de piedad y de amor: contiene los suaves y delicados acentos de una arpa melodiosa y las inspiraciones más atrevidas que jamás hayan brotado de la fantasía de un poeta: contiene los lamentos del pecador arrepentido que pide misericordia y justicia, y los himnos de amor, gratitud y admiracion hácia el Criador y sus obras; contiene, en suma, confesiones y amenazas, promesas y recuerdos, alabanzas é imprecaciones, humildad y dulce abnegacion. David canta, llora, gime desconsoladamente; ve su corazon manchado por el delito y eleva al Señor sus oraciones como holocausto humilde de su arrepentimiento y su dolor: sube á las montañas, desciende á los abismos de los mares, paséase por los espacios infinitos del firmamento, y donde quiera halla escrito el nombre y la omnipotencia del Señor: las estrellas y los brillantes mundos son joyas preciosas que adornan y enriquecen su manto; penetra á los bosques, y une al canto de las aves, al correr apacible de las corrientes, las voces doloridas de su angustiado pecho. ¡Qué armonías brotan entónces de la arpa de David! ¡qué elevacion da á sus ideas, qué dulzura á sus palabras, qué inefable sencillez á las imágenes de su maravilloso lenguaje!

Los libros de Salomon resplandecen todos por la sabiduría que Jehová concedió pródigamente al *hijo amado de su siervo David*: aparte del admirable *Cantar de los Cantares*, que es el himno epitalámico más suave, apasionado y hermoso que existe en las lenguas de los hombres, allí están, para eterna enseñanza de la humanidad, los Libros de los *Proverbios*, del *Eclesiastés*, de la *Sabiduría* y del *Eclesiástico*: sus sentencias son breves y justas; eficaces sus consejos; verdaderos, conmovedores y profundos los preceptos que contienen acerca de la familia, del amor, de la amistad, del trabajo y del órden. Acaso pueda decirse que los libros de Salomon, aunque anteriores al Evangelio, son una continuacion, una ampliacion y desarrollo de la divina moral que despues vino á predicar Jesucristo; porque, ¿no es extraño y maravilloso encontrar en ellos, al mismo tiempo que un tan profundo conocimiento del corazon humano, máximas casi idénticas á las del Evangelio, doctrinas cuya esencia parece estar tomada de las palabras mismas de Jesus?....

Isaías y Jeremías son los profetas más inspirados de Dios: elocuentes y melancólicos, de arrebatos conmovedores y de ardiente corazon, sus acentos resuenan en las montañas, en las cavernas, en las calles y alrededores de la ciudad, ya para anunciar al pueblo tremendas catástrofes, castigo de sus ingratitudes é infidelidades, ya para exhortarlo á volver al camino del bien y de la fé. Predicen el tristísimo cautiverio de Babilonia, las guerras con los países extranjeros, las humillaciones y desdichas de

Israel, la ruina de Jerusalen y de su templo. ¡Qué dolorosas son siempre las voces de los profetas! Jeremías, sentado tristemente en la montaña, frente á las amadas ruinas de la ciudad de Dios, lanza aquellas lamentaciones amarguísimas y pavorosas que no han vuelto á oir los siglos y que se verán siempre en el curso de los tiempos como la más viva, la más patética, la más sublime expresion del dolor y las lágrimas.

IV

El Libro de Tobías es hermoso como el amor de la familia y los suaves afectos paternales: sus palabras respiran inocencia, sus páginas dulcísima ternura: vemos allí á dos amorosos y pru dentes ancianos que cifran su felicidad en amar y temer al Señor. El hijo que el cielo les dió para regocijo de sus días, parte á cobrar la deuda acompañado de un ángel que se oculta bajo la forma de un gallardo mancebo: ¡cuánta uncion hay en los consejos del padre, cuánta prevision y bondad!—La madre de Tobías, afligida y llena de temor por aquella prolongada ausencia, *se iba á sentar todos los días*, como dice la Biblia, *cerca del camino, en la cima de una colina, desde donde podía ver á larga distancia si venía su hijo.* Su esposo la consuela, dirigiéndole palabras cariñosas, tiernas y tranquilizadoras *con las cuales cesó la madre de llorar, y se aquietó.* —Entre tanto, Tobías camina acompañado del ángel, que le prodiga sin cesar los más solícitos cuidados: recibe por esposa á la inocente Sara, y vuelve con ella á la casa paterna, tra-

yendo el bienestar y la alegría. El perro anuncia la llegada del jóven, pisa éste el umbral de la humilde cabaña, y sus padres le reciben en sus brazos, trémulos de inefable gozo. Despues, cuando llega Sara y la dicha de la santa familia es completa, el ángel se descubre, sonríe de contento, y desplegando sus blanquísimas alas se remonta al cielo. El patriarca, su esposa y sus hijos quedaron maravillados y confusos ante aquella nueva gracia del Señor.

Hay en esta apacible y sencilla narracion cierto delicado perfume de inocencia que conmueve plácidamente; y al leerla, los recuerdos de la infancia se despiertan espontáneamente en nosotros: la imágen de nuestra madre, de su amor bendito, aparecen en nuestra mente para conmovernos y trasportarnos á mejores días.

El Libro de Judith, tambien bello y admirable, es un poema, una epopeya magnífica del valor y del heroísmo: la virtuosa viuda, al ver en peligro la libertad de su patria, se siente animada de un sentimionto noble, abandona los tranquilos goces del hogar doméstico, y ataviada de hermosas galas, se arroja en medio de los peligros que acaso le esperan en el campamento enemigo: brillan en su semblante una serenidad é inspiracion altísimas, y con estas solas armas logra llegar hasta Holofernes: subyugado él por la hermosura de la hebrea, Judith pudo consumar, con gran sorpresa de ambos ejércitos, la grandiosa obra de la salvacion de su pueblo.

Finalmente, en el Libro de Esther se hallan los sentimientos más suaves y delicados que pue-

den conmover el corazon humano: la inocencia candorosa de Esther, su bondad y su prudencia; la fé de que están animados sus ojos y su frente, la sencillez de su alma y la piedad de su corazon, hacen de ella un tipo acabado de singulares virtudes. El mismo Asuero, su esposo, rey déspota y sensual, se siente conmovido ante la suave mansedumbre de aquella paloma, y tórnase de sanguinario y cruel en juez prudente y justiciero.

¡El Libro de Job!...... ¿Qué podrá decirse de tan sublimes páginas? ¿Cómo expresar la ardiente admiracion que inspira el pastor de la Idumea, esta encarnacion viva del dolor y la esperanza, de la abnegacion y de la fé? —Job, poeta sin igual en la historia, conocedor profundísimo del corazon humano, es un varon, hijo predilecto de Dios, purificado en el sagrado crisol de tremendas y dolorosas pruebas; su virtud es firme como las encinas seculares que tienen sus raíces en lo más profundo de la tierra; su resignacion incomparable hace meditar sériamente, porque revela á los hombres la debilidad de sus fuerzas y la nada de su poder. Soberano del pensamiento, intérprete inspirado de los misterios de nuestra fé, maestro eterno de la humanidad, su cátedra es un estercolero inmundo, su trono un lecho pestilente y hediondo, en cuyo derredor sólo se respiran miasmas deletéreos. De sus doloridos labios salen como rayos de fuego aquellas sentencias que espantan, aquellas exclamaciones que admiran, aquellos apóstrofes que hielan la sangre en nuestras venas. Examina la vida del hombre desde que es

concebido en el vientre de la mujer hasta que su cuerpo se confunde con el polvo del sepulcro; investiga los secretos de su corazon, saca á luz sus miserias y sus virtudes, sus ingratitudes y sus errores; se estudia él mismo, y con melancólica sencillez nos pinta sus goces de niño, las comodidades que le dió la riqueza, sus vacilaciones y sus dudas: mas, de súbito, espantado del atrevimiento con que se había elevado á regiones de desconocidos misterios, lleno de terror por las blasfemias que han pronunciado sus labios, calla y gime con el gemido del arrepentimiento, prorrumpiendo en seguida en ardientes alabanzas al Señor su Dios. ¡Qué pintura hace entónces de la Bondad Divina y de sus obras! ¡cuál describe las humanas miserias y la pequeñez de la criatura!

El Libro de Job es una elegía inmensa y dolorosa, que parece dictada por la conciencia de la humanidad: está empapada en sus tristezas infinitas y en sus lágrimas: por eso conmueve tan hondamente.

Cuando Job, agobiado por el peso de sus amarguras, calumniado por sus amigos; reprendido y abandonado por su mujer misma, comienza á sentir que su fé vacila, que su inteligencia se ofusca y la esperanza le abandona, la blasfemia quiere salir de sus labios, sin que basten ya á tranquilizarlo el poder y los consuelos de la resignacion. Pero entónces una voz misteriosa, severa, la voz del mismo Dios, se escucha de súbito en los aires: el Criador reprende al hombre y le muestra su debilidad y su flaqueza.

"¿Dónde estabas tú—le dice—cuando yo echaba los cimientos de la tierra? ¿Sabes quién tiró sus medidas ó quién extendió sobre ella su primera cuerda?...... ¿Quién puso diques al mar, cuando se derramaba por fuera, como quien sale del seno de su madre?.... Encerréle dentro de los límites fijados por mí, y dije: *hasta aquí llegarás, y no pasarás más adelante; y aquí quebrantarás tus hinchadas olas*...... ¿Eres tú acaso el que haces aparecer á su tiempo el lucero de la mañana, ó resplandecer el de la tarde sobre los habitantes de la tierra?...."

Job, sorprendido y admirado, cierra los ojos y se confiesa culpable. "Yo que he hablado tan inconsideradamente—exclama—¿qué es lo que puedo responder? Nada. Cerraré mi boca con mi mano...... Me acuso á mí mismo, y hago penitencia envuelto en polvo y ceniza."

Y el poema acaba con esta confesion sincera, con esta humildad edificante, con este arrepentimiento sublime...... La prueba concluye, y Job recibe el premio de *las tribulaciones que el Señor le había mandado.*

¿Hay por ventura en algun libro humano este maravilloso lenguaje? El pensamiento y la imaginacion más privilegiadas ¿han podido elevarse alguna vez hasta las regiones en que vaga el espíritu de Job? ¿Qué pecho ha lanzado nunca aquellas quejas ni cantado las magnificencias del universo, como lo ha hecho él solo?....

V

La Biblia, como todo lo que tiene un indeleble sello de grandeza, ha sido impugnada y combatida en todos tiempos por los enemigos del Cristianismo; pero ante ellos puede colocarse tambien una brillante pléyade de defensores y apologistas, que siempre la han sacado triunfante del exámen á que tantas veces ha sido sometida. Los Santos Padres, los filósofos y los sabios, y en nuestros días todas las ciencias, han apoyado cuantas verdades se contienen en el Antiguo Testamento. Y en cuanto al Nuevo, es tan puro y brillante el resplandor de su divino lenguaje, de tal conviccion y consuelo se llena el alma al leerlo, que los mayores incrédulos jamás se han atrevido á dudar de su autenticidad. Un insigne y sábio eclesiástico francés, Mr. Gainet, cura de Cormontreuil y miembro de la Academia de Reims, ha escrito y publicado La Biblia sin la Biblia, obra notabilísima y tal vez única en su género hasta hoy, en la cual está la historia de las Santas Escrituras, segun aparece de *testimonios únicamente profanos*. Causa admiracion ver la multitud y diversidad de autores consultados para elaborar esta obra magna: forma una biblioteca. Los comentadores de todas las edades, los Santos Padres, los poetas y escritores de las antiguas literaturas latina y griega, los historiadores, astrónomos y geólogos, hablan allí en ordenado concierto, para asegurar el respeto, la veneracion y autoridad de que está rodeada la Biblia: no es po-

sible defender la verdad con mayor acierto y lucimiento.

Entre los apologistas más ardientes que ha tenido el Evangelio, se cuenta á Juan Jacobo Rousseau, el filósofo revolucionario y enemigo implacable del catolicismo. Hé aquí sus palabras:

"Confieso que la majestad de las Escrituras me admira, y la santidad del Evangelio habla á mi corazon. ¡Ved cuán pequeños son al lado de este gran Libro, los libros de los filósofos con toda su pompa! ¿Puede un libro, á la vez tan sublime y tan sencillo, ser obra de los hombres? ¿Y puede ser que el héroe de esta historia no sea más que un hombre? ¿Es este el tono de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres; qué gracia tan encantadora en sus instrucciones, qué elevacion en sus máximas, qué profunda sabiduría en sus discursos, qué presencia de espíritu, delicadeza y exactitud en sus respuestas; qué imperio sobre sus pasiones!

"¿Dónde está el hombre, dónde el sabio que sepa obrar, sufrir y morir sin ostentacion? Cuando Platon en su *República*, pinta á su justo imaginario cubierto de todo el oprobio del crímen y digno de todos los galardones de la virtud, retrata rasgo por rasgo á Jesucristo. Es tan viva la semejanza, que todos los Padres la han advertido, y es imposible engañarse acerca de su original. Y sin embargo, ¡cuánta preocupacion, cuánta ceguedad se requieren para atreverse á comparar al hijo de Sofronisca con el Hijo de María!—Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sos-

tiene sin dificultad hasta el fin su papel de gran personaje, y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, se dudaría si Sócrates con toda su grandeza de ánimo fué algo más que un sofista. ¿Diráse que inventó la moral? Otros, ántes que él, la habían practicado, porque no hizo más que decir lo que aquellos habían hecho, y reducir á lecciones sus ejemplos. Arístides fué justo ántes que Sócrates dijese qué era la justicia; Leonidas había sucumbido por su país ántes que Sócrates proclamase como un deber el amor á la patria; Esparta era sóbria ántes que Sócrates elogiase la sobriedad, y ántes que él hubiese definido la virtud Grecia abundaba en hombres virtuosos. Mas ¿en dónde aprendió Jesus entre los judíos la moral pura y elevada de que sólo él se mostró maestro y dechado? Del seno del más furioso fanatismo elevóse la más encumbrada sabiduría, y la sencillez de las virtudes más heróicas honró el más abyecto de los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más suave que se puede desear; la de Jesus, espirando entre tormentos, injuriado, befado y maldito de todo un pueblo, es la más horrible que se puede temer. Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que se la presenta llorando. Jesus, en medio de un espantoso suplicio, ruega por sus encarnizados enemigos. En verdad, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios.— ¿Diríase que la historia del Evangelio es inventada al capricho? No se inventa así por cierto, y los hechos de Sócrates, de los que nadie du-

da, están ménos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo, esto es esquivar la dificultad y no destruirla; sería aún más inconcebible que muchos hombres de comun acuerdo hubiesen forjado tal libro, que el pensar que un solo hombre haya dado materia para formarle. Nunca autores judíos hubieran encontrado aquel tono y aquella moral; y el Evangelio tiene caractéres de verdad tan evidentes y tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más asombroso que el héroe."

Chateaubriand se expresa así:

"Es sin duda alguna un cuerpo de obra bien singular el que principia por el Génesis y termina por el Apocalípsis; el que empieza á darse á conocer con el estilo más claro y sencillo y acaba con el tono más figurado. ¿Se podrá dudar que todo es grande y sencillo en Moisés, como aquella creacion del mundo y aquella inocencia de los hombres primitivos que nos pinta? ¿Se dudará tampoco que todo es horrible y fuera del órden natural en el último profeta, como aquellas sociedades corrompidas y aquel fin del mundo que nos representa?—¡Cosa prodigiosa! Veinte autores de edades y épocas tan remotas han trabajado en los Libros Santos; y sin embargo de haber escrito en veinte estilos distintos siempre han sido inimitables, y no se halla en alguna otra composicion. El Nuevo Testamento, tan diferente del Antiguo por el lenguaje, participa, no obstante, como éste, de tan admirable originalidad.—Los mismos que no quieren creer en la autenticidad de la Biblia, creen, sin embargo, á pesar suyo, en cierta cosa

de ella misma. Deistas y ateos, grandes y pequeños, atraídos todos por no sé qué cosa desconocida, no dejan de hojear incesantemente la obra, que los unos admiran y los otros denigran. No hay en la vida una sola posicion para la cual no se pueda encontrar en la Biblia un versículo que parezca expresa y enteramente dictado al intento. Sería difícil persuadirnos de que todos los acontecimientos posibles, felices ó desgraciados, hubiesen sido previstos con todas sus consecuencias en un libro escrito por manos de los hombres; pero lo cierto es que en la Escritura se hallan:—el orígen del mundo y el anuncio de su fin;—la base de todas las ciencias humanas;—todos los preceptos políticos, desde el gobierno del padre de familia hasta el despotismo; desde la edad pastoril hasta los siglos de corrupcion;—todos los preceptos morales aplicados á la prosperidad y al infortunio; á los más elevados rasgos y á las condiciones más humildes.—Finalmente, toda especie de estilos conocidos, los cuales, sin embargo de formar un solo cuerpo de cien trozos diversos, no tienen semejanza alguna con los estilos de los hombres."

Por último, Donoso Cortés, en su elocuente y bellísimo *Discurso* sobre la Biblia, habla de este modo:

"Libro prodigioso aquel en que el género humano comenzó á leer, treinta y tres siglos ha, y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aún no ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel en que se calcula todo ántes de haberse inventado la cien-

cia de los cálculos; en que sin estudios lingüísticos, se da noticia del orígen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos, se cuenta la historia; en que sin estudios físicos se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan del corazon del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, que cuando los cielos se repleguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra resonando eternamente en las alturas."

VI

Hemos concluido la corta reseña que nos propusimos hacer de las grandiosas y sublimes bellezas de la Biblia: los párrafos de escritores distinguidos que hemos copiado, habrán sin duda suplido con ventaja á la palidez y pobreza de nuestras palabras.

Por lo demás, preciso es no olvidar que nunca deben recorrerse las páginas de este Libro

divino por mera curiosidad ni pasatiempo. La lectura de la Biblia debe hacerse con espíritu de profunda piedad, con el vivo deseo de instruirse en la enseñanza de la Religion, ya meditando en los sucesos que allí se refieren, ya templando nuestro espíritu al fuego de una conviccion profunda y verdadera: de ese modo únicamente podrán cosecharse abundantes y preciosos frutos. Aparte de este saludable bien, sabido es que en las Santas Escrituras se hallan todos los deleites que á un hombre ilustrado y de buen gusto pueden proporcionarle las diferentes formas literarias. Tal vez no será aventurado decir que quien ha leído la Biblia no necesita leer más, pues en ella se contiene, en efecto, lo más exquisito, lo más delicado, lo más conmovedor que puede haber en literatura. ¿Qué poeta moderno será preferible á David y á Job? ¿Dónde están las escenas campestres, comparables siquiera por su inocente sencillez, á las que hallamos en los tiempos patriarcales?

Sabido es, por otra parte, que los poemas de los hombres han tomado siempre algo de aquel manantial fecundo y cristalino; y que muchos de ellos deben su grandeza y su inmortalidad precisamente á lo que tienen de la Biblia. "En él aprendió Petrarca—dice Valdegamas—á modular sus gemidos: en él vió Dante sus terríficas visiones: de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño;

ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje."— Igualmente, es digno de citarse Racine, autor de *Atalía*, la mejor tragedia del repertorio francés y acaso una de las primeras del mundo. ¿Y qué se podrá decir del gran Bossuet, este apóstol siempre inspirado y sublime? Todas sus obras infunden cierta tristeza, cierto recogimiento de espíritu que conducen á la meditacion: hay en sus *Oraciones fúnebres* una uncion religiosa tan marcada, que el alma cristiana se siente llena de inefables y dulcísimos consuelos. Y es que este insigne prelado bebió todas sus inspiraciones en la poesía bíblica: vivió con Dios en la soledad de su corazon, estudiando sin cesar el alma humana hasta en sus sentimientos más íntimos, hasta en sus arcanos más profundos y secretos: por eso sus palabras son majestuosas y elocuentes, graves sus conceptos, y elevados sus discursos, impregnados todos del espíritu evangélico y de una filosofía verdaderamente conmovedora.

Acudid, pues, á la Biblia; y al mismo tiempo que se regenerará vuestro espíritu, encontrareis inefables goces en la lectura de ese Libro por excelencia, eterno é imperecedero como el Dios que lo dictó.





PODER DEL CRISTIANISMO.

I

HAY en el hombre un sentimiento innato de amor hácia un sér superior y perfecto, que incesantemente le impulsa á tributarle ardientes y sinceras adoraciones. A él eleva los himnos de su gratitud cuando la felicidad baja á su pecho y el bienestar le rodea, y á él tambien acude con sus plegarias en demanda de consuelo cuando se siente agobiado por el infortunio. Adan, en el paraíso, gozando del inapreciable tesoro de una inocencia sin límites, obedecía á la necesidad de recoger su espíritu un momento para entonar hermosos cánticos de alabanza al Criador; y más tarde, cuando la perfidia del ángel de las tinieblas consiguió su primer triunfo, y nuestros primeros padres y sus descendientes comenzaron á experimentar extrañas angustias y dolores, aquel sentimiento se avivó rápidamente, hasta manifestarse en inocentes sacrificios de mansos y blancos corderos: así era como los hombres primitivos, ignorantes y sencillos, mostraban al Sér Supremo su gratitud y su amor. Sin embar-

go, poco á poco fueron olvidándose de su verdadero Dios; pero áun entónces, deseosos de acudir á un sér poderoso que los protegiera, formaron ídolos, adoraron los objetos que cautivaban sus sentidos, haciéndose así merecedores del terrible castigo del diluvio. Sus regeneradoras aguas, caídas del cielo con singular profusion, infundieron en los hombres sentimientos de profundo amor y de piedad, trascurriendo de este modo muchos siglos, sin que el temor de Dios se extinguiera en sus corazones ardientes. Entre tanto, el género humano crecía, formábanse familias inmensas y pueblos numerosos; se ensanchaban éstos más y más, invadían las selvas, y las tríbus atravesaban las montañas, yendo siempre en busca de tierras fértiles y pintorescas. Muchos de estos pueblos volvieron á olvidarse de Dios, tornáronse en gentiles y paganos, y adoraron divinidades creadas á su antojo. Hubo, empero, una nacion que se mantuvo fiel al único Señor del Universo, y con la cual él se dignó formar alianza. Los patriarcas, con ella, parece como que aseguraron para siempre su dichosa prosperidad, cerrando su corazon con la llave preciosa de la fé, para que jamás penetraran en él profanos sentimientos.

Vinieron otros tiempos y costumbres, y comenzó una era nueva para la humanidad: la civilizacion derramaba sus luces por todo el universo, y las montañas y los mares eran atravesados por numerosos guerreros: en Grecia se cultivaban los entendimientos, florecían las artes, las ciencias y las letras, y había filósofos, poetas y oradores que derramaban la ilustracion

en las masas. Mas ¿qué cosa se ocultaba detrás de todo esto? La civilizacion griega, si bien atendía á las diversas necesidades del pueblo, si bien cuidaba de su ilustracion y su cultura, no guiaba á los hombres por el recto sendero de la verdad: ficciones más ó ménos poéticas eran la base y el objeto de las creencias reinantes, y una filosofía no del todo vana, arreglaba los deberes de los individuos y las costumbres de las sociedades. Así nació en Grecia la mitología, y al cautivar á unos y avasallar á otros con sus multiplicadas formas, engendró el malestar que siguió despues, el abandono, la licencia y los repugnantes excesos que fueron el escándalo del mundo. ¿De qué servía al pueblo heleno el génio de sus poetas, la prudencia y severidad de sus legisladores, la inspiracion de sus artistas, si á la influencia de ellos se sobreponían la corrupcion de las costumbres, la falsedad de sentimientos y el envilecimiento en todo?

Dirigiendo la vista á la Roma de aquel tiempo, á la antigua orgullosa señora del mundo, encontramos igualmente el reinado absoluto de las pasiones, el materialismo dominando las almas, el desenfreno impulsando á todos á la satisfaccion de groseros apetitos: no había allí ni sentimientos delicados ni aspiraciones nobles y elevadas: todo era asquerosa y repugnante sensualidad; sólo se rendía culto á ídolos y dioses inmorales; y se extendían, en fin, por doquiera, y por doquiera sembraban el desórden, el imperio del paganismo con todos sus horrores, el dominio de las pasiones con todos sus inmundos caractéres.

En otros pueblos, no sólo habían llegado hasta el refinamiento la inmoralidad, la corrupcion y la abyeccion, sino que además, la luz de la cultura no había aún derramado sobre ellos sus benéficos resplandores: las disipadas costumbres y los instintos feroces de algunas razas, eran consecuencias naturales del aislamiento en que vivían, y especialmente, de su negra ignorancia y de sus sangrientas y contínuas guerras. Los bardos de la antigua Escocia, hasta Ossian, no lograron nunca disipar con la melancolía y la dulzura de sus cantos los instintos guerreros y el amor á los combates en que se abrasaba su pueblo: los trovadores y los poetas tampoco pudieron desterrar del seno de las familias del Norte las poéticas pero absurdas supersticiones que detenían su mejoramiento; y era que ellos mismos, no obstante poseer una alma privilegiada, estaban contagiados de idénticos errores. En las Galias se practicaba con singulares prerrogativas la religion de los druidas; y ésta, aún más que los ritos salvajes, fomentaba vivamente con la pomposa majestad de sus numerosas ceremonias, los instintos y las costumbres depravadas de los habitantes de los bosques, no cuidando en manera alguna del cultivo del entendimiento y del corazon.

II

Entre tanto, había llegado la hora de regenerar al mundo: Jesucristo, rodeado de esplendor, apareció sobre la tierra, y, sol de justicia y de verdad, disipó con su presencia las negras sombras en que la prolongada noche del paga-

nismo la había tenido envuelta: su moral santa y pura estrechó con vínculos de amor las sociedades y las familias; inspiró á los corazones creyentes, encendió el entusiasmo de los soldados de la cruz, para ir, como Pablo, á predicar por todo el mundo; y finalmente, hizo que los pecadores arrepentidos, ya consolados y perdonados, abandonaran las delicias de la vida, para ir á buscar, ó la ignorada gloria de oscuro misionero, ó las austeridades de la penitencia en medio de callados desiertos y de solitarias cavernas. Así, por medio de la ternura y del amor, penetró el cristianismo en los países más lejanos, en los más ocultos y aislados territorios: conquistó el corazon del hombre, brindándole una felicidad y un bienestar desconocidos, y uniendo al mismo tiempo á los pueblos de la tierra con el dulce vínculo de la concordia y de la fraternidad.

Hé aquí el orígen de las sociedades cristianas, de esas familias inmensas y numerosas en que la religion de Jesucristo era querida y respetada: ella atendía á las necesidades de todos, consolaba á los desgraciados y á los huérfanos, inspiraba á los artistas sus creaciones inmortales, protegía las ciencias y las letras, y presidía, en una palabra, el sorprendente movimiento del género humano. Increíble parece, pues, que una religion tan pura, tan santa y tan benéfica, hubiese tenido entónces y tenga todavía hoy terribles y furiosos enemigos. Los emperadores romanos la persiguieron sin descanso durante muchos siglos con todo el ódio y el rencor que un corazon perverso puede abrigar contra lo

bueno: lanzaron sobre los que la predicaban tremendas amenazas y castigos, fomentaron el paganismo y el desórden, para impedir así el desarrollo de una creencia que se abría paso por entre la abyecciou más vergonzosa: ni un solo día dejaron de derramar en el circo la inocente sangre de los mártires. Pero al fin llegó la hora del triunfo y del regocijo: Constantino entró á Roma, derribó los ídolos, destruyó los profanos templos, cerró para siempre las puertas del anfiteatro, y sobre las ruinas de aquella ciudad desnaturalizada, plantó el estandarte santo de la cruz. Ya entónces la barquilla del cristianismo pudo flotar plácidamente sobre el océano inmenso del mundo, impulsada por el suave y amoroso poder de la fé de los hombres. Sin embargo, en los tiempos sucesivos no faltaron filósofos que siguieron combatiéndola: mas sus ataques fueron vanos, porque en nada menguaron el amor, el respeto y la veneracion que la humanidad le tributaba.

III

En el siglo pasado, terribles y multiplicados fueron los ataques contra el catolicismo. Voltaire y Rousseau, precursores funestos de la revolucion francesa, pretendieron derribar con su filosofía impía, su sátira venenosa, su ironía corrosiva y amarga, el sólido edificio de la religion cristiana, ese templo grandioso y eterno ante el cual se habían estrellado la rabia y las persecuciones de los emperadores romanos. Pero el furioso huracan levantado por aquellos filósofos,

no logro ni un momento hacer zozobrar la barquilla de Pedro, que en ésta como en otras veces, quedó triunfante de la ira de los hombres. El propósito que se formara Voltaire—destruir el cristianismo por medio del ridículo—causó estragos lamentables en las sociedades de entónces: muchos, deslumbrados por el génio de aquel hombre perverso, quisieron seguir sus preceptos, ya lanzando dicterios contra el rostro inmaculado de la religion, ya afiliándose entre sus enemigos para no aparecer hijos de ella. ¡Triste estado el de un pueblo que se avergüenza de sus creencias ó que fácilmente deja á otros ultrajarlas! Sin embargo, Voltaire quedó burlado en sus deseos, como quedarán siempre burlados los que pretendan imitarlo. Él decía: *aplastemos al infame*, y áun se atrevía á señalar la época en que debería consumarse la obra que había iniciado y comenzado; y ya vemos que el cristianismo brilla en todo su esplendor, grande y majestuoso siempre, respetado, amado, firme en las conciencias de sus hijos.

Cierto es que la perniciosa semilla del siglo XVIII dió sus frutos, frutos amargos y mortales, que serán la eterna deshonra del género humano. Nació la revolucion; brotó de las ruinas de las sociedades cristianas esa serpiente horrible de mil cabezas que con rabia feroz derramó el veneno de la maldad en las almas de los hombres: azotó enfurecida la fé y la piedad del pueblo, derribó altares y monarquías, profanó las tradiciones y se burló de la virtud.... Hubo un momento en que pareció sucumbir la obra de Cristo por tantos siglos respetada, en

que parecieron perderse para siempre las preciosas garantías en que descansaba la sociedad, en que ésta parecía perdida en una noche oscura, sin luz ni brújula que mostrasen el camino único de salvacion. Los filósofos, en medio del desórden, arengaban á las masas excitando sus pasiones, escarneciendo con infames conceptos la religion de Jesucristo, cuyos dulces y armoniosos cantos no resonaban ya bajo las bóvedas de los templos; las muchedumbres, llenas de furor por aquellos discursos infernales, se lanzaban ébrias de sangre y de ira contra todo lo que ántes habían respetado y venerado; y el pueblo en masa, desenfrenado á la vista de tanto escándalo, cometía por todas partes los más atroces y vergonzosos delitos..... ¡Crísis fatal que anunciaba la disolucion de todos los vínculos sociales despues de aquellas tremendas conmociones, despues de aquellos dolores y de aquellas lágrimas!—La agitacion fué disminuyendo al fin: estaban saciados todos, y preciso era que acabara la inmunda orgía, la sangrienta é infame bacanal. Había llegado el hastío, y con él una série de inquietudes devoradoras, de remordimientos crueles. Al fuego ardiente de la impiedad y de la irreligion habíanse consumido en aquellas almas envilecidas todos los buenos sentimientos: tan sólo había en ellas ruinas, cenizas......, resultádo final del desenfreno de sus pasiones.

El cristianismo, al poco tiempo, vino á restañar tantas heridas, á reedificar tantas instituciones convertidas en ruinas, á comunicar nuevo aliento y nueva vida á aquella sociedad que

parecía muerta para siempre. El cristianismo, en fin, devolvió la sávia purísima de la moral y de la fé á los pueblos que habían sido contagiados por la revolucion.

IV

Empero, fuerza era volver la vida á aquella sociedad moribunda, reanimarla é infundirle nuevo aliento con dulces ensueños de felicidad; presentar á su vista las bellezas de la fé y de la esperanza, hablándole en un lenguaje armonioso y poético; recrearla, en fin, con risueños y apacibles cuadros de bienestar para conmoverla é inspirarle ideas nuevas, y nuevas aspiraciones. Hubo un hombre en Francia que así lo comprendió: el ilustre é inmortal vizconde de Chateaubriand. Animado del deseo de hacer el bien, lleno de ardor y entusiasmo elevadísimos, levantó su voz en medio del lúgubre silencio y del desfallecimiento general. "Cantemos esta religion sublime sin miedo—exclamó;—defendámosla contra las burlas y mofas de la impiedad; demos á conocer y hagamos valer todas sus gracias y bellezas, como se hizo en tiempo de Juliano; y puesto que un nuevo siglo parecido en la sofistería á aquel ha vueltro á producir contra nuestros altares unos insultos nada desemejantes á los de aquella época, empleemos contra los falsos filósofos de esta época moderna el mismo género de apología que ya emplearon con tan buen éxito los Gregorios y los Apolinarios contra los Máximos y los Libanios."

Chateaubriand comprendió desde luego la

grandiosa mision que quería desempeñar: no desconoció ni sus peligros ni sus dificultades. Iba á ponerse frente á frente de una falange de mentidos filósofos, cuyas únicas armas eran la burla, la sátira y la mala fé: iba á llevar la voz en defensa de una causa santa, pero á la sazon vista con ódio; iba á hablar en nombre de la religion misma y á combatir por ella con brío y con valor heróicos en el campo á que le llevaran. La lucha debía ser agitadísima y tremenda.— Apareció en efecto el *Génio del Cristianismo*, llenando de alborozo á los católicos y de ira y de despecho á los partidarios de la revolucion. El libro causó una sensacion extraordinaria, y el triunfo del autor fué completo: todos leían aquel con interés, buscando ansiosos los dulcísimos consuelos que encerraban sus páginas: las almas que recordaban horrorizadas los males de la revolucion, encontraban deleites regalados en su galano estilo; y por último, en todas las conciencias renació la antigua fé, el mismo amor y veneracion al cristianismo. Hé aquí por qué puede decirse que á Chateaubriand debe Francia el restablecimiento de sus creencias religiosas. Por lo demás, véase lo que él mismo dice en la *Defensa* de su obra, refiriéndose al magnífico éxito que obtuvo: "Tómese un pasaje impío cualquiera y compúlsesele con otro religioso del *Génio del Cristianismo* sobre el mismo asunto, y nos atrevemos á decir que el segundo neutralizará, cuando no destruya, el pernicioso efecto del primero: ¡tal fuerza tiene la pura y sencilla verdad comparada con la más brillante mentira! Por ejemplo, Voltaire se burla á me-

nudo de los religiosos; pues bien, póngase al lado de sus burlescas pinturas el fragmento sobre las misiones ó en el que se pinta á las órdenes hospitalarias socorriendo al viajero en medio de los desiertos, ó el capítulo en que se describe á los frailes consagrándose al servicio de los hospitales, asistiendo á los apestados en los baños ó acompañando al cadalso á un criminal; y á fé mía que la ironía quedará sin fuerza alguna ó que las burlas se convertirán tal vez en lágrimas. Á los reproches de ignorancia que se han hecho al clero cristiano, dad por respuesta los inmensos trabajos que hubieron de emprender los monjes para conservar los manuscritos de la antigüedad: si se les acusa de barbárie y de mal gusto, presentad por toda respuesta las obras de Fenelon y de Bossuet; y si os objetan algunas pinturas grotescas y ridículas de los ángeles y de los santos, contestad y oponed los efectos sublimes del cristianismo en la parte dramática de la poesía, de la elocuencia y de las bellas artes, y vereis cuál se desvanece al punto la funesta impresion que pudieron haber producido las sátiras y los sarcasmos."

Á la aparicion del *Génio del Cristianismo* se levantaron por todas partes exclamaciones de desagrado y de enojo, lanzadas por los que habían dañado los corazones y se gozaban en su triunfo, en tanto que los hombres de buena fé y recto espíritu volvían al seno de la religion avergonzados de sus errores y hasta sorprendidos de haber podido olvidar á una madre tan buena y amorosa.—"Al observar—decía Chateaubriand—este síntoma de una gran mudan-

za en la opinion, háse alarmado el espíritu del sofisma, creyendo y recelando que se acercase ya el término de su tan largo imperio. Ha recurrido, pues, á todas sus armas y baterías y adoptado toda especie de formas y disfraces hasta encubrirse con el manto de la religion misma para atacar una obra consagrada á defenderla." Pero todo fué inútil: renació en Francia con todo su esplendor el sentimiento cristiano, y la pompa del culto y el amor tributados á la Divinidad, fueron la única contestacion dada por el pueblo á los esfuerzos de la filosofía incrédula.

De entónces acá han vuelto á renovarse los mismos ataques contra el cristianismo: siendo de notar, que en nuestros días no sólo son lanzados por una filosofía atea, sino muy principalmente por la ciencia, que envanecida de sus progresos y sus triunfos sobre la materia, intenta destruir por su base la firme columna de las tradiciones religiosas, explicando á su manera los misterios que Dios no ha querido revelarnos. Igualmente hay que observar que ninguno de esos ataques es nuevo, pues si tal parecen, debido es únicamente al ropaje con que se presentan revestidos. Ya en otros tiempos han sido formulados por los enemigos de la Iglesia y victoriosamente contestados por hijos insignes del catolicismo. Nuestra religion es eterna como su Divino Fundador, y, pese á los filósofos impíos, ella brillará siempre con pompa y esplendor sobre los destinos de la humanidad.



LA CUARESMA.

I

LA religion, madre amorosa del hombre, maestra de la naturaleza, atenta siempre á establecer poéticas armonías y significativos contrastes, ha colocado los santos días de la Cuaresma en la más bella estacion del año; las horas de grave meditacion y de tristeza despues de las de locas alegrías; los momentos de melancólicos recuerdos en medio de la pompa y esplendor primaverales. Pasaron las hermosas fiestas de Noche Buena, con sus bulliciosas Posadas y sus goces inocentes y puros; pasó tambien el Carnaval, esa diversion peligrosa en todo tiempo y hoy peligrosísima para la moral y las buenas costumbres; pasaron esas horas de entusiasmo frenético, y hoy ha llegado la Cuaresma, el tiempo de la abstinencia y de la mortificacion, de la penitencia y de los pensamientos piadosos.

La Cuaresma es quizá la época más simpática del año, porque sus días tristes y tranquilos traen

á la memoria recuerdos muy queridos para los corazones cristianos; porque cada una de sus horas y de sus ceremonias en los templos, causan en el alma cierta dulce melancolía que trae consuelos inefables. Es la época de las fiestas del hogar y de la familia, de las lecturas piadosas presididas por nuestra madre, de las pláticas con el sacerdote, de la fé y de la sencillez candorosas de la infancia. Es la época en que asistimos al templo diariamente á pronunciar nuestras oraciones, en que el interior de las iglesias trasciende á delicioso incienso, en que los niños hacen su primera comunion, y van á buscar al campo y á los jardines flores frescas y olorosas para poner en los altares. Es, en fin, la época de la meditacion y el recogimiento; de los grandes desengaños, pero tambien de los mayores consuelos.

La religion nos recuerda desde el primer día de la Cuaresma que del polvo salimos y al polvo hemos de volver, como si quisiera con este recuerdo poner en nuestra alma el gérmen de una fecunda y saludable tristeza. Ilusiones de amor y de gloria, aspiraciones al bienestar y á la riqueza, satisfacciones y complacencias del espíritu; todo se apaga y se desvanece ante esa voz severa que proclama nuestra pequeñez. Nace entónces la reflexion en nuestro espíritu; y con los ojos de la imaginacion vemos pasar unas en pos de otras á la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos, segun la enérgica frase del Marqués de Valdegamas. ¿Qué ha quedado de ellos, en efecto? Reyes y guerreros, artistas y poetas, sa-

cerdotes y magistrados, conquistadores y esclavos; todos yacen convertidos en polvo miserable, todos están olvidados en la memoria de los hombres.

II

En estos tiempos en que poco se cree y se tiene fé en Dios; en que se ha echado á un lado la religion para no oir sus advertencias; en que todos procuran hacer alarde de un nécio escepticismo fundado sólo en la ignorancia, es difícil que la enseñanza benéfica de la Cuaresma dé algunos buenos frutos, atrayendo á los hombres al interior de los templos. ¿Quién tiene hoy valor de aparecer hijo de la religion, ante una sociedad donde abundan los desdichados que no quieren ya creer? ¿Dónde están esos ánimos fuertes y valerosos que desafíen las burlas de la impiedad, haciendo alarde de sus creencias y de su fé? ¿Qué se hicieron los que en otro tiempo confesaban públicamente la piedad de su alma, y se entusiasmaban defendiendo sus sentimientos religiosos?...... ¡Ay! triste es decirlo: han desaparecido, ó los pocos que quedan no son como los que en tiempos anteriores salían á la defensa de sus creencias. Hoy, empéñanse muchos en fingir ante los demás lo que no son; ocultan sus ideas religiosas, ó con un cinismo vergonzoso ultrajan y escarnecen lo que acaso tienen grabado en el alma, lo que sin duda aman, veneran y practican en el interior de sus hogares, léjos de las miradas del mundo.— La mujer, sólo la mujer es la de siempre: sólo

ella conserva incólume en su espíritu aquella fé sencilla que la consuela y fortifica en sus dolores; sólo ella ama el templo y se prosterna humildemente ante la Vírgen, pidiéndole mercedes; sólo ella escucha con respeto la modesta plática del sacerdote, y es puntual en asistir á las solemnidades religiosas.—¡Profanacion inaudita! Nosotros los hombres tenemos quehaceres más importantes; á nosotros nos falta tiempo para ocuparnos en prácticas piadosas. En vez de leer algo de religion, leemos los periódicos del día; en vez de asistir á alguna iglesia á oir el Evangelio, vamos al billar, al café, á las redacciones de periódicos en busca de enredos urdidos por la maledicencia; en vez de meditar un rato sobre el empleo que damos á los días de nuestra existencia, pensamos en los goces de mañana, en los frívolos amores de ayer, en las diversiones que nos esperan y nos ofrece el mundo.—Hé aquí por qué en nuestros templos jamás se ve una concurrencia numerosa de hombres, y por qué muchas veces los que allí se ven, pertenecen sólo al pueblo, á la clase pobre, á esa gente infeliz y despreciada que acude á pedir á Dios remedio á sus males, sin avergonzarse de hacerlo, ni preocuparse por las burlas de los incrédulos. Y en verdad, no se comprende la causa de este aislamiento y frialdad de los hombres. La religion cristiana es madre tan amorosa y tan buena, tan hermoso y consolador es creer; tan naturales son en el alma los sentimientos religiosos y de piedad, que no es posible dejar de desear los tesoros de gracia del catolicismo en medio de las miserias que nos afligen en la vida.

Digan lo que quieran los impíos: lo cierto es que llegan días en la existencia del hombre en que se siente un hastío profundo hácia todo lo que nos ofrece la sociedad, sus diversiones, sus placeres, el lujo, las comodidades, el bienestar; en que el trato con los hombres nos fastidia, el bullicio del mundo nos molesta, las seducciones del vicio nos repugnan y horrorizan; en que se desea, en fin, el olvido, el silencio, la paz y la soledad del retiro. Pues bien: ¿qué hacer entónces, sino acudir al seno cariñoso de la religion? ¿Dónde ir, sino á las melancólicas soledades de un templo cristiano?...... ¡Dichosos los que todavía creen! ¡Felices los que sienten latir un corazon alimentado por la fé y las esperanzas de los primeros años!....

III

Acaso se dirá por algunos que el abandono en que van quedando los templos, es indicio seguro de las raíces que ha echado en nuestra sociedad la *ilustracion* del siglo XIX. Acaso se dirá que están en su postrer agonía las *preocupaciones* del fanatismo religioso; y que si las señoras asisten á las iglesias en mayor número que los hombres, es porque entre ellas no se ha extendido todavía la luz de la filosofía moderna. Pero se engañan lamentablemente los que eso creen. No: no se debe á la ignorancia el que la mujer abrigue aún en su alma la piadosa fé que meció su cuna; no se debe á la ilustracion del siglo el alejamiento de los hombres. Se debe á otra cosa: se debe á la indolencia, hija de cier-

tas injustificables preocupaciones, con que vemos lo que más debía interesarnos: el cultivo esmerado de nuestro espíritu al influjo bienhechor de la religion, y cierto temor de parecer sumisos y creyentes en una época en que todos blasonan de incrédulos y escépticos; es la tibieza de nuestro carácter voluble y caprichoso, que nos impide hacer lo que tal vez deseamos ardientemente; es, en suma, la indiferencia en materias religiosas, que nos ha invadido y que casi nos domina ya. Á lo cual hay que agregar la desconfianza que abrigamos de que sean bien vistos por los demás los actos de nuestra fé y de nuestro respeto á Dios. ¡Cuántos, por ejemplo, toman ceniza con la mayor devocion en los templos, y se borran la cruz ántes de salir á la calle, miéntras muchas señoritas se pasean á la mitad del día por los lugares más concurridos sin mortificarse ni avergonzarse de llevar en sus blancas frentes el sagrado signo de la redencion!

¿Qué significa este contraste? Significa que hoy nos dan ejemplo de valor y de entereza las mismas á quienes con nuestro orgullo apellidamos ignorantes y fanáticas, nosotros los hombres ilustrados del siglo XIX!





LA SEMANA SANTA.

I

HA llegado con sus días de luto y de tristeza, con sus horas de recogimiento y de oracion: días en que nuestra alma se siente llena de suave y dulce melancolía, y en que buscamos la soledad y el silencio como necesarios para recordar los sucesos de la redencion humana, sin duda los más maravillosos que se registran en la historia; días, en fin, en que acudimos á los templos á orar con esperanza y con fé, y en que nuestro corazon experimenta piadosas y profundas emociones.

Dejemos ya los espectáculos del mundo; abandonemos los paseos, los teatros, los lugares todos de recreo á que íbamos á buscar frívolos placeres y peligrosos pasatiempos. Léjos de nosotros los halagos y encantos de las pasiones juveniles, los ardorosos ensueños de la adolescencia, las alegrías, las amistades y los amores que sólo traen inquietudes para el alma. Procuremos ahora olvidarlo todo, y preparémonos á la oracion: acudamos presurosos al solitario

retiro de las casas de Dios; reconcentrémonos allí en nosotros mismos, para poder disfrutar del bienestar y de la paz con que nos brinda la religion.

II

¡La Semana Santa! ¿Quién no siente su espíritu agitado por los recuerdos al pronunciar esta palabra? ¿Qué pecho no se conmueve ante la poesía sencillamente grandiosa de estos días santos?—La cándida fé de los primeros años, la dulce calma de la inocencia, el infantil regocijo de nuestra niñez; y luego, la adorada imágen de nuestra madre que nos conducía al templo, el sacerdote absolviéndonos por primera vez, la virginal pureza de nuestro corazon al acercarnos tímidamente á la mesa de la Eucaristía: ¡todo viene á nuestra memoria á recordarnos épocas mejores y días serenos y tranquilos!

Hoy todos los pueblos cristianos se entregan á las íntimas expansiones de su amor y de su fé: celebran el triunfo del Salvador del mundo, y buscan en la penitencia tesoros de regeneraradora gracia.—En las aldeas, donde siempre abundan los corazones sanos y sencillos, donde el sentimiento religioso se mantiene vivo y puro, vénse acudir de todas partes montañeses y campesinos, y pobres y piadosas mujeres, que dejan sus hogares, sus campos, sus montañas, sus labores, para ir al modesto templo á escuchar de labios del sacerdote la grandiosa historia de la redencion. Son sus miradas tímidas y

humildes, su fervor religioso hondo y verdadero, su fé y su piedad de una uncion casi primitiva: muéstranse conmovidos con la pasion de Jesucristo, lloran sus faltas y extravíos con sinceridad, y en sus plegarias hay recogimiento y angustias, zozobras y esperanzas, todo á un tiempo!

Es de ver en estas venturosas poblaciones la animacion que reina desde el Viérnes de Dolores. Agítanse las familias preparando sus íntimas fiestas de la casa, instruyendo al niño que va á hacer su primera comunion, disponiendo ramos y adornos para el *monumento* de la iglesia. Las flores del campo engalanan el santuario de la Vírgen, y verdes ramos de pino, rosas encendidas por el sol de Abril, incienso nuevo tomado en los cercanos bosques, perfuman el templo y los velos de los altares. Todos abandonan sus trabajos desde el Domingo de Ramos, día en que llevan á bendecir las frescas palmas de los valles para conducirlas despues á sus moradas y colocarlas sobre la puerta ó sobre el techo; todos hablan de la sencilla plática del sacerdote, y con su ignorancia y su candor casi infantil, ningun detalle deja de interesarles, ningun pasaje del Evangelio de conmoverlos. ¡Con qué respeto, con cuánto temor se acercan siempre á los piés del confesor! ¡Qué tranquila serenidad brilla despues en sus semblantes! Los niños buscan tambien el atractivo de las ceremonias de la iglesia; se enternecen pronunciando sus oraciones á María, y hacen mil preguntas á sus madres sobre todo lo que ven: el aroma de las flores y del incienso se

une á sus plegarias, y parecen éstas subir al cielo llevadas por los ángeles.

Durante las horas del Juéves y Viérnes Santos, nada se oye en las aldeas: un triste y grave silencio convida á la meditacion; todos callan y rezan, hasta que los alegres repiques del Sábado de Gloria traen nuevos y ruidosos goces.

III

En las ciudades hay tambien el mismo bullicio de las aldeas; pero en ellas todo aparece grande y solemne. La concurrencia es más compacta y numerosa, los templos más espaciosos, su aspecto y las ceremonias de la religion, de imponente y magnífica suntuosidad. Brillan millares de luces en los altares, suben hasta el cielo blancas nubes de aromoso incienso, resuenan en las bóvedas los cantos majestuosos de los ancianos del coro; y la riqueza misma de los ornamentos sagrados da más brillo y esplendor á esas fiestas de la religion.— ¡Cuántos misterios y cuánta poesía se encierran en cada una de ellas, en cada frase que pronuncian los sacerdotes! El recuerdo del pueblo de Israel les comunica su perfume, el espíritu de los profetas los anima, la pompa oriental les da su majestad: ora se oyen las imprecaciones tremendas de Isaías y Jeremías, ora los cantos lúgubres del lúgubre Ezequiel; ya son los gritos que el dolor arranca al pecho de David y los gemidos de su arrepentimiento, ya los inefables cantos de los niños de Jerusalen y de los queúbines del cielo. Os parece escuchar el rumor

suave de las olas del mar de Galilea y la palabra tranquila del Salvador de los hombres; ver aquellas campiñas de Judea perfumadas por la flor de Jericó, regadas por las aguas cristalinas del Jordan, santificadas por la presencia del Hijo de María y de la Vírgen Inmaculada; contemplar el regocijo del pueblo y luego sus iras y sus injustas venganzas, su sed de sangre, su furor y su maldad. Os parece estar presentes en aquellas escenas del Calvario, y vuestro corazon, vuestra alma, todo vuestro sér, se sienten presa de crueles y mortales angustias.

El Evangelio entero pasa entónces á vuestra vista con sus hermosos y tranquilos episodios, con sus risueños paisajes, con sus escenas de caridad y de amor; recordais el nacimiento de Jesus en Betlem, los inocentes goces de su infancia y su niñez, en medio de la oscuridad y la pobreza. Vedle ahora recorriendo las aldeas y los valles, los montes y las orillas de los lagos, predicando su celestial doctrina, acariciando á los niños, perdonando á los pecadores: va seguido siempre de inmensa muchedumbre, que le escucha con interés y con amor. Vedlo dando luz á los ciegos, movimiento á los paralíticos, paz á los que sienten en su pecho las crudas agitaciones del remordimiento. Por todas partes su misericordiosa bondad derrama tesoros de gracia y de salud eterna, dejando á los justos y á los pecadores un testimonio vivo del amor de su corazon: aquí consuela á un enfermo y le recompensa su fé; allí reprende con dulzura á un pecador, describiéndole su delito en sencilla parábola; ya le vemos encendiendo

en el corazon de Magdalena aspiraciones á la vida del cielo, ya perdonando á la mujer adúltera y confundiendo á sus acusadores; en una palabra, *va haciendo el bien por donde quiera que pasa.*

Hé aquí por qué aman á Jesus todos los desgraciados, y lo buscan los niños, y lo solicitan los enfermos; hé aquí por qué sus palabras quedan grabadas en el corazon de la multitud, y por qué los pobres sólo ven en él á un padre y un amigo. "Sus milagros—dice Bossuet—más tienen de bondad que de poder;" y Chateaubriand se expresa así cuando habla de Jesucristo:—"Modelo de todas las virtudes, la amistad le ve dormido en el seno de Juan, ó encomendando á su Madre á este discípulo; la caridad le admira en el juicio de la mujer adúltera, y en todo le encuentra la piedad bendiciendo las tribulaciones del desdichado. Su inocencia y su candor se descubren en su amor á los niños; la fortaleza de su alma brilla en medio de los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un suspiro de misericordia."

¿Qué decir tambien de la Madre del Salvador? Su humildad le da inmortales resplandores, su virtud heróica la eleva sobre todos los séres de la tierra, sus dolorosas tribulaciones la hacen digna de la predileccion de Jehová, y brillan en su castísima frente, como dijo el poeta español,

De madre la diadema esplendorosa,
De vírgen la guirnalda inmaculada,
Y la aurora inmortal, cándida y pura,
De la no merecida desventura.

¡Desde que Jesus se aparta de su lado para ir á predicar su doctrina, María vive en la soledad, entregada á la oracion y al recogimiento: sólo los dolores de su Hijo la apartan de su oscuro retiro, y la llevan á participar de ellos, en medio del pueblo de Jerusalem, al pié mismo de la cruz en el Calvario. ¡Qué ejemplo de amor y abnegacion para las madres!—Y es que la Vírgen ama tambien al hombre y quiere su redencion; debe sufrir como su Hijo, para que así el prodigio sea más milagroso y meritorio.

IV

El Domingo de Ramos la Iglesia recuerda la entrada de Cristo en Jerusalem: el pueblo se llena de regocijo, sale al encuentro del rey de Israel y alfombra de flores el camino que conduce á la ciudad. "*¡Hossana!*—dicen todos.—*Salud y gloria al Hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor; hossana en lo más alto de los cielos.*"

¿Qué cuadro hay más tierno é interesante que éste?—La fé en las promesas que anunciaban al Mesías, iluminando los corazones de aquellos hijos de Judea, la sencillez y el candor de los niños, la inocente alegría de las vírgenes, el santo alborozo de los ancianos y de las madres: todo anunciaba prosperidad y ventura, salvacion y eterna dicha al creyente pueblo de Dios. Y sin embargo, pronto las pasiones, y el ódio y la ira de los hombres, llevarán á un patíbulo á este manso Jesus á quien Jerusalem recibe ahora con verdes palmas de triunfo. Cum-

pliránse así las profecías, y el pueblo de Judea vendrá á ser despues por todos los siglos el ludibrio de la tierra.

V

Poseído ya Jesucristo de aquella *tristeza mortal* de que habla á sus discípulos en el Huerto de los Olivos, se dirige con ellos tranquilamente á la ciudad y penetra en la casa donde se ha preparado la Pascua. Siéntase á la mesa por última vez; y en esta cena que las generaciones recordarán eternamente, instituye el más adorable y misterioso de los sacramentos. ¡Cuánto amor al hombre, qué predileccion tan señalada hácia la criatura, qué encendida y sublime caridad la del Hijo de María! No le basta haber bajado del cielo para revestirse de nuestra naturaleza y someterse gustoso al yugo que pesa sobre los hombres; no le basta tampoco haber sembrado en los corazones la divina semilla de su doctrina, ni haber orado por nosotros y aliviado nuestros quebrantos. Su pobreza y su humildad habían edificado al mundo; y sin embargo, todavía esa noche ensalza estas virtudes con su ejemplo. Su enseñanza había comenzado á fructificar, la fé iluminaba las almas; y no obstante, quiere sellar su predicacion con el martirio, y dejar á la humanidad en la Eucaristía una prenda eterna de su amor.

Y se acerca por fin la hora suprema anunciada por los profetas: la redencion comienza. Jesus sale de la ciudad, seguido siempre de los apóstoles, y con semblante sereno y melancólico les dice:



—"Mi alma está poseída de una tristeza mortal; esperad aquí y orad conmigo."—Volvió despues á sus discípulos y los halló durmiendo, y dijo á Pedro:—"¿Es posible que no hayas podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en tentacion. Que si bien el espíritu está pronto, mas la carne es flaca.—Volvióse de nuevo por segunda vez y oró diciendo: "*Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.*"—Dió despues otra vuelta, y encontrólos dormidos porque sus ojos estaban cargados de sueño. Y dejándolos, se retiró aún á orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. En seguida volvió á sus discípulos y les dijo:—"Dormid ahora y descansad: hé aquí que llegó ya la hora, y el Hijo del Hombre va luego á ser entregado en manos de los pecadores."

Imposible es en verdad no conmoverse ante esta sublime sencillez del Evangelio. ¡Qué palabras! Vemos aquí á Jesucristo quejarse blandamente de la soledad en que le dejan sus únicos amigos; y luego aquella tristeza que inunda su alma, aquella mansedumbre y resignacion propias sólo del Justo de los justos.

Un sordo rumor se oye á lo léjos: ruido de armas viene á turbar el tranquilo silencio de la noche.... Hé aquí á los verdugos de Cristo: hieren al pastor y las ovejas se van descarriadas....

VI

¡El Viérnes Santo!...... "Hé aquí—dice el Vizconde Walsh—el día de la grande tristeza cristiana, día que las campanas no anuncian, en que los altares no tienen sacrificios y en que los santuarios de luto no resuenan sino con lamentaciones; día en que las madres dicen á sus niños: *Hoy Nuestro Señor ha muerto, y es preciso hacer penitencia con nosotros*. En este día el duelo no ha de reducirse á los altares, sino que ha de hallarse tambien en todas las casas cristianas. No es bastante que cesen los cánticos en las iglesias; es preciso que no haya regocijo en los hogares."

En efecto, es tal la tristeza de este día; hay tanta afliccion en los espíritus, y tan vivamente se presentan en nuestra memoria los dolorosos episodios de la Pasion de Jesucristo, que todo nos parece lúgubre y sombrío en la naturaleza. —En las iglesias vénse fieles arrodillados esperando los oficios del día. Los altares están desnudos; velos negros cubren las imágenes, y ni el órgano ni los cantos de los sacerdotes se oyen ya resonar bajo las bóvedas. ¡Todo es silencio y soledad! Entónces nuestros pensamientos son graves y tristes, gime nuestra alma de dolor, y el bálsamo del arrepentimiento derrama sobre ella preciosos y dulces consuelos. ¡Cómo se desea la lectura de los libros santos, qué apropiado nos parece su lenguaje para expresar nuestras ideas y sentimientos, cuánta elocuencia y ardor encontramos en sus páginas!

Abandonado Jesus por sus discípulos, entregado por Júdas á la negra perfidia de los escribas y fariseos; solo en medio de aquella multitud ávida de sangre; víctima de las burlas é injusticias de todos, no levanta su voz para quejarse; sufre los ultrajes, sin que la ira aparezca en su bondadoso semblante. Si levanta los ojos para ver á sus verdugos, sólo se lee en ellos la dulzura inagotable y la santa mansedumbre de su corazon;

Ojos llorosos que piedad inspiran,
Ojos sin ira que el perdon predicen,
Ojos que tristes al mirar suspiran,
Ojos que tiernos al mirar bendicen.

En la tremenda cumbre del Calvario aparece María, la vírgen sin mancilla visitada por los ángeles; de pureza inmaculada, de corazon más tierno y más hermoso que el de la cándida paloma de los vergeles de Judea: madre amorosísima cuyo dolor no puede compararse al que sufren los humanos. Ve á su Hijo suspendido de la cruz, cuando los ardores del sol de medio día marchitan las flores de los valles; ve su cuerpo cubierto de heridas y de sangre, penosamente abatido por agudos sufrimientos....

"Desde la hora de sexta hasta la hora de nona—dice el Evangelista—quedó toda la tierra llena de tinieblas.... Entónces Jesus, clamando de nuevo con una voz grande y sonora, entregó su espíritu. Y al momento el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba á abajo, y la tierra tembló, y se partieron las piedras, y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de

muchos santos, que habían muerto, resucitaron...."

El ánimo se suspende ante esta terrible escena: preséntanse vivos en nuestra memoria la agonía del Hijo de Dios y los dolores de María, y palpita nuestro corazon enternecido y angustiado.—¡Quién podrá expresar lo que se siente en tales momentos al oir los salmos de David y los acentos inmortales de los profetas! Tan sólo aciertan á hablar el arrepentimiento y la fé, el dolor y la esperanza....

VII

Al día siguiente, Sábado de Gloria, "los sacerdotes leen las profecías, y en estas páginas inspiradas, ¡qué sucesion de magníficos cuadros! —Es Dios sentado en su poder, ántes del tiempo, fecundando el caos para sacar de él al mundo: la tierra con sus árboles, montes y ríos; la mar con sus profundidades y abismos; el firmamento con sus estrellas, la luna y el sol; la luz naciendo con una sola palabra;—es el patriarca Noé salvado del diluvio, las aguas que suben, el arca que flota, el cuervo que se pierde y la paloma que vuelve con el ramo de olivo;—es Dios que pide á Abraham un sacrificio que no hubiera pedido á una madre: el ángel que detiene el brazo del padre, é Isaac salvado;—es el mismo Dios de los ejércitos, Jehová el eterno entre una nube luminosa, extendiendo el terror y la muerte entre los egipcios, y sumergiendo entre las ondas hombres y caballos, carros y rey, y todo su ejército;—es Dios diciendo á

Israel: que el impío abandone su senda y el malvado sus pensamientos de injusticia, para que vuelvan á Dios, que tendrá misericordia de ellos, porque los pensamientos de Dios no son los pensamientos de los hombres; y como la lluvia y las nieves cayendo de las nubes no vuelven á subir, sino que humedecen los campos y los fertilizan, así la palabra del Señor, una vez salida de su boca, debe fructificar." *

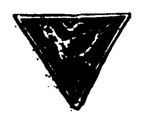
En este día, las calles y los paseos públicos se ven concurridísimos: hay por todas partes verdes y frescas enramadas, se adornan las tiendas y los establecimientos de comercio, y en las casas, la madre de familia se agita inquieta disponiendo el banquete del día ó preparando á los niños para su paseo; y lee en la tarde rodeada de sus hijos y sus criados el Evangelio y *El por qué de las ceremonias*.—¡Oh recuerdos del hogar y de la familia, de la religion y de los primeros años de la vida! ¡Oh días de tristeza y de oracion, en que nos entregamos todos á meditar en altos y profundos misterios! ¡Cuánto se deleita el alma en aspirar la dulcísima poesía que los llena! Porque nada hay tan hermoso, tan tierno y tan consolador como las emociones que producen los días de la Semana Santa: cada una de sus ceremonias tiene un alto significado moral, envuelve una enseñanza ó trae consuelos á las almas atribuladas: sus horas están llenas de recogimiento y de tristeza, excitan á la piedad, avivan la fé y como que obligan á los corazones á reconcentrarse en sí mis-

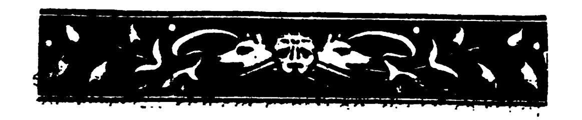
* Walsh. *Fiestas Cristianas*

mos, para sacar mayor fruto de la meditacion que en este tiempo se consagra á la Pasion del Redentor.—Muchos, que en el resto del año la tienen olvidada, la recuerdan ahora conmovidos y fervorosos, sorprendidos de que sucesos tan sublimes no tengan á la humanidad en perpétua adoracion y confusion.

De aquí que los creyentes, y áun los que no lo son, sientan renacer en su alma en estos días santos la fé de la primera edad, se entreguen á la oracion y á las prácticas piadosas, y olviden las disipaciones y los compromisos del siglo. Los templos se ven más concurridos que nunca, crece el auditorio al rededor de los oradores sagrados, y por millares de millares se cuentan los que se acercan al tribunal de la penitencia y á la Mesa de los Ángeles.

Estas maravillas, obra de la gracia, demuestran además que la humanidad está firmemente adherida al Árbol augusto de la Religion, y que para separarla de él no bastarán nunca ni el huracan de la impiedad, ni los vaivenes y vacilaciones de los hombres.





CARÁCTER Y COSTUMBRES.

I

APÉNAS si se encontrará carácter más voluble que el nuestro, génio más descontentadizo, aspiraciones más raras é inexplicables que las que abriga nuestro público. Nada hay fijo, nada es permanente entre nosotros, siquiera se trate de cosas que merezcan la atencion. La sociedad mexicana parece que se ha acostumbrado ya á verlo todo sin cuidado y sin exámen; á veces con descuido, á veces con la más criminal é irritante indiferencia. Ora se entusiasma con alguna idea nueva que se le presenta, para luego abandonarla; ora la recibe y la ve al través de una tonta frivolidad; ó ya finalmente, critica con acritud y se lamenta de que nada corresponda á la importancia y valer que ella misma se da.—De aquí tantas contradicciones, tantos errores en el obrar, tantos juicios apasionados, y tantas y tan frecuentes injusticias.

Si carecemos de diversiones y el fastidio es nuestro único y forzoso compañero, las lamen-

taciones, las quejas y los buenos propósitos que todos se hacen, no tienen medida.—Deseamos que venga la ópera, que nos visiten buenas compañías de verso, que honre nuestros teatros alguna celebridad artística contemporánea. Nos prometemos hacer cualquier sacrificio en bien de la deidad salvadora, del génio bienhechor que nos divierta y cautive, ya con los primores del arte en hermosos espectáculos, ya con extrañas y verdaderas novedades. Pero nuestro público se parece á un niño que desea y se desespera por un juguete, y que tan pronto como lo tiene, lo desprecia y lo rompe por inútil é inservible. Y si no, véamos lo que pasa.—Viene la ópera. Todos hablan de ella desde que se sabe que ha llegado á Veracruz; todos piensan ir al teatro sin perder una funcion, y se entusiasman con la risueña perspectiva de dos ó tres meses de espectáculos líricos. Se hacen anticipadamente conjeturas sobre el mérito de los artistas, segun las noticias que de ellos se tienen; se leen y se comentan los programas que publican los periódicos, y nadie falta en Buenavista el día que llega la compañía. ¡Qué curiosidad, qué alegría! ¡Con qué entusiasmo se recibe á los viajeros, qué atenciones se les dispensan, con qué fina galantería hablan á las damas, qué delicadeza de lenguaje y de maneras! Diríase en esos momentos que es este pueblo el pueblo más artista de la tierra.

Sin embargo, ninguna de aquellas demostraciones es hija del entusiasmo artístico. El pollo insustancial y pretensioso se alegra de la venida de la ópera, porque va á tener un nuevo teatro

donde lucir el prendido de su corbata; la coqueta, palco desde el cual podrá dirigir engañadoras miradas á los que la halagan y adulan; el imberbe galan, repetidas oportunidades de ver de cerca á la niña que le tiene cautivado. Y así los demás: éste su vanidad de ostentar en cada noche un traje nuevo; aquel la esperanza de alcanzar en pleno teatro un triunfo sobre su rival; ésta, la ambicion de atraer á sí todas las miradas; aquella, el orgullo de maravillar á la concurrencia con el brillo y la riqueza de sus joyas; todo, ménos el amor al arte, ménos el deseo de disfrutar de goces delicados y puros.

La concurrencia, en las primeras funciones, es numerosa y distinguida; despues va disminuyendo, disminuyendo, hasta quedar el teatro desierto. ¿Dónde están los que se regocijaban con la llegada de la ópera? ¿Dónde los que se fastidiaban con la falta de espectáculos? ¿Qué se hicieron aquellos amantes platónicos del arte, tan celosos de su cultivo y adelanto?—Si se les encuentra en la calle y se les pregunta por la última funcion, dirán bostezando que no estuvieron en ella.

—La compañía no sirve. Era mejor Tamberlick; cantaba con más expresion la contralto que vino con Pozzo; había más dulzura y sentimiento en la voz de la Peralta cuando trabajó hace veinte años.

—Esta compañía no da espectáculos nuevos—dicen otros.—¡Siempre *El Trovador*, *Ruy Blas*, *Fausto*, *Rigoletto!*

Resultado: que la empresa, al abrir el segundo abono, apénas si puede cubrir los gastos; al

concluirlo no puede ya sostenerse, y se arruina. —Al ver estos cambios, estas volubilidades verdaderamente inexplicables, fuerza es confesar que sólo depende del malo, malísimo gusto que reina entre nosotros. No se comprende cómo hay quien prefiera las payasadas de la *Gallina Ciega*, al delicioso y bellísimo cuarteto de *Rigoletto*, á las melancólicas y sentidas notas de *Lucía* y *Sonámbula;* siendo lo más notable, que esta depravacion de gusto se halla más arraigada y es más general en aquella clase de la sociedad que dispone de mayores elementos para formárselo fino y delicado, oyendo diariamente en el piano trozos de buenas óperas y recibiendo quizá una excelente educacion artística.

II

Y bien: careciendo de animacion nuestros teatros, ¿tiene la sociedad mexicana otros círculos donde reunirse? ¿hay otros goces que ocupen el lugar de aquellos, con provecho de nuestra cultura y de nuestra ilustracion; ó será que llevamos una vida tan pacífica y arreglada que no tenemos tiempo ni de divertirnos? No, desgraciadamente: nada de esto sucede; ántes parece que entre nosotros faltan elementos para amenizar la existencia con algunas gratas distracciones propias de toda sociedad juiciosa y expansiva.—No hay tertulias de salon, tan necesarias para que las familias se conozcan y se traten; no hay conciertos, donde el artista pueda estudiar y afinar su gusto, y el público aplaudir el mérito: no hay veladas literarias, donde el

naciente poeta halle estímulo y consejos, el orador teatro y auditorio ante quien lucir sus buenas dotes; el estudiante, honesto entretenimiento, y la juventud femenina, oportunidad de aprender á discernir el valor verdadero del prestado y falso; no hay, en fin, en nuestra sociedad nada de aquello que pudiera interesarla vivamente, ofreciéndole goces para la inteligencia y el corazon.

¿Cuál es la vida en México? Sin referirme á aquellos que la pasan en medio del trabajo, y tal vez de las privaciones, todos aquí viven en la ociosidad más tonta.—El rico contempla sus tesoros, acaricia deseos de aumentarlos, muchas veces empleando medios que reprueba la moral, y apénas si lee alguna vez el periódico, para informarse dc aquellos sucesos que pueden influir en la marcha de sus negocios. El estudiante falta á cátedra, lee de carrera algunos días la que señaló el profesor, y ejercita poco su entendimiento, con el propósito de redoblar á fin de año sus esfuerzos para salir bien en el exámen; y entre tanto se pasea y se divierte, quita el tiempo á sus compañeros, va al billar todos los días, al juego, á las cantinas, y se olvida de todo. Los que disfrutan de algunas rentas y tienen aversion al trabajo, los diputados, periodistas, gentes sin ocupacion ni obligaciones, pasan la vida en las tercenas y peluquerías, donde forman tertulia y hablan de cuanto quieren: de literatura, sin haber leído nada; de teatros, sin haber estado atentos á la representacion; de política, sin preocuparse del porvenir de la patria, y sobre todo, de crónica escanda-

losa, que es el manjar favorito de sus pláticas. ¡Cómo critican á todo el que pasa, cómo se burlan de la humilde fea, con cuánto sarcasmo hablan de los inocentes maridos! Allí se decide de la reputacion de una mujer honrada, se discuten sus atractivos y sus gracias, se pone en duda su virtud: la lengua de estos vagos distinguidos es una espada terrible que hiere á cuantos toca. ¡Y en esta escuela se educan los jóvenes que más tarde han de ser esposos y padres de familia! En vez de estar sobre los libros cultivando su entendimiento, en vez de recogerse en el hogar doméstico para recibir ejemplos de virtud y piedad paternas, ó para habituarse al trabajo que más tarde puede ser su único patrimonio, van á esos círculos de maledicencia á oir cosas que debían alejarlos de ellos.

Algunas señoras y señoritas, por su parte, pasan tambien el día siguiendo sólo los caprichos de su frivolidad. Muchas van á misa diariamente; pero no pocas hay que la oyen por costumbre, sin devocion ni atencion. Paséanse luego por los cajones de ropa, las joyerías, las tiendas de modas, las perfumerías y sederías; entran algunas veces á ellas, piden el precio de un objeto del aparador, y se marchan; otras llaman desde el coche al elegante dependiente; preguntan por alguna mercancía; la traen, se bajan cajas, piezas, cintas; se abren tercios, se trastorna el almacen, y al fin, llevan cualquier cosa; vara y media de liston, un anillo de á dos pesos, una corbata. Y así se pasa el resto del día.

¿Puede haber vida más triste que ésta?

Es de lamentarse que las ocupaciones intelectuales vayan siendo una mentira entre nosotros: que nadie se ocupe en algo sério y útil, que nadie lea, ni ame la instruccion, sino que todos vayan tras ambiciones innobles, buscando la realizacion de no sé qué absurdos y nécios deseos. Y es de lamentarse más todavía que se vea con indiferencia este estado de la sociedad, y que nadie se alarme con él.

III

Es una verdad que la falta de círculos domésticos donde reunirse, es altamente perjudicial á las familias, especialmente para la parte juvenil de uno y otro sexo. No estamos ya, por desgracia, en aquella época en que se comprendían, se amaban y se deseaban los honestos goces del hogar; en que se buscaban distracciones pacíficas en el seno de la confianza, y en que los ánimos se contentaban con poco, con cosas inocentes y sencillas. Hoy se aborrece la vida retirada y de reclusion voluntaria, se huye de la familia, se quiere estar siempre en el mundo, y nadie halla encanto en el oscuro y silencioso cultivo de las artes ni en la lectura de un buen libro.—Los jóvenes, sobre todo, sintiendo en sí la necesidad de la expansion, salen de su casa en busca de amistades ó de placeres; mas se encuentran con que no tienen donde ir, y entónces las puertas del vicio se abren seductoras para ellos. La cantina, el billar, las conversaciones licenciosas, y otras cosas peores, los llaman y los atraen para perderlos. Desde aquel

momento su vida es de ociosidad y de escándalo; tórnanse en insolentes y vanidosos; sus modales cambian; sus sonrisas adquieren cierta expresion de burla y de desden, pierden el respeto á todo, y con el mayor desacato hablan de lo que no entienden.—Las jóvenes, por su parte, condenadas á no tratar en la sociedad, á no frecuentarla llevando por guía la discrecion maternal, y sintiendo, sin embargo, vehementísimos deseos de conocerla, entréganse á la lectura de novelas inmorales, de cuadros repugnantes que ajan su pudor y su inocencia; y tambien se pierden. Y de aquí que algunas sean frívolas y coquetas, que no sepan conversar, y que tengan malísimo gusto para todo. Porque ¿cómo se lo han de formar bueno si no tienen teatro donde ejercitarlo? ¿Cómo ha de haber amenidad en su conversacion, si les falta el hábito del trato social?

Es cierto que algunas veces se perjudican más las jóvenes con la frecuencia del mundo, que con el aislamiento y la soledad en que viven; pues en aquel, pronto puede nacer la aficion al lujo, y léjos de luchar para vencer las tentaciones, quizá fácilmente se dejarán llevar de ellas. Mas es una verdad tambien que si se procurara poner á esto una sólida barrera en la virtud, serían incalculables los beneficios que resultarían á la sociedad de la presencia de las jóvenes en los círculos de reunion.

Y aquí surge una cuestion interesantísima y trascendental: ¿conviene que las mujeres frecuenten los espectáculos? ¿es de alguna utilidad verlas en medio de ellos?—Acaso el actual es-

tado de las costumbres nos dé una respuesta negativa; porque, como dice D. Severo Catalina, "los espectáculos hoy vienen á ser el gran gimnasio de la belleza y de las modas." Sin embargo, es indudable que estos peligros desaparecerían teniendo la mujer una educacion sólida y esencialmente cristiana, pues así encontraría en ella una defensa constante á su virtud. Ni los deseos de figurar, ni los halagos del lujo, ni las tentaciones de triunfos amorosos, podrían jamás penetrar en corazones acostumbrados á la virtud y la honestidad. Su misma inocencia sería impenetrable escudo y su candor detendría á los atrevidos. Y este trato frecuente iría tambien estrechando los vínculos de amistad entre las familias, daría á conocer su carácter, sus sentimientos, sus ideas, y los que más tarde pudieran llegar á ser esposos, tendrían oportunidad de estudiarse mútuamente para no sufrir desengaños y para saber á quién entregaban su corazon. Desaparecerían así las dificultades con que generalmente se tropieza en la investigacion de las cualidades y virtudes de las personas; desaparecería el sistema que para enamorar tienen hoy los jóvenes, pues en los salones encontrarían á la elegida de su alma; y habría, por último, en las costumbres, más expansion, mayor confianza, y una dulce y encantadora intimidad.

Aparte de esto, ¡cuántos bienes harían las señoritas en las reuniones á los que asistiesen á ellas! Su trato bondadoso y amable los tendría á su lado siempre, sin darles tiempo de pensar en reprobadas diversiones; su graciosa discre-

cion cautivaría á todos, y les haría comprender el tesoro de belleza y de sentimientos que se encierran en el alma de una mujer virtuosa; su buen gusto influiría de una manera decisiva en el de los demás, y todo, en suma, iríase reformando con la enseñanza y el ejemplo de tan lindas maestras.—La mujer, que es toda poesía, atrae los corazones, los hechiza, hace nacer en ellos nuevas afecciones, y puede llevarlos por el camino que quiera. Nosotros los hombres somos sus esclavos; reconocemos y confesamos su superioridad, y gustosos nos sometemos á su imperio: podemos dejar la gloria, el dinero, un porvenir feliz, si ella lo quiere. Dispuestos estamos siempre á hacer cualquier sacrificio para satisfacerla, para obtener una mirada de sus ojos ó una sonrisa de sus labios. ¿Y qué no haríamos tambien para impedir que nos odiase ó nos viese con enojo?

IV

Reflexionándolo bien, sólo la mujer podría, en estos tiempos de corrupcion, impedir los desastres que nos amenazan. Porque sólo ellas poseen el secreto de una elocuencia que convence, sólo á ellas las oiríamos con humildad y atencion, sólo sus consejos nos parecerían sabios y acertados, y sólo de sus manos desearíamos recibir el galardon que mereciesen nuestro cambio de costumbres y nuestra buena conducta. Estaríamos pendientes de sus labios para obedecerlas, pendientes de sus ojos para adivinar en ellos lo que no fuese de su agrado; nos

mostraríamos atentos, juiciosos, ilustrados, y en nuestras palabras habría siempre la más exquisita y delicada cortesía. Nadie iría ya á las cantinas, á los cafés ni á los estanquillos de buen tono; nadie buscaría las malas compañías, ni pensaría en el juego, ni soñaría con esos goces que secan la fresca sávia de la juventud para legar á los años venideros una generacion miserable y raquítica. Nadie querría salir de los salones donde los ojos se recreasen en castas hermosuras, y donde el espíritu hallase deleitable esparcimiento, ora en las suaves armonías de un piano, ora en la voz dulcísima de una artista encantadora, ora en la conversacion de una jóven linda y discreta. Amaríase entónces la vida del hogar, la vida de la familia, no la vida del café y de la cantina, que en el decir de un escritor español ha sustituido á aquella. Estas tertulias íntimas serían el mejor y más apetecido descanso de nuestros trabajos.

La influencia, pues, de la mujer en las costumbres públicas y privadas, en la vida del corazon y hasta en la del entendimiento, es grande y decisiva. Siendo por su misma naturaleza fina y delicada, estando dotada de un corazon siempre sensible y dulce, amando con una especie de instinto, que no pocas veces parece milagroso, lo que es verdaderamente digno de ser amado, ella puede gobernar las riendas del sentimiento y llevarle á las fuentes donde pueda nutrirse de saludables aguas.—Empero, y aunque sea triste decirlo, ¿están en aptitud de hacer esto las señoritas de nuestra sociedad?

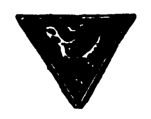
Los novadores del siglo XIX llegaron ridi-

culizando la educacion que muchos padres daban á sus hijas; éstos se alarmaron, creyendo descortesía no oir los consejos del progreso, y lentamente fueron dejando su primitiva severidad.—"Está bien, dijeron, os damos gusto; ó mejor dicho, hemos comenzado á hacerlo. Nuestras hijas son ya hijas de la moda, siervas obedientes de todos sus decretos; van con las luces del siglo, con las exigencias de la moderna civilizacion. ¿Pero qué nos dais en cambio? ¿Qué educacion, á juicio vuestro, deben recibir ahora nuestras hijas?"—Y los novadores no supieron qué contestar, ó contestaron fundando escuelas en que se enseña á la mujer hermosos conocimientos, si se quiere, pero no los deberes de esposa y de madre que tal vez necesita: y ningun padre de familia se alarmó ante los absurdos y necedades que aquellos decían en libros, periódicos y discursos; y nadie volvió á acordarse de la educacion antigua ni nadie pensó tampoco en buscar otra que la sustituyese. Por eso estamos como estamos.

Así, pues, casi hay que confesar que el medio moralizador de que se hablaba ántes, es por ahora enteramente ineficaz entre nosotros. Y aunque no lo fuese: debemos tener presente que ya no estamos en los tiempos de la edad media, tiempos caballerescos en que se rendía á las damas un culto que rayaba en idolatría, y en que un amante era capaz de conquistar un reino y áun de escalar el cielo, si su amada se lo pedía. Hoy, por desgracia, pocos saben estimar debidamente las gracias y las virtudes de la mujer, pocos le guardan aquella fidelidad an-

tigua que hacía á los hombres agradarla y complacerla. Nuestros jóvenes sólo van tras de aquello que halaga sus gustos, sus pasiones y sus inclinaciones, y dejan á un lado lo que puede contrariarlos ó detenerlos en su desenfreno.— Las señoritas, sin embargo, deben pensar en esto, y emprender una obra de regeneracion. Ellas conseguirán más, sin duda, con su encantadora palabra, que los padres con sus consejos y castigos. La juventud de hoy es por naturaleza rebelde á toda autoridad, pero seguramente no lo sería tanto, si tuviese que obedecer el mandato de unos ojos negros; no lo sería, si supiese que el premio de su obediencia lo tendría despues en una sonrisa de benevolencia y agrado. Ellas, por su parte, y á fin de asegurar más el triunfo, deben rodearse de mayor número de encantos, sobre todo de aquellos que subyugan el alma y se imponen al corazon. Conviene que no se aparten un punto de la estricta y sana moral cristiana; que en su educacion se mezclen al mismo tiempo la humildad, la moderacion y la candorosa sencillez que les comunicaba el régimen antiguo, y la discrecion, el buen gusto, la gravedad que se necesitan para tratar con los hombres de nuestros días. Una educacion que les enseñase á distinguir lo bueno de lo malo sin perjuicio de su inocencia, á ser ilustradas sin caer en el defecto de la vanidad, á ser, en fin, buenas, virtuosas y benévolas: hé aquí lo que las haría más recomendables. Su tiranía, si así pudiera llamarse, sería una tiranía adorable, sería el imperio blando y suave de la virtud y del bien.

Compréndanlo bien las señoritas: de ellas depende quizá que la juventud cambie de sendero, de inclinaciones y de costumbres; que deje de ser frívola y disipada, para buscar en el trabajo las verdaderas fuentes de la riqueza, de la prosperidad y del bienestar; que lea y estudie, en vez de divertirse siempre; que ejerza su actividad en obras útiles, no abandonando por eso el cultivo de sus facultades; en una palabra, de la influencia de la mujer depende quizá que la nueva generacion no venga á ser lo que hoy promete, y que en lugar de ella tengamos en lo futuro una porcion escogida de útiles y honrados ciudadanos.—Consiguiendo estos fines las señoritas harán un gran servicio á la sociedad en que viven.





LA MÚSICA BUFA.

I

¿QUIÉN no gusta de los tranquilos goces que proporcionan la música y el canto? ¿En qué corazon no hallan eco las melancólicas y suaves notas que expresan los sentimientos humanos? ¡La música!.... Desde que el hombre nace comienza á deleitarse con ella: en la cuna se duerme oyendo las canciones de su nodriza y de su madre, y en su juventud, sólo á un instrumento armonioso confía la expresion de sus tiernos y delicados afectos. Á la música acude en sus horas de desengaño y de dolor, y en medio del tumulto de las pasiones y del mundo, sólo un canto triste, sólo unos acentos melodiosos, pueden despertar en él ideas é impresiones saludables; porque á su maravilloso influjo se mejoran los sentimientos, se ennoblecen las aspiraciones y deseos, se despiertan dulces recuerdos, que hacen buscar en la meditacion una fuente de consuelo. El amor á la música es por esto señal segura de buen gusto, de ilustracion, y de bondad y delicadeza de alma.

Por desgracia, el torpe materialismo que domina en las sociedades modernas, se ha infiltrado tambien en los íntimos secretos del arte musical, y ya hoy, á la música del sentimiento ha sucedido la música del placer; á los suaves y mansos goces del espíritu, la ardiente irritacion de la sangre; y á la serena melancolía del alma, el loco regocijo de la imaginacion, la estruendosa carcajada de la orgía.—La ópera bufa, la zarzuela: hé aquí lo que hoy quieren todos; hé aquí la música que los hijos del siglo XIX necesitan para acompañarse en sus placeres, en sus gritos de febril regocijo, en la confusa agitacion de nuestras costumbres; hé aquí, finalmente, la única música propia de nuestra desdichada época. Porque ella alegra el ánimo, y la alegría es lo que se desea á todo trance; enciende el ardor juvenil, y la juventud está sedienta de goces y embriagueces; entusiasma, y hoy el entusiasmo es la vida, la felicidad suprema, el olvido de todo. ¡Bah! ¿quién se ocupa en sentir, en pensar en los misterios del alma, en conmoverse con honrados y puros afectos? ¿Para qué buscar sencillas representaciones, donde la inocencia y la virtud tengan el principal papel, donde una pasion generosa derrame celestiales resplandores sobre las miserias de la vida?..... Ni las graves y profundas inspiraciones de Beethoven y Meyerbeer; ni los apasionados acentos de Rossini; ni la dulzura y delicadeza de los autores de *Lucía* y *Sonámbula*, pueden ya tener valor alguno ante una sociedad que aplaude sin cansarse *El Proceso del Can-can*, y se entusiasma hasta el delirio con *La vida pari-*

siense; ante una sociedad donde nadie quiere respirar el exquisito aroma del arte, y todos buscan con afan la gritería, la confusion, el bullicio de las escenas del mundo.

No preguntemos, pues, por qué no progresa el teatro, por qué las empresas de ópera se arruinan, por qué falta concurrencia en los conciertos, por qué nadie va á la tertulia de confianza, donde por toda distraccion se tocan bellos trozos de la dulcísima música italiana. Nada de eso debe sorprendernos, desde el momento en que véamos cuáles son los gustos y las inclinaciones de nuestro público, y acaso podríamos agregar, del público de todas partes.—De Francia nos ha venido este amor á lo extravagante y nuevo, porque, como decía un ilustre académico español, "allí donde la pudorosa ninfa del teatro volaba un tiempo dignamente engalanada con la veste de plumas que le ciñeron Corneille, Racine y Molière, hoy corre desatentada por los bulevares, ébria y deshonesta, derramando chistes inspirados por la fiebre del sensualismo."

Y la verdad es, en efecto, que á los extraños espectáculos nacidos últimamente en Francia, debemos en gran parte el malísimo gusto general que reina hoy en ciertas esferas del arte, y que acelera más y más cada día el decaimiento de todo lo bello y noble, de todo lo elevado y puro. Las novelas francesas, inmorales, absurdas y monstruosas, han pervertido por completo las aficiones literarias, ocupando el lugar que ántes tenían las narraciones sencillas escritas en el estilo de *Pablo y Virginia;* y ahora la

ruidosa y sensual música de Offenbach y de Lecocq, amenaza tambien desterrar para siempre de nuestros teatros la representacion de obras dramáticas y los espectáculos musicales, siempre amados y deseados por las personas de excelente gusto.

II

Espectáculos musicales he dicho; y quiero suponer que los lectores no me harán la ofensa de creer que me refiero á la zarzuela.—La zarzuela es en realidad la única culpable de lo que hoy sucede en materia de aficiones artísticas. Por ahí empezamos: ella comenzó á corromper el gusto, llamando á los teatros y atrayendo al público, con su mixtura de comedia y de música burlesca, de alegre sainete y de canciones maliciosas y picantes. Esas coplas desaliñadas y sensuales, salpicadas de chistes groseros y sin gracia; esas tonadas que no tienen ni la frescura, ni la ingenuidad, ni ménos la sencillez de los cantares populares; que no expresan sentimientos ni ideas, sino puras frivolidades de gentecilla sin corazon y sin moralidad; esa música toda de broma, de farsa, de pasatiempo y de algo más, ¿qué dicen á nuestro espíritu y á nuestra mente, qué emociones benéficas nos producen? Tan sólo despiertan ciertos instintos y cierto entusiasmo, que no merecen á la verdad calificarse de amor á las artes y á lo bello; sino que más bien alejan de nosotros las aspiraciones hácia otros goces verdaderamente delicados y cultos.—En fin, es indudable que la zarzuela ha

nulificado el teatro, lo ha matado, ha acabado con todo lo que á él iban á buscar las inteligencias pensadoras y sensatas. "Ya no vamos al teatro,—decía un escritor español,—á sentir las emociones viriles de la tragedia. *La Vida es sueño* nos haría dormir. Al *Mágico Prodigioso* preferimos una comedia de mágia. Bostezamos con los monólogos de Hamlet sobre la muerte. Á una estrofa del *Prometeo* de Esquilo, preferimos unas cuantas violonadas de Offenbach, este ruiseñor de Asnières y de Mabille. El teatro se ha convertido en una orgía donde nos embriagamos de chistes equívocos, y reímos á grandes carcajadas viendo á un pobre soldado convertido, por el arte de amar, en general. Esta Duquesa de Gerolstein es la Julieta de nuestro tiempo, y en alas del *can-can*, va, tierna y amorosa, desde el Louvre hasta el Capitolio, desde las orillas del Rhin hasta las orillas del Támesis."

"Yo abomino la zarzuela—decía otro ilustre escritor, D. Pedro Antonio de Alarcon,—ántes por sentimiento, que en fuerza de silogismos. Caéseme el alma á los piés cuando medito en que la música, el arte peculiar del siglo XIX, la más sublime, y hasta si se quiere, la sobrenatural y magnífica expresion de la belleza, no tiene en España otros horizontes en que tender su vuelo, que los estrechos límites á que le reduce este mezquino espectáculo, *mixto como todo lo decadente.*—¿Qué es aquí la música? Una esclava puesta al servicio de un traductor de dramas de brocha gorda. ¿Qué probabilidades de éxito, de ganancias, de gloria, de inmortalidad tiene un compositor en este teatro? Las

que le sobran para hacer reir al público á un maquinista hábil, á un gracioso caricato, á una fábula absurda llena de espantables episodios é increíbles peripecias: ¡nada más! En el mundo no hay más que dos escuelas musicales: Alemania é Italia. Fuera de esto, todo es adulteracion, profanacion, bastardía, oropel y moneda falsa."

Esto decía el discreto y elegante autor del *Diario de un testigo de la guerra de Africa.* ¿Qué más podré decir yo, sobre todo, refiriéndome á México, donde todo falta, hasta esos "compositores que no tienen en el teatro ni probabilidades de éxito, de ganancia, de gloria y de inmortalidad?"—La zarzuela ha dado ya al traste con las inclinaciones del público hácia la buena comedia, la ópera, los conciertos y los dramas. De hoy en más, la ópera bufa, que es la última profanacion del divino arte, acabará tambien por introducirse en los gustos de nuestros pocos compositores. Y no me refiero á los que por lo comun escriben danzas insustanciales, ligeras y frívolas; hablo de los que estudian y gustan de la música de los grandes maestros. ¿Les será á ellos posible librarse del contagio? ¿tendrán la suficiente fuerza de voluntad para resistir la corrupcion de su buen gusto? Ojalá que sí; pues ellos deben comprender mejor que nadie, el perjuicio que les resultaría de seguir las báquicas inspiraciones de aquella musa ébria y deshonesta de los bulevares, de que hablaba el académico español.

III

Bien seguro estoy de que muchos no piensan como yo, y de que mis palabras han escandalizado ya á algunos lectores.

—¡Cómo!—se dirá—desairar la ópera bufa, esta encantadora novedad de nuestros días; no comprender el mérito de esa música que á todos deleita y embriaga; no entusiasmarse con aquella gracia de la Aimée y de la Judic que enloquece los ánimos y los exalta; no contemplar extasiado aquellos picarescos movimientos, y aquellas maliciosas miradas, y aquellas animadas escenas, y aquellos cuadros vivos y palpitantes de la vida real...... vamos, eso es no tener sangre en las venas.

Está bien: yo confieso mi mal gusto, si así quiere llamarse. Pero la verdad es que ni esta música ni estos espectáculos deben ser del agrado de personas sensatas é ilustradas: porque, ¿ganan algo el arte y la literatura con ellos? ¿disfruta el alma de plácido y honesto esparcimiento? ¿tiene el corazon saludables impresiones, tales como aquellas que comunican al espíritu amor al bien, y al entendimiento vigor y rectitud? O qué, ¿tanto hemos descendido ya, que podemos ir tranquilamente á aplaudir los ataques á la moral y á la virtud, las caricaturas del amor, la burla de todo sentimiento noble? ¡Ay! al ver ciertas escenas de las óperas bufas, no comprendo cómo hay padres que lleven á sus hijas al teatro, donde pueden perder su inocencia y sentir ajado su candor; no comprendo

cómo hay esposos que lleven á sus mujeres, allí donde se pone en ridículo muchas veces el cariño y la fidelidad conyugales, y se oyen frases picantes y groseras, irrespetuosas y deshonestas....

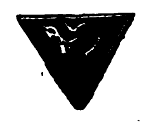
Y no se me diga que esas óperas se suelen representar en un francés comprensible sólo para los franceses; que sus equívocos, sus chistes más diabólicos, sus frases de doble sentido, pasan inadvertidas para la mayor parte de la concurrencia; no. Nada importa que así sea: en estas representaciones poco caso debe hacerse del lenguaje, pues el movimiento, las actitudes, las señales, lo hacen todo. Se representan de bulto escenas que siempre pasan en la oscuridad, en el misterio, léjos de miradas humanas; escenas con las cuales se ofenden la moral y el pudor de la mujer, la fidelidad de la esposa, la candidez é inocencia de la niña, la dulce ternura de la doncella enamorada....

Repito que este género de espectáculos es propio de nuestro siglo burlon y despreocupado; ¿pues á quién le había ocurrido ántes llevar á la escena las flaquezas humanas, no para corregirlas con ejemplos de fortaleza y de abnegacion, sino para reírse de ellas y despertar en los ánimos vivos deseos de imitarlas?

¿Se dirá acaso que allí se busca la música, y que todos van por oírla y gozar con ella? Pero á nadie se le debe ocultar que no es ésta la música propia para el solaz de personas ilustradas y de buen gusto. Que quede, en buena hora, para esos desdichados que han arrojado léjos de sí todo sentimiento moral y piadoso, todo freno

de órden, de moderacion y de cordura; para los que llevan una vida contínuamente agitada por las pasiones, y se recrean y se complacen con la maledicencia; para los que sienten aversion hácia la santa paz del hogar, y la sustituyen con una existencia errante é incierta sembrada de peligros y amarguras; para los que huyen del matrimonio como tiranía insoportable, y reputan los deberes que impone de enfadosas y molestas cargas; en una palabra, que queden en buena hora los espectáculos bufos, para quienes se dejan dominar de sus vicios, los calaveras y los que deshonran sus canas aplaudiendo y entusiasmándose con una diversion á todas luces inmoral.

Los católicos deben abstenerse de presenciar esos cuadros, por respeto á la religion y á la moral que profesan, por respeto á las buenas costumbres, ya bastante desarregladas por desgracia, y por respeto tambien á sí mismos y al culto de la verdadera belleza del arte.





DIAS DE PRIMAVERA.

I

HERMOSA época del año esta época de la primavera! Ha llegado ya á nuestro hermosísimo valle la estacion de las flores y de las brisas perfumadas, del canto de las aves y de las campestres alegrías. Los vientos, refrescados todavía por las últimas nieves del invierno, llévanse en sus alas las secas hojas de los árboles, esas hojas que fueron gala y adorno de la naturaleza; las golondrinas vuelven de sus viajes, y llenas de alborozo y de inquietud buscan el nido de sus últimos amores, en las ventanas, en las paredes de las iglesias ó en las escondidas grietas de las torres; las delicadas plantas de los jardines recobran su natural vigor y lozanía, para ostentar despues, en medio de sano verdor, rojos y encendidos claveles, blancas azucenas, frescas margaritas y rosas, tulipanes y jacintos; hínchanse las yemas de los árboles, se cubren de verde alfombra los prados, la corona de plata de las montañas desaparece cediendo su lugar á vistosas diademas de esmeralda, y todo, en fin, cambia y se trasforma, y renace á una nueva vida.

El cierzo helado despojó á los bosques de su galano follaje; pero ahora viene la primavera á dárselos floridos y frescos, para que el viajero tenga sombra donde refugiarse del abrasado sol de medio día. Las fértiles campiñas, ántes tristes y amarillentas, vánse á ver ahora poéticamente engalanadas de diversas y pintadas flores; los vergeles en que sólo se oían susurros de enfadosos insectos, repetirán en sus altas bóvedas de verdura, el amoroso gorgeo del ruiseñor, el blando arrullo de la tórtola, el alegre canto con que otras aves saluden el nuevo día, y los melancólicos trinos con que se despidan de la tarde. Las mariposas, encerradas por tanto tiempo en su cárcel, al sentir las tibias caricias del sol de primavera saldrán gozosas y ufanas á disfrutar de la existencia, sumergiéndose en verdaderos océanos de dorada luz, vagando por jardines y llanuras donde liben la miel exquisita de las flores, y ostentando, en fin, ante grupos de candorosos niños, los colores de sus alas, haciendo alarde, al parecer, de su ligereza y dando giros caprichosos á sus vuelos. En las apartadas soledades donde ántes no se percibía ningun perfume, nos regalará ahora el aroma embriagador de la violeta, del azahar y la mosqueta; y allí donde había silencio, tristeza y soledad, reinarán luego el animador bullicio de la naturaleza, la alegría de los pájaros, las múltiples armonías y cánticos de la creacion.—¿Quién, pues, no se regocija con estos días de esplendorosa luz? ¿Quién no se siente renacer á una nueva vida, cuando á su derredor todo florece y se reanima?

II

Los moradores de las ciudades, donde el polvo ahoga y molesta, el estruendo de los carruajes ensordece, el ruido aleja á las golondrinas, y las calles impiden ver el cielo, como las paredes de una cárcel; los moradores de las ciudades, digo, no saben á la verdad lo que es la llegada de la primavera, esta risueña y pródiga deidad que es la alegría del campesino; ni conocen tampoco las armonías con que se anuncia, las espléndidas galas con que se presenta, ni el lujo que despliega durante su reinado sobre la tierra. Para eso es necesario estar en el campo, en la montaña, en medio de bosques y hondonadas. Aquí todo es igual siempre, y no se disfruta de los goces inocentes y sencillos que ofrece la naturaleza: la agitacion contínua en que vivimos no nos permite ver los cambios y trasformaciones de la tierra en las distintas épocas del año; y además, hay otros cuadros y otras escenas que entretienen nuestra atencion. Al aire embalsamado de los campos, parece que preferimos los vapores del vino, del tabaco y del café; á las risueñas y hermosas campiñas bordadas de flores, las ridículas y extravagantes decoraciones de un teatro; al canto melodioso y lleno de misterio de los pájaros, los irritantes acentos de una música sensual; y á las horas de meditacion á que convida la soledad de los bosques, las largas conversaciones con gente frívola y vana.

¡Cuán dichosos son en cambio los que viven

léjos de estos centros populosos, libres de las trabas que á nosotros tanto nos estorban para obrar bien y emplear las horas que tenemos de descanso en honestos entretenimientos! Allí es puro y sano el aire que se respira; las flores convidan á gozar de su perfume; las montañas ofrecen perspectivas majestuosas, y fácilmente se encuentran distracciones en las escenas más comunes, en los objetos más sencillos é insignificantes. Ir, pues, á pasar al campo la temporada de primavera, despues de haberse fastidiado en la ciudad, es indudablemente el goce mayor que se puede apetecer. ¿Quién no lo desea con ánsia? ¿Quién no suspira un poco por tener otra vida, otras costumbres; ver otros objetos y tener distintos pasatiempos?—Las flores que aquí tenemos han sido plantadas y cultivadas en macetas, regadas por agua que ha traído un sirviente; han estado defendidas de los ardores del sol por gruesas cortinas de trapo, y ni el rocío de la noche ha fecundado sus cálices, ni la aurora les ha mandado su primer beso, ni las brisas de la tarde han agitado blandamente sus delicados pétalos. ¿Qué extraño, pues, que carezcan de perfume, de frescura y lozanía? ¿Qué extraño que sus colores sean pálidos y que apénas desprendidas de sus tallos, comiencen á languidecer y á marchitarse? No así las flores del gran jardin de la naturaleza: el calor del sol las fecundiza; el rocío del cielo las refresca; la luz aviva y enciende sus colores; el manso céfiro juega con sus hojitas, y les comunica animacion y vida. Allí, no abierto aún el boton del nardo, del clavel, de la rosa de Castilla, percí-

bense ya sus delicados aromas; y las mariposas y las abejas pueden libremente gustar la miel escondida en su seno. En la ciudad jamás vemos la salida del sol, porque acostumbrados á desvelarnos todas las noches en frívolas diversiones, prolongamos nuestro descanso hasta pasadas las primeras horas de la mañana; nunca vemos tampoco la poética y melancólica caída de la tarde, ni escuchamos los trinos melodiosos de las avecillas que de ella se despiden, ni contemplamos las caprichosas figuras que nubes de oro, de grana y de violeta forman en nuestro horizonte. De nada de esto gozamos; todo pasa inadvertido para nosotros.

En el campo sucede lo contrario, y hasta parece que cambian nuestras condiciones físicas; pues instantáneamente nos sentimos bien, muy bien: se robustece nuestro cuerpo, se aligeran nuestros movimientos, y una actividad maravillosa se apodera de nosotros. Ya no hay en nuestros pasos aquella lentitud perezosa que nos robaba tiempo; ya no tiene nuestro rostro aquel color amarillento y pálido que nos daba el aspecto de enfermos anémicos, ni en nuestros ojos hay, por último, aquella enfadosa expresion de fastidio y de indiferencia. Todo esto desaparece bajo la saludable influencia de los aires puros, del aroma de las flores, de las encantadoras perspectivas que por todas partes se ofrecen á nuestra vista: dormimos poco, y nuestro sueño es tranquilo y profundo. Ningun cuadro campestre, ninguno de sus detalles queremos dejar de examinar.—Entónces, sí, el hombre se contempla rey de la creacion, y en medio del si-

lencio que lo rodea, llega á comprender que todo ha sido para él, para su beneficio y su deleite. Admirado ante la obra de Dios, sus labios pronuncian cánticos de gratitud y de alabanza. La majestad de los bosques y la grandeza imponente de las montañas; los astros que brillan en el cielo, la luna que alumbra el firmamento, los prodigios de la tierra; todo parece asociarse en feliz concierto, para recrear su espíritu y alimentarle de elevados y sublimes pensamientos.

III

Los alrededores de México son á propósito para pasar en ellos esta temporada. San Ángel y Mixcoac, Tlalpan y Coyoacan, con sus huertas y sus jardines, sus hermosas alamedas, sus quintas cómodas y elegantes, su cielo trasparente y purísimo, convidan siempre á buscar allí un ameno y delicioso retiro. Los vientos del Ajusco bajan hasta esos vergeles de flores, trayendo los olorosos perfumes de la sierra y la frescura de sus nieves que se derriten ya; las avecillas que han mudado de plumaje ensayan de nuevo sus cantos, siempre viejos y siempre agradables á quien los oye, y todo anuncia una época de ventura y de placeres.

¡Ay! al ver todo esto y presenciar los preparativos de las familias que van á pasar allí algunos meses, ¿cómo no suspirar por la vida doméstica, todos los que, camo el autor de estas líneas, están léjos de su hogar y de sus paisajes queridos? ¿cómo no lamentar esta soledad en que vivimos, esta tristeza que nunca nos deja,

esta cansada monotonía con que se desliza nuestra existencia? ¿cómo no envidiar, por último, á los que van á deleitarse con las inocentes alegrías del campo, con las sombras de los huertos, con el apartamiento silencioso de escondidos sotos?..... ¡Y cuán deliciosamente debe deslizarse allí la vida! Ni teatros ni visitas de cumplimiento, ninguna de las exigencias que en la ciudad nos hacen esclavos de los demás, irán allí á turbar nuestro reposo: podrán dividirse las horas del día entre el estudio y la contemplacion, entre la lectura de libros recreativos y largos paseos por lugares solitarios: se hallará gusto en cuidar las flores, en observar las costumbres de las aves y espiar sus amores: acaso se buscarán la paz y el silencio para evocar tiernos recuerdos y pensar en lo porvenir.... ¡Cuánto dirán á los espíritus reflexivos estos soberbios cuadros que presenta el valle de México! El Popocatepetl y el Ixtacihuatl con la cándida y eterna nieve de sus cumbres; los inmensos lagos, los huertos con sus flores y sus brisas, las montañas que rodean este paisaje sin igual, y que de léjos parecen de turquesa ó de esmeralda.... ¡Qué objetos todos de admiracion y de regocijos íntimos!....

Empero, ¿causan igual emocion en todos los ánimos, estos cuadros de la naturaleza?—Suelen los desengaños del mundo marchitar las flores de nuestras ilusiones, secar la sávia de nuestro corazon, entristecer para siempre nuestra alma; y al desaparecer de nuestro lado un sér querido, todo en el mundo nos parece árido y sombrío. La vida no tiene ya para nosotros aquel encan-

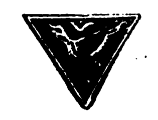
to, aquel atractivo que eran nuestro deleite: el cielo está sin astros, carecen de colores los paisajes, de esplendidez las montañas, de grandiosa suntuosidad el universo. Entónces queremos la soledad, las sombras, el silencio: en nada, sino en la meditacion de nuestro dolor, se ocupa el alma; en nada, sino en una plácida melancolía, halla sosiego nuestro espíritu. Huimos con miedo de la sociedad, temerosos de que nos ofrezca profanos consuelos y de que se burle de nuestro sentimiento y de nuestra amargura. ¿Qué puede en tales momentos alegrarnos ni entusiasmarnos? La naturaleza es, sin embargo, una amable amiga del hombre, y ella puede ir depositando lentamente en nuestra alma un tesoro de consuelos y de esperanzas dulcísimas. Nada hay eterno sino Dios, y ni el dolor ni la alegría han de acompañar siempre al hombre en su peregrinacion por la tierra. De aquí que el que sufre se sienta aliviado en cierto modo, al observar la resurreccion de la naturaleza en la primavera, despues de las hondas tristezas del invierno; y de aquí tambien que sienta henchido su espíritu de serenos goces, cuando en medio de las alegrías del universo abren su cáliz las flores, y cantan los pájaros, y las bulliciosas golondrinas, esas eternas amigas de los poetas, vienen á buscar sus antiguas viviendas.

En nuestro valle de México, donde la benignidad y dulzura del clima nos hacen vivir en una perpétua primavera, esos cuadros que tanto deleitan el ánimo, abundan por todas partes y á todas horas del día. Las mañanas son tibias y perfumadas, sin brumas ni nada que opaque su

diáfana serenidad. A lo léjos se divisan las montañas, destacándose sobre un cielo siempre azul y al parecer ornado de encajes.—En las calzadas y en los barrios lejanos percíbense los rumores de la ciudad, confundidos algunas veces con las mansas vacadas, que á paso lento atraviesan los campos para regresar á sus abrevaderos y estancias.—A la mitad del día, los horizontes se aclaran más y más; pequeños y verdes bosques vénse diseminados en la extension del valle, como frescos oásis que invitan al descanso; y por último, al caer la tarde, como si la naturaleza se sacudiera despues de la ardorosa siesta, renacen el movimiento, la animacion y la vida. ¡Nada tan hermoso entónces como esas horas que preceden al crepúsculo! El sol desciende con majestad, tiñendo de rojo y oro las nubes y las crestas del monte, el abismo donde pronto ha de hundirse y las lejanas perspectivas que ofrecen nuestras montañas. Las verdes praderas que rodean la ciudad, los blancos caceríos de los pueblos vecinos, el Ajusco, el Tepeyac, las lomas de Santa Fé, todo aparece revestido de poético encanto y mágica galanura. El castillo de Chapultepec muéstrase gallardo sobre su pedestal de rocas y entre sabinos seculares, dominando como el orgulloso señor de una comarca aquellas fiestas de la tarde. Á sus piés se extiende el gran Paseo de Colon, con sus estátuas, sus ámplias glorietas, sus árboles siempre frondosos, y sus banquetas bien alineadas y cubiertas de sombra. Centenares de carruajes circulan por sus avenidas, conduciendo en mullidos divanes á las familias más elegantes de México. En ta-

les momentos y ante cuadros tan hermosos, el ánimo se siente tranquilo y extasiado, y se establece una como secreta armonía entre los sentimientos del alma y las imágenes de la naturaleza. El gozo, la alegría, el amor, los anhelos y ensueños, todo se aviva y magnifica; nacen nuevas ilusiones, y la vida parece anunciarnos una série de inacabables venturas.

¡Bendita primavera que así calma los pesares de los hombres, y con sus pródigos dones nos hace soñar con la felicidad! ¡Bendita estacion que da lozanía, y vida, y hermosura á la tímida doncella que languidece de amor, que enciende en sus mejillas el casto fuego del pudor cristiano, que tiñe de rosa los ensueños de su alma pura, y le ofrece en cada una de sus flores poéticos y expresivos emblemas de sus inocentes pensamientos! ¡Bendita primavera, que trae en las alas de sus brisas perfumes deliciosos, precursores de esos otros perfumes de la vida,—el amor, los recuerdos y la esperanza!







RECUERDOS DEL EVANGELIO.

I

ALLÁ, en Judea, en las risueñas campiñas regadas por el Jordan, en las esmaltadas praderas que perfuma la flor de Jericó, en las amenas orillas del mar de Galilea, en los callados montes y las tranquilas florestas; en aquellas ciudades del Oriente llenas de grandeza y de tradiciones sublimes, donde resonaron las voces de los profetas y gimieron Ezequiel y Jeremías,—la multitud sigue á un hombre de aspecto sencillo y majestuoso, que predica palabras de amor y de enseñanza que á todos consuelan. Viste la humilde y modesta túnica de los hebreos: son sus maneras de una naturalidad casi primitiva, tienen sus miradas una expresion de dulce ternura que no puede explicarse, y es su fisonomía espejo limpio de bondad y misericordia. Diríase que en la varonil belleza de ese hombre hay algo divino que lo hace extranjero en este mundo.

¿Quién es este varon que recorre sin cesar los lugares más apartados de Judea y que atrae cerca de sí á cuantos le ven? ¿Por qué todos

se sienten llenos de confianza á su lado y le contemplan con filial cariño? ¿Qué misterioso atractivo hay en su palabra, que al mismo tiempo que regala el oído, conmueve, cautiva y enternece los corazones? Ayer nadie le conocía; hoy todos le aman. Se ignora de dónde viene, no se sabe qué mision trae. Pero, ¿qué importa? ¡Ha hecho ya tanto bien, ha consolado tantos infortunios, ha devuelto el bienestar á tantas almas afligidas!.... Su mision debe ser de paz, porque sus palabras envuelven conceptos que jamás se habían oído; ensalza la pobreza, aconseja el perdon, da confianza á los tímidos, enseña la bondad y la mansedumbre. Los niños se acercan á él para recibir sus caricias; los desvalidos le piden dulces consuelos y santas bendiciones; los ciegos y los paralíticos solicitan de su misericordia luz y movimiento, y los que han perdido á un sér querido van á donde está Jesus para pedirle en medio de amargo llanto, que le vuelva la vida y lo saque de la tumba. ¡Y los prodigios se cumplen! El pobre olvida su miseria, el ciego vé, los paralíticos andan, los muertos resucitan...... ¿Quién es, pues, este hombre? ¿Por qué las turbas lo aman como á un tierno padre? ¿Por qué lo buscan y lo ven como su único protector y amigo?

El pueblo, admirado y sorprendido, recuerda entónces las promesas de Jehová, aquellas promesas con que por muchos siglos le ha consolado en sus desdichas. Recuerda igualmente las solemnes palabras de los profetas de Israel, y por un poderoso instinto de sus almas sedientas de ventura, todos comprenden que aquel

varon es el Mesías por quien suspiraron los patriarcas, los jueces y los reyes; es el Cordero sin mancilla que esperó David; es el Salvador del pueblo de Dios y del mundo, que viene á aliviar las desgracias, á derramar por la tierra inefables consuelos, á abrir manantiales de pureza y de gracia para regenerar al pecador, á dar, finalmente, dicha eterna y dulcísima á las almas adoloridas que en Él creyeron y en Él esperaron. Aquel hombre es el Hijo de Dios.

II

Jesus nació en humilde cuna, y sólo los ángeles del cielo y los pobres de la tierra presenciaron la humildad del dichoso albergue de Betlem. Allí María, la más pura de todas las vírgenes, la criatura inmaculada que en los designios del Eterno fué destinada á ser la Madre de Dios, y recibió de Gabriel la sorprendente nueva; allí, en ese establo olvidado del mundo y despreciado de los hombres, María dió á luz al Verbo Encarnado que venía á salvar á los pecadores, al Señor que había creado los cielos y la tierra, las estrellas y los mares.

El inocente niño creció y vivió en la oscuridad y la pobreza; pero su venturosa Madre le vió desde sus primeros años discutiendo con los doctores del templo, é inspirado por su amor, le vió tambien hacer su primer milagro en las bodas de Canaan. ¡Ay! Aquel Hijo de sus entrañas no le pertenecía.... Había bajado á la tierra enviado por su Padre, para que enseñara al hombre la nueva doctrina y le abriera con su

muerte en la cruz las puertas de la celestial Jerusalen.

Jesucristo dejó la morada en que se había deslizado su niñez, y fué al mundo para predicar por todas partes la verdad y explicar su divina ley: debía entrar á las ciudades, recorrer las aldeas, atravesar desiertos, y descansar á la sombra de las palmeras ó dormir á la orilla del torrente. María, entre tanto, queda sola, resignada con su aislamiento, obediente y humilde ante los decretos de su Señor. ¿Quién la acompañaría en su soledad, quién comprendería y aliviaría su tristeza? ¡Oh Vírgen pura, cómo no amarte si áun ántes de la Pasion y Muerte de tu Divino Hijo, se sintió traspasado tu corazon por los dardos del dolor!

III

Jesus se había hecho hombre por amor á los hombres; y por amor á ellos debía igualmente sujetarse, como lo habían anunciado los profetas, á todas las amarguras, á todos los dolores, á todas las tristezas y penas encerradas en este valle de lágrimas. ¡Admirable prueba de amor que apénas puede concebirse por la limitada inteligencia humana! ¿Quién no se sorprende ante la humildad de este Justo, ante la complacencia inefable que siente su corazon cuando se somete á la ley comun?

Comienza su vida pública pidiendo con sencillo candor al Bautista que derrame sobre sus sienes las aguas del Jordan, y en seguida se consagra á cumplir la mision que le ha dado su

Padre. ¡Qué vida desde entónces! El delicado perfume de la inocencia virginal de sus primeros años, había pasado sin ser notado por el mundo, y ahora era preciso que sus virtudes edificasen á los hombres y á los pueblos.

Humildad como la suya jamás se había visto en Judea; y su pobreza no podía compararse con la del más infeliz de la tierra. Aquella mansedumbre de sus ojos, aquella tierna y dulce expresion de sus miradas, aquel acento blando y amoroso de su voz que no podía olvidarse una vez oído, todo revelaba á la multitud el inmenso tesoro de amor y de bondad contenido en el corazon de Jesus. La sencillez de sus costumbres admiraba y confundía á cuantos las presenciaban, y era para los pobres y los humildes prenda segura del interés que le inspiraban. Porque Él no buscaba la compañía de los poderosos, ni se detenía en las ciudades, ni se acercaba jamás al dintel de palacios ostentosos; ántes al contrario, amaba el campo, la soledad de su retiro, el silencio de los desiertos, las sosegadas orillas de los lagos. Agradábale verse rodeado de niños inocentes ó de huérfanos desvalidos; llamaba cerca de sí á los desamparados, y gustaba de la conversacion de los que tenían una alma sencilla y candorosa. La casa del pobre era su único refugio.

¡Cuántas veces las floridas márgenes del mar de Galilea le vieron en medio de una turba numerosa, prodigando palabras de enseñanza! ¡Cuántas veces tambien, á la caída de la tarde ó al suave resplandor de la luna, iba Jesus por caminos solitarios, seguido de sus discípulos,

como un padre acompañado de sus hijos! Y unas veces reclinado en la barca de Pedro, otras en las calles y alrededores de la ciudad; ya en el ameno campo del labrador, ya en la morada humilde del huérfano; en fin, donde quiera que Él estaba, tenía siempre para todos consuelos dulcísimos y promesas de ventura, que hacían dichosos á cuantos creían en su palabra. *Hacía el bien por donde pasaba*, dice el Evangelista.

IV

¡Oh pueblo ingrato, que has tenido la dicha de abrigar en tu seno al Redentor de la humanidad! ¡Oh pérfida muchedumbre, que acompañaste tantas veces á Jesus en sus peregrinaciones por el desierto! ¡Oh corazones volubles, que hallásteis el consuelo en la predicacion de este Justo! ¿Por qué habeis perdido la fé, por qué dudais?

Ayer, todavía ayer resonaban por los aires gritos de entusiasmo y de júbilo. El Hijo de David encontraba á su entrada en Jerusalen alfombras de flores, palmas de triunfo, corazones que latían de piedad y de amor, rostros risueños que se animaban con su sola presencia. Y hoy.... ¿qué son esos gritos de muerte que se oyen frente al palacio del gobernador de Judea? ¿Qué quiere esa muchedumbre que se agita, ébria de sangre, de desórden y de maldades?

El pueblo judío no quiere ya ver en aquel manso Jesus al prometido de Israel, al Rey que anunciaron los profetas, al Hijo de Dios que

debía bajar de los cielos. ¿Dónde están sus ejércitos, dónde su poder, dónde aquel cetro que ha de dominar al mundo? ¿Cuáles son las hazañas de este Rey que se presenta solo en medio de su pueblo, rodeado de pobreza, y que en vez de prepararse al combate, se sienta á conversar sobre el reino de Dios con los pobres y los desgraciados?—¡Jesus, grita el pueblo enfurecido, es un impostor, y debe morir! ¡Que muera crucificado!

¡Oh ceguedad humana, oh maldad inaudita! Jerusalen, Jerusalen, ¿cómo has podido olvidar tan pronto la palabra serena, tranquila y amorosa de este hombre que todo lo perdonaba? ¿Ya no recuerdas que Él ha enseñado á olvidar las injurias, á amar á los enemigos, á hacer el bien sin ostentacion ni vanidad? ¿No es Él quien ha edificado á la multitud con el ejemplo de sus virtudes? Ese para quien hoy pides la muerte, despues de haberle recibido con palmas y laureles, es el que ha consolado el infortunio, el que ha dado abrigo al huérfano, el que ha enjugado muchas lágrimas, el que ha venido á establecer una ley que será por los siglos de los siglos la salvacion de la humanidad. Él regeneró á Magdalena, sacó á Lázaro y á la hija de Jairo del sepulcro, perdonó á la mujer adúltera y quitó á la muerte su poder. ¿Por qué hoy quieres que muera?....

V

El sacrificio va á cumplirse, y pronto las promesas del Dios de Israel y los anuncios de los profetas quedarán sellados para siempre con la sangre del Cordero Inmaculado.—¿Qué falta ya?

Jesucristo ha sembrado en el entendimiento de rudos pescadores y en el corazon sencillo de algunos hijos del pueblo, la semilla fecunda de su divina doctrina: ella fructificará, regada por su sangre y por sus lágrimas, para que sea árbol frondoso que dé sombra al universo. El ejemplo de su vida, la eficacia de sus conceptos, el recuerdo de los padecimientos que tuvo en la tierra para redimir al hombre, jamás se olvidarán, ni se borrarán nunca de los anales del género humano.—Aquí queda ya una Ley Nueva, en la cual la virtud tiene un premio, el sacrificio una recompensa, el entendimiento una luz purísima é inextinguible que le guiará á través de las tinieblas, el corazon un manantial de nobles aspiraciones, la desgracia una esperanza y un consuelo; Ley, en fin, en que se encierra la dicha que Dios concede al hombre en esta vida y en la que la ha de seguir.

Todo queda santificado en ella. Los beneficios de la Redencion se extenderán por el mundo como las olas de un inmenso océano, y millares de apóstoles y discípulos sellarán con su sangre la predicacion de esa celestial doctrina. La familia va á quedar constituida, la mujer saldrá de su abyeccion para ser la reina y señora

del hogar, y los pueblos todos florecerán al amparo del Evangelio, que les abrirá horizontes de luz y de ventura.

Instruida ya la humanidad en esta Ley Santa, Jesus debe consumar su obra muriendo en el Calvario.

VI

Allí está, clavado en ignominiosa cruz, lleno su cuerpo de heridas, cubierto de sangre, rodeado de infame muchedumbre que no se atreve á proclamar su triunfo. ¿Quién le acompaña en su agonía, quién ha enjugado su rostro, hácia quién vuelve los ojos?

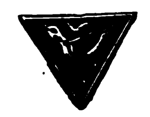
Los que ayer le llamaban Maestro han huído, los que de Él recibieron consuelos le han abandonado, los que le deben la salvacion y la vida no se atreven á presentarse en aquella sangrienta y dolorosa escena...... Sólo María, la Inmaculada Vírgen que llevó á Jesus en sus entrañas, y vive todavía para recibir en aquellos momentos la corona del martirio; sólo Magdalena, que recibió del Salvador el perdon de sus pecados, y Juan, el discípulo amado, el tierno amigo de Jesus, están allí para recoger sus últimas palabras, sus últimas miradas y sus postreros suspiros.

¿Quién no ve en esa agonía la agonía del Justo de los justos, y en ese cuadro el desenlace de un drama que sólo el Eterno pudo concebir? ¿Quién no ve en esa muerte la muerte de un Dios?

Es la hora en que el sol derrama sobre la tie-

rra sus más ardientes rayos. Los animales han huido á sus cavernas, los campos están desiertos y tristes, la tórtola gime solitaria en el escaso follaje de los árboles.... Todo calla y desfallece, como si estuviera próxima alguna catástrofe.

El Mártir de la Cruz inclina la cabeza; muévense lentamente sus labios, y por última vez salen de ellos palabras de amor y de perdon. Su último suspiro es un suspiro de misericordia.





MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

I

MAÑANAS de Abril y Mayo! ¡qué bellas son en nuestro valle de México! ¡qué sucesion de magníficos cuadros se presenta á la vista del observador amante de la naturaleza! El cielo sereno y despejado; el horizonte limitado por azules montañas; la extensa campiña sembrada de pueblecitos y de jardines, de palacios, de quintas y de casas de recreo; por todas partes hermosos paisajes, perspectivas encantadoras, florestas deliciosas, risueños y misteriosos retiros que convidan á la felicidad con su silencio y su apartada soledad.—A la hora en que las flores abren su broche para perfumar el ambiente, la ténue claridad del alba anuncia en el Oriente la proximidad del nuevo día; y entónces las aves cantan regocijadas en sus nidos y comienza el concierto animadísimo de la mañana, alegre, entusiasta cual ninguno; las estrellas del cielo palidecen y se ocultan; tíñese de grana la cándida nieve del Popocatepetl y del Ixtacihuatl; huyen por el ancho firmamento las lige-

ras nubecillas, sonrosadas y humildes como niñas á quienes fuera á sorprender un gran señor; y en la tierra todo despierta, todo se mueve, todo aparece revestido de nueva vida y hasta de nuevos colores. Más blancos y gallardos parecen los edificios, más clara y trasparente la atmósfera, limpio y purísimo el follaje de los árboles, y el azul de las lejanas montañas se ha convertido en un morado oscuro, que al recibir las primeras tintas del sol naciente produce extraños y variados matices. Sobre la alfombra de los campos brillan en confuso desórden las gotas de rocío, y se apagan, se multiplican ó se mueven como un enjambre de insectos de cristal, inquietos é irritados.

En los alrededores de la ciudad, en San Cosme, en Chapultepec, en las calzadas del Paseo, y áun en la misma Alameda, es encantador el aspecto que presentan las risueñas mañanas de Abril. Vénse allí ligeros y gallardos ginetes, bellas y graciosas amazonas que animan el magnífico cuadro, ora haciendo alarde de su habilidad en el arte, ora traveseando con sus compañeros en momentos de confianza y alegría, ó ya recorriendo simplemente aquellas pintorescas soledades. Se ven tambien algunas simpáticas parejas á pié, conversando en el seno de la más franca intimidad, tal vez haciendo recuerdos de la niñez y de la infancia, de los primeros inocentes amores, de la amada y lejana patria,—los que no han nacido en esta tierra de bendicion y de cariño. ¡Qué agradables son estos paseos, cuando la amistad y un tierno afecto les dan sus atractivos! ¡Cuánto se goza con es-

tas distracciones sencillas, con estas horas de aire fresco y puro, con estos regocijos de la mañana y de la naturaleza! Parece que nuestra alma se reanima y vivifica; que nuestro corazon se abre á las más dulces afecciones de la vida, que nuestros sentimientos se suavizan y fortalecen, que nuestra imaginacion, en fin, se enciende y adquiere bellos colores, para hermosear todos los cuadros de nuestra existencia. ¡Ah! ¿quién no piensa en el amor y la felicidad al ver retratados el contento y el sosiego en los semblantes de los que allí se pasean? ¿Cómo no acariciar inmediatamente hermosos ensueños de ventura, ante dos jóvenes esposos que van á aquellos lugares, y hablan de su amor y de su dicha?....

II

Uno de los más gratos atractivos que para muchos tienen estas excursiones matinales, es sin duda el que ofrecen las bellas amazonas mexicanas. Ellas, tan esbeltas y graciosas, ¿cómo no han de verse bien con el traje de montar? ¿cómo no ha de haber donaire y gentileza en sus movimientos? Vestidas de fresca y morena holanda, sonrojadas sus mejillas por las caricias del airecillo de la mañana, encendidas sus miradas por cierta infantil alegría, ó animadas tal vez por el candor virginal de sus primeros amores, ¿á quién no cautivan? ¿Quién resiste á sus gracias?—Y ciertamente, dejando aparte todo lo que esto pueda tener de poético, creo que nada hay tan á propósito para la salud y mayor

belleza de las jóvenes de nuestra sociedad, que la vida un poco agitada por los ejercicios físicos en el campo: su naturaleza se desarrolla prontamente, adquieren agilidad sus movimientos, se purifica la sangre al influjo de los aires frescos y sanos, y léjos de palidecer los colores del rostro, se limpian y se avivan más y más. ¿Por qué no adoptan las señoritas este género de vida? Permaneciendo siempre encerradas en sus casas, sin salir, visitando únicamente las tiendas de modas y los cajones de ropa, marchitan su existencia, se entristecen y fastidian, pierden su color y su salud,—y luego vienen la anemia y la clorósis á enflaquecerlas, debilitarlas y matarlas. Pónense como las flores que se cultivan en las macetas: el sol las maltrata, el aire las molesta, están delicadas y mústias, y nada pueden resistir. De aquí que una indisposicion cualquiera las destruya en unas cuantas horas; de aquí esas enfermedades de nervios, de la sangre, de falta de apetito y de sueño; de aquí tambien que á algunas se les agrie el carácter, que sean por esto inconstantes y caprichosas, que de todo se fastidien y lo vean con desden ó indiferencia. Siendo su vida monótona, se habitúan á ella y huyen del movimiento.

No todas han de creer esto que digo; pero es la verdad. La vida física influye mucho, de una manera poderosa y acaso decisiva, en la vida moral: si somos perezosos para obrar, lo serán tambien nuestro entendimiento y nuestra imaginacion para pensar y concebir; si nuestro cuerpo está débil y enfermo, lo estarán igualmente todas nuestras facultades: si á causa de una in

quietud contínua y prolongada son torpes nuestros movimientos, nuestro carácter se resentirá de cierta acritud, de cierto fastidio y aspereza desagradables.

Importa, pues, adoptar y seguir puntualmente un régimen que aleje todos esos males; un régimen higiénico propio para el desarrollo físico y que haga desaparecer la blancura mate de las jóvenes en esa encantadora edad en que, como dice un escritor, "truécase la crisálida en mariposa, la niña en mujer, y se entrega á los halagos de suaves ensueños, de vaga dicha y de fantástico amor."—El movimiento, y no el reposo; largos paseos al aire libre por nuestras extensas calzadas; respirar el fresco y perfumado ambiente matinal, á horas en que el sol no caldea la atmósfera todavía; y sobre todo, buscar con frecuencia los placeres de la equitacion, como se hace en Inglaterra, Francia y otros países donde se cuida de la educacion física á la par de la moral: hé aquí los medios que deben procurarse para adquirir el vigor, la frescura, y hasta el donaire propios de la edad.

Acaso repugnará á la timidez y modestia de nuestras jóvenes esa vida que la higiene les aconseja; su encantadora delicadeza é instintiva pulcritud las hará huir de los ejercicios á caballo; temerán que estos animales sean briosos con ellas y que las fatigas de la equitacion las perjudiquen. Pero no haya temores: decision es lo que se necesita, y ya irán viendo que vivían engañadas. El tiempo convida á prolongados paseos matinales, á juegos y conversaciones al aire libre, á inocentes carreras y travesuras como en

la niñez. ¡Que vuelvan los tiempos de la expansion y la alegría, de los regocijos infantiles y la tranquila dicha! Dejen nuestras jóvenes de ser señoritas en las primeras horas de la mañana y vuelvan á ser niñas: vayan á los paseos, rían, corran y derramen á su derredor miradas y sonrisas.—De este modo agregarán atractivos y darán mayor encanto á las mañanas de Abril y Mayo.





PÍO IX.

Escrito el 21 de Febrero de 1878.

I

SE ha confirmado la noticia de la muerte de Su Santidad el Sr. Pío IX; y las señales de duelo dadas estos días por la sociedad mexicana, no son, en mi sentir, simples demostraciones de pesar, hijas del vivo sentimiento religioso que reina entre nosotros; sino que son tambien claros testimonios del amor que aquí se tenía al varon justo y de alma fuerte sentado en la silla de Pedro; al anciano venerable cuya vida se deslizaba en medio de amarguras y tristezas íntimas, por más que todo estuviese suavizado por las dulzuras de la virtud, y los celestiales consuelos de la resignacion. ¡Ah! ¿por qué era tan interesante para la humanidad aquel hombre cargado de años que gemía tristemente allá en las soledades del Vaticano? ¿Qué tenía de más para la mayor parte de los hombres aquel rey destronado, á quien sin embargo todos los soberanos atendían y respeta-

ban?—La profunda veneracion con que veían á Pío IX todos los pueblos, se ha convertido á su muerte en un verdadero y glorioso triunfo: los católicos le miran ya como á un santo, los enemigos de la Iglesia confiesan y ensalzan sus virtudes, los partidos políticos no niegan la habilidad que tenía para dirigir espinosas negociaciones diplomáticas, y todos, en suma, lamentan hoy la muerte del Pontífice augusto que durante treinta y un años rigió los destinos del catolicismo.

Pio IX, miéntras vivió, fué admirado y respetado, como dije ántes, no sólo por su altísimo carácter, sino tambien por las ricas prendas de su corazon y la desgracia que le aquejó en los últimos años de su vida. Hoy, pues, ante la tumba que se ha abierto para recibirle, imposible es permanecer indiferente y frío; imposible callar, detenido por pueriles y vanos escrúpulos. —Yo voy á decir dos palabras acerca de la vida ejemplar de Pío IX, destinada sin duda á ser bendecida por la historia.

Es este Pontífice la figura más extraordinaria de nuestro tiempo, el carácter más admirable y enérgico, la virtud más valerosa, mansa y suave al mismo tiempo, que ha luchado con el error en el siglo XIX. Hoy no se le conoce todavía, ni es tampoco tiempo de juzgarle; porque así como los hombres raquíticos aparecen de no escaso valer en los tiempos en que viven y en la escena en que figuran, así tambien los verdaderamente grandes aparecen pequeños en las crónicas contemporáneas, y necesitan que la polvareda de los siglos caídos se disipe, para

que su figura se destaque grandiosa en los horizontes de la historia. Un hombre notable no puede ni debe ser juzgado, sino cuando el tiempo lo ha alejado de sus contemporáneos.

Pío IX luchó, luchó desde los primeros años de su pontificado, y su vida fué laboriosa como pocas. Jefe supremo de la Iglesia Católica, atendió con esmero sumo al cumplimiento de sus deberes: ilustraba las conciencias y las dirigía; condenaba enérgicamente los errores del siglo y las exageracions de los partidos; despertaba la fé en las almas abatidas; alentaba su esperanza; encendía en ellas fervorosa piedad, y era, en una palabra, para todos los católicos, maestro y padre celoso, de cuyos labios salían sin cesar palabras de enseñanza y de consuelo.—Siendo simple ministro del altar, obispo y arzobispo, le vemos en las poblaciones donde reside dedicado á hacer el bien, á aliviar las necesidades del infortunio y la orfandad, á servir al pobre y á velar por el desamparado; todo con una humildad y una abnegacion verdaderamente evangélicas.

Ya en el Pontificado, el obispo de Imola pudo realzar de una manera asombrosa las dotes de que le había adornado el cielo. No parece sino que este hombre extraordinario recibió de Dios en aquellos momentos nuevas y especiales mercedes, y que vió en el porvenir la grandiosa y difícil mision que estaba llamado á desempeñar. Su eleccion fué providencial, como todos saben; pues habiendo otros candidatos más favorecidos, los votos todos del Cónclave recayeron en él.—Planteó desde luego una política

diversa en todo de la que había seguido su antecesor, y Europa quedó pendiente de los actos más pequeños del nuevo Papa. La mansedumbre y dulzura de su corazon le inclinaron á la benevolencia, con gran sorpresa de los que deseaban y esperaban actos de energía, siendo la más notable é importante de sus primeras decisiones un decreto de amnistía general. Puso despues en manos de seglares los principales cargos del gobierno, áun los municipales y de hacienda; reformó las congregaciones religiosas; arregló de un modo eficaz el tesoro público y formó la guardia cívica.—Empero, pronto conoció Pío IX que su avanzada administracion traería conflictos á la Iglesia. Los *carbonarios* renacieron á la vida revolucionaria, alentados por la tolerancia del gobierno pontificio, y comenzaron luego las exigencias y los desórdenes: en las calles, plazas y tabernas, el pueblo bajo recibía fatal enseñanza y ejemplo de los sectarios de Mazzini. Los crímenes más espantosos eran frecuentes, el gobierno hallaba obstáculos para reprimir y castigar á los delincuentes, se había roto todo freno en Roma, y una tempestad tremenda amenazaba la paz del sosegado recinto del Quirinal. El ministro Rossi cayó asesinado al pié de las gradas del Congreso, y poco despues un populacho infame quiso imponer al Santo Padre su despótica voluntad. Rodearon su palacio, quisieron obligarle á nombrar nuevo ministerio (el que les convenía) y áun intentaron asesinarle llamándole al balcon.

Triunfó al fin la revolucion; y el Papa, aconsejado por los ministros extranjeros, consintió

en lo que se le pedía, "únicamente para impedir mayor derramamiento de sangre,"—segun dijo él mismo en presencia de aquellos. Salió de Roma disfrazado y pasó á Gaeta, hasta que nuevos acontecimientos le abrieron las puertas de la ciudad eterna.—Sabido es de todos el cambio absoluto que se operó desde entónces en el ánimo y gobierno de Pío IX. No fué ya el Pontífice benévolo y complaciente con sus enemigos: fué, sí, el adversario poderoso y terrible que contestaba á sus ataques con energía y severidad. Dictaba medidas extremas, y nada ni nadie podía ya suavizarlas: sus disposiciones eran acatadas y obedecidas; sus relaciones con las potencias extranjeras hallaban firme base en la dignidad y respeto á la Iglesia; y todos los actos de su gobierno tenían cierto sello de grandeza que asombraba á Europa. Ni falaces promesas, ni amenazas, ni combinaciones diplomáticas, lograban desviarle del camino que seguía y que siguió hasta su muerte. Fué para los gobiernos europeos roca indestructible en la cual se hacían pedazos innobles exigencias y pasiones exaltadas: ¡nadie le venció jamás! Y hé aquí precisamente la mayor gloria de Pío IX: haber cumplido con su deber en una época en que pocos le cumplen, y en que todos, y en especial los Pontífices romanos, hallan obstáculos insuperables para cumplirle. El célebre Capefigue decía en 1848: "En el pontificado de Pío IX hay hasta hoy un hecho constante y que nada ha desmentido: *ningun gobierno ha logrado tener influencia en las decisiones del Papa.* Pío IX ha resuelto siempre espontáneamente lo que ha

querido." * Esto mismo puede repetirse hoy despues de treinta años en que Pío IX continuó enseñando al mundo la verdad desde la cátedra de Roma. Los sucesos, los intereses de la Iglesia, el mayor bienestar y salud del mundo católico: hé aquí lo único que influía en la conducta del Pontífice difunto, y lo único que podía cambiar ó modificar su voluntad.

II

Por lo demás, la vida de Pío IX abunda en episodios interesantísimos y hermosos, conmovedores muchos de ellos, y que dan á conocer sus altas cualidades y la belleza de su alma. Sus dotes de eminente hombre de Estado, la prudencia y energía de su gobierno, la habilidad con que dirigió las negociaciones diplomáticas en tiempos azarosos para la Iglesia, y sobre todo, la amorosa solicitud de que dió siempre pruebas á los católicos, hacen del Pontífice que acaba de morir una figura extraordinaria y grandiosa, amable y simpática, que será recordada con ternura por todo corazon creyente. ¿Quién no amará y respetará su memoria? ¿Quién se atreverá á negar sus virtudes? ¿En qué pecho no cabrá el entusiasmo al recordar ciertos actos de su vida?—Convocó un Concilio, y el Concilio se reunió, precisamente cuando Europa se veía envuelta en una guerra, la amenazaban espantosas catástrofes, y Roma iba á quedar abandonada por el ejército que la protegía. ¿No es

(*) *Diplomáticos y Hombres de Estado europeos.*

este solo hecho, testimonio elocuentísimo de la fortaleza de Pío IX?—La historia de su pontificado será por esto un modelo para los sucesores de San Pedro; de hoy en más, todos querrán luchar como él luchó, y en los días de prueba para el catolicismo, los Pontífices se inspirarán en sus decisiones y se animarán con su recuerdo.

Cupo al Sr. Pío IX la gloria imperecedera de declarar solemnemente, el día ocho de Diciembre de 1854, el Dogma de la Inmaculada Concepcion de María, por lo cual algunos le han llamado el *Pontífice de la Inmaculada.*

En su vida privada, Pío IX cautivaba por la sencillez y modestia de sus actos, por la dulzura de su trato y la afabilidad de sus maneras: jamás se negaba á recibir á los que le pedían audiencia, jamás su corazon dejaba de conmoverse tiernamente á la vista de los infortunios privados. En su alma noble y generosa hallaban siempre dulce abrigo las tribulaciones de los reyes y de los pobres, de los pecadores y de los huérfanos. Y la doncella inocente, el hijo infortunado, el jóven artista, rico de aspiraciones y esperanzas, pero pobre de recursos, á él acudían tambien en su pobreza y desamparo, seguros de recibir de sus manos apoyo y bendiciones. ¡Cuántos le deben una buena posicion, un triunfo artístico, una celebridad europea! ¡A cuántos talentos sacó de la oscuridad y los puso bajo su proteccion, para que fuesen más tarde valiosos ornamentos de la literatura y de las artes!—La más dulce benevolencia leíase claramente en los apacibles ojos de Pío IX, y en sus miradas había cierta expresion de angélica bea-

titud que cautivaba el espíritu: diríase que una luz del cielo iluminaba el rostro venerable del anciano, y cuando hablaba, era imposible dejar de conmoverse, sin que pudiese despues olvidarse la suavísima música de su voz.

¿Será Pío IX el último Papa, como algunos se han atrevido á decir? Imposible de todo punto. No olvidemos que á fines del siglo pasado se aseguró repetidas veces que "el cristianismo había muerto, que el Papa sería en lo sucesivo una palabra y que la Roma pontificia vendría á ser una ruina."—La institucion del Papado, áun cuando se prescinda de su orígen divino, tiene que ser eterna; porque ella es necesaria para la marcha, progreso y bienestar de la humanidad. Así como es absurdo suponer que una sociedad, una nacion, pueden subsistir sin gobierno alguno, así es error creer que una religion que domina el mundo esté sin jefe. El imperio de los Papas es indudablemente más fuerte y poderoso que los de muchos monarcas respetables por su fuerza: domina las almas y las conciencias, y dominio es este más universal que otro alguno. Por esto las potencias del orbe están atentas á las decisiones de los Pontífices; y es esto tan cierto, que, como observaba un notable escritor francés, del Soberano Pontífice depende muchas veces la paz de toda Europa. "Porque la verdad es—decía Capefigue—que el catolicismo es la fuente de todo poder, de toda civilizacion; porque en su espíritu se contienen los grandes principios de una sociedad bien constituida: la fé, la autoridad, la libertad."



LEON XIII.

Escrito al saberse en México la eleccion del nuevo Pontífice.

I

TIENE ya nuevo Jerarca la Iglesia Católica.—Varios gobiernos europeos, desde que Víctor Manuel tomó posesion del Quirinal é instaló su gobierno en Roma, se propusieron intervenir directamente en los asuntos del Pontificado, destruir con su influencia la importancia de sus decisiones, inspirar en los pueblos la desconfianza, y nulificar, en una palabra, la obediencia ciega y el amor inmenso con que todo el orbe católico veía los trabajos del inmortal Pontífice Pío IX. Pero por fortuna, su prevision y su prudencia, la sabiduría y fortaleza de su alma, destruyeron hábilmente las combinaciones diplomáticas mejor preparadas y las ambiciones políticas de los partidos europeos. En vano preparó Bismarck sus trabajos con anticipacion á fin de obtener en el Cónclave que había de elegir al sucesor de Pío IX una influencia decisiva y poderosa; en vano puso en juego toda

su sagacidad política, su intervencion en los principales asuntos de Europa, su habilidad reconocida para subordinarlo todo á los intereses de Alemania. Pío IX le venció con su palabra serena y confiada, con su sábia y admirable prevision.—Y hé aquí por qué uno de los despachos del último paquete nos anuncia que la *política alemana en el Cónclave sería de no intervencion y de indiferencia absoluta.* ¡El ministro que derribó el primer imperio de Europa no pudo turbar siquiera la eleccion de un nuevo Papa!.... ¡Bendita sea la Providencia que así humilla el orgullo de los hombres!....

II

Los tiempos por que atraviesa la Iglesia Católica son difíciles: son tiempos de dolorosas pruebas.—Ahora que Víctor Manuel ya no existe y que le ha sucedido en el trono un príncipe sin experiencia y sin dotes para gobernar; ahora que Rusia triunfa de Turquía y amenaza á toda Europa con hacerse la nacion más poderosa del Continente, ¿qué días se preparan para el cristianismo, qué nuevas luchas va á sostener el Pontificado, á qué desconocidas pruebas va á verse sometido?

Lo cierto es que, sean cuales fueren los acontecimientos que estén por venir, en ninguno dejará de tomar parte, en ninguno dejará de ejercer benéfica influencia el gobierno pontificio. El sentimiento religioso en todas las naciones es siempre el mismo, está vivo, domina á los hombres, y no es posible prescindir de él siem-

pre que se trate de desenlazar conflictos internacionales y resolver cuestiones sociales y políticas. La paz del orbe, las alianzas de amistad entre diversas potencias, el progreso y mejoramiento de la humanidad; todo depende y dependerá siempre del Sumo Pontífice Romano. Porque solo él puede dirigir por buen sendero el sentimiento religioso de los pueblos, tan indispensable para su bienestar y tan necesitado tambien de ser atendido por todos los gobiernos; sólo él vela constantemente, y está atento, y se sacrifica por la paz y felicidad del mundo. —Léanse, en confirmacion de esta verdad, las palabras de un escritor ilustre que habla apoyándose en la historia: "Cuando se hizo preciso libertar á la Europa del yugo de los sarracenos, un Papa tomó la iniciativa; y cuando fué preciso tambien abolir la esclavitud, restablecer la disciplina, hacer respetar á las mujeres sentadas en el trono, así como la unidad y santidad del matrimonio, sólo un Papa tuvo el valor de alzar la voz. Y por último, cuando se trató de arrojar á los turcos de Europa, de protejer á Grecia, de salvar la libertad, de hacer renacer las artes y las letras, de conservar las espléndidas ruinas de la antigüedad, ¿quién, sino un Papa, tomó tambien la iniciativa?"

No desconfiemos, pues, en estos supremos instantes, de que la Iglesia Católica salga vencedora en la nueva época de luchas que para ella va á comenzar. Dios, que inspiró al virtuoso y sabio Pío IX, dirigirá tambien los pasos de su sucesor.

III

Hé aquí ahora algunos datos biográficos de Su Santidad Leon XIII, ántes Cardenal Joaquin Pecci, á quien el Cónclave eligió para gobernar la barquilla de San Pedro.

Nació el actual Pontífice en Carpineto, poblacion perteneciente á los antiguos Estados de la Iglesia, el 2 de Marzo de 1810.—Cuenta ahora, por lo mismo, sesenta y ocho años de edad (en 1878).

En sus estudios hechos en el Colegio Romano dió claros testimonios de precocidad y de talento, sintiéndose inclinado desde luego á la carrera eclesiástica, para lo cual comenzó los cursos de teología. Recibió las sagradas órdenes al poco tiempo; y Gregorio XVI, que tenía el don especial de conocer á primera vista el mérito de las personas que le eran presentadas, acogió benévolamente al nuevo eclesiástico, dispensándole grande estimacion y nombrándole despues empleado del Palacio Pontificio. En seguida recibió el cargo de secretario de ambas asignaturas.

Mostraba. el Sr. Pecci en el desempeño de sus obligaciones tan extraordinarias dotes, tal madurez de juicio, tanto saber y aptitud para gobernar un pueblo, que el Sumo Pontífice le confirió el título de Protonotario Apostólico, enviándole sucesivamente como delegado suyo á Benevento, Spoleto y Perusa. La prudencia y moderacion, unidas á la conducta ejemplar y maneras finísimas que caraterizaban al Sr. Pecci,

le hicieron inmediatamente acreedor al cariño, respeto y simpatías de cuantos le trataban y conocían. Su popularidad era notable, sobre todo desde que logró á fuerza de celo y asiduidad desterrar de la provincia de Benevento á los innumerables bandidos que la asediaban.—Cuéntase que en cierta ocasion los rudos trabajos á que se entregó le postraron en el lecho del dolor, con gran peligro de perder la vida; y que el clero y el pueblo se alarmaron tanto, que se hicieron rogativas públicas por su restablecimiento, yendo los fieles al templo con los piés descalzos y con velo en la cabeza. Tanto y tan profundo era el cariño que le tenían.

A su vuelta á Roma, en premio de sus servicios y celo apostólico, Gregorio XVI le preconizó arzobispo de Damieta en Egipto; y en el mismo año, cuando sólo contaba treinta y tres de edad, fué enviado como Nuncio Apostólico cerca de Leopoldo I, rey de los belgas. Allí el Sr. Pecci se hizo merecedor, como siempre, de la estimacion y respeto cariñosos de toda la Corte y círculos sociales. El monarca tenía por él singular prediley leccion; le consultaba muchas veces, demostrando placer en hacerlo; y le prodigaba, en fin, á cada momento, todo género de atenciones. Por desgracia, el clima de Bélgica y los muchos cuidados que exigía su importante mision, alteraron de tal manera su salud, que fué preciso que solicitara del gobierno pontificio su sustitucion. Se le concedió; y á su regreso á Roma, los habitantes de Perusa pidieron al Papa que nombrase al Sr. Pecci sucesor del prelado Filesio, obispo de dicha poblacion, muer-

to por entónces. Gregorio XVI, justo remunerador del mérito, y apreciador de los eminentes servicios que había prestado á la Iglesia el Nuncio, no solo le preconizó en el consistorio de 16 de Enero de 1846 obispo de Perusa, trasladándolo así de la silla arzobispal de Damieta, sino que lo creó Cardenal, reservándole *in petto*.—Muerto el Pontífice en Junio del mismo año, no hubo tiempo de que publicase su elevacion á la dignidad cardenalicia; pero Su Santidad el Sr. Pío IX "dió el raro ejemplo de crearlo y proclamarlo, en el Consistorio de 9 de Diciembre de 1853, Cardenal del órden de los presbíteros, bajo el título de San Crisóstomo, asignándole las congregaciones del Concilio, de la Inmunidad, de Ritos y de Disciplina regular."

Desde entónces, el Sr. Pecci se retiró á su diócesis, en donde cumplió siempre con la mayor prudencia y sabiduría los deberes de un Pastor previsor y celoso. Su virtud; su ardiente, viva y sincera piedad, eran un constante ejemplo para todos: la caridad y vigilancia que ejercía eran notables, no agotándose ni debilitándose nunca. En sus decretos, edictos y pastorales brillaba siempre la más profunda sabiduría, al mismo tiempo que la mansedumbre, moderacion y suavidad de carácter.

Llamado á la ciudad eterna por Su Santidad el Sr. Pío IX, nombróle poco despues de su llegada, en el Consistorio de 21 de Octubre del año de 1877, Cardenal Camarlengo, distinguiéndole con otras demostraciones de alta estimacion. Su nombramiento fué uno de los más justos y acertados del Papa, y mereció la aprobacion

general.—De los cardenales que había en Roma durante la enfermedad de S. S. Pío IX, y atendiendo al carácter y antecedentes de cada uno de ellos, no era fácil suponer quién sería electo por unanimidad, *presente cadavere*, sucesor del Papa: pero, segun parece, los candidatos principales eran: el cardenal Simeoni, Secretario de Estado; Di Pietro, De Luca, Mertel y Nina. Como se ve, es digno de notarse que el cardenal Pecci era quien tenía ménos probabilidades de suceder á Pío IX; y sabido es que en la eleccion de este Pontífice sucedió lo mismo: nadie esperaba que el Cónclave nombrase al Cardenal Mastai Ferreti para sentarse en la silla de Pedro. En ambas elecciones ha habido algo de providencial.

Las cualidades que recomiendan y adornan á Su Santidad Leon XIII, son muy notables. Ha sido siempre de conducta intachable, llena de virtudes y de acciones generosas: es muy piadoso, y todos sus actos religiosos tienen el sello de la sinceridad y de la conviccion más profunda. En su vida privada, cautiva por sus prendas personales: es sencillo, afectuoso, de finas y delicadas maneras y de afabilísimo trato: de alta estatura y delgado, de voz clara y sonora cuando habla en público, y de miradas benévolas y amables.

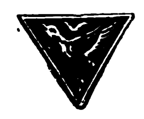
En cuanto á sus dotes para el gobierno de la Iglesia, nada es posible decir aún; pero mucho debemos esperar de su vastísima instruccion en negocios eclesiásticos, de su prudencia, prevision y moderadas ideas. Y en todo caso, el nuevo Pontífice tiene delante de sí la historia

de Pío IX: la vida de éste será un ejemplo para él; su recuerdo le animará en el combate, y ayudado de Dios podrá preparar para la Iglesia nuevos días de prosperidad y de gloria, nuevas y repetidas victorias.

Esto se escribía hace trece años;—y las esperanzas de que se hablaba en las últimas líneas del artículo anterior, se han realizado de una manera tan maravillosa como perfecta.

El Sr. Leon XIII ha gobernado y gobierna la Iglesia con admirable acierto, tacto y prevision; sus Encíclicas, escritas en muy culto y elevado estilo, forman un monumento de sabiduría y de doctrina, que será el pasmo de las generaciones venideras, como lo ha sido de la actual; y en cuanto al papel que ha hecho desempeñar á la Iglesia Católica en el mundo, todos vemos que ha sido brillante y magnífico. El Pontificado goza hoy de gran prestigio, áun entre los pueblos y gobiernos que nada tienen de ortodoxos.

¡Sea todo para mayor gloria de Dios y de su Iglesia!





FIN DE AÑO.

SIEMPRE, en el mes de Enero, la frase —*año nuevo, vida nueva*—es repetida por todos. La pronuncia el opulento millonario, cuya vida ha trascurrido en medio de la ociosidad y el regalo, sin aliviar la pobreza ni favorecer al indigente; la pronuncia él político audaz, que sólo ha pensado en explotar en su provecho los intereses de la sociedad; la pronuncian los vagos y desocupados, formándose el propósito de llamar ya á las puertas del trabajo; la pronuncian, por último, el adolescente voluble en sus amores, el estudiante desaplicado, el periodista que quiere escribir obedeciendo las inspiraciones de la verdad y de su conciencia. Y sin embargo, pasados los primeros días del año, el avaro comerciante seguirá acumulando tesoros; los hombres públicos sacrificando á la nacion, los que aborrecen el trabajo importunando á sus amigos, y el galan imberbe buscando amores nuevos, tan insípidos como él. El estudiante perezoso volverá á faltar á cátedra, y el pe-

riodista sin conciencia á escribir conforme á lo que le dicte quien más le pague. ¡Siempre el *auri sacra fames* del poeta latino!

Nadie cambia, pues, de vida, aunque venga un año nuevo. La viuda infeliz lo haría con gusto, siempre que el congreso decretara en su favor la pension que ha solicitado, alegando los méritos de *su difunto*. La coqueta insustancial, arrepentida ya, desearía tambien que hubiese álguien que creyese en sus palabras; y los pobres, condenados á gemir siempre en medio de sus miserias, á llorar en la soledad, á trabajar para comer un pan quizá amargado por las lágrimas, querrían de buena gana que en ellos sí fuese una verdad la frase: *año nuevo, vida nueva.*

Entre tanto, al acabar un año y empezar otro, todos, pobres y ricos, ignorantes é ilustrados, jóvenes y viejos, se detendrán un momento á reflexionar, y dirán con Horacio:

Eheu! fugaces....
Labuntur anni....

¡Un año más! ¿Qué es un año en el hondo abismo de la eternidad? Instante cuya duracion no puede apreciarse, gota de agua perdida en el océano, ráfaga de luz confundida en el espacio con los resplandores del sol de medio día. Y sin embargo, en ese punto imperceptible del tiempo, ¡cuántos cambios, cuántos dolores, cuántos sucesos en la vida del hombre! ¡Cuántos misterios se han abierto á nuestros ojos! ¡cuántas ilusiones muertas, cuántos desengaños reci-

bidos, cuántas tristezas ignoradas, cuántos dolores sin consuelo y sin remedio! .... Acaso la casta niña que era el ídolo de nuestro corazon faltó á sus promesas y á su fé, destruyendo así amados y rosados ensueños; acaso el predilecto amigo huyó de nuestro lado para siempre, dejando hiel en nuestro pecho; acaso perdimos consoladoras creencias, ó se debilitaron nuestras esperanzas, ó cambiaron nuestros sentimientos. Tal vez el amor descendió á nuestra alma, inundándola de luz y abriéndole nuevos horizontes; tal vez se disiparon nuestras dudas, ó adquirimos fuerzas para luchar en la vida, ó gustamos en breve instante algunas gotas de esa miel purísima que se llama felicidad doméstica. ¡Quién sabe! .... Acaso una tumba se abrió para recibir á un sér querido, acaso un ángel bajó del cielo para derramar en el hogar íntimas alegrías y santas esperanzas....

¿Quién podrá recorrer la historia de un año de su vida sin estremecerse y meditar?

—Yo no he hecho lo que debía—se dice uno en el silencio de su conciencia.—Yo falté á mis promesas; me propuse ser bueno, honrado, amable, indulgente; y una série de inconsecuencias y de faltas se extiende ante mis ojos acusándome.

—Yo no trabajé como era mi deber, ni estuve atento al bien de mi familia, ni correspondí con mis afanes á las esperanzas que tantos séres tenían cifradas en mí.

—Yo fuí un criminal destrozando el corazon de aquella niña candorosa y pura á quien engañé por tanto tiempo fingiéndole un amor que no sentía.

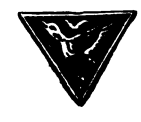
—Yo me desprendí de mis obligaciones de esposo y de padre, primero por una injustificable indolencia, y despues, porque ciego seguí el camino que me señalaron perversas amistades.

—Yo abusé de la buena fé de mis clientes y amigos, para que todo redundara en bien y provecho mío.

—Yo no impedí, como pude haberlo hecho, el mal que H*** hizo á aquella virtuosa viuda, cargada de familia, despojándola de lo que pertenecía á sus hijos.

—Yo he sido un egoísta, un mal amigo, un hipócrita, un infame, que hoy debería recibir severísimo castigo, aparte de los crueles remordimientos que me destrozan las entrañas.

¿Quién, al pensar en su pasado, no podrá decir esto y mucho más?—No hay duda: el consejo que Pitágoras daba á sus discípulos era excelente. Si hoy, los hijos del siglo XIX lo practicáramos, al ver la diferencia entre lo que debemos hacer y lo que hacemos, seríamos quizá más estrictos en el cumplimiento de nuestras obligaciones y nuestros deberes.





LOS

ESTUDIANTES EN VACACIONES.

I

CONCLUIDAS las vacaciones, vuelven durante el mes de Enero los estudiantes á sus tareas habituales.—Dejaron las aulas fatigados del estudio, y ahora vuelven á ellas alegres y animosos, con el recuerdo de felices días vivo aún, con el espíritu sereno y descansado, frescas la inteligencia y la imaginacion. Traen el propósito de redoblar sus afanes y sus labores, para obtener nuevos triunfos y mejores lauros que el año anterior.

Los estudiantes que tienen á sus familias en México, ignoran por completo el rico y sabroso sabor de esos dos meses de ociosidad. Pasan la vida como todo el año, sin más cambio que levantarse tarde, y sin más distracciones nuevas que leer libros amenos, instalarse en las calles de Plateros ó seguir á las mujeres bonitas. No así los estudiantes de fuera: para ellos sí tiene atractivo el fin del año escolar; para

ellos la época de las vacaciones es toda de regocijo y entusiasmo. Únese á la natural satisfaccion por el buen éxito del exámen, la dulce esperanza de ver y estrechar pronto en los brazos á séres queridos de cuyo lado han estado separados.—¡Pobres estudiantes! Se alejan desde muy niños del hogar paterno; abandonan las caricias y los cuidados de una madre tierna, de unas hermanas amables y cariñosas; dejan sus amistades de la infancia, sus primeros amores tal vez, las comodidades y goces de la familia; lo dejan todo, para venir á buscar á una ciudad ruidosa y desconocida el pan de la instruccion. —Para el jóven de noble y delicado corazon que por primera vez deja á sus padres, pasan inadvertidas las novedades que hay aquí. ¿Qué le importan el ruido estruendoso de elegantes carruajes, las diversiones con que le brindan teatros y paseos, el primoroso lujo y la sorprendente riqueza de las casas de comercio; qué le importa todo esto, si no está al lado de su madre y no goza con ella? Recuerda con tristeza las veladas de familia, sus campos, sus paisajes, sus diversiones favoritas en compañía de personas queridas; y comprende que esto es lo que desea y lo que le haría feliz. Cuanto ven sus ojos le parece triste y monótono, falto de belleza y de atractivo. Los primeros días los pasa en contínua angustia: nada le distrae, ningun objeto fija su atencion, ningun consuelo tiene para su tristeza. Despues, las fatigas del estudio son su única distraccion, y en el cumplimiento de sus deberes encuentra nuevas y gratas satisfacciones: tiene luego amigos, ama los goces de

la inteligencia y los conoce quizá todos; pero siempre, en el fondo de su alma, encuentra algun vacío, algun desasosiego, cierta vaga y misteriosa melancolía.—El fastidio, la soledad, el cansancio, las exigencias de la cátedra llenan la vida del pobre estudiante de contínuo aburrimiento. Lo desmantelado de su cuarto le espanta á veces; las conversaciones de sus compañeros le parecen insípidas é inoportunas, y hay días en que quiere estar solo, solo, sin hablar con nadie, puesto que nada puede llenar el vacío de su existencia. ¡Dichosos los que tienen aquí una familia amiga, en cuyo seno les es fácil pasar algunas horas! En ella encuentran muchas veces una sombra de la suya, calor que reanime su corazon....

De la aspiracion natural y justa á los goces de la vida doméstica que de aquí nace, viene que todos los estudiantes esperen con ansiedad las vacaciones y que tengan en ellas un estímulo poderoso para estudiar con empeño.—Pasa, en efecto, el tremendo acto del exámen, y desde aquel momento todo es agitacion: se hacen con febril impaciencia los preparativos de viaje, se compran algunos regalitos para las hermanas y primas, se busca algo nuevo con que obsequiar á los amigos, y empieza una época de diversion y de contento. ¡Adios tristezas pasadas, adios aburrimientos, adios angustias por la cátedra! ¿Quién vuelve á pensar en ellas?

Hay que ver despues la llegada de un colegial á su casa. Con anticipacion se ha avisado á todos que va á venir, y de aquí que cada uno le espere y le prepare algun obsequio. Su ma-

dre, ya se sabe, lo recibirá con las lágrimas en los ojos y le prodigará despues los tesoros de su amor y su ternura; su padre premiará régiamente los afanes y los triunfos de su hijo; sus hermanas se esmerarán en atender y satisfacer sus menores deseos; y los amigos, por último, querrán llevarle á los paseos y diversiones que para él han preparado.—Le está destinada la pieza más hermosa y cómoda de la casa, adornada primorosamente por sus hermanas: aquí su cama con cortinas nuevas; allí el roperito de madera de rosa; en el centro y frente á la ventana que da al jardin, el escritorio, con su tintero de cristal muy limpio, su carpeta y tarjetero, obras de las muchachas. ¡Ay! ¿quién no recuerda con emocion estos detalles de la vida de familia?

En todas las visitas que hace, el colegial es siempre recibido con fina amabilidad: tribútasele todo género de atenciones, quieren oírse todas sus palabras, son adivinados y cumplidos sus menores deseos. Su conversacion, para todos amena y divertida, se busca y se solicita con empeño. Cuando sale á la calle, todas las miradas le siguen: muchos quieren encontrarse con él por sólo el placer de saludarle y hablarle. En las tertulias es esperado con impaciencia, y cuando llega todos los ojos le ven con interés. Ninguna diversion había comenzado, porque su presencia era indispensable; ninguna cuestion se había resuelto, porque faltaba su dictámen. Las muchachas se disputan las atenciones de su fina galantería y todas quieren conquistar su corazon. ¡Qué amable es!—dicen.—

¡Qué discrecion muestra en sus palabras, qué gracia hay en sus observaciones, cuánta delicadeza en su trato!—Lo que él dice es siempre lo mejor; lo que él hace está bien hecho; lo que á él se le ocurre á nadie se le había ocurrido ántes. En fin, todo trae dichas, triunfos, alegrías al estudiante. ¡Qué feliz es miéntras duran las vacaciones! ¡Qué bien se le pagan sus ausencias del hogar, sus tristezas y soledades del colegio! Se olvida entónces del pasado para gozar del presente, y ni lee, ni estudia, ni se acuerda ya de los libros.

II

El estudiante que va á su pueblo, es reputado generalmente por un sabio que lo sabe todo. A él se someten las cuestiones más árduas, áun aquellas que son ajenas á los estudios que ha hecho. Si el cura trata de poner una inscripcion en latin, la consulta con el estudiante; si los vecinos quieren hacer una solicitud al ayuntamiento, jefatura política ó gobierno del Estado, acuden al estudiante para que redacte el escrito que ha de presentarse; si se trata de celebrar con una fiesta los días de algun personaje principal del lugar, convidan primero que á nadie al colegial recienvenido, para que pronuncie un discurso y entusiasme á todos con sus palabras; si está enferma gravemente alguna persona, llaman tambien al estudiante para que la examine y dé su opinion autorizada acerca del mal que padece. Él ha estudiado aquel año procedimientos civiles y derecho interna-

cional en la Escuela de Jurisprudencia; pero ¿qué importa? Ha vivido en México, donde hay tantos médicos, y por fuerza debe saber y entender algo de medicina.—El juez de primera instancia va á sentenciar un litigio; pues bien, ántes de hacerlo, echa un paseito por la casa del colegial, y despues de preguntarle mil cosas de México, sobre política, teatros, paseos, etc., le pide su opinion sobre el asunto que á él le tiene preocupado.

—Usted podrá iluminarme—le dice con humildad.—Tal vez yo no me habré fijado bastante en el valor y fuerza de las pruebas; temo haber interpretado mal el artículo tantos del Código. En fin, dé usted una vuelta por el juzgado y tendré el gusto de mostrarle el expediente.

—Pero si ha de ser inútil, porque yo nada de eso entiendo—replica el colegial.—Este año he estudiado matemáticas en la Escuela de Minas....

—Mejor: así tendrá usted la cabeza fresca para este género de cuestiones; porque bien se ve: si hubiera usted estudiado derecho, hoy tendría dificultad para coordinar sus ideas. Nada, nada: vaya usted por mi casa, que mucho confío en su saber y buen criterio.

Tal es el papel que un estudiante desempeña en su pueblo durante las vacaciones. Si accede á todas las peticiones que se le hacen y habla de lo que no entiende, no hallarán palabras con que ensalzarlo. ¡Cuánto sabe! ¡qué humilde y amable es! ¡á nada se niega!—Si, por el contrario, el estudiante es tímido y sólo quiere hablar de las materias que conoce; si se niega á sen-

tenciar un pleito, á curar un enfermo, á predicar un sermon, entónces ¡qué hombre tan ignorante, nada sabe, para nada sirve!

Los estudiantes, para evitarse estas mortificaciones, y buscar la virtud en el medio, deben sin duda emplear algunas horas en adquirir ciertos conocimientos, cierta instruccion, que no por ser de puro adorno, dejan de tener utilidad: sirven, además, para realzar las bellas cualidades de un jóven.—La instruccion que puede adquirir el hombre no conoce límites; y el abogado, el ingeniero, el médico, el artista, no deben contentarse con saber sólo su ciencia, sino que en cierto modo están obligados, tienen necesidad, y les conviene para mayor lustre de su carrera, adquirir conocimientos de otro género, tales como aquellos que comunican mayor belleza al espíritu, rectitud y madurez á los juicios, amenidad á la conversacion, útil saber á todas las palabras que salgan de sus labios en medio de una discusion cualquiera. "Preocupacion errónea es,—dice un escritor—y por desgracia bastante comun, la de muchos padres, al discurrir de este modo:—"mi hijo será ingeniero; lo que necesita son matemáticas:—será clérigo; pues basta con el latin, teología y cánones: —será abogado; entónces con aprender leyes tiene que le sobra."—Pero olvidan que el ingeniero ha de redactar proyectos, informes, expedientes, dictámenes periciales: que el clérigo ha de escribir tambien, y con frecuencia casi diaria dirigir á sus feligreses pláticas doctrinales y sermones en que armoniosamente se junten la altura del pensamiento con la llaneza limpia de

la frase; que el abogado pronunciará discursos ante los tribunales de justicia y además formulará acusaciones, defensas, consultas y otros innumerables documentos; y si todo esto lo hacen en un estilo defectuoso y vulgar, con un lenguaje rebelde á la gramática, lleno de impropiedades, incorrecciones y torpezas, nadie librará sus obras del menosprecio, ni del olvido sus nombres."

En efecto, ¿qué podrá decirse, y qué papel estarán destinados á hacer en la sociedad culta, un abogado que no sepa expresarse con propiedad, un médico que ignore la historia, un ingeniero que no pueda tomar parte en una cuestion literaria? "Fuera de las aulas y actos profesionales—agregaba el escritor á que ántes he aludido—no suele tratarse de álgebra, química, botánica ó geodesia; pero á cada instante se ofrece hablar de la comedia ó el drama nuevo, de la oda, la sátira ó la novela, siendo censurable y extraña en hombres educados la falta absoluta de noticias en tan trilladas materias."

Sirva lo dicho hasta aquí de advertencia á los estudiantes; y procuren no dar lugar á que desagradables mortificaciones, como son las que causa la ignorancia, turben la alegría y los goces de que están llenas las vacaciones.





EL DÍA DE MUERTOS

EN MI PUEBLO.

I

RECUERDOS de la infancia; horas benditas pasadas al abrigo del techo paterno; época venturosa de la aurora de mi vida, en que no conocía yo más horizontes que los del pueblo natal, más halagos que los de mi madre, más penas que los candorosos deseos que venían á turbar mi plácida inocencia;—venid á mí y hacedme aspirar el perfume suavísimo de vuestra poesía; reanimad mi fatigado espíritu; trasportadme á aquellos lugares queridos que no ha olvidado ni olvida mi corazon, y hacedme sentir de nuevo las delicias inefables de la primera edad, junto con los consuelos de la oracion y el recogimiento! Sí; quiero mezclar á mi cándida fé, á las dulces esperanzas que se abrigan en mi pecho, el tierno recuerdo de mi pueblo y la grata memoria de sus costumbres piadosas; quiero olvidar por un momento esta vida triste que llevo, estas aspiraciones y anhe-

los que me quitan el reposo, y figurarme allá en mis montañas, en mis bosques, en mis campos nativos, rodeado de sencillos labradores que me conocieron de niño....

Hoy que aquí, en la ciudad, reina el bullicio, yo suspiro por mis campiñas solitarias y silenciosas, por mis florestas esmaltadas, por las calladas márgenes del río donde sólo se oye el canto monótono del huaco; hoy, que los paseos, y las calles, y los panteones rebosan en una multitud deseosa de divertirse, de lucir sus galas, tomando por pretexto la fiesta de los muertos, yo quiero ir á recorrer con la imaginacion y con el alma los pintorescos alrededores de mi pueblo, sus huertas de plátanos y limoneros, sombrías y solemnes como los recintos de un templo; quiero ir á orar, ya en la humilde nave de la iglesia, frente al modesto catafalco, ya en el florido campo-santo de la aldea, en medio de hierbas olorosas, de malvas azules, reclinado sobre una alfombra de césped bordada de pintadas florecillas....

Allá otro ambiente,—puro y refrescado por los aires de la verde montaña,—otros cuadros, otros lugares, otras costumbres; aquí el polvo y la confusion, el afan de ver, el olvido de los muertos áun en medio de las tumbas;—allá la sencillez, la verdadera piedad, la naturaleza asociándose á los sentimientos de los hombres....

II

Esta es la época en que el labrador recoge sus mieses y abandona regocijado y alegre los campos que ha cultivado: la vivienda que provisionalmente levantó en la falda de la montaña, y que le dió abrigo á él y á su familia, durante las tempestades del verano, va á quedar sola y deshabitada, porque ya la casa del pueblo espera á su dueño y señor, que vuelve cargado de los beneficios que Dios ha derramado sobre él.—La familia, los perros fieles, las aves domésticas y todos los habitantes de aquel pequeño mundo que recuerda los tiempos de los patriarcas, se preparan á dejar el querido albergue campestre, donde tantas horas se deslizaron sin sentir.... Allí está la puerta de la cabaña, allí está el rústico banquillo en que la esposa se sentaba á esperar al esposo, con su niño recien nacido en los brazos; allí está tambien el alto peñasco ó la pequeña colina donde ella se subía, para ver á lo léjos si regresaba ya aquel con sus instrumentos de labranza al hombro: aquí se sentaban ambos á descansar á la caída de la tarde.... Y más allá está el árbol de las gallinas; de un lado, el huertecillo que proveía de legumbres ·la frugal mesa de la familia; en el fondo del vallecito de la derecha corre el arroyuelo á donde con su cántaro en la cabeza iban las niñas por agua....—Pero todo esto va ya á quedar solo. ¡Adios, pues, montañas azules, bosques silenciosos, lugares llenos de recuerdos! ¡Adios, horas pasadas al amor de la lumbre,

cuando el campesino entretenía las veladas de sus hijos con sabrosos cuentos, miéntras la lluvia y el huracan rugían afuera! Adios todos aquellos momentos, de zozobra cuando el cielo no se mostraba propicio para fecundizar los campos; de esperanza cuando las nubes anunciaban un aguacero bienhechor y una tempestad benéfica; de alegría cuando al amanecer se encontraban crecidos los arroyos, húmedas las siembras, despejado el firmamento, risueña y gozosa toda la naturaleza.... ¡Cuántas veces, bajo aquel pobre techo de la montaña, los labradores tuvieron dulcès horas de felicidad y hallaron descanso y apacible sueño despues de las fatigas del día!.... Pero ¡ay! estas alegrías por volver á la casa del pueblo, no son completas; hay algo que las turba y las reviste de cierta reserva: el *Día de Muertos* va á llegar pronto...... Todos recuerdan una historia triste, todos traen á la memoria la pérdida de un padre, de un hermano, de un amigo..... y ante esta idea, buscan y escogen en la montaña diversos objetos con que adornar esas tumbas queridas: ya son los últimos frutos de la huerta, ya son mazorcas tiernas del maíz sembrado cuando la milpa estaba en sazon, para tener así nueva cosecha.—Los que en esta temporada fueron á cuidar un rancho, traen tambien á su regreso mil golosinas exquisitas, pastas, quesos, dulces, conservas y mieles silvestres, pues nadie olvida lo que exige la tradicion el Día de Muertos.

III

Sin duda que las fiestas cristianas, en los pueblos pequeños, no pasan como aquí en las ciudades,—casi inadvertidas—cuando aquellas no exigen manifestaciones exteriores. Allá, fuera de los templos, todos dan señales del regocijo ó de la tristeza que les causa alguna ceremonia acabada de presenciar, todos revelan franca y sencillamente los sentimientos de que están dominados; y áun procuran sin esfuerzo comunicarlos á los demás, hallar eco en ellos, uniformar su manera de expansion: de aquí que en las reuniones de las familias sea fácil descubrir desde luego el espíritu que las preside. No sucede lo mismo en los grandes centros de poblacion, donde todo se pierde y se confunde: aquí es necesario que la fuerza de una costumbre y los usos que la tradicion ha sancionado, vengan á imprimir carácter á las fiestas del pueblo.—Así se ve, por ejemplo, que en ciertas aldeas, la Semana Santa produce en los habitantes una religiosa tristeza, una melancolía natural y apacible, señales del recogimiento de espíritu, y la Noche Buena les trae con igual intensidad la alegría más profunda y verdadera, el regocijo más infantil y candoroso; en tanto que en las ciudades estos sentimientos desaparecen mezclados al bullicio y á la fiebre de divertirse.

En las aldeas, donde se mantiene vivo y es más espontáneo el sentimiento religioso, esta fiesta de los Muertos tiene una manifestacion tierna y conmovedora; se liga á las más íntimas

y hondas afecciones del alma; porque allí donde todos forman como una sola familia, ¿quién no ha sufrido el dolor de perder á un sér querido? ¿quién no tiene una sepultura que regar con lágrimas? ¿en qué corazon no ha penetrado el frío que se siente cuando se oye caer lúgubremente la tierra sobre las tablas del féretro?....—¡Ah! el día de Difuntos!.... ¡qué recuerdos tan dolorosos se levantan del fondo del alma ante esta palabra! ¡qué sucesion de tristes reflexiones, de melancólicas memorias, de renovadas heridas, calmadas ya por el tiempo ó por el bálsamo de la resignacion!—La muerte, cuando elige una víctima, no la hiere á ella solamente: hiere tambien á todos los que la aman, á los que la rodean, á los que conocen sus virtudes y se sienten bien con su amistad; por eso en este día los que viven al abrigo del mismo valle, los que habitan un mismo lugar, los que trabajan y cultivan los mismos campos, recuerdan á todos los que no pueden ya ocupar su asiento en el modesto banquete del día de Todos Santos; ya son el compañero de trabajo, el amigo de la infancia, el que vivía en la *casita de arriba* ó el que sembraba en tal cañada, los que faltan esta noche; ya es la venerable abuela ó el amable anciano, que no pueden responder al llamamiento de sus nietos ni acallar sus llantos con caricias; ya es la tierna esposa que dejó en luto un hogar, y en él huérfanos y desamparados á sus hijos; ya es, en fin, la cándida y amorosa doncella que se huyó al cielo, y que era en otro tiempo la gala del pueblo, la joya de sus padres, el encanto de los niños y la dulce esperanza de

su amante.... ¡Todos descansan ya en el seno del Señor, y exigen de sus deudos y amigos recuerdos y oraciones, piadosas ofrendas y lágrimas de gratitud y de cariño!....

IV

En los hogares del pobre, en las calles y plazas de mi pueblo, en los senderos que conducen á la huerta y á la montaña, hay, ántes de llegar el Día de Muertos, un movimiento inusitado y extraordinario: diríase que se prepara una gran fiesta en la cual deben tomar parte todos los corazones. Por donde quiera se ven ramos y coronas de flores, cirios de blanquísima cera, tiendecillas donde se venden frutas secas, pan blanco sin levadura salpicado de manchitas rojas y azules, *toqueres* de maíz y pastas dulces de leche, para las ofrendas que deben ponerse en los sepulcros el día 2 de Noviembre: el ambiente se perfuma con las rosas y esencias traídas de los bosques, y en el átrio de la parroquia, en las puertas de las casas, enormes ramas verdes indican que allí va á rendirse culto á la memoria de algun muerto. No se ve en todo esto un solo adorno de lienzo; y al observar tales preparativos parece que los bosques, las selvas, los árboles, la naturaleza entera, envían á las familias aquellas galas de que se despojan, y con las cuales quieren que se adornen únicamente las tumbas de los que fueron sus hijos y sus amigos predilectos....

Entre tanto, levántase en la humilda nave de la iglesia el catafalco para la misa de difuntos:

monumento fúnebre, triste y severo, que servirá para avivar más y más en los corazones de los asistentes el fervor piadoso y la uncion de que han menester en sus oraciones....

Llega el día 2: el olor de la cera; las rosas de los campos; los colores de algunas, vistas este día solamente en los altares, y sobre todo, los ornamentos negros con que oficia el sacerdote y los oscuros paños de que está revestida el ara, dan á las ceremonias de este día una expresion de tristeza indefinible. Todos callan y rezan, inclinado el cuerpo, lloroso el semblante, atentos sólo á los pensamientos que se agitan en su mente: van con su oracion hasta el trono de Dios, y allí ruegan por personas amadas, cuyos nombres no se atreven los labios á pronunciar, temerosos de que se desaten con estrépito las fuentes de las lágrimas..... Hay momentos en que solo se oye el chisporroteo de la cera, la llama de los cirios que se agita al impulso de un aire sutil, el murmullo que allá en el átrio forman los que no han entrado al templo..... La voz del sacerdote turba este silencio, y saliendo los fieles de su honda meditacion, les parece ver entre las nubes del blanco y oloroso incienso la imágen de la Religion que los consuela y los llena de esperanza...... ¡Dichoso momento en que una voz secreta les dice que sus ruegos han sido oídos!....

Tal es la misa de finados en la iglesia de una aldea: toda de recogimiento, de dulce tristeza, de penosos recuerdos mezclados de cierta piadosa resignacion, que lleva al alma el celestial rocío de la fé, y que la alienta y la fortifica.—

Mas no termina con esto el homenaje tributado á los muertos: para ver cómo aman los campesinos la memoria de sus deudos, hay que salir de la iglesia y observar todo lo que hacen en la intimidad de sus hogares y en las tumbas del campo-santo.

V

Las ofrendas: hé aquí la costumbre que da un carácter particular al Día de muertos en mi pueblo. Aquellas velas de limpia cera, aquellos panes en forma de muñeca, aquellas coronas, aquellas pastas exquisitas que durante seis días han estado expuestas en las tiendecillas de la plaza, van á depositarse sobre los sepulcros del cementerio,—de tal manera, que cubierto el banco de mezcla con un paño de algodon finísimo, toma el aspecto de una mesa cuidadosamente preparada, llena de los más ricos y delicados manjares. Allí se colocan tarros de almíbar, tazas con miel de panales silvestres, panecillos de maíz tierno azucarados y perfumados con canela, flores, conservas, vasos de agua bendita y cuanto de más fino puede fabricar en su casa la madre de familia: es el banquete que los vivos dan á los muertos....

Desde las tres de la tarde, en que la campana de la parroquia comienza á *doblar*, triste y lentamente como son siempre los *dobles* en los pueblos, las familias salen de sus casas y se dirigen al campo-santo, ó al átrio de la iglesia, donde tambien hay algunas tumbas. Allí recorren las callecitas que éstas forman; y viendo

las cruces (no los nombres ni los epitafios, porque no los hay) recuerdan el lugar donde descansan sus parientes ó amigos.... Colocan en seguida los objetos que llevan para la *ofrenda*, se encienden los cirios, se arrojan sobre ésta algunas gotas de agua bendita, y poco despues sólo se oye en aquel recinto de la muerte el murmullo de las oraciones que se elevan al cielo....—Así pasa la tarde: ni la curiosidad, ni el afan de ver, ni otro pasatiempo profano, distraen la atencion de los pobres campesinos, que recogidos en el santuario de sus recuerdos íntimos, rezan y suspiran con tierna y honda tristeza.

Cuando las sombras de la noche los arrojan de allí, trasladan las *ofrendas* al interior de las casas. Se renuevan las luces, se improvisa uno á modo de altar, y colocados en él los objetos que ántes estaban sobre los sepulcros, comienzan otras oraciones y otras tristezas.—No es raro ver en lo alto de un árbol del bosque, ó en un sitio retirado y solitario, una lucecilla que arde á pesar del viento de la noche: es la ofrenda del *ánima sola*,—es decir, de la que en el pueblo no tiene ya ni un pariente, ni un amigo que la recuerde y le adorne su sepultura. Un panecillo y un pequeño cirio, y una oracion que se rece por ella,—hé aquí lo que cada familia dedica al alma de aquel desconocido.

De este modo honran las pobres gentes de mi pueblo la memoria de los muertos.



EL PERIODISMO.

I

¡LA prensa! ¿Quién no ha oído alguna vez los pomposos elogios que de ella han hecho muchos hombres notables de nuestro tiempo? ¿Quién ignora las entusiastas frases que los trabajos del periodismo han inspirado á poetas y oradores, á políticos y estadistas?—Su influencia, universalmente reconocida, no se detiene ante ningun obstáculo: todo lo estudia y analiza, lo examina y lo discute; todo cae bajo su mirada investigadora y penetrante. Los gobiernos la temen: la halagan unas veces, y otras desconfían de que extravíe los sentimientos del pueblo, ora haciéndole comprender sus derechos y sus verdaderos intereses, ora poniéndole á la vista secretas faltas é imperdonables ligerezas; ya animándole á las luchas que exigen el decoro y la dignidad, ya inspirándole ódio hácia los que son sus perseguidorès y verdugos. De aquí que estén siempre atentos á sus exigencias é indicaciones; de aquí que se tome en cuenta su sentir, y se estudien y discutan sus

consejos; de aquí, por último, ese empeño decidido en ahogar su voz cuando sólo reinan el abuso, la ambicion desenfrenada y la arbitrariedad.

La prensa, mejor que ninguna otra cosa, refleja fielmente los sentimientos y aspiraciones de una sociedad, sus vicios y sus flaquezas, sus virtudes y sus costumbres. En ella encuentran eco todas las nobles y generosas ideas, todos los benéficos y grandes propósitos. Presta su apoyo á la pobreza y la indigencia, anima á los que luchan sin esperanza, investiga las necesidades de los pueblos y se interesa en su progreso y en su bienestar. Busca y señala los medios para que la industria se perfeccione, se ensanche el progreso y prospere la agricultura; contribuye con su estímulo halagador al adelanto y lucimiento de las bellas artes y de las letras; se regocija con las fiestas y triunfos del trabajo, y de igual manera participa de las alegrías y de los pesares del pueblo. En una palabra, la prensa es sin duda el centinela más avanzado de la civilizacion moderna, la que puede anunciar á la sociedad los peligros que la amenazan y señalar el orígen y la raíz de que provienen. ¡Cuánto bien puede hacer, si está dirigida por un criterio sano y juicioso, por una conciencia recta y honrada! ¡Cuántos males puede evitar con sus consejos, con su prevision; y qué impulso tan eficaz puede imprimir á las obras de la verdad y de la justicia! Es el vehículo más á propósito para la propagacion de un buen principio, para que éste circule entre las masas, y para que todos le den acogida en sus hogares.

Animada la prensa del noble deseo de decir siempre la verdad, sus palabras deben tener siempre el sello de la sinceridad y la franqueza, sin que nunca las pasiones vulgares ni las preocupaciones influyan en los juicios que tenga que formarse de las cosas: sus críticas deberán inspirarse constantemente en los preceptos de la imparcialidad y la justicia, procurando en todos los casos corregir y enseñar, estimular y prever. Porque hay algo de augusto, de generoso y elevado en la mision del periodista: está éste colocado, por decirlo así, en cierta altura que domina la sociedad, y desde la cual ve los sucesos, los errores, los vicios y pasiones que se agitan en su seno, semejantes á las tempestades que se desatan sobre el mar. El periodismo es entónces como roca inamovible que sirve de baluarte al escritor público, para que en él pueda hacer con calma sus observaciones, y ver lo que no ven los demás. Su deber ha de consistir en conjurar los peligros, en señalar el mejor camino, en predicar la concordia y aconsejar la fraternidad. —Por lo demás, ya se deja entender que el lenguaje de la prensa debe ser digno y caballeroso, propio de todo magisterio llamado á ejercer influencia en la opinion y en los sentimientos de las masas. En sus palabras debe verse la voz de la verdad, y no la de las pasiones humanas; la del deseo de hacer bien, y no la de la injusticia y de la maledicencia; pues sólo así estarán revestidas de una autoridad que nada podrá destruir.

II

El periodismo en México, á mi juicio, se halla desde hace algunos años en un estado completo de decadencia, digno por muchos títulos de lamentarse. ¿Qué se han hecho aquellos atletas vigorosos de nuestra prensa, Pesado, Roa Bárcena, Portilla, que desde las columnas de *La Cruz*, *La Sociedad* y *La Iberia* ilustraban todas las cuestiones con calma y caballerosidad notables? ¿Qué fruto ha dado el ejemplo de estos escritores, que siempre respetaron á sus adversarios, tuvieron un estilo moderado y noble, y se retiraron del palenque sin dejar una sola enemistad?

Comencemos por reconocer que todos los que hoy se dedican en México al periodismo, con raras y honrosísimas excepciones, no tienen formada una idea exacta de lo que es y debe ser su constante objeto: pocas veces entran á esta carrera llevando un escogido caudal de conocimientos y de buen sentido, de observaciones atinadas y de estudios prácticos de la vida social.—Creen unos que con hablar mal siempre del Gobierno, con ensalzar la Constitucion y las Leyes de Reforma, con criticar todos los hechos que caen bajo su dominio, se cumplen los primeros y principales deberes del periodista. Creen otros que es preciso elogiarlo todo, para halagar y complacer á los poderosos, en debida correspondencia á beneficios y empleos que de ellos reciben; que las cuestiones más árduas y trascendentales para los intereses de la

patria, deben tratarse con ligereza y desenfado, á fin de que el público vea que un periodista sabe más que un diputado, y que resuelve las cosas más pronto que el Congreso; en fin, que basta censurar y elogiar como y cuando conviene, para hacer del periodismo el eco de la opinion pública.

¡La opinion pública! ¿Cuándo la prensa se inspira en ella? ¿qué ocasiones procura ajustarse á sus exigencias, á sus necesidades, á sus deseos, traduciendo claramente sus varias manifestaciones?—Unas veces reprueban los periódicos lo que todo el mundo aplaude; conviértense otras en órganos de intereses particulares, sin atender á la utilidad ni al buen nombre de la sociedad en que viven; ya los vemos empeñados en sostener discusiones inútiles, olvidándose de cuestiones de positiva importancia; ya se entretienen en asuntos que sólo pueden tener atractivo para determinado número de individuos. Además de esto, el estilo que emplean algunos periódicos es altamente inconveniente y perjudicial al crédito mismo de la prensa. Las discusiones pocas veces siguen un órden natural y lógico; pocas veces tienen un buen fin, pues cuando los contendientes empiezan á irritarse, comienzan tambien á dejarse guiar por la mala fé, y truncan las frases de su contrario, alteran sus conceptos, interpretan de distinto modo sus ideas; y concluyen por insultarse mútuamente si les falta ya la razon. Muestran empeño en sacar á luz el nombre y las opiniones políticas y religiosas de cada uno, como si fuesen parte esencial para la polémica; y de aquí las faltas de caballerosa leal-

tad que tantas amarguras traen á la vida del periodismo.

A estas hay que agregar las escaseces, las mortificaciones y los compromisos en que muchas veces se ven envueltos los que se dedican á aquella profesion. Los amigos del escritor le rodean y le exigen que hable en éste ó aquel sentido de tal asunto, sin consultar para nada su opinion particular ni atender á lo que prescriben el sentido comun ó el buen gusto. Y lo más curioso es que aunque quiera complacer á todos, jamás logra dejarlos satisfechos.—Algunos hay tan débiles, que abdican con frecuencia de su libertad de pensar, que escriben lo que no sienten, y que emiten sus opiniones conforme al gusto y dictámen de personas extrañas, ó bien para no herir las susceptibilidades del amor propio y conquistarse simpatías, ó bien para no exponerse á futuras críticas y tener más tarde derecho de cobrar en recompensa determinado número de elogios. Pero los que hacen esto, se olvidan del desprestigio que semejante sistema puede traerles y de la perniciosa influencia que sus palabras pueden tener en el criterio del público. Lo extravían y lo engañan, y lo obligan muchas veces á juzgar sin acierto.

Conviene, por lo mismo, que los escritores públicos mediten en la importancia del papel que desempeñan en la sociedad: es honroso y elevado, y deben, por esta razon, hacerse dignos de él, ennoblecerlo con sus trabajos y revestirlo de la mayor decencia y caballerosidad. Nunca es bueno descender al terreno de la diatriba y del insulto personal, porque esto, léjos

de traer el triunfo en una polémica, de ser útil y conveniente, denota sólo carencia de razon y de sentimientos generosos. Las discusiones de la prensa deben ser tranquilas y serenas, nunca apasionadas ni ardientes. Nada hay tan bello como estas batallas del entendimiento, en que la victoria corresponde al que la merece, por haberla buscado con la luz de la lógica, de la verdad y de la justicia.





LOS JÓVENES DE HOY.

I

AL observar las costumbres actuales de los jóvenes, sus vicios y las tendencias que manifiestan en todos sus actos, no es posible comprender cómo la sociedad permanece indiferente, cómo los padres de familia no se alarman ni intentan poner remedio á los males que nos amenazan.—La juventud es la que más tarde ha de regir los destinos del país, la que ha de tener en sus manos el poder, la autoridad, el encargo de hacer las leyes; y si no se aplica oportuna y eficazmente una reforma radical á aquella, bien seguros podemos estar de que es triste el porvenir que se le espera á la patria. La enseñanza religiosa, desterrada hoy para siempre de los establecimientos públicos, y una vigilancia contínua y severa de los maestros y padres de familia, eran todavía hace pocos años dos medios para impedir el desarrollo de ciertas inclinaciones de la juventud. En la actualidad, acaso ni eso baste ya: la perversion moral de los individuos, comenzada una vez, crece por

desgracia con rapidez prodigiosa, y ni severas reprensiones ni buenos ejemplos pueden extirpar despues los males que ha causado.

Los jóvenes de nuestra sociedad, como los jóvenes de todas las épocas y de todas las naciones, son dóciles á los halagos, á las seductoras tentaciones, á todo lo que hace fácil la vida y regaladas las costumbres. Por eso se apresuraron á aplaudir con regocijo la supresion de toda severidad en la educacion y en la enseñanza; y los jefes de familia, por su parte, sin fijarse en los peligros que esto podía traer, disimularon, fueron tolerantes, lo fiaron todo á la semilla de moral que en edad temprana sembraron en las almas de sus hijos, y juzgaron que ella bastaría para evitar extravíos mayores. ¡Cuánto se engañaban, cuánto se han engañado! No: con la juventud no basta la buena enseñanza, no bastan los buenos ejemplos, no bastan tampoco ni severas amenazas ni, á veces, crueles castigos. La juventud ha menester de otros medios más directos y enérgicos, adecuados á los sentimientos de esa edad; medios que la hagan comprender distintamente y por conviccion lo que en medio de sus deseos no puede ver.

¿Se ignora acaso el despejo que en poco tiempo adquieren en las escuelas del vicio los jóvenes del día? Poco importa que sus virtuosas madres hayan nutrido sus corazones de ideas de piedad y sana moral; poco importa que desde su niñez hayan recibido consejos sanos y prudentes: todo cae derribado al empuje de los vientos del mundo maldiciente. Fuera del hogar doméstico, los jóvenes hallan desde sus pri-

meros pasos amigos perversos que destruyen en un momento con insolentes palabras y burlas sangrientas la exquisita flor de la inocencia y de la sana moral, cultivada y hermoseada por la madre de familia; hallan libros obscenos que presentan seductor el vicio y difícil la virtud; maestros viles que bajo la engañadora careta de amable familiaridad, infiltran gota á gota en el alma el mortal veneno de la duda y de la impiedad; hallan, finalmente, conversaciones licenciosas que sublevan los instintos de la materia y que acaban para siempre con las buenas ideas y las nociones del bien.—De aquí que al poco tiempo desaparezca de ellos aquella ingénua bondad, aquella sencillez de costumbres, aquel franco y amable trato que tan estimables les hacen en sus primeros años. Sin ánimo despues para cultivar sus facultades morales; sin deseos de conquistar honrosas victorias en el campo del estudio, de las artes, de las ciencias y de las letras; sin aquella fuerza de espíritu que levanta el corazon y lo lleva á ejecutar buenas acciones; entréganse á una vida enteramente infructuosa para su familia, para sí mismos y para su patria. Aborrecen el trabajo sin haber probado nunca sus delicias, sin haber gustado una sola vez las satisfacciones que deja al corazon. Aman la ociosidad, se vuelven maldicientes, acarician impuras ambiciones; y cuando no alcanzan el logro de ellas, siguen por un camino que necesariamente los conduce á fatales precipicios.

II

No es falso ni exagerado el cuadro anterior. ¡Ojalá lo fuera! Mas, á la vista de todos está esa facilidad con que los jóvenes acogen todo cuanto halaga sus pasiones; ese empeño que muestran para no sujetarse á severas reglas de conducta; esa vanidad, afectacion y altanería con que se conducen casi siempre. Los que observan en su casa prácticas de fé y de piedad, se olvidan de ellas al hallarse en un círculo donde se habla de los sucesos del día, y acaso sin querer, critican ó se burlan de lo que hacen sus padres; los que reciben desde sus primeros años nocivas lecciones ó tienen malos ejemplos, lo ven todo con frialdad ó con desden, afilan las armas de la maledicencia en los arsenales del mundo, y despues nada les detiene ni nadie les impone: acostumbrados á no respetar nada, ven del mismo modo lo que es digno de veneracion y lo que merece lástima. ¿Qué serán así para ellos más tarde el candor y sencillez de una niña, las pruebas de infinita ternura de una madre, los propósitos nobles y generosos de un jóven honrado? ¿Estarán en aptitud de apreciar el mérito de una buena accion, y serán capaces de aplaudirla? ¿Podrán alguna vez dar cabida en su corazon á la rectitud y á la justicia, á la sinceridad y buena fé? No; porque empeñados en complacer al mundo y buscar su aprobacion, jamás se detendrán á considerar y apreciar lo que él desdeña por pequeño, modesto y humilde.—¡Pobre juventud con sistema semejante! Si

debido á la vigilancia maternal conserva todavía en su pecho algo de la fragancia virginal de la inocencia, pronto es arrebatado por perversas máximas y conversaciones; si aún permanecen vivas su fé y sus creencias de niño, al poner por primera vez el pié en los dinteles del mundo, comenzarán á marchitarse, á secarse y hasta á desaparecer por completo. La juventud no sabe luchar, y si lucha, pronto es vencida; porque con su inexperiencia juzga razones los sofismas; verdades, las promesas del mundo; justas sus críticas y sabia y profunda su enseñanza. Y de aquí que luego comience á avergonzarse ante los demás de lo que cree, de lo que ha aprendido de sus padres y de lo que piensa y practica.

Con pesar se observa que algunos padres de familia contribuyen por su parte á desarrollar este mal: sea unas veces por debilidad, sea otras por el cariño que profesan á sus hijos, lo cierto es que son con ellos tolerantes y blandos, precisamente en una edad en que deben ser severos, y en un tiempo en que sólo así pueden inculcarles buenas máximas. Permiten que sus hijos vean con descuido las prácticas piadosas; les dejan leer todo género de libros, frecuentar toda clase de amistades, asistir á escandalosos espectáculos; no se alarman ante las pruebas que ellos dan de poco respeto y de falta de veneracion á las cosas santas, y no tienen, finalmente, sobre ellos aquella contínua vigilancia, aquel esmerado cuidado que serían seguras garantías de órden y moralidad. ¡Ah! se olvidan de que el enemigo no duerme y que él se aprovecha de todo para apoderarse del corazon de

la juventud, y atraerla y engañarla con falaces promesas; se olvidan de que él tiene dispuestos para repartir á millares, malos libros, indecentes periódicos, cátedras impías y subversivos discursos.

III

En mi sentir, la única poderosa barrera que sería suficiente á atajar este grave mal, está en la educacion, en una educacion esencialmente religiosa: ella sola forma el corazon y dirige con seguridad las facultades morales.—Siendo su base el conocimiento de Dios y de su ley; predicando la humildad como necesario atributo de nuestra pequeñez; poniendo en el corazon del hombre los deberes que lo ligan á la Providencia que lo creó y lo sustenta, á sus padres que velaron su infancia y su niñez, á la patria que le prestó abrigo, al prójimo que le rodea, la enseñanza cristiana lo obliga á subordinarlo todo al cumplimiento de su destino en la tierra, y le dice que hay una causa elevada y noble á la cual debe obedecer en todos sus actos: ni el egoísmo, ni las pasiones, ni otros sentimientos bajos y pequeños—humanos, por decirlo así,—deben nunca apartarle del buen sendero.

A este sistema de educacion que regía antiguamente, debíase en gran parte la paz y la felicidad de que se disfrutaba ántes, así en el seno de la familia como en la sociedad; y si hoy tenemos que lamentar á cada paso desgracias y extravíos en nuestra juventud, es debido sólo á la ausencia total de preceptos religiosos en la

enseñanza pública.—Es cierto que el adelanto que las ciencias han alcanzado; el anhelo, cada día más poderoso, de beber en las fuentes del saber y del estudio; los libros que sobre tantas materias se han escrito, y otras diversas circunstancias, exigen en nuestro tiempo cambios casi radicales en el método y desarrollo de la instruccion; mas esto no llegará á justificar nunca la falta que todos lamentan. ¡Ojalá que convencidos los maestros y padres de familia, de la gravedad que entraña este asunto, del cual depende la felicidad individual y pública, se apresuren á poner un remedio poderoso y eficaz!—La patria agradecida bendeciría su memoria.





NUESTRA LITERATURA.

I

SE ha dicho, con razon, que el grado de cultura y de moralidad de un pueblo se mide por su literatura; pues que siendo ésta el reflejo de las pasiones, ideas y sentimientos de la sociedad, puede fácilmente conocerse por ella el espíritu que la domina y la gobierna.—No es necesario traer ejemplos para apoyar esta asercion: basta recordar lo que fué España en el siglo XVI, y leer las obras de los clásicos de aquella época, para observar cómo realmente un pueblo imprime carácter á su literatura. El espíritu de profunda y sincera piedad que llenaba las almas, su ardiente fé, su viveza de sentimientos y la sencillez de las costumbres, refléjanse como en limpísimo espejo en las obras de Fr. Luis de Leon y otros ingénios.—En nuestros días, la literatura francesa no desmiente el estado que guarda esa nacion, donde han dominado las doctrinas de los enciclopedistas y donde el mundo presenció asombrado los horrores de la Comuna: allí los poetas, los historia-

dores, los novelistas, los escritores dramáticos, trasladan á sus obras la impiedad que corroe los corazones, el cinismo que rige las costumbres, la falta de respeto con que se ve todo lo que hay de santo y adorable; allí, donde un día se dió el imperio del mundo á la diosa Razon representada por una vil mujer, se ha prescindido de todo principio moral y sólido, y no queriendo que el entendimiento tenga una mano prudente que lo guíe y lo detenga en sus extravíos, se ha rebelado contra todo órden religioso, despreciando el Evangelio y burlándose de su espíritu divino. ¿Qué extraño es, por lo mismo, que las obras de V. Hugo, de Michelet, de Dumas, de Sardou y de tantos otros, estén llenas de horrible impiedad y de pérfido escepticismo? Ellos, ellos son los autores de esa desmoralizacion que reina en la sociedad francesa: con sus teorías absurdas y anticristianas, con sus predicaciones subversivas, con la inmoralidad de que llenan sus escritos, han perturbado el órden y sembrado en las almas la duda; han llevado la rebelion á las grandes asociaciones obreras, y sembrado áun en el seno de las familias la semilla de la discordia y del indiferentismo. ¡Pobre nacion con su literatura! ¡Pobre pueblo donde no se respetan los sentimientos más íntimos del corazon!

La literatura en México aún no llega, por gracia de Dios, á ese grado de decadencia. La literatura que se honra con los nombres de una Inés de la Cruz, de un Carpio, de un Munguía, de un Pesado, no puede jamás corromperse como se ha corrompido la literatura de Voltaire

y de Rousseau. Nuestros grandes escritores han sido siempre creyentes, piadosos y humildes, tal como deben serlo los que reconocen que *el temor de Dios es el principio de la sabiduría.* No contamos, entre los que en nuestra patria han cultivado las bellas letras, un autor cuya impiedad haya sido de honda y fatal trascendencia para las creencias de nuestro pueblo, y si bien es verdad que en diversos tiempos han aparecido algunos, tambien lo es que el desden y el desprecio han sido su castigo.

Empero, al ver que el espíritu del siglo lo invade todo, y lo pervierte todo, fuerza es detenerse un momento para estudiar lo que ha sido, es y debe ser nuestra literatura.

II

Siendo noble y elevado el fin de toda literatura, y trascendental la influencia que ella ejerce en el ánimo de los individuos, fácil es comprender que el espíritu que la anime debe ser tambien de una excelencia superior. Sus tendencias todas deben dirigirse á moralizar á la sociedad, alimentándola de sanas ideas y saludables doctrinas, y despertando en ella amor á lo bello y á lo bueno, aspiraciones á una vida mejor. Porque si esto no se hace, ¿de qué sirven las galas del lenguaje y el encanto del estilo? ¿Para qué son las frases elegantes y gallardas si sólo envuelven principios corruptores? ¿Qué utilidad pueden dejar las narraciones frívolas en que no se tiene un elogio para la virtud, ni una censura amarga para el vicio? Esas obras

que sólo fomentan los instintos de la materia, como las novelas modernas; esas disertaciones eruditas con que los sabios quieren destruir las verdades de la Biblia apoyadas por la tradicion y por la ciencia misma; esos libros en que se prescinde de Dios y de su Ley Divina para arreglar las sociedades y el estado de los pueblos, nada enseñan ni deleitan, ántes sirven sólo para dejar la duda en el alma y acrecentar la incredulidad que hoy se extiende por todas partes como abrasadora lava.

En México, miéntras España pudo velar por la felicidad de América, las malas doctrinas que tenían agitada á toda Europa, apénas se hicieron sentir, y por lo mismo, nuestra literatura se conservó limpia y pura de toda mancha.—Despues de la independencia, los malos libros comenzaron á circular; y aunque pronto hicieron estragos en muchos buenos ingénios, la verdad es que nadie se atrevió á enarbolar la bandera de la impiedad, por respeto al pueblo mexicano, que tan adicto se ha mostrado siempre á sus creencias religiosas. Más tarde hubo ya quien hiciera alarde de apartarse del buen camino, para seguir por el de la falsa filosofía; y pronto la propaganda de la incredulidad pudo gloriarse de los triunfos alcanzados en todas las clases de la sociedad. En los colegios y en el ejército, en el periodismo y en el parlamento, en la clase más ínfima del pueblo y áun en los salones del palacio de gobierno, podían contarse entendimientos extraviados que profesaban ya las malas doctrinas. Los oradores corrompían la opinion de su auditorio de mil diversas mane-

ras, ya desfigurando la historia segun convenía á sus propósitos, ya lanzando exclamaciones que indicaban la deliberada intencion de despertar en él sentimientos hostiles al órden y á la moral. Los periodistas hacían lo mismo; y allí están en *La Cruz* los excelentes artículos del insigne D. José Joaquin Pesado, llenos de erudicion, de lógica y de uncion cristiana, con los cuales combatía á los enemigos del catolicismo.

Empero, la incredulidad tenía de su parte al poder, y casi todos los hombres de influencia política profesaban las doctrinas de la revolucion de 89, que en sustancia, y como todos saben, no eran otras que las mismas de Rousseau. —Fruto de la corrupcion á que llegaron en México las ideas, fueron las inícuas leyes que despojaron á la Iglesia de lo que legítimamente le pertenecía, para repartirlo con una prodigalidad sin ejemplo entre los que lo solicitaban; y fruto tambien de la misma corrupcion fueron las leyes de matrimonio y otras muchas que escandalizaron con sobrada razon á nuestra sociedad.

III

Durante la revolucion que trajo la Reforma, muchos de nuestros escritores guardaron silencio, enmudecieron las liras de nuestros poetas, y el periodismo quedó reducido á combates diarios sobre los acontecimientos de actualidad. Pero es cierto que si por una parte acabó casi por completo todo movimiento literario entre nosotros, por otra ganaron la religion y la moral, pues con las encendidas discusiones que

varios escritores católicos sostuvieron con otros del partido liberal, la buena causa tuvo triunfos espléndidos. Brilló más pura la verdad, se puso de manifiesto ante la ignorante multitud la excelencia de los principios católicos, y se reconoció, áun por algunos enemigos de la religion, que en ellos está la verdadera y única base de las sociedades, los únicos medios para hacer felices á los hombres y á los pueblos, la fuente fecunda y purísima de todo órden, bienestar y engrandecimiento social y político. Algunos espíritus extraviados comprendieron sus errores y volvieron al buen camino; otros supieron que no eran nuevos los principios proclamados por los incrédulos, y que ya estaban victoriosamente refutados por inteligencias superiores desde hacía muchos siglos; y muchos hubo, por último, que espantados de los desórdenes é injusticias, contradicciones y falsedades en que incurrían los predicadores de las *ideas nuevas*, se volvían airados contra lo mismo que el día anterior había sido objeto de su entusiasmo y de sus adoraciones. ¡Hermoso espectáculo dieron en aquella época los insignes escritores católicos que sin miedo y con arrojo se levantaron á defender la verdad, á su Madre amorosa la Iglesia de Jesucristo! D. José Joaquin Pesado dejó de pulsar la lira, dejó de cantar castos amores, para engalanar *La Cruz* con sus brillantes artículos de polémica filosófica, política y literaria; D. Bernardo Couto defendió los fueros de la Iglesia Católica en su inmortal *Discurso sobre la Constitucion de la Iglesia*; y el Sr. Munguía, esa figura altísima de que se enorgullecerá siem-

pre nuestra patria, se mostró incansable en los diarios ataques que eran el espanto de la impiedad.

Véase, pues, cómo la Providencia lo arregla todo para mayor gloria suya y enseñanza de los pueblos. Los anales de nuestra literatura en aquella época son riquísimos en este sentido: de un lado se encuentran escritos vehementes dictados por la pasion, el extravío, la incredulidad y el ódio á la religion y á sus instituciones; de otro, se hallan tambien páginas trazadas con la calma y serenidad majestuosas de la verdad, empapadas en saludables doctrinas y llenas de enseñanza y de fé, de piedad y sólida ciencia. Y si en aquel tiempo se escandalizaba á la juventud con novelas inmorales y escépticas, había por fortuna ingénios sanos y rectos, celosos de las buenas costumbres, que se apresuraban á destruir los perniciosos efectos de aquellas, ya por medio de una crítica sensata, ya poniendo enfrente de ellas narraciones tranquilas y candorosas, propias para despertar los tiernos y blandos sentimientos del corazon.

Con el triunfo de las armas liberales en 1867, comenzó para nuestra literatura una época enteramente nueva; y vamos á ver en seguida lo que algunos han querido llamar *renacimiento literario de México.*

IV

El movimiento literario que hubo en la capital en dicho año, se ha ponderado mucho por diversos escritores, reputándole unos como la

época más venturosa de nuestro progreso intelectual, y calificándole otros de verdadero renacimiento de la literatura pátria, ¡como si en los años anteriores no hubiese habido ingénios privilegiados que la enriquecieron con joyas de gran valía! Hubo, sí, movimiento literario; pero muy distinto del que en otro tiempo habían presidido escritores beneméritos y sabios como Pesado, Alamán, Munguía, Roa Bárcena y otros. —Los de 1867 introdujeron en nuestra literatura ideas y tendencias corruptoras, que léjos de prometerle días de gloria, sólo amenazaban quitarle el encanto y natural sencillez que hasta entónces había tenido. En efecto, las composiciones poéticas que veían la luz pública, con rarísimas excepciones, revelaban escepticismo, falta de inspiracion y de estudio, extravío de sentimientos, errores en todo y hasta ignorancia de las reglas más triviales de literatura. Las novelas eran un tejido grosero de falsedades, un semillero de errores, una caricatura vergonzosa de la historia y de los sucesos contemporáneos. La piedad y el respeto á la moral huyeron de ciertas imaginaciones; nadie pensó ya en estudiar para escribir, en meditar para emitir sus juicios, en recordar y practicar los preceptos universalmente reconocidos para impulsar benéficamente el adelanto de las letras. Y fatales fueron las huellas que de esto quedaron, siendo fecundo en perversas enseñanzas y peores ejemplos el manantial que brotó de aquel movimiento literario. La juventud se animó, le pareció fácil el camino de la gloria, y seducida por la engañadora popularidad que ofrece el periodismo,

se dedicó á escribir todo género de producciones, siguiendo sólo las inspiraciones de su capricho y de sus deseos desordenados. De aquí que nuestra literatura no hubiese recogido en aquella época sanos y valiosos frutos.

Y tal fué el movimiento literario que tanto se ha ponderado.

V

Pronto pasó aquel entusiasmo de los escritores liberales; pero, como decía ántes, la juventud siguió el camino por ellos trazado.—Nada le importaba carecer de la necesaria instruccion, de los consejos de la experiencia, de la madurez de juicio y de la limpieza de intencion para tratar ciertas materias: únicamente se proponía dar á luz producciones de cierto género, para excitar el interés de algunas personas ignorantes.

Registrando los periódicos de aquella época, fácil es convencerse de esta verdad: ninguna pieza de mérito se encuentra en ellos, ninguna que revele cuidado, detenida meditacion, altos y nobles propósitos, tendencia, en fin, á ser útiles á la sociedad y de algun provecho á la literatura.—En las composiciones escritas en prosa, obsérvase una ligereza y frivolidad notables: no hay sustancia, ni método, ni algo que revele firmes conocimientos: carecen hasta de las más modestas y sencillas galas de lenguaje. En las composiciones en verso se ve todavía con mayor claridad la falta de gusto y de estudios, de lecturas y de inspiracion; y todo esto, no porque los jóvenes que se dedican á las letras sean in-

capaces de atesorar excelentes cualidades, sino porque ellos mismos las hacen infecundas con su vanidad y extraviado criterio.

Hay, además, otro mal, que en mi sentir marchita de una manera notable las dotes de nuestra juventud literaria; y es la tendencia que muestran todos á imitar las literaturas extranjeras. Esto, naturalmente, es perjudicial al desarrollo y engrandecimiento de la nuestra, pues que de ese modo los ingénios mexicanos, en vez de tener inspiraciones propias, se ven obligados á buscar en las ajenas lo que indudablemente quita á sus obras la espontaneidad, la frescura, el encanto que podían comunicarles. ¿Y quién duda, por otra parte, de que ese sistema, que por sí mismo esteriliza las fuerzas del corazon y del entendimiento, puede conducir á fatales resultados desde el punto de vista religioso?—Sabido es que el escepticismo que distingue á nuestra época se ha filtrado en la enseñanza, en la literatura, en la prensa, en la poesía, en las artes, en todo lo que pone en comunicacion entre sí á los individuos de la sociedad. Sabido es tambien que las novelas son la pintura cínica y descarada de las actuales costumbres; que la poesía y el teatro se han convertido, en manos de ciertos autores, en vehículos de impiedades, de obscenos y voluptuosos pensamientos; que la prensa es el receptáculo comun de las injurias, de los ódios y preocupaciones de los hombres; y sabido es, por último, que en las artes ha sentado su imperio el grosero materialismo, y que en muchos de los libros que vomitan diariamente las prensas de todos los países, no hay otra

cosa sino ataques á la religion, á la moral, á las buenas costumbres, sancionadas y consagradas por los siglos. ¿Qué de bueno puede encontrar, por lo mismo, en todo esto nuestra juventud literaria? ¿Qué inspiraciones va á buscar allí? —¡Ah! quizá de aquí viene la pobreza que actualmente aqueja á las letras mexicanas: en esto está el secreto de que muchos talentos se pierdan ántes de llegar á su perfecto desarrollo, y de que despues sólo den frutos insanos.—Encenagados muchos jóvenes en esos charcos de asquerosa corrupcion (que no son otra cosa las novelas de ciertos autores franceses); respirando ese aire fétido de la impiedad; sin aquel respeto, aquel amor, aquella veneracion propias del que tiene fé y profesa buenos principios, vemos con profunda pena que esos noveles escritores sólo producen obras que están llenas, no ya únicamente de defectos de lenguaje y hasta de faltas contra el sentido comun y el buen gusto, sino lo que es peor y más deplorable, de ideas insolentes que escandalizan y revelan ausencia total de bondad y rectitud.—De desear es, por lo mismo, que nuestros escritores se convenzan de que hay todavía mucho que corregir y que enmendar en el campo de nuestra literatura, y de que deben unir sus esfuerzos para proporcionar á ésta timbres de positiva y duradera gloria.





LA JUVENTUD LITERARIA.

I

LOS que se interesan por el progreso y mejoramiento de las letras mexicanas; los que desean que éstas tengan mayor lustre cada día y que nuestros escritores las enriquezcan con obras que les den honra áun en el extranjero, donde tan mal se nos juzga casi siempre, no pueden dejar de reflexionar un momento ante el actual movimiento literario. ¿Tiene realmente importancia y podrá conducir á buenos fines la aficion que hoy muestran todos al cultivo de las letras? ¿Ganará algo nuestra literatura y dará un paso hácia adelante, con los trabajos que ofrecen al público nuestros poetas y escritores? Porque es admirable la facilidad con que entre nosotros nacen y se forman esos que á sí mismos se llaman literatos: todos quieren escribir, todos quieren ser poetas, todos hacen dramas y comedias, y todos son críticos. Creen muchos que para hacer artículos de periódico, basta la firme voluntad, sin que para nada se necesiten *la instruccion general y parti-*

cular sobre el asunto que se escribe,—que recomienda Hermosilla. Se juzgan poetas porque arreglan tres cuartetas aconsonantadas, y porque públicamente se les ha llamado así en un párrafo de gacetilla.

Antiguamente, el que daba á luz una composicion suya, lo hacía despues de meditarlo detenidamente y de consultarlo con personas competentes. Buscaba la inspiracion contemplando los objetos que se proponía describir; hablaba de asuntos que conocía y había estudiado; escribía una leyenda ayudado de la verdad, y sintiendo realmente los afectos y emociones que pintaba. Si su trabajo era biográfico, proporcionábase ántes de todo noticias minuciosas y fieles del personaje: estudiaba la época en que éste había florecido, coordinaba los datos con método, hacía apreciaciones imparciales, ensalzaba las virtudes y las buenas acciones, y condenaba con entereza los vicios, las preocupaciones absurdas, los defectos y los errores que encontraba en la vida del héroe. De aquí que juzgase casi siempre con acierto.—Y de esta manera escribían sus obras poéticas Carpio y Pesado; así hablaban en la Academia de Letran Lacunza y Quintana Roo; y Guillermo Prieto observaba nuestros cuadros de costumbres para pintarlos; Luis de la Rosa meditaba para escribir una página de su *Miscelánea* de descripciones; el Sr. Tornel aprovechaba sus ócios en importantes labores históricas; y más tarde, Florencio del Castillo, Fernando Orozco, Diaz Covarrubias, se conmovían tiernamente describiendo en sus novelas ardientes y apasionados afectos.—

El poeta no se dejaba arrebatar entónces por los impulsos de una inspiracion desordenada, sino que obedecía los preceptos del arte y escuchaba con humildad los consejos de la crítica. Retocaba una, dos y tres veces sus composiciones, quitándoles los defectos que pudieran empañarlas, á fin de que se presentasen ante el público limpias de incorrecciones y defectos. Y entónces, como se sentía, aunque se estudiaba ménos que ahora, había cierta belleza moral en las producciones de los escritores. Una idea nueva, un pensamiento hermoso nunca faltaban. —Entónces se respetaban las creencias del pueblo, se rendía culto al buen gusto, se consultaba al corazon y á la inteligencia, se buscaba ántes que todo el sentimiento y se procuraba decir verdad en todo lo que se escribía. Aún tenían una virtud más nuestros antiguos literatos y poetas: la modestia, la modestia humilde y verdadera, no la vana y soberbia que hoy se usa.

II

Ahora bien: en mi sentir, la nueva generacion literaria ninguna importancia tiene: no descubro en ella virtudes, ni amor al estudio, ni tendencias nobles en pro del adelantamiento de nuestra literatura.—¿Quién puede soportar á esa turba de jóvenes que escriben en los periódicos, y que á pesar de su ignorancia se dan humos de sabios? ¿Con qué ojos pueden verse sus maneras afectadas? Creen saberlo todo, porque han aprendido chistes en las zarzuelas bufas; historia, en

las novelas y libretos de ópera; galanterías, en los almanaques y revistas de moda. Se creen literatos y poetas, porque en el periódico H han publicado algun artículo y en el periódico M han dado á luz unos versos que hablan de sus *desengaños* y de su *hastío*, de sus *dudas* y *horas de dolor*. Aún son imberbes, y ya son desgraciados, muy desgraciados: sus quejas y lamentos por los desengaños que han sufrido no tienen medida.—Hablan en todas partes de política y literatura; en los pasillos de los teatros juzgan con una sola frase la obra que se representa, y si algunos la elogian, ellos la critican, ó celebran sus bellezas cuando todos le encuentran defectos. Y así son en lo demás; porque creen que siguiendo el dictámen general, aunque éste sea fundado, caen en la vulgaridad, y singularizarse es lo que más desean.

Por lo demás, estos jóvenes, ni por la educacion literaria que reciben, ni por el sistema de estudios seguido hoy en las aulas, ni por sus gustos é inclinaciones, ni, en fin, por los modelos que se proponen imitar en sus escritos, han de llegar nunca á dar días de gloria á nuestra literatura. Envanecidos profundamente por los elogios de sus amigos, sin direccion y sin voluntad de tenerla, fomentado su amor propio por los mismos que debían reprobarlo y corregirlo, contagiados del escepticismo moderno; rebeldes, en fin, á la autoridad de las reglas y de los buenos modelos, ¿qué esperanzas ofrecen? ¿qué género de obras van á salir de sus manos? Ellos no estudian ni atesoran conocimientos nuevos; no están atentos al movimien-

to literario de la época, ni ménos procuran corregir sus defectos siguiendo la enseñanza y el ejemplo de los maestros en el arte.—Y si nada de esto hacen, es del todo inútil que escriban y publiquen versos; pues nunca el progreso de una literatura ha consistido en la abundancia de autores y de obras. El amor al estudio y al trabajo, la meditacion detenida, la buena eleccion en los asuntos y el cuidado en la frase: hé aquí lo que se necesita.

La crítica, además, falta entre nosotros por completo; la crítica, tan esencial para corregir y enseñar, tan útil para detener los avances del mal gusto y formarlo bueno. ¿Quién se ha acordado de ella? ¿Quién se atreve á ejercerla, aquí donde todos quieren elogios y es costumbre prodigarlos?—Yo tengo para mí que si nuestra literatura no ha progresado todo lo que debiera, que si hay insolentes ignorantes llenos de vanidad y de orgullo, ha sido, no precisamente por la falta de crítica, sino por los elogios mútuos que todos se hacen en la prensa. Hoy, como decía un escritor francés, se hace una alabanza para tener derecho de exigir veinte. Nadie se atreve á manifestar francamente su opinion; pues la amistad, la esperanza de obtener un favor, las consideraciones de respeto y otras diversas circunstancias, quitan al crítico su libertad; y si debía ser severo, imparcial y justo, tórnase en benévolo dispensador de elogios inmerecidos, en encubridor de imperdonables defectos y de verdaderas heregías literarias.

La crítica, para que dé eficaces resultados, debe ser severa siempre, sobre todo aquí en

México, donde muchos se creen con las dotes de Gustavo Becquer, de Fígaro, de Selgas ó de Teófilo Gauthier. Los elogios debe hacerlos con mucha sobriedad, y eso con los humildes, modestos y tímidos, porque éstos han menester palabras de benevolencia para animarse.

III

Uno de los medios que quizá contribuiría á alcanzar benéficos resultados en el campo de las letras, son las sociedades literarias.—Hace algunos años se despertó en México y en toda la república un entusiasmo extraordinario para fundar asociaciones: los periodistas, los estudiantes, los abogados, y hasta los artesanos, uníanse en fraternal sociedad con la intencion de estrechar sus relaciones con un vínculo más fuerte que el del simple compañerismo; pero despues de algun tiempo de comenzados los trabajos, todos empezaron á abandonarlos, faltando así á sus obligaciones y deberes: y hoy muy pocas y muy raras son las sociedades que subsisten.

Sería por demás encarecer la utilidad y los buenos frutos que pueden cosecharse en reuniones de este género. Si se establecen con el fin único de prestarse mútuamente auxilios los asociados, tendrán en ellas un seguro apoyo y un medio de remediar urgentes necesidades; si se fundan para cultivar las letras, serán todavía mayores las ventajas que se obtengan, porque entónces puede ganar la literatura; y los socios, al mismo tiempo que encuentran en ellas solaz y esparcimiento, tienen oportunidad de ir ate-

sorando curiosos y útiles conocimientos recogidos en el estudio propio y en el de la comunidad. —Además de esto, ¿quién duda de que en estas pacíficas reuniones se estrechan más y más los vínculos de la amistad? ¿quién no sabe que se ensancha el corazon al compartir con otro las fatigas del estudio y comunicarle las impresiones literarias?

En España, y en Madrid principalmente, cuna de muchos de sus literatos y poetas, taller de sus pintores y artistas, ilusion de muchos jóvenes de provincia que sueñan con la gloria, teatro de sus hombres notables; en España, digo, y en Madrid principalmente, han abundado en todas épocas las sociedades de artistas y literatos, de jóvenes unidos por la amistad y el cariño, que juntos alimentan ilusiones literarias, que juntos sueñan con la felicidad y la gloria. En esas sociedades íntimas se formaron y hasta nacieron literariamente muchas celebridades contemporáneas de escritores y artistas españoles. Allí leyeron sus primeras composiciones D. Antonio de Trueba, D. Luis de Eguílaz, Narciso Serra, Agustin Bonnat y otros muchos; allí recibieron nombre multitud de obras que hoy todavía se leen con delicia y encanto, tales como las regocijadas y hermosas novelas de D. Pedro Antonio de Alarcon, el escritor ilustre que hoy ocupa dignamente uno de los sillones académicos. Allí, en fin, en esas sociedades de jóvenes alegres y estudiosos, se formaron muchos de los que hoy son honra y prez de las bellas letras, de las artes, del periodismo y de las ciencias políticas y sociales en España.

Pues bien; ¿por qué aquí en México nuestros jóvenes escritores no forman sociedades, y mantienen vivo en ellas el fuego del entusiasmo y del amor al estudio? Ayudándose mútuamente, auxiliándose en sus investigaciones, corrigiéndose entre sí los defectos de sus obras, podrían ir, aunque fuese con lentitud, por un camino que sin duda los llevaría á buen término. Sus trabajos, ántes de salir al público, pasarían por el crisol de una crítica amistosa, y entónces quizá veríamos en los periódicos ménos malos versos y más cuidada prosa.





EL ESTUDIO DE LA HISTORIA.

I

EN México, por desgracia, el estudio de la historia es imperfecto como ninguno, y el de la historia contemporánea casi me atrevo á decir que no existe.—Ocupados los estudiantes en otro género de materias, apénas si tienen tiempo de hojear un mal compendio, y áun esto lo hacen de mala gana, sin interesarse por ningun acontecimiento ni por ningun pueblo. Las horas de cátedra son muy limitadas, los libros de texto reducidos é incompletos, y escritos algunos en confuso estilo. Por tales circunstancias, no tiene esta clase de estudios atractivo alguno para los estudiantes. ¿Y quién puede poner en duda la importancia de la historia, que es, como dijo Ciceron, *testigo de los tiempos, luz de la verdad y maestra de la vida?* ¿Quién ignora que por medio de ella, y siguiendo su enseñanza, pueden los hombres y los pueblos llegar al más alto grado de progreso y de civilizacion? ¡La historia, manantial fecundo de lecciones y de ejemplos, que de igual modo cau-

tiva al sabio y al ignorante! ¡La historia, que unas veces deleita el espíritu con sus narraciones candorosas y apacibles, y otras admira y sorprende con los hechos de heroísmo y de elevada lealtad que presenta! ¡La historia, en fin, que ya conmueve como un idilio, ya despierta en el corazon las emociones poderosas de la tragedia! ¿Quién no gusta de ella y se siente inclinado á buscarla para instruirse?

Un pueblo en que se desconoce este ramo importantísimo del saber humano, está muy léjos de progresar, de perfeccionar sus instituciones, de mejorar sus costumbres é ir por el recto sendero del engrandecimiento intelectual: fáltanle así las severas lecciones de la experiencia, y el espíritu de los hombres notables no puede templarse ni nutrirse de fecundas y sabias enseñanzas. El infortunio de pueblos extraños no podrá jamás interesarle; la manera de remediar los propios le será desconocida; y esa misma ignorancia podrá perjudicarle en ocasiones en sus relaciones internacionales. Tal vez no sería aventurado decir que un pueblo en donde se ignore la historia está condenado á tener malas leyes, malas costumbres y malos hábitos; á no dar un paso en el camino del progreso moral; á abrigar siempre discordias en su seno, y hasta á permanecer aislado y solo en medio del gran movimiento de los siglos.—Una prueba de estas verdades la tenemos en el aprecio con que en todas épocas han visto los grandes hombres las obras históricas: los libros de Tácito, de Xenofonte; los *Comentarios* de Julio César, y otras *Historias*, han sido siempre estudiadas y con-

sultadas por guerreros, gobernantes, estadistas y cuantos están al frente del gobierno de los pueblos. Y es que de ese modo hay facilidad para proporcionarse medios de dar acertadas disposiciones, oportunas y prudentes leyes, tendencias benéficas y progresistas á los actos de administracion y de gobierno.

II

No hay, pues, necesidad de ponderar más la utilidad de la historia; tampoco es preciso detenerse en probar que el pueblo necesita de buenos libros para ilustrarse, educar su criterio, y dar á sus juicios el sello de la imparcialidad y de la justicia. Por desgracia todos están de acuerdo en reconocer que nuestro pueblo es el más ignorante de la tierra, el que ménos conoce los avances del entendimiento humano en las ciencias, la industria, las artes y las letras; el que no está ni quiere estar al tanto de los nuevos trabajos, de los nuevos descubrimientos y prodigios de la civilizacion; y, en fin, que es el más fácil de engañarse y ser engañado por las teorías con que algunos quieren deslumbrarlo. ¡Si al ménos le quedase aquella ingenuidad de otros tiempos, unida á cierta candorosa sencillez! ¡Si al ménos fuesen sus sentimientos dóciles todavía á las inspiraciones del bien!—El pueblo de ahora es ignorante; pero su ignorancia está envuelta en una vanidad, en una soberbia, tanto más irritante y enfadosa cuanto que carece de todo fundamento. Y esto se debe, sin duda, al barniz de instruccion que ha tomado de las novelas y de

ciertos periódicos en que se ultraja hasta el sentido comun; se debe á los falsos y engañadores halagos con que muchos han abusado de su buena fé y sencillez primitiva; á las predicaciones más ó ménos sinceras de charlatanes Mentores, y que seguramente han estado léjos de entender. De aquí su empeño en querer juzgar y discutir las más árduas cuestiones, en criticarlo todo, en maltratar la reputacion de personas respetables. Y no se diga que en esta animacion, en estas pláticas del pueblo, debe verse el interés que toma por las cosas públicas, su deseo de ilustrarse, su aptitud para conocer lo que conviene, y discernir lo bueno de lo malo; no. En todo hay algo más que frívolo pasatiempo; pues casi siempre los juicios que forma son hijos de un criterio sin cultivo y extraviado por la vanidad y el orgullo, la vanidad y el orgullo de la ignorancia, que son los peores.

La enseñanza que se da al pueblo en las escuelas es imperfectísima: ni los maestros, ni los libros de texto, ni los métodos de enseñanza, ni áun la higiene del establecimiento son á propósito para desarrollar lenta y gradualmente la inteligencia de los niños y los sentimientos de su corazon: sobre todo, los libros que se ponen en sus manos les traen males gravísimos que despues es muy difícil remediar. Más tarde, cuando cada uno tiene que formar juicio de las cosas, ciñéndose á sus propias luces, todo lo halla confuso y extraño, sin que pueda descubrir la verdad ni emitir con claridad su dictámen.

Esto se ve palpablemente cuando se tratan cuestiones históricas. ¡Cuán pocos hallan inte-

rés en ellas y pueden comprenderlas! El pueblo á que ántes me refería nada de esto entiende: si en su presencia falta alguno á la verdad, él no sabrá conocerlo; si se ensalzan las hazañas y se elogian las virtudes de un héroe, ó se describe algun acontecimiento histórico, tampoco sabrá comprender la aplicacion é importancia que esto puede tener; y en todos casos su ignorancia le impedirá gozar de los primores de un buen discurso.—A este mal gravísimo hay que agregar el que le han hecho ciertos oradores de las festividades nacionales, unas veces adulterando la historia en sus partes esenciales, y otras dando á los personajes cualidades, vicios ó virtudes que no tuvieron, ó ya presentándolos bajo el prisma de las preocupaciones ó pasiones políticas, ó de las simpatías mal guiadas y entendidas.—Y aquí hay que notar tambien que la pobreza de conocimientos históricos que muestran muchos de los que están en relaciones con el público, la falta de ciertos arranques en nuestros oradores, de ciertas pomposas frases y galanas figuras en nuestros escritores, se deben al mismo abandono del estudio de la historia que vengo lamentando. Tratándose de mexicanos notables, la ignorancia del pueblo es todavía mayor: desconoce la biografía de nuestros sabios, de nuestros guerreros, de los miembros ilustres de nuestro clero, y de los que se han distinguido por sus trabajos literarios ó científicos.—Hé aquí por qué creo yo que los maestros y los discípulos en los establecimientos de educacion, los legisladores en sus gabinetes, los literatos y periodistas en la prensa, debían de consuno con-

tribuir unos con su poder y otros con sus luces, á que la enseñanza de la historia fuese preferentemente atendida; pues que con ella se forman los grandes caractéres, se vigorizan los entendimientos y se avivan las virtudes; con ella tambien los hombres son buenos ciudadanos, patriotas, heróicos y excelentes gobernantes.

III

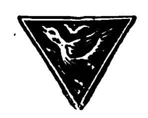
Si grandes é importantes son los beneficios que los gobernantes, los legisladores, los hombres de Estado, pueden sacar del estudio de la historia nacional, ¡cuántos buenos frutos se recogerían tambien para enriquecer nuestra literatura!—Sin temor de que el patriotismo me ciegue, yo creo que la historia de México es bellísima y que muchos de los hechos que se registran en sus páginas, son superiores á los muy ponderados de otros pueblos, por su importancia y sus interesantes detalles. ¿Dónde hay acontecimientos tan dramáticos, tan sorprendentes y sublimes, como los de la conquista de estas tierras por los españoles?—Aquellos hombres heróicos, guiados por el amor á la gloria, desembarcaron en las playas del golfo, se internaron en espesísimos y misteriosos bosques, venciendo mil obstáculos y sobreponiéndose á las dificultades que naturalmente debían hallar en un país desconocido. Nada les arredró: combatieron y vencieron; y enamorados luego de las bellezas del suelo, de lo rico y grandioso de las montañas y de los valles, de la dulzura del clima, decidieron reformar los pueblos que aquí

encontraron, y darles la luz de una religion pura y los beneficios de la civilizacion, elementos preciosos y necesarios para su engrandecimiento y felicidad.—Tales fueron los gérmenes de la sociedad actual; y cualesquiera que hayan sido los errores y defectos de los conquistadores, lo cierto es que ellos dieron á los pueblos de la América todo lo bueno que á la sazon podían darles: paz, gobierno, cultura, órden, leyes de moralidad y de progreso.

Pues bien: si los escritores que tanto abundan en México se dedicaran á cultivar el fecundo campo de la historia nacional, y el pueblo tomara interés por conocer estos trabajos, pronto veríamos mejoradas nuestra literatura, nuestras costumbres y hasta la conducta pública de nuestros gobernantes. Desaparecerían así multitud de errores y de preocupaciones abrigadas por muchos, acerca de las tradiciones de nuestra sociedad y las causas que impiden nuestro rápido progreso y engrandecimiento; y entónces tambien los jóvenes que hoy se están formando no serían injustos mañana al juzgar los acontecimientos que se han verificado en nuestra patria.

Aparte de esto, los sucesos de la conquista; los trabajos de los misioneros y de Cortés para civilizar á los indios y organizar la administracion pública; aquellos tres siglos de paz tan fecundos en hombres instruidos, útiles y sabios; luego, la guerra de independencia, las luchas admirables de nuestros héroes; y finalmente, los trabajos de los partidos políticos y hasta las discordias civiles que constantemente han afligido

á nuestra patria; todo forma un conjunto tal de acontecimientos y de episodios, que la poesía, la novela, el drama que en ellos se inspirasen, tendrían que ser por fuerza interesantes y hermosos.—Y muy útil sería, por otra parte, que nuestros literatos escribiesen y difundiesen las biografías de los hombres notables que en México hemos tenido. ¡Cuántos héroes recuerda la historia, dignos de la más alta epopeya; cuántos industriales laboriosos y honrados que pueden servir de ejemplo á la multitud; cuántos hombres desprendidos y ameritados que dedicaron sus riquezas, su reposo y hasta su vida al servicio de la patria y de la sociedad! ¿Los conoce el pueblo? ¿Puede tener en ellos un estímulo?—¡Oh! cuando se estudia la historia de México, y se recrea uno en sus bellezas, y se descubren los riquísimos tesoros que contiene, muchos vírgenes todavía, razon hay para lamentarse de que tan abandonado esté su cultivo en las escuelas y en la literatura!





ESTUDIOS HISTORICOS

NACIONALES.

LA importancia de los estudios históricos americanos no puede desconocerse ni ser negada por nadie. Descubierto un mundo nuevo por Colon; conquistado despues por una raza de héroes; civilizado en seguida, engrandecido y cambiado totalmente en su sér moral por unos cuantos misioneros que serán la perpétua admiracion de la humanidad; convertidas luego las fuentes de barbárie y de la más repugnante idolatría en saludables veneros de paz y bienestar; modificadas las costumbres, destruidas las monstruosas creencias; organizadas en familias las tríbus ántes separadas por el ódio y el rencor; formada una sola nacion con los diversos pueblos diseminados en territorios inmensos; confundidos, por último, en un solo interés los intereses de todos, con leyes y costumbres nuevas, con grandes y nobles aspiraciones para lo porvenir, el mundo americano despierta

y despertará siempre en todos ansia inextinguible de conocer su historia. Desea estudiarla el estadista para saber dar leyes convenientes y eficaces á estos países, donde todavía se cuentan millones de indígenas, descendientes de los primitivos habitantes del continente, y que conservan aún algo de los instintos de su raza, de la noble y altiva independencia de su carácter. Desean estudiarla tambien el poeta y el artista, para inspirarse en aquellos sucesos interesantísimos, en aquellas luchas heróicas entre una religion suave y de paz, y otras llenas de absurdos y ritos horrorosos; entre los apóstoles de la caridad y el amor, y los sacerdotes que inmolaban víctimas humanas; entre los albores virginales y purísimos de una época que el cristianismo haría dichosa, ỳ las negras sombras del error en que habían estado envueltos hasta entónces los pintorescos países de los Moctezumas y los Incas. Y al historiador, grave y profundo siempre en sus meditaciones, ¡qué campo tan rico, generoso y fecundo se le presenta en la historia de estos pueblos, para emprender provechosísimos trabajos! ¡Cuántos episodios tiene que referir, ya con la sencilla y candorosa pluma del cronista, ya con el buril severo del gran Tácito; episodios y sucesos que al mismo tiempo que pueden recrear al lector frívolo y vano, pueden hacer meditar al filósofo! ¡Cuántas cuestiones de trascendental importancia le convidan á examinarlas detenidamente, á descifrar manuscritos, á interpretar códices, á estudiar y leer una y cien veces crónicas antiguas! Porque todo lo que entónces se hizo fué raíz de la sociedad

actual, y nada hubo en aquel tiempo que pueda hoy ser indiferente al que trate de descubrir la verdad.—La fundacion de una iglesia ó de un convento, de una escuela ó de un hospital, estaban íntimamente ligadas al porvenir y engrandecimiento de la raza conquistada; no eran manifestaciones del fanatismo de la época, como creen algunos llevados de su ignorancia, ingratitud ó mala fé; no significaban tampoco alardes vanos de la riqueza y poderío de los vencedores; no. Eran, por el contrario, asilos santos donde se enseñaba al indio á buscar el consuelo de sus penas, donde se le acostumbraba al trabajo, donde se le daba el sabroso pan y la benéfica luz de la instruccion, donde se le curaba de sus dolencias con una blandura y suavidad que no había conocido. Casas de bendicion eran aquellas que sucesivamente iban dando á la patria varones sabios, prez y honra de la América; prelados insignes, que se extendían por la tierra llenos de ardor apostólico, para llevar á sus hermanos los tesoros preciosos de la piedad y de la fé; hombres de paz, en fin, que hallaban dulce deleite en la práctica del bien, que discutían en los consejos de gobierno, que daban leyes y reglamentos, y que atentos siempre á la felicidad de todos, indicaban prontamente las disposiciones que debían tomarse.

Sin duda los primitivos misioneros, y más tarde todos los gobernantes de la América española, comprendieron el sumo interés que para el historiador futuro tendrían tales trabajos, pues quisieron que quedase memoria de ellos, no simplemente para mostrar el cariño y predileccion

que estos pueblos les merecieron, sino tambien, y en especial, para facilitar su conocimiento y el de sus necesidades. Hé aquí por qué en aquellos siglos, y sobre todo en el XVI, en que se trató de dar forma, y se dió, á numerosos pueblos que no la tenían ni la habían tenido acaso, se escribieron tantas *crónicas é historias:* hé aquí por qué fué éste el primer ramo de literatura que se cultivó en el Nuevo Mundo. Toca á la bibliografía formar una noticia exacta y completa de todo lo que entónces se escribió; y en cuanto á México, bastará recordar algunos nombres de los que principalmente se distinguieron por sus obras.

Ocupan el primer lugar los cronistas, que los hubo entre los mismos conquistadores, y entre los santos varones que luego vinieron á consumar la victoria por medio de la cruz y la palabra evangélica; como Bernal Diaz del Castillo, Gomara, Oviedo, el Padre Durán, Sahagun, Motolinía, Las Casas, etc.; y multitud de cronistas particulares: Larrea, Arlegui, Espinosa, Arricívita, Medina, Dávila Padilla, Remesal, Beaumont y Mota Padilla.

Hubo otros escritores, cuyas obras demuestran más órden y cuidado: Torquemada, Betancourt, Acosta, Pedro Mártir de Anglería, etc.; y al llegar á siglos posteriores, obsérvase con pena que no fué ya tan vivo ni tan ardiente el entusiasmo por los estudios históricos: tan sólo D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, D. Mariano Veytia, Clavijero, Cavo, Leon y Gama, y algunos otros, volvieron á emprender laboriosas investigaciones, dejando varios manuscritos no-

tables. Veytia escribió una *Historia de México*, que dejó sin concluir, pero que muchos años despues completó y publicó el literato mexicano D. Francisco Ortega; y Leon y Gama dió á luz en 1792, una erudita disertacion histórica á propósito de "dos piedras que se hallaron en la plaza principal de México el año de 1790" *; distinguiéndose tambien, y mucho, el Sr. Dean de la Catedral de México, D. José Mariano de Beristain y Souza, cuya famosa *Biblioteca Hispano-Americana*, publicada en esta ciudad el año de 1816, es hasta hoy el único catálogo de escritores que tenemos, y que, no obstante sus defectos, puede calificarse de precioso por su riqueza y lo raro de sus noticias. D. Cárlos María de Bustamante vino despues; publicó manuscritos hasta entónces inéditos, y reimprimió obras ya publicadas, anotándolas; pero por desgracia, su extraño carácter, mezcla incomprensible de candor y de malicia, unido á ciertas preocupaciones que le apartaban de la serena imparcialidad del historiador, hicieron que sus trabajos no tuvieran la importancia que era de desearse; han venido á ser completamente inútiles y áun perjudiciales, porque todo lo desarregló y confundió, cortando los textos ó adulterándolos donde mejor le parecía.

En 1844 y 1849 D. Lúcas Alamán dió á la estampa sus *Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana*, hasta la independencia; y en 1849 y 1852, su *Historia de México* desde 1808 hasta 1821; y aunque algunos no conce-

(*) Una de estas piedras fué la que generalmente se conoce con el nombre de Calendario Azteca.

den autoridad á estas obras, fundados en que el autor es muy parcial en favor de España, yo creo que la tienen muy grande, y que con ellas el Sr. Alamán hizo adelantar mucho entre nosotros los conocimientos históricos. La diligencia que pone en rectificar errores, la abundancia de los documentos nuevos que presenta y examina, y otras circunstancias que recomiendan ambas *Historias*, las hacen dignas, á mi juicio, del estudio y de las consultas del sabio.

Antes de las guerras civiles de la Reforma, abundaban en México elementos para emprender obras acerca de la historia patria: las bibliotecas de los conventos eran riquísimas en manuscritos, códices, libros impresos en los primeros años de la dominacion española en América, verdaderos tesoros bibliográficos que sólo allí se encontraban; y si bien existían en Europa, diseminados en bibliotecas públicas y particulares, otros muchos preciosos materiales que nuestra historia reclamaba, la verdad era que los que aquí poseíamos bastaban para satisfacer, hasta cierto punto, el afan del más celoso, diligente y curioso investigador. Prescott, en efecto, no dejó de aprovecharse de ellos para escribir su celebrada *Historia de la Conquista de México*, aunque es cierto que consultó tambien los principales archivos de la Península.

Suprimidos los conventos por las leyes de Reforma, confiscados los bienes del clero y cerradas sus bibliotecas, natural era que lo más estimable de ellas pereciera en el naufragio, y que muchas obras se perdieran para siempre; de manera que si ántes encontraban dificultades

para sus consultas los aficionados á los estudios históricos, hoy, debido á aquella circunstancia, tienen que tropezar con otras verdaderamente insuperables. Muchos manuscritos de nuestros cronistas primitivos, y diversas obras de que sólo se tenía noticia, pasaron desde su tiempo al Archivo de Indias, al de Simancas, á las Bibliotecas de Viena, del Vaticano y de Lóndres; y algunos de los que más tarde se descubrieron en América pasaron tambien á manos extranjeras; y hoy, para dar con ellos y servirse de sus noticias, tienen que emplearse trabajos, investigaciones y gastos enormes, muchas veces inútilmente.

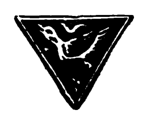
Sin embargo, y á pesar de estas dificultades, se han publicado en México numerosas obras históricas, de más ó ménos mérito, pero que han enriquecido la bibliografía nacional de una manera notable, y las cuales demuestran que nuestra historia ofrece campo vastísimo y fecundo á los que se deciden á cultivarla.—Merecen citarse, entre muchas, las publicaciones del Sr. D. Joaquin García Icazbalceta, para las cuales todo elogio aparece siempre corto, pues en ellas abundan documentos raros y originales, y observaciones atinadas y oportunas, que casi siempre dejan agotada la materia á que se refieren. D. Alfredo Chavero, el finado Sr. Orozco y Berra, D. José M. Vigil, D. Francisco Sosa, el Sr. del Paso y Troncoso, el Sr. Hernández y Dávalos, el Dr. Nicolás Leon, de Morelia, y otros muchos que sería largo citar, han contribuido tambien con sus obras al enriquecimiento de la bibliografía histórica nacional. Han necesitado

de gran perseverancia y de no escasos sacrificios para hacerse de documentos inéditos ó de libros raros, con los cuales han dado interés á sus escritos y bibliografías.

Por otra parte, las publicaciones hechas en el extranjero, especialmente en España, sobre asuntos históricos americanos, algo han contribuido tambien á dilucidar muchos puntos y á impulsar esta clase de estudios. Las *Cartas de Indias*, por ejemplo, que es un libro monumental y costoso, encierra tesoros de inestimable valía, que han sido estudiados con esquisita diligencia por nuestros escritores y bibliógrafos.

De desearse es, pues, que las aficiones á los estudios históricos nacionales no se pierdan entre nosotros, ni nadie se desanime á proseguirlos, por grandes que sean las dificultades con que haya que luchar.

La literatura ganaría mucho en ello.





BIOGRAFÍA DE PESADO

POR D. JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.

I

LOS años huyen, los hombres desaparecen, las sociedades se modifican y renuevan; y del tiempo, de los actores y de la escena del mundo no van quedando recuerdos y datos sino en la historia, sin la cual los sucesos y personajes de una época no podrían servir de enseñanza y ejemplo á las nuevas generaciones. Pero, teniendo que atender la historia al conjunto de los hechos y personalidades que más directamente han influido en la marcha y la suerte de la humanidad, deja á la biografía el estudio del carácter y acciones de las individualidades que en cada pueblo se han distinguido, para aprovecharse de lo más importante de su labor, á semejanza de un río que se va engrosando con sus afluentes. Son, pues, los estudios biográficos parte del archivo que el historiador utiliza, y, sabido su destino, se comprende el espíritu de verdad y justicia que debe animarlos."

Con e tas palabras, en que breve y discretamente se hace el elogio y se demuestra la importancia de una de las ramas más bellas de la historia, comienza el Sr. Don José María Roa Bárcena su *Biografía de D. José Joaquin Pesado*, obra escrita el año de 1873, publicada despues en las columnas de *La Voz de México*, y dada á luz últimamente por su autor en limpia y correcta edicion. [1]—Conviene llamar la atencion del público hácia los libros de positivo mérito que aparezcan entre nosotros y hácia los esfuerzos de nuestros más hábiles y distinguidos hombres de letras: por esto juzgo necesario decir algo acerca de la expresada *Biografía*, ya que, además, trabajos de esta naturaleza son rarísimos aquí y pueden ejercer trascendental influencia en la marcha y adelantamiento de nuestra literatura.

II

Quejábame yo en otro artículo [2] del abandono é indiferencia con que se ven en México los estudios históricos; y creo que no hay necesidad de insistir más sobre un punto en que todos deben estar conformes, atendida la importancia de la materia.—En efecto, hay entre nosotros poetas, novelistas, autores dramáticos, periodistas, etc.; pero historiadores casi faltan por completo. Los manuscritos de nuestros archivos permanecen vírgenes, apolillándose y acabándose sin que nadie vaya á registrarlos: ninguna

1 Año de 1878.
2 *El estudio de la historia.*

investigacion de importancia turba la quietud de esas oficinas; ninguna obra antigua se examina, ni nadie procura aclarar cuestiones oscuras en nuestra historia buscando libros raros y crónicas desconocidas.—Tan solo D. Joaquin García Icazbalceta, D. Manuel Orozco y Berra, D. Alfredo Chavero y algunos otros, se dedican en México á este género de labores, pero raras veces, ó casi nunca, el fruto de ellas es de utilidad para el público, por la sencilla razon de que éste no se fija ó no las juzga de importancia. En los artículos de periódico, en los discursos, en las discusiones y áun en ciertos libros que gozan de autoridad, se ven por aquella causa los errores de siempre; y esto naturalmente extravía el criterio del pueblo, siembra en el corazon de los hombres, desde niños, absurdas preocupaciones, y contribuye á que más tarde no sepan hacer justicia á quienes deben mostrarse agradecidos.

La historia nacional es una mina inagotable, que en muchos partes se halla todavía intacta; y si bien es cierto que en México no existen todos los elementos que se han menester, tambien es verdad que lo poco que hay basta para que algunos emprendan diversas investigaciones y comiencen á trabajar. En nuestro Archivo General se conservan las obras de nuestros antiguos escritores y cronistas, y allí están igualmente otros documentos y manuscritos curiosos que arrojan bastante luz sobre acontecimientos apénas conocidos.—Y entre todas las ramas de la historia, ninguna hay tan importante sin duda como los trabajos biográficos. La biografía es

un medio eficacísimo para despertar en los individuos aspiraciones nobles y honradas, deseos de distinguirse por el bien, por el trabajo y la práctica de levantadas virtudes; ella, dando á conocer la vida de un varon ilustre, sus luchas y sus esfuerzos para realizar generosos propósitos; describiendo sus triunfos, sus costumbres y sus obras, al mismo tiempo que reprobando enérgicamente los errores y las culpables condescendencias,—estimula á seguir siempre el buen camino, á luchar con fé, y á procurar por todas maneras el estricto cumplimiento del deber. Tal es el bien que hace la biografía: enseña con ejemplos, y en esto consiste su grande utilidad y poderosos atractivos.

Y en México hemos tenido hombres verdaderamente notables, cuya vida merece ponerse de modelo en todo tiempo. ¡Qué galería tan interesante podría formarse con ellos! ¡Cuántos guerreros heróicos hasta el sacrificio, cuántos hombres humildes hasta la santidad, cuántos hombres de Estado de sabia y admirable prevision, cuántos industriales modestos y oscuros que á fuerza de laboriosidad y constancia lograron una posicion brillante y honrosa! ¡Cuántos ejemplos, en fin, de virtud, de valor y de abnegacion para esta sociedad egoísta y vana!

Desde la época de la independencia hasta nuestros días, el interés de la historia nacional crece por sus hechos y sus hombres notables, y crece de una manera extraordinaria. Rotos los vínculos que nos ligaban con la metrópoli, dueños ya de nuestro país y de sus destinos, muchos talentos distinguidos aparecieron en nues-

tra patria, unos con dotes para gobernar y otros para manejar la pluma; éstos, poetas; aquellos, hábiles catedráticos en los colegios y liceos; unos oradores insignes, y otros jurisconsultos, artistas, escritores de costumbres, novelistas y autores dramáticos. Los señores Lacunza y Quintana Roo, Olaguíbel y Lares, Pesado, Carpio, Calderon y Rodríguez Galvan; D. Bernardo Couto y D. Alejandro Arango, Sanchez de Tagle, Gorostiza, Ortega, Otero, Cuevas, Alaman y otros muchos; brillante pléyade en que México fundaba sus más legítimas y hermosas esperanzas; "patricios en quienes la política no mató ni resfrió el amor á las letras; sabios que en bien de la sociedad y de la patria pusieron en circulacion el tesoro de sus conocimientos, aplicándolos á todas las cuestiones importantes de su tiempo; escritores á quienes la grandeza de las ideas y la intensidad de los afectos no hicieron descuidar la claridad y galanura de la frase; hombres notables, de consiguiente, en su triple carácter de ciudadanos, literatos y artistas."— Cae Santa-Anna, y llega la época de la reforma; época de enojosas luchas, de dolorosos conflictos, de ódios y venganzas, de encendidas discusiones en la prensa y en la tribuna. Nuevos hombres y nuevos acontecimientos......— Pues bien: ¿cómo no ha de tener interés todo esto para el historiador y para el biógrafo?

III

Acabada esta digresion, tal vez demasiado larga para ser oportuna, hablemos de la obra del Sr. Roa Bárcena.

Sin duda es D. José Joaquin Pesado una de las figuras más importantes, más dignas y simpáticas de nuestra historia contemporánea. Su nombre está mezclado á los acontecimientos de una época no muy lejana y se halla unido tambien á nuestra historia literaria.—Hé aquí con qué precision, método y claridad compendia el autor la vida de Pesado:

"Sin padre desde sus primeros años y limitado á los cuidados maternos, que casi nunca bastan para formar un hombre cabal; sin estímulos de instruccion, sin cursar en academias ni colegios, estudia y aprende por sí solo; y al par que rige y acrecienta sus bienes patrimoniales adquiriendo en los negocios inteligencia y tacto, se familiariza con idiomas extranjeros y ciencias morales y exactas; se hace maestro en la estética por medio del exámen y apreciacion de las obras clásicas de la literatura antigua y moderna, y llega á enriquecer él mismo la poesía lírica nacional con producciones que sirven de modelo á los demás cultivadores y dan notable impulso al adelanto de tal género. Nacido cuando aparecen los primeros síntomas de la lucha de independencia, sufre en su familia algunas consecuencias de la guerra; aspira las auras vivificantes del triunfo; abraza las ideas liberales que se aliaban con el espíritu patriótico y la es-

peranza halagüeña de un porvenir sereno y glorioso, y se convierte en apóstol de ellas, sin preservarse en los consejos ni en la prensa de las exageraciones en que incurrió su partido. Diputado á la legislatura de Veracruz, depositario provisional del poder Ejecutivo del mismo Estado, y ministro del Interior y de Relaciones Exteriores varias veces, coopera al gobierno del país; y en sociedades científicas y literarias y empresas agrícolas, mineras é industriales, promueve é impulsa todo linaje de mejoras con la actividad que le era propia. Sincera y profundamente apegado á las ideas y los sentimientos religiosos debidos á su educacion, y de que no se apartó por completo ni en los años juveniles de más exagerado liberalismo, como lo demuestra el espíritu de muchas de sus composiciones poéticas de aquel tiempo, las primeras emergencias de 1855 en que se descubrían sin esfuerzo tendencias sostenidas á la reforma posteriormente ejecutada, halláronle, aunque retirado de los negocios públicos, del lado de quienes, ante los amagos del huracan revolucionario, no habían vacilado en sacrificar la libertad política en las aras de la paz y del órden. El conocimiento y la experiencia de las cosas y de los hombres habíanle traído á ese temperamento; y no pudiendo en individuos de su temple dejar de seguir la accion á la idea, con la franqueza y el valor civil geniales suyos, enarboló en la prensa la bandera del catolicismo, consagrando á la defensa de tan noble causa—que es la de la civilizacion—y de las doctrinas é instituciones emanadas de su principio, los escritos que en

La Cruz llamaron la atencion pública de 1856 á 58, y que fueron los últimos debidos á su pluma.—Por adversa que haya sido la suerte, y por grandes que estimemos las aberraciones de quienes sostuvieron en otros terrenos esa misma bandera, la conviccion, la claridad y la lógica que resaltan en los artículos de Pesado hacen que su última campaña periodística sea gloriosa, no solo para él, sino tambien para la causa que defendió y para la nacion que le contó entre sus hijos. Y como si la Providencia hubiera querido evitarle las pruebas y amarguras en que muchos de sus correligionarios se hallaron posteriormente, descendió Pesado al sepulcro sin que nadie pudiera empañar su nombre; ántes de las últimas escenas y del desenlace del drama en que había sido actor; ántes de que la sociedad á que perteneció viera cambiadas por completo sus bases con el triunfo definitivo de la reforma."

IV

Unido, pues, como decía ántes, el nombre del Sr. Pesado á los acontecimientos principales de la época, el entendido biógrafo hace de éste un estudio completo y detenido, presentando á la vista del lector todo lo que en ella hubo de interesante y grave, todo lo que de alguna manera influyó en la marcha y las modificaciones de la sociedad mexicana. Hombres, sucesos y cambios políticos; luchas en el Parlamento y en el campo del periodismo; agitaciones del pueblo y de los partidos; instituciones, literatura, diplomacia; todo lo estudia y examina el Sr. Roa

Bárcena con una habilidad, órden y método dignos del mayor elogio. De aquí que pueda decirse con entera exactitud que su libro es la historia de aquellos años, de aquella época fecunda en enseñanza y en ejemplos. Y en medio de todo, el autor no se olvida del carácter y objeto de su escrito: va siempre dibujando con precision los cambios que sucesivamente se efectúan en el teatro en que figura su héroe, y cuida de presentarlo constantemente trabajando en pro de la patria, interesándose en su progreso y prosperidad, impulsando con sus obras el adelanto de la literatura y formando el buen gusto de la juventud: unas veces le vemos entregado á los árduos trabajos del ministerio, y otras pulsando la armoniosa lira del poeta; ya en su vida privada se nos manifiesta tierno y amoroso, buen esposo y excelente padre de familia; ya en su vida pública da muestras de entereza y energía extraordinarias y de alto patriotismo.—Sus luchas en la prensa, su habilidad para entablar y sostener interesantes polémicas, para darles atractivo, enseñar y corregir con ellas á sus enemigos, su constante empeño en hacer triunfar la verdad y la justicia, en defender á la patria y ver por su bienestar y prosperidad, hacen de este período de la vida de Pesado el más importante y acaso el de mejores frutos. Cuanto trabajó entónces por la causa de la religion, de la justicia y del derecho le hace acreedor á una eterna gratitud y admiracion por parte de los corazones honrados. En sus escritos brillaban siempre una lógica inflexible, un saber profundo y vastísimo, una solidez de doctrina incomparable.

Sus artículos de polémica eran sinceros, claros, caballerosos, y se notaba en ellos, además, una rectitud de intencion superior á todo elogio. Refutaba con valor y energía las doctrinas filosóficas, políticas, sociales y áun científicas publicadas y aplaudidas por los impíos de la época; analizaba á la luz de la razon y de la filosofía cristianas los discursos del Congreso; combatían los principios sostenidos por los periódicos de mayor influencia y circulacion; y en fin, defendía con incansable afan los fueros sagrados de la religion y de la patria, de la familia y de la sociedad. En el curso de estas polémicas mostróse siempre D. Joaquin Pesado amante del bien público, celoso del engrandecimiento de México, conocedor de sus necesidades y profundamente adicto á sus creencias religiosas. Y el Sr. Roa Bárcena estuvo muy acertado en la exposicion de estos trabajos; los describe todos con claridad y sencillez, y observa con verdad que "la série de sus artículos en las secciones de exposicion y controversia de *La Cruz* ofrece un curso completo de filosofía cristiana."

Entre otros puntos de la *Biografía* dignos de estudio, merecen citarse: las curiosas noticias acerca del establecimiento de las sociedades secretas en México, y de la influencia que llegaron á tener en las disposiciones de los gobiernos, en las leyes y en el porvenir del país; la pintura de la situacion política en 1838, en que acontecieron las graves complicaciones con Francia; los juicios y comentarios acerca de las mismas y de la guerra con los Estados Unidos; el capítulo dedicado á examinar un incidente y un

documento que figuran en la historia eclesiástica de México, notable por su copiosa erudicion y rectitud de criterio; lo mismo que el estudio crítico de todas las obras de Pesado, en que se ve la justicia é imparcialidad del biógrafo, y la pericia, sana intencion y claro saber del literato docto y entendido. Pero lo más notable sin duda del libro es lo que se refiere á la última campaña periodística de Pesado: hay tal método, tal claridad, tan atinadas observaciones; con tanta precision describe el Sr. Roa Bárcena el espíritu y manera de las discusiones, la influencia que ejercían en el público, la impresion que causaban en amigos y enemigos, que el lector no puede ménos de ver con honda y sincera simpatía á aquel batallador incansable de la idea cristiana, á aquel anciano venerable y sabio, al par que enérgico, que medía sus armas con las de los hombres del partido contrario, los de más prestigio y poder; aquel literato y poeta distinguido que empleaba sus dotes en beneficio de la buena causa, en favor de la patria y de la sociedad.—Todo esto lo consigue el biógrafo, merced á su tino y excelente método.

V

"Sin disputa ha sido Pesado—dice el Sr. Roa Bárcena al juzgarlo literariamente—el más fecundo de nuestros poetas, y merece notarse que las producciones de sus últimos años, sin carecer de la inspiracion y frescura de las de su juventud, iban siendo más profundas en sus ideas y mucho más correctas en su forma; debiéndose

lo primero á lo inalterable de su fé religiosa y á la pureza de sus afectos y costumbres, y lo segundo á sus constantes estudios y á su espíritu esencialmente investigador de la perfeccion y de la verdad en todas las cosas. Y si sus obras más perfectas no excitaron el aplauso ni obtuvieron la boga que los primeros acordes de su lira, debido fué á la modificacion del gusto literario por efecto de las circunstancias expresadas en el anterior capítulo; ó, por hablar con más verdad, á la falta casi absoluta de tal gusto bajo el imperio del materialismo y en lo más recio de nuestras luchas intestinas, en que pocos atesoran la tranquilidad indispensable para gozar de las bellas artes......—Se podría establecer que la verdadera importancia de nuestro poeta reside en su carácter de pensador elevado y en su buen gusto de hablista....—El mérito principal de sus obras estriba en la moralidad y alteza de las ideas, en la nobleza y ternura de los sentimientos, y en la claridad, pureza y elegancia de la diccion."

Por lo demás, ya se comprende fácilmente que la notable produccion del Sr. Roa Bárcena es de positiva importancia, ora se la considere bajo el aspecto puramente literario, ora bajo el interés histórico en que abunda; está escrita con propiedad y elegancia suma; el estilo es fácil y castizo, sin que carezca por eso de elevacion; y todos los pensamientos son verdaderos, acertados y juiciosos. Lo cual no debe sorprender á los que saben que el Sr. Roa Bárcena es uno de nuestros mejores literatos.—Obras como la suya son de las que ha menester la juventud de nues-

tro país, para que las imite en sus trabajos, se inspire en los altos ejemplos de insignes mexicanos, y se convenza de que nuestra historia encierra preciosísimos tesoros, con que puede enriquecer, si quiere buscarlos, la literatura nacional. Y en todo caso, como dice el autor de esta *Biografía*, "si la tarea fuese estéril para la actual generacion, acaso las siguientes la utilicen."





"QUETZALCOATL",

ENSAYO TRÁGICO POR D. ALFREDO CHAVERO.

I

JUZGO y juzgaré siempre de la más alta importancia los trabajos de nuestros escritores, relativos á la historia antigua de México. Todo lo que me trasporta á aquellos tiempos que los siglos venideros llamarán de fábula, á mí me encanta, y lo encuentro interesante, nuevo y hermoso. Débese esto, no sólo á que los sucesos se me presentan ataviados con las galas de la poesía, y á que me conmueve el recuerdo de nuestros héroes, de sus hazañas gloriosas, y de la belleza y candor de las beldades indias, sino tambien, á que creo que en el cultivo de la historia de nuestro país está la verdadera fuente del engrandecimiento de nuestra literatura.—Algunos ensayos se han hecho ya, y muy felices por cierto: Pesado en *Las Aztecas*, el Sr. D. José María Roa Bárcena en sus *Leyendas mexicanas*, D. José Peon y Contreras en sus *Romances históricos*, D. José Luis Tercero

en su poema *Netzahualpilli*, y últimamente D. Nicanor Contreras Elizalde, que pronto dará á conocer su gran obra, su poema histórico *Netzahualcóyotl*, han tomado asuntos del antiguo pueblo mexicano, para tratarlos en obras que ocuparán siempre distinguido lugar en nuestros anales poéticos. Para el teatro, el Sr. Peon y Contreras ha elegido episodios y dramas de la época virreynal, y todos hemos visto en la escena á Cortés, á Gil Gonzalez de Avila, á los oidores, y á otros personajes de la sociedad mexicana de los siglos XVI y XVII.

Pero el Sr. D. Alfredo Chavero ha sido el primero, si no me engaño, que, remontándose un poco más, ha ido á buscar sus inspiraciones para el teatro en los tiempos más lejanos de nuestra historia, en las bellezas nativas de nuestro suelo, en personajes de la raza azteca en una época en que ésta no había recibido todavía ninguna liga y en que aquellos conservaban intactos, de consiguiente, sus instintos guerreros y los sentimientos de altiva independencia propios de su carácter. El Sr. Chavero ha sido el primero que nos ha presentado en la escena á las antiguas indias, bellas y amorosas, de miradas tiernas y corazon de paloma.—Y en verdad, que nadie más á propósito que él para acometer empresa semejante y salir airoso de su desempeño. Poeta, anticuario y erudito, lo reune todo para imaginar, con su brillante fantasía, interesantes cuadros dramáticos ajustados á la verdad histórica. Su fama de literato de buen gusto, de conocedor profundo de nuestra historia antigua, de arqueólogo entendido y diligente, la ha con-

quistado en la difícil y fatigosa labor en que tanto se distinguió el inolvidable D. José Fernando Ramirez, y en que siguen siendo los primeros maestros D. Joaquin García Icazbalceta y D. Manuel Orozco y Berra.

Xóchitl fué el drama de esta naturaleza que primeramente dió á la escena el Sr. Chavero, y el triunfo que con él alcanzó fué tan lisonjero como justo y merecido. La sencilla trama del argumento, la novedad de los cuadros, lo bien delineado de los caractéres, realzado todo por una versificacion fácil, apasionada y sonora, hicieron de aquel feliz ensayo una perla de nuestro teatro, precursora de otras obras que tendrían su principal y mayor encanto en el asunto tratado en ellas.—Despues, escribió el Sr. Chavero su ensayo trágico intitulado *Quetzalcoatl*, tomando como fundamento "el mito de aquel nombre, que al mismo tiempo es una personalidad histórica,"—segun él mismo dice,—y combinando esa tradicion con algun otro episodio tomado de un antiguo códice.

II

Estrenóse la obra en el Teatro Principal de esta ciudad, la noche del domingo 24 de Marzo de 1878; y en un templo cuya propiedad de detalles tocó á los anticuarios examinar, aparecieron Huemác, sacerdote, y Papántzin, antiguo jefe tolteca. Ambos hablan de Quetzalcoatl, hombre extraordinario y desconocido venido del Oriente, el cual predica una doctrina nueva que en poco tiempo ha cambiado los ritos y las

costumbres; ha sustituido los dioses indios con una sencilla cruz, y se ha hecho proclamar rey. Xóchitl, jóven india de gran belleza, hija de Papántzin, ama y es amada de Quetzalcoatl, quien al formar alianza con Huitzilihuitl, jefe de la tríbu azteca, ofrece á éste entregarle despues, en premio de su lealtad, á la mujer que adore.

—¿Quién es?—le pregunta.

—Xóchitl,—contesta el guerrero.

Y Quetzalcoatl calla sin retirar su promesa. —Delante de los sacerdotes, que lo sorprenden profanando el templo con caricias amorosas, declara él que Xóchitl será su esposa. Sábelo Huitzilihuitl, y con el furor natural de los celos, jura vengarse, uniéndose luego al pueblo que se ha sublevado contra Quetzalcoatl. Papántzin dice al azteca, que si logra arrancar del lado del rey á aquel "tesoro de candor y de hermosura," Xóchitl será suya, al mismo tiempo que el sacerdote, por su parte, le promete en nombre del dios la corona real.

En el segundo acto, aparece que los hijos del país han quedado vencidos en aquel conflicto: Quetzalcoatl es todavía rey, comparte el trono con su esposa Xóchitl, y todos sus enemigos lo rodean y lo acatan sin guardarle resentimiento. El sacerdote Huemác lo adula, él está tranquilo, y Huitzilihuitl llega á exigirle el cumplimiento de la promesa que le hizo, de entregarle á Xóchitl, por más que no le asista ya ningun derecho, desde el momento en que le abandonó traicionando su bandera y uniéndose á sus enemigos. Llega en esto la reina y oye aquel violento altercado; y al saber que el que es ya su

esposo la ofreció á otro, léjos de indignarse, le exige tambien que no manche su honor faltando á su palabra.

—¿Prometiste darme?—le dice.—Pues dame.

Más firme es mi pasion que dura roca
Que en vano azota con furor la mar.
Pero quiero que el rey por quien aliento
Guarde, digno de mí, su juramento.

Quetzalcoatl cede, y entrega á Xóchitl á su enemigo; pero entónces declara ésta á Huitzilihuitl que no lo ama ni puede amarlo; y que pues ya el rey cumplió entregándola, se vuelve con él, porque *Xóchitl cumple como cumple el rey*.—Queda el infeliz azteca harto humillado, y víctima otra vez de los más furiosos celos, renueva sus propósitos de venganza. Papántzin llega con el mismo intento: el usurpador le ha arrebatado á su hija, y el ódio que hácia él abriga ha crecido desde que le perdonó en la guerra.

—He descubierto un licor—dice Papántzin—que adormece los sentidos, y si el rey lo toma, puede caer fácilmente en nuestras manos.

En efecto, ofrece á Xóchitl aquel néctar, gusta de él Quetzalcoatl, y ambos caen embriagados al pié mismo del trono. Ven los sacerdotes esta escena, se indignan ante aquel espectáculo, y declaran solemnemente que, segun sus ritos, el rey se ha hecho indigno de llevar la corona. —En medio del sueño, Xóchitl oye que su padre y Huitzilihuitl intentan asesinar á Quetzalcoatl; y en el momento en que se acercan á él,

los detiene, amenazándolos con quitarse ella misma la vida si dan un paso más.

—Pues que mueran los dos—exclama el desesperado Huitzilihuitl, dirigiéndose á ellos con el arma homicida en la mano. Mas el padre de la india defiende á su hija escudándola con su cuerpo, y cae el telon.

Tercer acto: en el templo, los sacerdotes tratan de elegir nuevo rey, porque Quetzalcoatl no sólo ha perdido todo derecho por sus vicios, sino que ha muerto en medio de la embriaguez. —Aparece Huitzilihuitl y recuerda al gran sacerdote que el dios le ofreció el trono; pero todos deciden que no puede ser nombrado, primero, por no haber matado al rey como juró, y luego, porque es extranjero, y

Loco
Es aquel pueblo que al extraño entrega
Sus destinos.

El azteca, como es natural, no se conforma, y anuncia que sus tribus están fuera del templo, y que éste va á ser asaltado. Pero los sacerdotes proceden entónces con más cordura: lo desarman, condénanlo á muerte, y allí mismo es sacrificado al dios del templo.

Aclamado rey Papántzin, niégase á aceptar la corona, siendo lo más extraño que se acusa lleno de remordimiento de haber hecho la guerra á Quetzalcoatl, y confiesa que éste era *el mejor monarca*. Por fin, despues de llorar la desgracia de su hija, cae muerto al pié del altar.—Huemác, sacerdote, es aclamado soberano, y

en aquel momento aparece Quetzalcoatl con una cruz en la mano. Prostérnanse todos delante de él pidiéndole perdon; pero el nuevo rey, creyéndole fantasma y viendo que no se retira, aunque se lo ha mandado con imperio, cae desmayado en brazos de sus compañeros.—Quetzalcoatl dice entónces que no es fantasma, que él y Huemác viven todavía; pero que no pudiendo ya permanecer en el país, se vuelve al Oriente de donde vino. Les deja, en efecto, la cruz, y se va.—Viene Xóchitl: duda que su amado la abandone, niega lo que ha oído al entrar allí, ruega que lo detengan, y al ver muerto á su padre dice las frases que le dicta su locura. Toma, por último, la cruz, recuerdo vivo de Quetzalcoatl, y el *ensayo trágico* concluye con una profecía de la jóven india, relativa á que vendrán hombres del Oriente á plantar en esta tierra la enseña de la redencion.

III

Tal es el argumento de la obra del Sr. Chavero; y ántes de manifestar acerca de ella lo que pienso, bueno será recordar que en una tragedia, los acontecimientos, el desarrollo de la trama, los caractéres, etc., deben ser extraordinarios y grandiosos, de tal manera extraños, que sin rayar en inverosímiles se aparten mucho de los que vulgarmente vemos en la vida. El lenguaje debe tambien ser propio de la época y de los personajes.

Pues bien: el asunto elegido por el Sr. Chavero no me parece á propósito para la tragedia,

y así como está, ni áun para el drama. En la tradicion de Quetzalcoatl hay tales brumas é incertidumbre, tan aventurado es lo que de ella puede decirse, no obstante las repetidas investigaciones de los arqueólogos é historiadores, que no es posible fundar en aquel mito ningun argumento para obras literarias del género dramático. Ignorándose quién fué Quetzalcoatl, cómo vino á esta tierra (si vino), qué hizo, y cuáles fueron las causas que lo alejaron de nuestras costas, paréceme aventurado y peligroso urdir fábulas en que de una manera tan notable se toque la historia de un pueblo antiquísimo. Aparte de los errores que esto puede sembrar en el auditorio; aparte tambien de que el teatro jamás debe convertirse en cátedra de historia, juzgo de suma trascendencia para la literatura el extraviar así los nobles y altos fines del arte. —Es cierto que en las tragedias de los griegos se mezclan siempre la fábula y la historia; pero obsérvese que allí tienen perfectamente marcado cada una su límite.

Por lo demás, faltan en *Quetzalcoatl* poderosas y grandes pasiones, es decir, aquellas que deben suponerse en un personaje de tragedia. Ningun acontecimiento terrible y lastimoso ve allí el espectador, ninguna lucha atormenta al protagonista, ningun secreto se oculta en la trama de la obra, ningunos tremendos infortunios y dolorosas escenas la desenlazan.—¿Quiso el Sr. Chavero tratar el asunto del establecimiento de una nueva religion entre los aztecas? ¿Fué Quetzalcoatl el héroe de esta cruzada? No se sabe: cuando el telon se alza, la cruz está ya en

el templo, el que la ha traído es rey, y sólo piensa en vulgarísimos amores. A causa de ellos tiene enemigos, la embriaguez le arrebata el trono, y no pudiendo satisfacer más sus pasiones, huye dejando á la mujer amada y abandonando su obra sin decir por qué.—¿Cabe hacer una tragedia con estos acontecimientos? El desarrollo que les dió el Sr. Chavero me parece absurdo. Desde el momento en que los sacerdotes y los guerreros muestran su descontento y quieren vengarse de Quetzalcoatl, supone uno que de aquella lucha entre un pueblo y un solo hombre van á nacer complicaciones difíciles de resolver; se piensa en la raza azteca, valiente é indomable; y por otra parte se considera que el extranjero debe luchar, sufrir y hasta sacrificarse en aras de la idea que ha venido á predicar. Su valor debería llegar al heroísmo, su voluntad de hacer el bien á la más generosa abnegacion y ningun afecto pequeño y fugaz debería detenerlo en su camino. Y si despues de presentar estos combates, hubiese el Sr. Chavero traído sobre Quetzalcoatl una catástrofe inmensa y no merecida, cuyo orígen hubiera estado igualmente en la idea que abrigaba en su alma, entónces, sí, quizá habría podido haber tragedia.

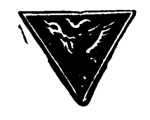
¿Pero qué vemos en lugar de esto? Una obra comenzada y no proseguida, pasiones comunes, flaquezas, debilidades, traiciones y hasta faltas de dignidad y de decoro. Quetzalcoatl no tiene un solo rasgo que lo eleve sobre los que lo rodean y lo haga terrible, grande, ó que despierte en su favor la piedad de los espectadores. Ninguna energía se descubre en él, ninguna

fortaleza tiene para obrar, ningun afecto sacrifica á alguna idea grandiosa,—que es lo que principalmente podía darle cierto carácter extraordinario. El mismo amor que lo ligaba á Xóchitl es débil y vulgar. ¿Por qué la deja? ¿Por qué es ingrato con ella, precisamente cuando más necesitaba de su apoyo por haber quedado huérfana y loca?—Semejante conducta es consecuencia natural de la que ántes observó, al entregar á su esposa al guerrero Huitzilihuitl. En un personaje del carácter que debe suponerse á Quetzalcoatl, es increíble, inexplicable y absurda, aquella docilidad con que obedece el mandato de Xóchitl. ¿Por qué consiente en darla á su rival? ¿No era éste su enemigo y prisionero? ¿Y qué derecho le asistía, además, para exigir el cumplimiento de la promesa, si él por su parte había faltado y había sido traidor? —Todavía se comprende ménos que reciba á Xóchitl cuando vuelve á sus brazos. ¿Es verosímil que haya quedado impasible ante aquella escena de humillacion? El famoso Quetzalcoatl, por esto solo, no infunde *terror ni compasion* en el auditorio, sino desprecio.

Por lo dicho hasta aquí se verá que el protagonista de la obra del Sr. Chavero no es personaje trágico. ¿Lo serán los otros? Creo que tampoco. Huemác es un ambicioso que quiere escalar el trono, y que unas veces se manifiesta irritado contra el usurpador extranjero, y otras lo adula para ganarse su voluntad. Papántzin es otro carácter falso: hombre sin dignidad ni valor, ve con cierta tibieza la suerte de su hija, y no tiene nunca un rasgo de energía para ven-

garse; muere arrepentido de haber hecho la guerra á Quetzalcoatl y confiesa, segun ántes observé, que era el *mejor monarca*. Huitzilihuitl es un traidor repugnante, un amante brutal, y su muerte ni conmueve ni despierta compasion en el auditorio. En fin, creo que ni los personajes ni los acontecimientos del *ensayo trágico* del Sr. Chavero llenan las condiciones que debieran.

En cuanto al estilo, tampoco le hallo muy propio: paréceme que aquellas razas valerosas y heróicas debieron haber hablado un lenguaje que estuviese en armonía con sus sentimientos de altivez é independencia. La versificacion es lánguida, fría y algo dura: carece de cierta fluidez, frescura y naturalidad que acaso darían interés á la obra, ya que, desgraciadamente, las escenas son monótonas y están faltas de movimiento.





LA LIRA MEXICANA,

POR DON JUAN DE DIOS PEZA.

I

EL Señor D. Juan de Dios Peza, segundo secretario de la Legacion Mexicana en Madrid, ha publicado en aquella corte, con el título que encabeza estas líneas, una coleccion de poesías de autores contemporáneos. —Todo lo que contribuya á darnos á conocer en el extranjero; todo lo que se haga para revelar nuestra cultura, nuestros afanes y trabajos, nuestras glorias, y tambien nuestros elementos de riqueza y de ilustracion, merecerá siempre los más entusiastas elogios de todos los mexicanos agradecidos; y yo no puedo ménos de felicitar sinceramente al Sr. Peza por su patriótico interés en favor de la literatura de México, por más que la manera con que ha ejecutado su obra esté muy léjos de satisfacer y de alcanzar la aprobacion de personas competentes. Las observaciones que me voy á permitir estampar en seguida, son el eco de las que he oído á algunas de ellas.

España, aunque se hayan roto los vínculos que en un tiempo la unieron á América, ha visto siempre con maternal cariño nuestra suerte, lamentándose de nuestras desdichas é interesándose vivamente por nuestra felicidad y bienestar; ha seguido paso á paso nuestra vida de nacion independiente; ha visto con júbilo nuestras conquistas en el campo del saber y de la inteligencia; ha recibido gozosa los frutos de nuestra literatura, hija de la suya, y más de una vez ha honrado con patentes señales de distincion y de benevolencia á hombres notables de nuestro país. España, por lo mismo, tiene hácia México especial y cariñosa predileccion; porque sabe tambien que aquí se hace justicia á su mérito, se recuerdan con gratitud sus gloriosas tradiciones en el Nuevo Mundo, y se admiran y se estiman debidamente todos los hechos con que durante tres siglos acreditó su amor y su solicitud de madre. ¿Cómo, pues, ha de ver con indiferencia el estado actual de nuestra literatura? ¿Cómo no se ha de interesar en todo lo que á este respecto se le diga y se le presente?

En todas las naciones hispano-americanas son conocidas y leídas con agrado las selectas producciones de los poetas y escritores de la Península; y en México estamos acostumbrados á admirar la vigorosa y elevadísima inspiracion de Núñez de Arce, la gracia y profundidad de Campoamor, el ingénio, la ciencia y elegancia de Valera; todas las cualidades, en fin, que enriquecen y engalanan la moderna literatura castellana. Pero allá no se conoce nada de lo que aquí tenemos, y los nombres de nuestros más

ameritados escritores sólo son pronunciados de vez en cuando en el gabinete de algun erudito ó en la sala de alguna docta academia.—De aquí viene, pues, la necesidad que hay de presentar en España muestras de nuestra literatura, composiciones debidas á nuestros poetas, cantos que den idea de la inspiracion, dotes literarias y aventajado cultivo de los ingénios mexicanos.

II

Quiso el Sr. Peza satisfacer esa necesidad, y formó y publicó su coleccion; pero por desgracia, ó no tuvo á su alcance todos los elementos que para esta clase de labores se han menester, ó se dejó llevar de sus simpatías para colocar en su libro á poetas que no lo merecen, y de sus preocupaciones de partido para excluir á los que faltan, y señalar á otros humildísimo lugar. —Si fué lo primero, creo que el Sr. Peza debió esperar hasta tener reunidas las composiciones más selectas y de verdadero mérito que enriquecen el Parnaso mexicano, pues que ni la publicacion urgía, ni debía hacerse con materiales que, léjos de dar á conocer los tesoros de nuestra literatura, sólo sirvieran para desacreditarla. Si lo segundo, esto es, si el Sr. Peza se dejó llevar de sus simpatías ó de sus preocupaciones personales, debo manifestar con toda franqueza que semejante conducta me llena de pesadumbre y extrañeza. ¿Llegan acaso, pueden llegar al campo de las letras, los ágrios resentimientos de las opiniones políticas? ¿Hay

por ventura algo más neutral, más pacífico y más noble que el ameno y florido huerto de la poesía? Perdóneme el Sr. Peza; pero creo que debió ahogar un poco los arranques amistosos de su corazon, y desprenderse otro tanto de sus preocupaciones, para que en su libro se registrasen únicamente composiciones de reconocido mérito, fuera quien fuese su autor. Así su trabajo habría sido completo, y se vería que en él le habían guiado la más severa imparcialidad, el gusto más exquisito, y el firme propósito de honrar á nuestra patria en el extranjero, presentando tan sólo las obras de nuestros escritores que lo merecieran.

En España, todos debieron creer, al abrir *La Lira Mexicana*, que encontrarían en sus páginas la fiel y viva expresion de la literatura de un pueblo que les es tan simpático; las armonías y espléndidas galas de la afamada tierra americana; el eco de las aspiraciones de una sociedad jóven todavía, y que lleva en sus venas sangre de Cortés, de Cuauhtemoc y otros héroes inmortales. Mas, de todo esto hay muy poco, casi nada, en la coleccion que vengo examinando. —No: allí no está representada nuestra literatura, nuestra poesía, como debieran y pudieran estarlo: faltan muchos nombres de verdaderos poetas, faltan innumerables producciones de elevadísimo mérito que las honran y enaltecen dignamente. ¡Pobre y escasa de armonías sería en verdad la lira mexicana, si tan sólo como las que en este libro se registran hubiese producido! Una literatura que ha tenido por modelo la española, que se ha vigorizado con la imita-

cion de los clásicos, aspirando á formar poetas correctos y de buen gusto, no es creíble que se halle sin autores de limpia y correcta diccion, de brillantes pensamientos, de entonacion grave y elevada, digna de los nobles asuntos en que se inspira la poesía.

III

Cincuenta y nueve poetas ha coleccionado el Sr. Peza en su libro, y de éstos la mayor parte son jóvenes que casi puede decirse han comenzado ayer sus ensayos. En sus composiciones se encuentran defectos gravísimos que deslucen notablemente las buenas dotes que en ellos suelen revelarse: ya es una figura impropia y de mal gusto que pudieron evitar el estudio, el cuidado y el conocimiento de los buenos modelos; ya son estrofas prosáicas, giros violentos, y ausencia completa de inspiracion; lo cual hace que muchas composiciones sean indignas de figurar en una coleccion que se presenta como muestra de la poesía de un pueblo.—Por otra parte, casi todas las composiciones elegidas por el Sr. Peza son de un mismo género;—eróticas y descriptivas;—y esto naturalmente da á aquellas páginas cierta monotonía que fatiga y empalaga al lector. ¿Por qué no procuró el Sr. Peza imprimir variedad á su coleccion, formándola de piezas de distintos géneros poéticos, puesto que su objeto era dar á conocer las flores más valiosas del Parnaso mexicano? De esta manera, repito, su trabajo habría sido de verdadera y trascendental utilidad, habría tenido más impor-

tancia é interés, y habría, por último, llenado debidamente su objeto.

Y para que no se diga que aventuro esta observacion, haré notar que ya D. Manuel de la Revilla, autorizado crítico de Madrid, manifestó en el artículo que dedicó al libro del Sr. Peza, que: "pocos son los poetas mexicanos que buscan su inspiracion en las altas cimas de la ciencia y en los graves problemas de la vida;" y que: "abundan en cambio los que sólo cantan las bellezas de la forma, tal cual en la naturaleza se revela; ó el sentimiento del amor voluptuoso en que se abrasan sus corazones."

Es indudable que á muchas composiciones que se registran en *La Lira Mexicana* dió cabida el Sr. Peza, llevado únicamente de sus afectos particulares de amistad; pues solo así se comprende que obras de gran mérito que habría sido fácil hallar, hayan sido sustituidas por otras que carecen de inspiracion, de naturalidad y hasta de modesta sencillez. En este libro se echan de ménos los nombres del Ilmo. Sr. Obispo Montes de Oca, intérprete fiel de los clásicos griegos; del Sr. Arango y Escandon, cuyos versos tienen todo el sabor de la poesía castellana del siglo XVI, por su sobriedad, pureza é intachable correccion; del Sr. Pesado, de D. Casimiro Collado, y otros, formados y educados en el estudio de los grandes maestros del lenguaje. ¿Fueron excluidos por sus opiniones políticas y religiosas? No quiero creerlo; pues si el terreno de la poesía no es neutral, ¿á cuál otro podremos darle ese nombre? ¿Fué un simple olvido?

Además de las obras de estos autores, cuya

ausencia en el libro del Sr. Peza es lamentada sinceramente por los que conocen su mérito, faltan tambien en él otras composiciones, quizá las mejores, de algunos poetas comprendidos en la coleccion, como sucede con los señores Roa Bárcena, Carpio, Córdoba (D. Tirso Rafael), Segura, y otros; pero sobre esto no insisto, porque tal vez el Sr. Peza no las tuvo á su disposicion en tiempo oportuno, ó porque su gusto particular hizo la eleccion.

No deben halagarnos mucho los elogios tributados por algunos notables escritores españoles á la poesía mexicana, y que se registran al fin del tomo; pues sabidos son el cariño, la simpatía, el interés con que son acogidos en la Península los trabajos literarios procedentes de las Américas españolas; y debemos lamentar únicamente que en esta *Lira Mexicana* no esté representada nuestra poesía de una manera digna.





"ROMANCES DRAMÁTICOS,"

POR DON JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

I

LA literatura mexicana no puede florecer en esta sociedad que lo ve todo con indiferencia, aquí donde dominan inclinaciones y gustos que no se avienen bien á lo que necesitan los individuos para ir por la senda de la cultura, de la ilustracion, del progreso intelectual.—La frivolidad en unos, la ignorancia en otros, el descuido con que ven todos aquello que podía apartarlos del vulgo, son la causa de que pasen inadvertidos ciertos trabajos ó acontecimientos, dignos á la verdad de ocupar la atencion de quienes se precian de ilustrados. La prensa, ocupada siempre en cuestiones de escaso interés público, agitada por las pasiones políticas, desahogando sus iras y sus ódios personales en un lenguaje que es desdoro de la importancia que ella misma se da; la prensa, que debía ser la primera en ilustrar la opinion, en señalar el mérito, en ensalzar los esfuerzos que

se hicieran en pro del buen nombre de nuestra patria; la prensa guarda silencio ante lo que es señal segura del talento, de la inspiracion y laboriosidad de algunos de nuestros escritores, —y parece que no concede novedad ni utilidad, á lo que va siendo ya sumamente raro entre nosotros: la aparicion de un libro. Apénas si se digna avisar en un párrafo de gacetilla que ha recibido el obsequio del autor, concluyendo con estas palabras de estampilla: "Aún no hemos tenido tiempo de leer la obra; pero lo harémos en breve, y quizá pronto tratarémos de ella. Entre tanto, damos las gracias por el obsequio."—El autor espera meses y meses el juicio ofrecido, creyendo que alguna enseñanza sacará de él; mas espera en vano, porque la opinion del periodista no se manifiesta nunca. ¡Y el desden es la única correspondencia que recibe; el silencio en cambio del ejemplar que regaló!

Ahora bien; yo pregunto: si los escritores que están en la prensa no han de dar su juicio sobre las obras que se les remiten, cumpliendo así con uno de los deberes del periodismo, ¿en virtud de qué derecho las reciben entónces? ¿para qué creen ellos que se les distingue con esa atencion? ¡Cuán de desear es que tan fea costumbre vaya desapareciendo de la prensa! Y esto, por el crédito de ella misma, por el bien de los autores que publican libros, sabe Dios á costa de qué sacrificios, y por bien igualmente de nuestra literatura, que con la crítica progresaría algo. De otro modo, no habrá estímulos nunca para nuestros literatos, y ya que aquí por desgracia es un sueño querer sacar ventajas pe-

cuniarias de lo que se publica, bueno sería al ménos que los escritores recogieran siquiera un consejo de la crítica, ó algunas palabras de benevolencia que los alentaran y animaran.

II

Me ha sugerido estas reflexiones, y otras muchas que sería impertinencia exponer en este artículo, el precioso tomito que con el título de *Romances dramáticos*, acaba de dar á luz nuestro inspirado poeta D. José Peon y Contreras; y siquiera sea por rendir un tributo á la justicia y al mérito, ya que no por alabar lo que por sí mismo se alaba, voy á decir algo acerca de ellos.

Catorce leyendas forman la coleccion, y aunque cortas, son todas riquísimas joyas en que galanamente se ostentan las más exquisitas y delicadas bellezas. Es la primera, en mi sentir, cierta originalidad en la forma, bajo la cual el poeta envuelve un verdadero drama, una catástrofe terrible y dolorosa, un poema en que se agitan las grandes pasiones del alma y se siente el suave soplo de los afectos más puros. La forma, digo, pero no refiriéndome precisamente al metro,—pues ya se comprende cuál ha de ser éste,—sino á la extension del romance, al corte de la composicion, á la manera empleada por el autor para exponer y desarrollar su pensamiento. En estas primorosas baladas (que tal parecen) no hay detalles; porque el movimiento de la accion, la rapidez del desenlace, la violencia y precision con que se destacan las figuras en la escena, exigen pocas pero enérgicas

pinceladas, y no consienten digresiones ni descripciones largas y minuciosas de lugares y de personas: son como aquellas lindas miniaturas cuyo mérito consiste en la exactitud, la limpieza, la gracia con que está reproducido el paisaje ó el cuadro, no obstante el pequeño espacio de que pudo disponer el artista. No hay tampoco allí referencias inoportunas á tiempos anteriores al drama que se desarrolla; nada que distraiga al lector de las escenas que el poeta le pone á la vista: todo es *actual*, por explicarme así, y sólo se asiste á la última catástrofe en que estalla una pasion ó un infortunio, al desenlace postrero de acontecimientos dolorosos.— Por lo demás, fácil es adivinar qué elementos son los que el Sr. Peon y Contreras emplea en sus romances dramáticos: el amor con sus ternuras, los celos con sus terribles estragos, la virtud con su poder y sus luchas con la tentacion y el vicio, la energía de un corazon varonil, las tempestades que resultan de la honra mancillada, de la fé violada, de la esperanza perdida.... todo eso que siente el alma en sus horas de dicha ó desesperacion. ¡Y qué cuadros sabe dibujar de un solo rasgo; cómo nos trasporta á aquellos tiempos lejanos del honor castellano, de los castillos solitarios y retirados, de las ciudades sombrías y silenciosas; qué fuerza de colorido hay á veces en las escenas que pinta, y otras, qué encantadora ingenuidad, qué adorable sencillez, qué inocencia, qué gracia!

III

Pero examinemos ya con más detenimiento los *Romances dramáticos*.

En *Doña Brenda* y en *Sancho Bermúdez de Astorga*, los dos primeros de la coleccion, se ven los desastres de los celos, tremendos, avasalladores, terribles; Doña Brenda da muerte á su esposo por una equivocacion fatal, y Sancho Bermúdez al sorprender á su esposa en altas horas de la noche paseándose en el jardin con su amante, le da tambien la muerte, quedando despues tan fría, tan espantosamente sereno, que

Dejó el arcabuz D. Sancho
En un rincon de su alcoba
Y fuese al lecho, y durmióse
Hasta el rayar de la aurora.

A Margarita (tercer romance), quieren casarla contra su voluntad: va á la tumba donde descansa su madre, hace á ésta en medio de las soledades del templo las confidencias de sus desventuras, y con la turbacion en que el dolor la tiene, cree que el eco que repite sus palabras, es la voz de su madre que le responde. Entónces le dice:

—Antes que partir el lecho
Con quien el alma detesta,
Quisiera bajo la losa
Que tus despojos encierra
Dormir, madre...... ¡Díme, madre,

Si no es mejor estar muerta......
—¡Muerta!......—Reprodujo el eco
De las bóvedas excelsas.
—¡Muerta! exclamó Margarita.
Bien, madre, esta noche mesma.

Se casa al fin la pobre niña; pero al ir el esposo á la alcoba nupcial,

Margarita no contesta:
Descorre los cortinajes....
Margarita estaba muerta,
Con la frente coronada
De azahar y de azucenas.

Hay en este poemita cierto perfume de inefable melancolía y de ternura que conmueve hondamente.

Ramiro Ramirez es tambien el drama de los celos: ha dado muerte al que le robó la honra, mata delante del cadáver á la esposa adúltera, y luego dispone que en el templo pongan junto al féretro de ella un féretro vacío. La pena del caballero es profunda; amaba á su Berenguela con delirio; era su contento, su alegría...... ¿Qué hará ahora solo sobre la tierra?—Viéndola muerta, le dice con amargo acento:

—Há un año tierna y sencilla,
Velado en casto rubor,
Me diste un beso de amor
En esta misma capilla.
Y hoy de mi pena al exceso
Vengo en brazos de la muerte
Berenguela, á devolverte
Aquel dulcísimo beso

Y concluye el poeta:

En los labios de la muerta
Los suyos puso el mancebo;
Se oyó un rumor misterioso
Por las bóvedas del templo,
Y tras un postrer gemido,
Tal vez de remordimiento,
Rompió su cárcel el alma......
Cayó Ramiro en el féretro.

Doña Blanca es un canto dedicado á la castidad de la viuda, al amor materno, á la dama que cuida de su honra y de su decoro, y sabe defenderlos.

Sola está la noble viuda
En su sombrío retrete;
La servidumbre reposa
Y el tierno vástago duerme.

Allí es sorprendida por el infame que quiere manchar con el crímen la limpia blancura de sus tocas: pero doña Blanca, ante el violento peligro, ante la deshonra que la amenaza, ante la cuna de su hijo, de la cual quiere apoderarse el vil para vencer su voluntad,

El arma rápida clava
En la espalda de Meneses.

En este romance, de un sabor clásico, se siente palpitar el noble corazon de las antiguas matronas castellanas, enérgicas, viriles, arrogantes con el poder de su virtud.—Es una de las mejores composiciones del tomo.

Sor Ana y *Doña Elvira* son dos dramas tre-

mendos de familia. En el primero, lucha el corazon de una doncella que ama, á quien su hermano aborrece, con el de éste; la muerte desata con una catástrofe esta situacion. En el segundo, un hijo lava con sangre la deshonra de quien cree que es su padre; pero ¡ay! al hacerlo se mancha las manos con un doble crímen.

IV

Apartemos ya la vista de estos cuadros sombríos y sangrientos que lastiman el corazon, y detengámonos en dramas de otro género, dramas interiores, *subjetivos*,—que se dice ahora.

Allí está Gabriela, sola, triste, inquieta, á la orilla del mar, esperando á su amante que no llega. Viene al fin, pero no gozoso y feliz como otro tiempo, ántes desasosegado y mudo. La pobre niña le cuenta sus querellas; y con su inocente alborozo, en que se percibe cierta tristeza suave y apacible, le dice en tono de queja:

—¡No te he visto en siete noches!
¡Aquí están las siete rosas
Que conmigo te aguardaron!
¡Que te cuenten mi congoja!
¿Las quieres? Mira éstas, mústias,
Marchitas y sin aroma;
Mira ésta, que aún tiene vida,
Aquí tienes la de ahora.

Pero el ingrato mancebo deshoja la flor, declara á la niña que ya no la ama, y ésta queda en la playa abandonada á su dolor....

Se figura que ha caído
De su frente una corona,
Que son pedazos de su alma
Aquellas hojas de rosa....

Y el desenlace de este drama es tristísimo:

Rápida, como impulsada
Por atraccion misteriosa,
Dirige el paso anhelante
A la barca pescadora.
....
Lo que pasó aquella noche
Larga, negra y tempestuosa,
Entre el abismo del cielo
Y el abismo de las ondas,
Dios lo sabe.—¡Al otro día
Vieron una barca rota,
Y el cadáver de Gabriela
Junto á un peñon de la costa!

Este romance es por sí solo todo un poema de sentimiento y de ternura.

Gil, á mi juicio, es la mejor composicion del tomo, porque no sólo campean en ella las ricas galas que resplandecen en las otras, sino porque deja en el alma una impresion más profunda y benéfica, hace derramar lágrimas de verdadera piedad, y hay, además, en su esencia, una intencion moral que á primera vista no se percibe en los otros romances. Aquí la virtud inspira al poeta, derrama sobre la escena un resplandor celestial, y todo tiene que ser, como lo es, bello, conmovedor y verdadero. Gil es un jóven, que abandonando á su esposa y á su hija, tierna niña que duerme todavía en la cuna, pasa la vida fuera de su casa...... ¡Dios sabe en qué! Aquella le dice:

¡No salgas, Gil, esta noche
Que es de mi vida la última,
Y cuando llore la niña
Que está durmiendo en la cuna,
Yo no podré levantarme
A consolar su amargura!
....
¡No salgas, Gil, no me dejes
Sola con mi horrible angustia
En esta noche tan triste
Que es de mi existencia la última!

Pero Gil se va, desoyendo cruelmente estos lamentos, porque como él dice á la pobre Teresa,

Todas las noches la misma
Cancion y la misma súplica,
Y nunca acaba de abrirse
Para tí la sepultura.

Ya en la calle, el duro esposo ve á dos novios que salen del templo unidos para siempre por el sagrado lazo; se turba, recuerda que en otro tiempo tambien salió él de allí llevando á su amada Teresa, radiante de felicidad y de hermosura, y que ahora

La ha dejado sola y mústia
Tocando con mano fría
Los dinteles de la tumba.

Presa entónces de atroces remordimientos, vuelve á su hogar; pero ¡ay! el ángel del Señor se ha llevado al cielo á la pobre mártir, y sólo está allí su cadáver....

Convulso, desatentado.
Arranca de su cintura
Una hoja aguda y luciente,
Que con fiera mano empuña;
Mas cuando toca su pecho
La fría acerada punta,
Se oye en la cuna un gemido
Que el mortal silencio turba.
—¡Perdon, Dios mío!.... Perdona,
Teresa, el triste murmura,
Y suelta el hierro.... y llorando
Se postra al pié de la cuna.

Este final es digno de un gran poeta. ¡Qué doloroso contraste el del hogar desolado y la alegre comitiva de la boda! Y luego, aquella cuna de donde sale el gemido; la niña que despierta, la madre que yace en su lecho de muerte.... y el esposo culpable, entre ambas..... ¡Qué cuadro!....

Nada diré ya de los otros romances *Eduardo*, *Bojórques*, *Jaime Acuña* y *Juan Farriz*, porque en sustancia tendría que repetir las mismas alabanzas, que sólo esto merece el libro del Sr. Peon. Sí quiero decir dos palabras acerca de la composicion última que se registra en el tomo. Titúlase *Alfredo*, y está dedicada á la memoria de un hermano del poeta.—"Es mi corto romance, dice el mismo Sr. Peon, un débil grito que arranca á mi corazon el doloroso y profundo sentimiento que se extinguirá con su último latido." *Alfredo* es, en efecto, una elegía delicadísima, apacible, sentida, impregnada de no sé qué blando aroma de resignacion, mezclado á la honda tristeza que la muerte de un sér querido produce en quienes lo aman. La alegoría

de que se vale el poeta para explicar una desgracia doméstica, es en mi concepto ingeniosa y nueva, y revela un gran fondo filosófico.

En suma, el Sr. Peon y Contreras ha enriquecido nuestra literatura con una verdadera joya, y por ella sólo merece las más ardientes felicitaciones de la crítica.



«LA WALHALLA,»

POR DON JUAN FASTENRATH.

I

EL rey Luis I de Baviera, * artista, poeta, de un carácter entusiasta y original, amante de la belleza en todas sus manifestaciones, amigo de los pintores, escultores y escritores, amable, soñador, y como tal, deseoso de gloria y de satisfacciones elevadas, dejó á su muerte un monumento grandioso que hará siempre grata su memoria entre el pueblo aleman, y que proporcionará á su nombre las augustas bendiciones de la patria. Ese monumento es la *Walhalla*, bellísimo y majestuoso palacio de mármol blanco levantado á las orillas del Danubio, en el monte Brauberg, cerca de la ciudad de Ratisbona, en el cual tienen un templo magnífico todas las glorias alemanas; mansion suntuosa y solemne, decorada con esmero por las artes, donde los grandes hombres

(*) Nació en Strasburgo el 25 de Agosto de 1786: falleció en Niza el 1° de Marzo de 1867.

de la Germania,—reyes, guerreros, artistas, poetas, héroes y heroínas,—tienen señalado el distinguido lugar que merecieron por sus hazañas ó sus obras. La *Walhalla* es un conjunto admirable de maravillas de todo género; es un archivo de piedra, un alcázar en que vive todo un mundo legendario; un capitolio, en fin, lleno *del ambiente del Olimpo, del aroma de la vida, de las auras de la inmortalidad.* "Lo que para los moros de Granada fué la Alhambra, eso y mucho más—dice un escritor,—es para los germanos la *Walhalla.*"—Sí, porque la *Walhalla* es el templo de la patria: allí están las tradiciones más poéticas y más queridas del pueblo aleman, las que recuerdan su pasado glorioso, alientan sus esperanzas y le fortifican en el camino del trabajo. *

La historia de esta maravilla moderna, de que con razon se enorgullece Alemania, es la siguiente:—"A principios de 1807, cuando Alemania gemía rota y vencida, doblado el cuello al capitan del siglo, al coloso de la fortuna, al émulo de los titanes, que entró en Berlin triunfante y altanero," un jóven, en cuyo pecho no tuvo cabida el abatimiento, y que recordaba las tradiciones gloriosas de su pueblo, el príncipe Luis de Baviera, concibió la idea de levantar, para consuelo de la patria, un monumento suntuoso y de grandiosidad nunca vista, donde pudiesen colocarse, como en régios altares, los bustos de mármol de todos los que hasta entón-

(*) La *Walhalla*, en la mitología germánica, era una especie de paraíso de los reyes y poderosos, un palacio en donde Odin, el dios germánico, recibía á los guerreros que morían combatiendo.

ces se habían hecho dignos de que Alemania escribiera sus nombres en el libro de sus anales; y en él tendrían su lugar más tarde los que tambien se distinguieran con el tiempo. Las agitaciones naturales de la guerra parecían hacer imposible por aquella época la realizacion de tan generoso proyecto, no obstante que entónces, más que nunca, necesitaba Germania tener presentes los recuerdos sublimes de sus héroes para aprestarse á nuevas lides. Pero no fué así.

Visitando en 1810 el jóven príncipe á un amigo suyo en las orillas del Danubio, vió, en la cumbre de un monte, un sitio pintoresco y ameno, sembrado de las ruinas de un antiguo castillo, y desde el cual se disfrutaba de un panorama verdaderamente espléndido y encantador. Veíase aquel río divino y lleno de recuerdos, de ondas azules y tersas, con sus márgenes floridas y perfumadas, retratando en sus aguas montes y colinas, valles y selvas misteriosas. La inmensa y feraz llanura divisábase tambien, cubierta de risueños pueblecitos semejantes á rebaños de blancas ovejas diseminados en esmaltada pradera; y á lo léjos, las cimas nevadas de los Alpes, un horizonte que se perdía en la inmensidad de los cielos....—Este sitio quedó elegido por el príncipe Luis de Baviera para levantar su soñada Walhalla. El hábil arquitecto Leo de Klenze fué el encargado de ejecutar la obra, y el 18 de Octubre de 1830 se colocó la primera piedra con toda solemnidad, asistiendo el autor de aquel proyecto, ya rey de Baviera, y su esposa Teresa de Baviera.

El arquitecto Klenze interpretó dignamente

el pensamiento del soberano: trabajó con perseverancia, con actividad inaudita, y doce años despues de comenzada la fábrica, le dió felicísimo remate. El 18 de Octubre de 1842 descubrióse á las miradas de la multitud: el rey, "con llave de oro, tocó á una de las puertas de metal, y el santuario, brillante, de mármol, bronce y colores, presentó de repente sus bellezas sin par." El proyecto concebido en 1807, es decir, hacía treinta y cinco años, estaba realizado: aquel monumento era un régio presente depositado en el altar augusto de la patria alemana, y podía ser tambien, segun los deseos del rey, autor de aquella maravilla, *lazo potente, vínculo estrecho de los germanos, para que todos al mirar ese templo sientan que tienen una patria comun, una patria grande y heróica.*—Hé aquí por qué la Walhalla es, como observó ya el Sr. Fastenrath, "uno de los florones más brillantes de la corona de Luis I, que de una manera tan espléndida demostró su amor á la patria y á las artes."—¡Honor tambien al arquitecto que ejecutó la obra!

Digamos algo ahora acerca de ésta.—La Walhalla, por su forma, guarda semejanza con el Partenon, con el cual rivaliza en belleza. Su majestuosa escalera está dividida en cuatro ramales, y quien sube las 250 gradas de que consta, ve compensada su fatiga con las varias combinaciones, las encantadoras perspectivas, el vasto y hermosísimo horizonte que á cada paso descubre y le sorprende. "La gradería superior—dice el escritor ántes citado—sirve de zócalo comun á las columnas y muros del templo. Al pié de

la segunda gradería hállase una entrada que conduce al interior de la basa. La Walhalla, comprendiendo el templo, tiene 197 piés de altura. La de la gradería es de 128 piés. El templo solo tiene 230 piés de largo y 108 de ancho, y su altura hasta el remate de la acrotería principal es de 64 piés."—El templo de la Walhalla es de órden dórico. Vénse dos hileras de columnas; de las 8 columnas de la fachada principal, se levantan seis iguales. Todos los adornos, ejecutados en mármol, son de exquisito trabajo y gran delicadeza. Ante el frontispicio del Norte está un grupo de 15 estátuas de mármol, obra de Schwanthaler, ocupando el centro de ellas la del héroe de los germanos, el gran Arminio, de una altura de 10 piés. En el frontispicio del Sur está otro grupo de 15 estátuas tambien, debidas al mismo artista, que simbolizan la resurreccion de Germania despues de las guerras de Napoleon; en el centro del grupo está sentada aquella, teniendo una corona de encina en la cabeza y sosteniendo en la mano una espada inclinada, como emblema de la conclusion de la guerra.

El interior del templo tiene 168 piés de largo, 48 de ancho y 33 de altura. El techo es todo de metal, el pavimento está enlosado de menudísimos fragmentos de mármol; y en cuanto á las paredes, diríase que su artesonado acaba de salir de las manos del artífice. Los adornos son tambien de exquisito primor.—El salon tiene dos pisos: en el bajo se levantan 4 pilares de magnífico mármol rojo que dividen cada una de las paredes en tres campos; de modo que en

ambas hay seis de éstos. Allí se hallan colocados sobre elegantísimos pedestales, los bustos de los héroes alemanes, estando presidido cada uno de los seis grupos que forman, por una figura que representa un génio.—Sin las seis pilastras menudamente esculpidas reinaría en el salon cierta monotonía; pero ellas impiden que la vista abarque al mismo tiempo todos los bustos. —En cuanto al piso alto, baste decir que sus paredes hállanse revestidas de paisajes en relieve de la antigüedad de los germanos.

Tal es la Walhalla; tales son sus bellezas, su primor y su magnificencia; ella convida al viajero á contemplar las glorias de Alemania, fielmente representadas allí por la habilidad de los artistas.

Ahora bien: para comprender mejor aquellas maravillas y no ignorar los hechos y las virtudes de los que habitan tan suntuoso palacio; para conocer hasta en su vida íntima á los poetas, escritores, artistas, héroes y reyes, cuyos bustos forman en aquel salon un senado augusto; para poder apreciar, en fin, y recrearse en los épicos y gratos recuerdos consignados en esas páginas de piedra, ¿no se ha menester un libro que lo explique todo y lo refiera todo; un libro que sea como el complemento y el texto de aquella soberbia coleccion de obras de arte? Sí, indudablemente; y esta necesidad ha sido llenada por el sabio doctor aleman D. Juan Fastenrath, escritor discreto y elegantísimo que ha continuado con la pluma la grande obra de Luis I de Baviera, levantando otro monumento á las glorias de Alemania, y sin el cual, la Walhalla in-



La Valhalla.

dudablemente no llenaría del todo su objeto. La obra del escritor, por lo ménos, contribuye á que se conozca y sea popular la obra del monarca.

II

Carezco de extensas noticias biográficas acerca de D. Juan Fastenrath. Sólo sé que nació en Remscheid, provincia del Bajo Rhin, el 3 de Marzo de 1839: su padre era un comerciante bien acomodado, y en 1847 trasladóse con su familia á Colonia, la ciudad que se enorgullece de poseer una catedral célebre en los anales del arte, por su magnificencia y sus poéticas leyendas. Allí hizo el niño Juan sus primeros estudios, cursando luego leyes en la Universidad de Bonn, y pasando despues para perfeccionar su carrera á diversos colegios de Heidelberg, Munich, Paris y Berlin.—Desde sus primeros pasos en las aulas habíase interesado vivamente por las disertaciones sobre literatura alemana y extranjera; y esta aficion se avivó más en él, oyendo la explicacion de *La vida es sueño* de Calderon por el célebre filólogo y gramático Federico Diez. No es, pues, extraño que al terminar sus estudios, exaltada su imaginacion por mil poéticas lecturas y sin ánimo acaso para entregarse á los árduos trabajos del letrado, quisiera buscar desde luego la manera de realizar sus sueños, viajando, escribiendo, visitando las ciudades y los lugares que había visto descritos en los libros. Año y medio ejerció su profesion; y al cabo de este tiempo emprendió un viaje á

Italia, y otro á España algun tiempo despues, en donde visitó con fruto las principales ciudades, Barcelona, Sevilla, Granada, adquiriendo muy importantes amistades, que aumentaron las simpatías que ya abrigaba hácia la patria de Isabel la Católica y de Cervantes.

De regreso á Colonia en 1865, sabiendo que el rey de Baviera Luis I, había traducido del castellano al aleman el conocido juguete cómico *Receta contra las suegras*, se animó á comenzar sus trabajos sobre literatura y cosas de España, para darlas á conocer en su patria. Arregló primeramente para la escena alemana aquella misma pieza, cuyo original le había regalado el autor D. Manuel Juan Diana, y estimulado por el lisonjero éxito que alcanzó en los teatros de Colonia y de Viena, publicó en los años de 1865 á 1869 cinco tomos de poesías alemanas sobre España, con los títulos de: *Romancero Español*, *Recuerdos de Andalucía*, *Maravillas de Sevilla*, *Flores ibéricas* y *Siemprevivas de Toledo*.

En la primavera de 1869 fué por segunda vez á España, y, como en la primera, contrajo amistad con los principales poetas y escritores de la Península, siendo presentado y recomendado cariñosamente por D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Todos le hicieron objeto de las más finas atenciones; recibió la Cruz de caballero de la Orden de Cárlos III, le dedicaron un banquete, y el Ayuntamiento de Sevilla le dió un voto de gracias, y le declaró hijo adoptivo de la ciudad.—Habiendo vuelto á su país natal, dió á la estampa en 1870 dos tomos de cantos

titulados: *El Libro de mis amigos españoles*, y otro, *Los héroes alemanes de* 1870.

Enamorado cada vez más de España el Sr. Fastenrath, fijó definitivamente el objeto de sus estudios en la literaiura de ese país, siendo su primera obra escrita en castellano la intitulada: *Pasionarias de un aleman-español*, que se publicó con un prólogo de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—Despues, observando con sentimiento que su patria no era bien conocida en España, se dedicó á escribir, tambien en castellano, su gran obra: *La Walhalla ó las glorias de Alemania*, en la cual, con un vasto y acertado plan, se propone tratar de todos los personajes ilustres en las ciencias, la guerra, las artes, las letras, etc., de que se enorgullece la patria de Schiller y de Goëthe.—De esta obra importantísima van hasta ahora publicados seis tomos. *

El Sr. Fastenrath ha sido nombrado correspondiente extranjero de las Reales Academias Española y de la Historia, de la de Ciencias Morales y Políticas, de la de San Fernando, de la Sociedad Antropológica de Madrid, de la Sociedad Arqueológica Valenciana, de las Academias de Barcelona, Córdoba y Sevilla, y es Socio honorario de la de Zaragoza, de la Real Sociedad Patriótica de Córdoba, de la Asociacion de escritores y artistas de Madrid, etc., etc.

Las poesías en español que ha escrito este simpático y distinguido literato sólo han sido dedicadas á sus amados padres, y en la primera página de cada uno de los cinco tomos de

(*) Todos se han impreso en Madrid, y la obra tiene un prólogo general, escrito por D. Manuel Juan Diana.

la *Walhalla*, aparece un canto, una elegía sentida y amorosa, notables por la frase y la inspiracion y nobleza que en ellas campean.—Nadie diría al leer tan galano lenguaje castellano que es escrito por un aleman.

Es un fenómeno raro y por demás notable el que se ha observado siempre en el extranjero respecto de España. Sabido es que todas las cosas de esa gran nacion han atraído en este siglo de una manera particular y poderosa, las miradas de los sabios, de los eruditos, de los escri tores de todos los pueblos; y sabido es tambien que éstos no se han conformado con admirar sólo á España y recordarla en sus libros, sino que han dado pruebas, con hechos, de que ese amor y esa admiracion eran legítimos y verdaderos, y han emprendido obras en extremo laboriosas y útiles en bien de la Península.—Enamorados de su historia, se dedican á estudiarla con afan, sin detenerse en gastos, trabajo ni sacrificio alguno; enamorados de su rica y magnífica literatura, se entregan á ella completamente, la analizan con un espíritu elevado, desde su nacimiento, por decirlo así; la siguen en su desarrollo, investigan las causas de su engrandecimiento y gozan y se deleitan con las bellezas que ofrece en el siglo de Calderon y de Lope, de Fray Luis de Leon y de Cervantes; enamorados tambien de España por sus hechos contemporáneos, por su epopeya sin igual de la Independencia, por sus héroes, por su pueblo, la admiran y la ensalzan con entusiasmo, siendo luego familiares para ellos fechas tan memorables como el 2 de Mayo, nombres que nunca

morirán en la memoria de los españoles, como Trafalgar y Zaragoza, Gerona y Bailén. ¡Cuántos sabios extranjeros, siguiendo los impulsos de su alma, se han trasladado á España para ver de cerca el teatro de tantos hechos sublimes! Y los que gustan de la historia y la literatura, han vivido años enteros en los archivos, sumergidos entre inmensos legajos, estudiando, leyendo, buscando, copiando documentos, descifrando manuscritos, contemplando ruinas y evocando recuerdos gloriosos! Y otros han vivido tambien en las bibliotecas, solazándose en la lectura de antiguos poetos y escritores, queriendo sorprender en sus páginas el secreto de por qué fué el teatro español el primero de Europa, por qué Calderon y Lope y Alarcon se elevaron tan alto; por qué la poesía lírica produjo aquel portento que se llamó Fray Luis de Leon....—Y así todos: de Alemania y de Inglaterra; de Italia y de Francia, y hasta de los Estados Unidos de América, han acudido sabios á España, y han escrito sobre sus hombres, sus artes, su literatura, su historia, mejor algunas veces, y con más diligencia y entusiasmo, que los mismos españoles.—Un literato (*) ha formado un curioso *Catálogo de las obras escritas acerca de España por autores extranjeros*, y en él he podido contar 354 de éstos; hallándose entre ellos hombres verdaderamente notables y eminentes de todos los países y literaturas.

El Sr. Fastenrath tiene la gloria de continuar la prolongada série de sabios admiradores de España, de amantes apasionados de todo lo be-

(*) D. Manuel Juan Diana.

llo, grande y noble que se encierra en su historia y en su suelo, llegando á tal grado su entusiasmo, que él á sí mismo se llama con orgullo *hispanófilo*.—Las obras que ha escrito inspirándose en asuntos españoles; los cariñosos recuerdos que á cada paso hace en su *Walhalla* de sus amigos de Madrid, de cuyas composiciones cita siempre algun pasaje; el interés, en fin, que muestra hácia todo lo que á la Península se refiere, son prendas inestimables que al mismo tiempo revelan su inmenso amor á España, la *tierra querida de sus sueños*, como él la llama,—y la nobleza y hermosura de su corazon. Porque el Sr. Fastenrath es de aquellas personas cuya alma, cuyo modo de pensar, cuyos sentimientos é ideas se retratan exactísimamente en sus obras, como se retrata el cielo azul en la tersa y tranquila superficie de un lago. ¡Qué alma tan bella le debe él á Dios! ¡qué corazon, qué carácter, qué entendimiento, qué fantasía tan rica y soñadora, qué imaginacion, la imaginacion de un poeta y un artista, dc un hombre bueno y virtuoso!—Más que escritor aleman, parece un poeta español, más que artista del Norte, parece un soñador del Mediodía, la region de la luz, del claro cielo, de las armonías, de los perfumes, de las rosas; más que un hijo de la grave y pensadora Alemania, parece nativo de la bella Italia, de la alegre y risueña Andalucía, donde todo es colores, regocijo, animacion y vida; del Mediodía, en fin, "donde—como dice el elocuente Castelar—todo es relieve; del Mediodía, donde todo es plástico; del Mediodía, donde el mármol, bruñido por la luz, el

voluptuoso embriagador aroma de que están como henchidos los aires, los mares sensibles á los matices de los cielos, las abiertas costas entonadas por los toques encendidos del calor, toda la vida, invita á salir de sí, á identificarse con la naturaleza, y recoger en sus inspiraciones varias, tumultuosas, contínuas, como las ondas, el secreto de las divinas armonías, que apénas ha compuesto el génio, cuando se recogen y repiten por el pueblo."—Y siendo el alma del Sr. Fastenrath igual á las almas del Mediodía, ya se comprende por qué en él todo es limpio y trasparente como las aguas cristalinas de un arroyuelo; por qué en él dominan la expansion y los afectos amistosos, por qué su entendimiento se mantiene sano y vigoroso, su ánimo siempre alegre, y su carácter es en todas ocasiones bondadoso y benévolo.

III

Pero tiempo es ya de hablar de la *Walhalla*, la gran obra del Sr. Fastenrath, objeto principal de este artículo.

¡Ah! la *Walhalla* del Sr. Fastenrath es digna hermana de aquella otra Walhalla de mármol blanco que se levanta á orillas del Danubio. Leyendo sus hermosísimas páginas, le parece á uno estar en un jardin de exquisitas flores, donde los pájaros cantan, y el cielo sonríe, y el viento juguetea entre las ramas, y los arroyuelos murmuran entre prados esmaltados;—que todo esto, y no otra cosa, son los bellos artículos que forman ese poema de las glorias de

Alemania. Se respira allí un aroma delicioso, el aroma del arte, el perfume de lo bello, si es permitida la expresion, y verdaderamente no encuentra uno en qué objeto detenerse, en cuál fijar los ojos, en dónde concentrar la atencion para recrearse oyendo los mil primores que el Sr. Fastenrath dice á propósito de los asuntos que toca con talento y oportunidad asombrosos. ¡Qué sucesion de magníficos cuadros, qué interesantes relatos, qué amenidad y cuánta discrecion hay derramadas en aquellas elocuentísimas páginas! ¡Qué ricos tesoros de erudicion, qué gallardía y donaire en el decir, qué facilidad y soltura en el estilo! ¡Y cómo ilumina todo esto con su luz clara y purísima el sol del amor patrio!—Sí, porque la *Walhalla* rebosa entusiasmo y vida, lozanía y frescura de imaginacion, buen gusto y sentimiento de lo bello; y sobre todo, la fecundidad que demuestra el autor es sorprendente. Ya es la biografía de un guerrero, de un heróico capitan, de un simple soldado, la que traza con vigorosas y enérgicas pinceladas, describiendo sus hazañas y sus glorias, sus sacrificios y su muerte, y áun el teatro de los combates en que se distinguió por su valor; ya es la tranquila vida de un artista ó de un escritor popular la que le inspira suaves acentos de admiracion y de cariño, convidando al lector á penetrar en su taller ó en su modesto hogar. Unas veces habla de los sabios más eminentes de Alemania y hace completa enumeracion de sus obras, juzgándolas con acierto; y otras considera atentamente los libros que andan en manos del pueblo, y cuyos autores son acaso desconoci-

dos ó están olvidados. Ora canta entusiasmado con inspirado acento las grandes epopeyas de su patria, ora se detiene á narrar sencillamente los poéticos y apacibles episodios, los tiernos idilios, las candorosas escenas que pasan en el retiro de la naturaleza, y que solo conmueven á la gente de corazon sano. Con la misma pluma que describe una obra de arte, trata en seguida y resuelve una cuestion histórica y literaria; con la misma facilidad con que retrata á un hombre de Estado, á un emperador, á un príncipe, hace la pintura del errante bardo popular, del poeta triste y aislado, del humilde maestro de escuela ó del vicario de una pobre aldea, que viven en la oscuridad y en el olvido del mundo; y, en fin, el literato instruido, el elegante escritor, el concienzudo crítico que estudia y analiza las obras de Schiller, de Goëthe, de Uhland y de Heine, es el mismo que luego habla del pintor cristiano-Overbeck, del gran naturalista Humboldt, del célebre astrónomo Herschel, del químico Liebig, de los historiadores, filósofos, críticos, filólogos, geógrafos, etc., etc., que ha producido y de que se enorgullece Alemania. Y todas estas biografías, estas eruditas disertaciones, estos interesantes relatos, estos estudios críticos, ya de suyo importantes y amenos, están salpicados de curiosas anécdotas y de rasgos de buen humor que proporcionan rico esparcimiento al lector, de tal manera, que á éste no le parece tener delante de sí un libro, sino estar cerca de un amigo que le refiere en estilo llano, sencillo y detallado lo que sabe, lo que ha visto, lo que ha sentido y pensado en un largo

viaje.—Sin duda por esto tambien ha derramado el Sr. Fastenrath en las páginas de su *Walhalla* citas abundantes de escritores españoles; lo cual, además de revelar su inmensa lectura y su prodigiosa memoria, es prenda segura de que al escribir "experimentaba, como él mismo dice, la necesidad de estar como en una tertulia de amigos españoles; y sólo ese amor á los hijos de España, así á los insignes como á los que no tienen la gloria de pasar por autoridades," le indujo á rodearse de ellos en su obra.

"El libro, como se vé,—dice un escritor español—es interesante bajo todos aspectos. El autor juzga los hechos con la imparcialidad del severo historiador, y deja correr su pluma con la facilidad del mejor hablista. Leyendo su libro se nos figura que hojeamos las *Vidas de españoles célebres* de Quintana. Sin faltar á la verdad de la historia, es siempre tan poético como conciso, expresando en brevísimas palabras los más bellos pensamientos.

"Hablando de Moltke, dice: *el invierno de su vida hizo la primavera de su patria.*

"Luisa, reina de Prusia, *derramó los beneficios sin contarlos, como el sol sus rayos.*

"Esta misma reina, en sus amargas tribulaciones, *desde las cumbres de la esperanza pasó á los abismos de la duda,* y próxima á morir *tenía ya la nostalgía del cielo.*

"Bellas cosas se han dicho de la esperanza, de ese dulce consuelo del espíritu. Aristóteles dijo que era el sueño de un hombre despierto; Tácito la considera, cuando es dudosa, la mayor pesadumbre de un varon fuerte. Ninguna

definicion más consoladora que la de Fastenrath:—*La esperanza es el arroyo que fertiliza el corazon, la luz que nos guía, la nodriza de los desheredados de la dicha.*"

Descendiendo ahora á detalles, debo decir que la obra comienza, como es natural, con una descripcion minuciosa de la Walhalla de Luis I de Baviera. Siguen despues las biografías de miembros principales de la familia real de Prusia, como la reina Luisa, el emperador Guillermo, el príncipe Federico Cárlos y Federico Guillermo; las de Bismarck y de los generales más notables del ejército aleman, Moltke, Roon, Werder y otros. Vienen en seguida artículos sobre *Cornelius, rey de los pintores alemanes;* sobre los poetas Arndt, Klopstock, Ruckert, Uhland, Claudius, Voss, Reuter, Platen y Heine. —El tomo tercero contiene interesantes capítulos sobre *Weimar y sus glorias, Goëthe, La madre de Goëthe, Schiller, La madre de Schiller, La vida y las obras de Schiller,* y sobre otros muchos poetas, pintores, filósofos, teólogos, críticos, escritores populares, etc., cuyos solos nombres formarían interminable lista. Por último, en los tomos siguientes continúa esta admirable série de biografías y estudios críticos, llenos todos de enseñanza y de noticias curiosas.

Véanse ahora algunas muestras, tomadas al acaso, de la magnífica é interesante obra del Sr. Fastenrath.—Refiriéndose á Weimar, el teatro de las glorias de Schiller y de Goëthe, exclama: "En el valle de Ilm, entre verdes árboles que aún sueñan con la primavera de la poesía,

descansa "Weimar," la ciudad de los espíritus, que brilla con la aureola de la gloria y que tiene los ojos de Europa; la ciudad tan pobre en el seno de Alemania como rica en el amor del pueblo aleman y grande por el favor de los dioses, pues ella era la morada de los hombres generosos que, conociendo los dolores del mundo, infundieron consuelo á la humanidad; ella era la huéspeda de aquellos sabios que tenían la nostalgía de las estrellas eternas.—¿Dónde están los nobles varones que adornaron el pórtico altivo de de tu gloria? ¿Huyeron los ruiseñores? ¿Partieron los cisnes? ¿Dónde está el tiempo en que reinabas sobre los espíritus por los cantos de tus vates? Antes la Belen, eres ahora la Pompeya del espíritu aleman, el mausoleo de los vates y profetas germánicos cuyos cantos inmortales oyó el Ilm ántes de que los oyese el mundo; eres el panteon en que descansan los dos grandes libertadores de Alemania, Schiller y Goëthe, que fueron acogidos en el panteon del génio de todos los pueblos y de todos los tiempos. Ya te miro cubierta con el velo de la viuda, ¡oh Weimar! matrona de noble alcurnia, de rica y veneranda historia. Pero alza tu frente: quien como tú acogió cariñosa os que llegaron para cumplir una mision santa, quien como tú besaba sus mejillas cuando solitarios pasaban velando la noche, debe pensar en ellos con satisfaccion y orgullo. Al pisar tu suelo, entro como en un bosque sagrado de poetas, y veo alzarse ante mis ojos las grandiosas figuras de tus héroes. *Nuestros* eran aquellos vates cuyo espíritu poderoso se dirigía hácia lo

eterno, lo verdadero, lo bueno, lo bello; eran *nuestros:* esa palabra altiva aturde nuestro dolor profundo de haberlos perdido."

Hablando de Goëthe, el profundo poeta aleman, por todos y en todo tiempo admirado dice:—"Él sacaba su fuerza y su vigor de los brazos de la naturaleza. A él le confiaba sus secretos el sonoro Ilm, aquel "arroyo aprendiz de río," como llamaba Quevedo al Manzanares, y los abetos y pinos en las cumbres de Ilmenan le inspiraban melodías peregrinas y maravillosas. Las figuras creadas por él se hermanan con el paisaje, sus historias brotan de la realidad inmediata, é involuntariamente destácase su imágen de un fondo local: sea que lo miremos pasear por el querido prado á su casita medio escondida entre los árboles, ó sea que le veamos entregarse á sus sueños sobre las ruinas del Foro romano; sea que en la tempestad del invierno cabalgue por las gargantas del Harz, ó que pase las noches veraniegas en cumbre solitaria en una cabaña fabricada de maderos pensando en su amada ausente; sea que le albergue la antigua ciudad de Wetzlar ó Stras burgo, la de la catedral gótica,—siempre sale de un cuadro presentándose tanto más vivo más humano, más natural." "En Weimar,—continúa despues—encontró en el Duque de país al amigo de su corazon y de su juventud y, hallándose en la altura de la edad viril, encontró en Schiller al amigo de su alma y á su génio hermano....

....

"Nadiè descendió con ánimo tan atrevido

como el autor de *Fausto* á las profundidades de los dolores eternos de la humanidad que el tiempo moderno nos hizo sentir y conocer aún más. El asunto propio de las obras de Goëthe es el conflicto del hombre consigo mismo, aquel conflicto que procede de las contradicciones que existen en la misma naturaleza humana, de la desproporcion entre el querer y el poder, del jamás satisfecho y sin embargo inextinguible é ingénito anhelo hácia un conocimiento ilimitado; del impulso de abrazar el universo y del penoso sentimiento de la limitacion que nos empuja á la desesperacion, ó nos lleva á la resignacion; en fin, aquel conflicto que resulta de todos los enigmas del sér humano, que proceden de que, como dice Goëthe, somos el producto de dos mundos. Las obras de Goëte nos enseñan que cada día hemos de conquistar la libertad y la vida.—Para gozar las maravillosas creaciones de este grandioso espíritu poético es menester pasar de su vida á su poesía y volver de su poesía á su vida; pues en él, que logró como el que más embeber la cultura de una edad entera; en él, cuyas creaciones peregrinas arrojan mil testigos de la pobreza humana, la vida y la poesía corren parejas.

"Todas las creaciones de Goëthe tienen una relacion más ó ménos estrecha con su vida: así su poesía lírica es un espejo á la vez fiel, sencillo, mágico y encantador de los instantes fugitivos de su existencia. Como capítulos de su propia vida pueden considerarse tambien sus composiciones épicas, y hasta sus dramas no contienen sino ideas y sentimientos que desper-

taba en él el trato de los hombres.—Comprenderemos, pues, mejor las creaciones de Goëthe conociendo tambien los detalles de su vida, y procuraremos penetrar en ellos, pero con el respeto debido al génio: no para poner al nivel de la bajeza humana lo que él mismo levantaba á la altura espléndida de la poesía, sino para conocer y admirar cómo, gracias al arte cumplido del vate, su misma vida se haya convertido en poesía."

IV

Quisiera extenderme más ofreciendo otros ejemplos de la amenidad, riqueza de diccion, madurez de juicio y extensa erudicion que el doctor D. Juan Fastenrath demuestra en su *Walhalla*; pero fuerza es terminar ya este largo artículo.—Sólo quiero agregar, aunque no es ya necesario, porque el lector debe comprenderlo, que en todos los capítulos hay siempre el mismo interés, la misma abundancia de observaciones curiosas y oportunas, igual novedad, y en todos se encuentra tambien el mismo poderoso atractivo y sabroso deleite. El estilo es florido, y está impregnado, ora de tierna y suave melancolía, ora de enérgica viveza, segun el personaje ó el asunto de que trata, y domina en todas las páginas la más severa imparcialidad, esa imparcialidad del crítico docto y verdaderamente sabio que busca y aplaude la belleza donde quiera que la encuentra, y sea quien fuere el que la haya producido.

Al hablar de un personaje ilustre, no sólo

traza con admirable gallardía la narracion simple de su vida y de sus hechos, sino que nos le hace conocer en sus costumbres privadas, en su carácter doméstico y hasta en sus sentimientos íntimos, refiriendo anécdotas ó episodios curiosos acerca de él; y de este modo consigue interesar más y más al lector y despertar muchas veces sus simpatías en favor de los personajes. —Esas anécdotas abundan en las biografías de Bismarck, del emperador Guillermo, de Schiller. de Goëthe, y de otros.

El Sr. Fastenrath, con su *Walhalla*, está prestando un gran servicio á su patria, dando á conocer en el extranjero las glorias de Alemania; y creo sinceramente que quien lea su libro comenzará por admirar á esa gran nacion, cuna de tantos sabios y poetas insignes, y acabará por convertirse en el más entusiasta y apasionado germanófilo.—¡Poder del talento!





BIBLIOGRAFÍA.

I

"*Poesías*" de la Señora de Montluc

HA llegado á mis manos un tomito de poesías, produccion de una musa femenina; y sobre ellas voy á decir algo, por parecerme superiores á muchas que hoy andan en manos de todos, y porque además tienen el raro mérito de dejar ver fielmente el noble corazon de la autora.

Opino como el popular escritor español Antonio de Trueba, respecto de que *el sentimiento es el alma de la poesía.* En efecto, ¿qué es ésta sin aquel? Palabras que nada dicen ni nada significan, conceptos más ó ménos armoniosos, frases vacías de sentido, áun cuando estén ordenadas conforme á las reglas del arte y haya correccion y pulcritud en ellas.—La poesía, belleza por excelencia y reflejo del alma, es hija del cielo, y como tal, se inspira y se nutre de los nobles y hermosos sentimientos del hombre. La cándida inocencia del niño, la ternura de

una madre, la resignacion en la desgracia, la fé, la piedad, el amor casto y puro: hé aquí lo que la poesía canta y ensalza cuando quiere conmover los corazones. Para ser poeta, es preciso no solo comprender la belleza, sino tambien amarla. ¿De qué servirían á un hombre su talento poético y la viveza de su imaginacion, si no sabía emplearlos en objetos dignos de la poesía? ¿Qué valor podrían tener sus producciones, si en ellas faltaba la delicadeza de ideas? ¿Quién las leería con gusto, si carecían del sentimiento que debía darles animacion y vida?

Hay personas que con facilidad hacen versos, que hallan pronto el consonante que necesitan, que cantan sin inspiracion y sin aliento; pero á estas no se les debe llamar poetas. Distraerán el oído y le deleitarán con la cadencia del ritmo: acaso admirarán por su fecundidad. Mas no es esa la mision del poeta.—El verdadero poeta no busca palabras, sino ideas; no quiere armonioso ritmo, sino sentimientos delicados que penetren al corazon y lo conmuevan; no quiere ni áun medir bien los versos, con tal que ellos expresen fielmente lo que piensa y lo que siente y le dicta su inspiracion. Por eso lo que escriben los copleros es árido y frío, monótono y vulgar. En las composiciones de los poetas hay, por el contrario, energía, calor y vida, arranques entusiastas que conmueven el espíritu.

Acaso no pueda decirse esto mismo de la musa que inspira á una mujer; porque el alma de la mujer, toda llena de ternura y de amor, es suave y delicada; sus inspiraciones tienen que ser apacibles y modestas, pero bellas siempre

como las gracias de la infancia, como la sonrisa de un niño, como la mirada de una esposa, como el gozo de una madre. Ellas no tendrán los sublimes arranques de Herrera ni la entonacion vigorosa de Quintana; pero sabrán expresar, como no lo haría ningun hombre, las santas ternuras y los valiosos tesoros que se encierran en el alma de la mujer. El poeta épico nos describirá el estruendo y confusion de una batalla, como lo hicieron el Tasso y Camoëns; el poeta filosófico nos dirá las angustias por que ha pasado un pueblo y las esperanzas que lo alientan; el dramático nos hará meditar ante las tremendas luchas de pasiones poderosas; y, en una palabra, todos producirán en nuestro espíritu emociones profundas y duraderas. Sólo una mujer sabrá conmovernos con su lira; porque nadie sino ella podrá pintar la felicidad de una madre cuando está al lado de la cuna de su hijo; nadie sino ella sabrá comprender el desamparo y el infortunio de un huérfano; nadie sino ella podrá decirnos el gozo de su alma al recordar sus inocentes juegos de niña, sus primeras impresiones amorosas, sus satisfacciones de madre; nadie, por último, sino ella posee el raro secreto de tocar las fibras más íntimas del corazon humano. Sólo su paleta tiene las rosadas tintas con que deben dibujarse la hermosura de un niño, las perspectivas de los alrededores de su hogar, los cuadros de familia; sólo en su lira hay acentos que se asemejan á la voz de personas queridas, á los lamentos de un huérfano, á los rumores del país natal, á las primeras oraciones que pronuncian los niños.

Pues bien: algo de todo esto hay en las *Poesías* de la Sra. de Montluc. Son cantos modestos y sencillos, estrofas llenas de sentimiento, que revelan, segun dije al principio, la belleza del corazon de la autora; son páginas íntimas dictadas por un alma que sabe sentir y gozar con los recuerdos; y todos forman un álbum precioso digno de ser leído con cuidado.

Las composiciones, en su mayor parte, son pequeñas, pero tiernas y sentidas; y estas cualidades las avaloran y recomiendan. La poetisa compendió en pocas palabras las ideas y sentimientos que quería expresar, sin caer en la vulgaridad de acumular conceptos extraños y rebuscados para formar un tomo de muchas páginas. Hay tambien claridad en los pensamientos y á veces son éstos originales y nuevos; los giros agradan por su naturalidad, la entonacion es elegante y casi siempre melancólica, y tiene, sobre todo, esta obrita el grandísimo mérito de respirar el aroma de la más pura y cristiana moral. ¡Cómo es simpática la autora, así que se han leído sus amables páginas!

En la composicion *A mi lira* nos dice que "sus cantos no son de enojo, de ódio ni de envidia: están dedicados á la naturaleza y á su cielo, á los dolores que se sufren en la vida, al amor patrio y á la confianza en Dios, á la abnegacion y á la ternura de las madres." Despues, para que no se crea que desatiende santos deberes por entregarse al cultivo de la poesía, agrega que ésta es, en medio de sus dolores y tristezas, "el divino bálsamo y la gota de ambrosía con que suaviza la amargura de sus penas."—

Estas palabras dan á conocer á la poetisa y á la mujer.

Desde las primeras páginas de su hermoso libro, la hallamos cantando á la infancia en sus composiciones *El huérfano* y *El niño;* despues, en las intituladas *Léjos de mi país* y *Recuerdos de mi Bretaña*, los hace muy tiernos de los lugares en que se meció su cuna y corrieron sus infantiles años. Describe en seguida algunas escenas de la naturaleza en *El sol de Otoño*, *Recuerdo de los Pirineos*, *El Cielo* y *Lluvia con sol.* A veces se dirige á sus amigos, refiriéndoles sus tristezas, á veces á sus peqeños hijos, descubriendo sus gozos ó sus suspiros de madre. ¡Qué dulce ternura hay entónces en sus palabras! ¡Cuántas lágrimas derrama su alma al separarse de sus hijos!

La autora de estas lindas *Poesías* es madre, y no hay para qué agregar que todo en ella es encantador; pero áun tiene un mérito más, que las hace estimables para nosotros los mexicanos; y es que allí se hacen recuerdos muy dulces de nuestra patria. La Sra. de Montluc estuvo en la República por los años de 1842 á 1845; y aquí ensayó los primeros acentos de su lira. Usa frases en sus composiciones que revelan el amor que guarda hácia México, al revés de otros extranjeros que sólo han tenido censuras para nosotros despues de habernos visitado. El vivo deseo de manifestar nuestra gratitud, al mismo tiempo que el de rendir un justo tributo al mérito literario de su obra, me han impulsado á escribir estos renglones.

II

"*Poesías*" de D. José Joaquin Terrazas.

Han visto la luz pública, coleccionadas en un tomo de doscientas cuarenta páginas, * las poesías del Sr. D. José Joaquin Terrazas, escritor bien conocido en México por las polémicas que ha sostenido en la prensa defendiendo el catolicismo.—Aparte de la singular complacencia con que siempre veo aparecer un libro nuevo entre nosotros, juzgo de importancia esta publicacion, no solo por la autoridad y buen nombre literarios de que disfruta el autor, sino tambien porque conviene dar á la juventud que se dedica á las bellas letras, ejemplo de trabajo y de perseverancia, aquí donde es tan difícil y tan costoso hacer impresiones por cuenta propia.

Cierto es que el género poético todos lo cultivan en México, y que en los periódicos abundan los versos con una profusion sin ejemplo; en las fiestas privadas, en las reuniones públicas, en cualquiera solemnidad patriótica ó de familia, cosa facilísima es encontrar un poeta que declame con entusiasta acento y que distraiga el oído recitando frases y períodos rimados; pero tambien es verdad que entre tantos versos, rara vez se halla una obra de mérito que se distinga por su inspiracion, su limpieza de lenguaje, sus ideas nobles y levantadas; pues casi todas se reducen á vanas y pomposas vul-

(*) Este artículo se escribió en Febrero de 1878.

garidades, ó á copias é imitaciones de piezas que todo el mundo conoce. Y hé aquí por qué agrada ver publicada una coleccion de poesías, y por qué es una novedad digna de celebrarse el encontrar entre ellas composiciones que se aparten del género comun.

Voy yo á decir algo, muy poco, sobre el libro del Sr. Terrazas, no sin lamentar ántes que el autor "no haya tenido ni salud ni tiempo para limar sus versos," porque creo que solo á esta circunstancia pueden atribuirse ciertos defectos que con facilidad pudieron evitarse.—Y, en mi opinion, debió el Sr. Terrazas haber puesto mayar cuidado en esto, pues que habiendo ejercido en otro tiempo, con aplauso de sus lectores, las difíciles funciones de crítico, hoy que iba á verse en el caso de ser juzgado á su vez por otros críticos, era de temerse que algunos hallaran á sus producciones *mayores defectos de los que pudieran tener*,—segun él mismo dice en el prólogo. Pero, á pesar de esto, la coleccion me parece de mérito: noto suma facilidad en el manejo del idioma; hay pureza y correccion, y unas veces tienen los versos la entonacion vigorosa y elevada de la oda, y otras la dulzura y suavidad del idilio. Los pensamientos son felices y verdaderos, y en general están expresados con gallardía y claridad, debiéndose á esto acaso que en algunos pasajes haya graves defectos de armonía, pues parece que el Sr. Terrazas sacrifica la forma, la elegancia de la diccion á la idea que se propone manifestar.

Sin duda es la poesía religiosa la que mejor ha cultivado el Sr. Terrazas: hay en sus com-

posiciones de éste género uncion piadosa y delicada, rasgos de inspiracion bellísimos y no pocos sentimientos que conmueven por su ternura y elevacion.—Dice, por ejemplo, dirigiéndose á María:

> Vírgen, á quien alcanza
> Más del mortal la voz cuanto más débil,
> Del alma guía, del dolor amparo,
> Resplandeciente faro
> De gracia y de dulcísima esperanza.

Y en otra composicion:

> La vara de José cándida rosa
> Brillante, pudorosa
> Mostró feliz.—La claridad del día
> Sintióse avergonzada
> Ante la pura luz inmaculada,
> Ante la luz de gracia de María.

A mi madre y *Mi hijo enfermo* retratan fielmente el alma del autor, revelando la primera los dulces efluvios de una acendrada piedad filial, y expresando la segunda el amor, la inquietud, la honda pena del tierno y cariñoso padre que ve padecer á su inocente hijo. *Querellas del alma* y algunas otras poesías eróticas de la coleccion, abundan tambien en bellezas merecedoras de alabanza. El amor cantado por el Sr. Terrazas es el amor cristiano, el amor casto y puro que tiene por término el hogar, y que crece y se ampara bajo la sombra augusta de la religion.—Y en cuanto á composiciones filosóficas y descriptivas, muy pocas nos ofrece el autor, siendo de sentirse que en ellas falten

algunas de las galas que podemos admirar en las otras; pero merecen citarse, sin embargo, entre las primeras la titulada: *La vida y su esperanza*, y entre las segundas, el hermoso canto *El primer hombre*, que tiene estrofas verdaderamente inspiradas y magníficas.

El Sr. Terrazas no carece, sin duda, de talento poético: usa sin dificultad diversos metros, ha leído con fruto los mejores clásicos españoles, y en general, tiene rasgos que revelan feliz imaginacion y tiernos y rectos sentimientos. La religion, además, le inspira hermosas ideas, y la fé, la piedad cristiana, arrancan á su lira dulces y suaves acentos. Pero en cambio de estas recomendables cualidades, que nadie negará al Sr. Terrazas, concurren en él otras circunstancias que las deslucen completamente, y que le impiden presentar al público obras de verdadero y subido mérito literario. Es la primera, en mi sentir, su costumbre de no escribir nunca con detenimiento y con cuidado, y de no corregir, ni revisar siquiera, lo que sale de sus manos; cosa que deben hacer todos, ya que por desgracia es propio de la condicion humana no producir obras perfectas. Su misma facilidad le perjudica tambien, porque muchas veces encuéntranse en diversas composiciones, pensamientos é imágenes que podrían estar bien en una sola. Suele emplear, además, y con bastante frecuencia, palabras que aunque son castizas y correctas, suenan mal en una poesía, ó tienen al ménos cierta expresion de dureza para oídos delicados. Usa giros que tienen este mismo defecto; pero, vuelvo á repetir, puede el Sr. Terrazas evitarlos

fácilmente, sirviéndose de su buena instruccion y sometiendo sus obras á un exámen imparcial y severo.—Dijo un escritor, que la inspiracion de los verdaderos poetas exigía, para expresarse bien, lenguaje incorrecto y sin aliño. No opino yo lo mismo; pues sucede á veces que un grave defecto en el estilo hace palidecer las bellas ideas, desluce el mérito de la composicion y hasta oscurece su sentido. Está bien que el poeta traslade al papel, de la manera que quiera, lo que le sugiera su imaginacion; ¿pero por qué no ha de venir despues el arte á hermosear la obra?

Los asuntos á que el Sr. Terrazas ha dedicado hasta hoy sus cantos poéticos, son nobles y dignos de respeto. Yo, sin embargo, me atrevo á aconsejarle, que puesto que el cielo le ha dotado de felices disposiciones para la poesía, las emplee tambien en otros objetos, vistos generalmente con indiferencia y descuido; quizá en la poesía religiosa no pueda ir más allá de donde han ido Carpio, Pesado, Arango y Escandon, y otros. Celebre las bellezas de nuestro suelo, (ya dije que en su coleccion hay muy pocas composiciones descriptivas); remóntese á los tiempos primitivos de nuestra historia; cante las hazañas gloriosas de aquellos héroes del Evangelio que dieron luz y civilizacion á los indios; recoja las tradiciones piadosas de nuestro pueblo, y acérquese, en fin, al manantial riquísimo de la historia patria, en la que muy pocos han bebido hasta hoy, y de esta manera conseguirá dar á sus producciones verdadero interés y novedad.

III

"*Manual de literatura*," por D. Tirso R. Córdoba.

Todos en México saben el distinguido lugar que ocupa como poeta y literato el Sr. D. Tirso Rafael Córdoba. * Periodista en un tiempo, escritor correcto y ameno, autor de varias obras didácticas de importancia, fácil y gallardo versificador, el Sr. Córdoba pertenece al grupo de aquellos de nuestros escritores, como García Icazbalceta, Roa Bárcena y otros, que, aunque apartados aparentemente del movimiento literario actual, contribuyen de un modo eficaz al adelanto y mejoramiento de las letras nacionales, dando á luz excelentes producciones, de reconocida utilidad para la juventud. Su traduccion de los *Cuentos de Navidad*, de Cárlos Dickens; sus *Cartas á Fausto*, famosos estudios críticos que tan honda sensacion causaron en la prensa mexicana; sus poesías, en fin, publicadas en *La Sociedad Católica*, y reunidas más tarde en un volúmen, son obras bien estimadas entre nosotros, por su fondo de moralidad y de enseñanza y por los primores literarios que las engalanan.

Ultimamente ha dado á la estampa un nuevo libro con el título de *Manual de literatura hispano-mexicana*, y sobre él quiero decir dos palabras, siquiera sea para que no pase inadvertido, como sucede con todo lo que se publica en México.

(*) Cuando se escribió este artículo aún no se ordenaba de sacerdote. Puede verse su biografía en otro tomo de esta coleccion.

La utilidad de una obra de este género es de todo punto indudable. Nuestra juventud se siente hoy irresistiblemente inclinada á los estudios literarios desde sus primeros pasos en las aulas; se dedica á la lectura con afan, y muy pronto, atraída por los triunfos que proporciona el periodismo, se dedica á escribir, á hacer versos, á juzgar dogmáticamente las obras ajenas, no obstante que carece todavía de la instruccion necesaria y del buen criterio que sólo proporcionan la experiencia y el conocimiento de los buenos modelos. Y áun algunos jóvenes acostumbran hacer todo esto sin haber leído jamás un libro de literatura, sin conocer las reglas más triviales y sencillas; de lo cual resulta que cuanto producen está plagado de defectos y es de pésimo gusto.—Por otra parte, sabido es que los cursos de humanidades que se dan en los colegios no merecen el nombre de tales: no hay en ellos el órden, el método, la direccion que podrían ser las únicas y seguras prendas del aprovechamiento de los alumnos. Se estudian con ligereza las reglas y no se las acompaña del análisis; se da escasa ó ninguna importancia á los consejos de los buenos hablistas; y por último, en vez de buscar la confirmacion de ellos en las páginas de autores respetables, se obliga á los estudiantes á aplicar algunas inseguras reglas en ensayos más ó ménos pensados y de cualquier manera escritos. El fruto de semejante sistema es, que los jóvenes ignoran al fin de un curso literario los elementos más sencillos y fáciles de la composicion: á veces no saben definir lo que es estilo, lo que son ciertas figuras

de lenguaje, ni les es fácil señalar las cualidades que debe tener una pieza oratoria, por ejemplo, ó un poema épico; no pueden tampoco sujetar una obra al riguroso análisis literario, ni ménos pronunciar acerca de ella un juicio exacto y fundado. Autores que debían serles familiares les son enteramente desconocidos; y por eso algunos jóvenes al concluir su carrera sufren mil contrariedades y mortificaciones. El abogado tiene dificultades para poner un escrito; el médico carece de un lenguaje pulcro, comedido y adecuado á la sociedad que tiene que frecuentar, y así todos.

¿Qué remedio hay para estos males? ¿Cómo llenar ese vacío que há tiempo existe en nuestro sistema de educacion?—Sin duda uno de los medios más seguros sería el de poner en manos de la juventud libros elementales y fáciles que contuviesen en pocas páginas las reglas de la composicion literaria; libros en que con claridad, concision y sencillez se expusieran las definiciones y ejemplos más necesarios é indispensables.

Á llenar en parte este noble fin, ha acudido el Sr. D. Tirso Rafael Córdoba con su *Manual de Literatura*. Es una obrita que reune todas las cualidades de que hablé ántes; y puede asegurarse que su estudio será utilísimo y de gran provecho para la juventud á quien está dedicada. El autor ha tomado las doctrinas de los más autorizados preceptistas; la enseñanza que sigue es la de los clásicos y la que inspira el buen gusto; las definiciones son breves, claras y exactas, y para mayor luz, están colocados despues de

cada una de ellas ejemplos tomados de distinguidos escritores mexicanos. No he encontrado una regla, un solo precepto, que dejen de comprenderse á su simple enunciacion: con tal cuidado están redactados.

Sin embargo de las cortas dimensiones de este *Manual* (tiene ciento ochenta y dos páginas), nada en él se echa de ménos. Contiene todo lo relativo á composiciones literarias, así en prosa como en verso: se dan las definiciones de *elocucion*, *pensamiento*, *lenguaje*, *cláusulas*, *figuras*, *tropos*, *estilo*, etc.; examinando en breve espacio las diversas cuestiones que á propósito de cada uno de estos asuntos hay que considerar. Se pasa en seguida á tratar de las *composiciones en prosa;* y con este motivo, el autor da preciosas reglas, apoyadas con ejemplos, sobre los *discursos*, las *obras históricas*, las *novelas*, escritos *didácticos y epistolares*, etc. Por último, se habla de las *composiciones en verso;* y aquí el Sr. Córdoba se muestra entendido y hábil conocedor de los secretos del arte poética y métrica. ¡Qué sencillez en las definiciones, qué método y claridad para exponer las dificultades y la manera de vencerlas; qué atinada eleccion de los modelos ofrecidos al estudio de la juventud! Las reglas que dá sobre la *versificacion*, las *sílabas* y el *acento;* el capítulo sobre la *poesía épica*, notable porque en pocas palabras describe las condiciones de una obra de este género; y en fin, otras acertadas explicaciones que sería largo citar, hacen del libro del Sr. Córdoba una obra interesante y útil, digna de ser leída y estudiada por cuantos se dedican á las bellas letras.

El autor merece por ella las más sinceras felicitaciones; y yo tengo gusto en enviárselas muy cordiales y muy cumplidas.

IV

" *Estudio sobre Sahagún*," por D. Alfredo Chavero.

El Sr. Lic. D. Alfredo Chavero es persona que en México goza fama de literato entendido, de conocedor profundo de nuestra historia antigua, y áun en el extranjero se le reputa como á uno de nuestros más sabios y distinguidos arqueólogos.—Sábese, en efecto, que desde hace muchos años vive dedicado á aquel género de estudios, siguiendo así las huellas del malogrado D. José Fernando Ramírez, de D. Joaquin García Icazbalceta y del Lic. D. Manuel Orozco y Berra. Califícanse de muy provechosas algunas de sus investigaciones, pues unas veces ha descubierto y estudiado con afan importantes manuscritos, otras ha ilustrado con el fruto de sus meditaciones algunos puntos oscuros de nuestra historia; y por último, ha descifrado ó interpretado geroglíficos aztecas, escrituras sobre piedras, inscripciones de monumentos, etc., etc.; por lo cual se ha dicho que la literatura y la arqueología mexicanas tienen mucho que agradecer á los afanes y dedicacion del Sr. Chavero. Poseía una rica y copiosa biblioteca, formada en su mayor parte de obras relativas á nuestra historia, antigüedades é idiomas indígenas; de manuscritos curiosos y raros de los antiguos cronistas religiosos, códices valiosos por su mé-

rito indiscutible, ediciones venerables de los primeros libros impresos en México, y de otras páginas, en fin, del grande y maravilloso libro de la historia de nuestro pueblo. [1] Fruto de tan crecidos afanes y de los sacrificios que sin duda hizo para proporcionarse aquellos tesoros bibliográficos, ha sido la reputacion de sábio de que disfruta el Sr. Chavero, no desmentida ciertamente, segun opinion de quienes pueden decirlo, por las obras que ha dado á la estampa, y entre las cuales merece mencionarse *El Calendario Azteca.* Cierto que en este trabajo, y en algunos otros incluidos en la coleccion de *Hombres ilustres mexicanos*, se observan diversos puntos débiles y que no dejan enteramente satisfecho al lector, porque revelan que la fantasía y la lozana imaginacion del Sr. Chavero tomaron parte no pequeña en ciertas interpretaciones. Pero á pesar de eso, traslúcese en los estudios de nuestro autor un caudal no escaso de conocimientos y de crítica acerca de nuestra historia.

La última obra que ha dado á luz [2] intitulada *Estudio sobre Sahagún*, confirma una vez más la exactitud de mis palabras; aunque, á decir verdad, está muy léjos de dejar plenamente contentos á los aficionados á esta clase de estudios, que siempre desean la mayor abundancia de noticias, relatos interesantes y menudos de hechos poco conocidos, y apreciaciones exactas sobre personajes injustamente juzgados por

1 Esa biblioteca la vendió el Sr. Chavero al Sr. D. Manuel Fernandez del Castillo, quien á su vez la realizó en Lóndres hace ya algunos años.
2 Enero de 1878.

el vulgo.—Los que, ignorando la verdad histórica ó inspirándose en añejas preocupaciones contra los conquistadores de Anáhuac, sólo tienen palabras de maldicion para quienes plantaron en él el estandarte de la cruz y sembraron la semilla evangélica, creen que los misioneros que vinieron en pos de los soldados españoles, ningun bien hicieron, que su obra fué de intolerancia y de fanatismo, y que con sus predicaciones y su enseñanza cambiaron únicamente los horrores de una época por los de otra. Olvidan ó fingen ignorar que la verdadera mision de aquellos santos varones fué restañar las heridas de la conquista, consolar al vencido y hacerle más llevadera la vida por medio de la Religion, de la instruccion y del trabajo.

Iluminar la inteligencia de los indios con las verdades eternas, proporcionarles los medios de salir de la negra ignorancia para poder aspirar al noble magisterio en que se distinguían sus maestros, y al mismo tiempo que esto instruirlos en las artes, levantando talleres por todas partes para que en ellos se ejercieran las habilidades de los naturales del país: tal fué la obra de aquella legion de misioneros, de aquellos hombres venerables que, descalzos y hambrientos, recorrían la ciudad y los campos y aldeas vecinas, llevados de su celo de hacer bien á los indígenas.

Entre esos insignes bienhechores, figuró en lugar prominente Fr. Bernardino de Sahagún, el mismo á quien el Sr. Chavero ha dedicado su último libro; y, ya fuese por el asunto que se prestaba á ser tratado extensamente, ya por el personaje, que tanto da que decir á los historia-

dores por sus trabajos y sus libros, era de esperar que la obra del distinguido arqueólogo mexicano abundase en grande y vivísimo interés. Al leer *Estudio sobre Sahagún*, cualquiera creería que el autor iba á señalarnos metódica y minuciosamente los pasos de aquel héroe del cristianismo, sus acciones todas, sus sufrimientos y trabajos, lo mismo que las recompensas que hallaba su abnegacion en las empresas por él acometidas. Era natural esperar que el Sr. Chavero, con hermosa y galana frase, nos describiera los afanes del santo franciscano en su amado Colegio de Santa Cruz, sus expediciones á los volcanes, su estancia en los conventos donde se retiraba á escribir, lo mismo que el acto importantísimo de doctrinar á los niños y sus métodos de enseñanza, cosas ambas en que se señaló de una manera particular, igualando si no superando á los demás misioneros, segun puede comprobarse por los copiosos frutos que recogió. Pero nada de esto hay en el libro del Sr. Chavero. Su obra es sólo para los eruditos, no para los que quieren conocer y recrearse con nuestras cosas antiguas. Para éstos tienen escaso interés las conjeturas que allí se hacen acerca del paradero de las obras, ya impresas, ya manuscritas del P. Bernardino. Tendríanlo grande quizás si el autor nos hubiese dado, aunque en brevísimo extracto, los asuntos en ellas tratados, los trabajos é investigaciones á que dieron lugar, y la influencia que han tenido en el esclarecimiento de los hechos y en el adelanto de los estudios históricos.

Pudo muy bien el Sr. Chavero, porque tiene



dotes para ello, dar interés á su libro; un interés tal y tan grande, que hubiese atraído igualmente á los sabios y á los ignorantes, á los bibliógrafos y á los simples aficionados á este género de estudios; porque tal como quedó, produce cierto desconsuelo el ver que no está á la altura de los méritos, de las virtudes y de la gratitud que debemos á Sahagún.

V

"Código de las Damas," por D. Manuel Pérez Diaz.

En México, donde son tan raros los libros que se publican dedicados á la mujer, tiene que alcanzar buena acogida el precioso librito que acaba de publicar D. Manuel Pérez Díaz, con el título de *Código de las Damas*. Está en verso, y desde que se le comienza á leer, nótanse en él facilidad y soltura, ideas morales muy bellas y galanamente expresadas, sencillez y verdad en la descripcion de algunos cuadros de la vida femenina. Sobre todo, sus páginas están llenas de útiles, sanos y provechosos consejos.

Comienza el autor definiendo á las verdaderas *damas*, sus *obligaciones* y sus *derechos*, y enumera despues las causas que hacen dudosos estos derechos y las que hacen perderlos absolutamente. Dice:

Viuda casada ó doncella
La que cual dama se porte,
En el campo y en la corte
Irá el respeto tras ella:
Podrá brillar sin ser bella,

Seducir sin ser hermosa,
Sin ser rica ser dichosa,
Sin ser ama ser servida,
Y hasta ser obedecida
Sin ser fuerte y poderosa.

Verdad que, no por ser sabida, deja de tener oportunidad en un libro dedicado á la mujer, para que en ella medite y ajuste su conducta á preceptos tan verdaderos, especialmente en estos tiempos en que la frivolidad, las pretensiones de mari-sabidillas y la ligereza insustancial de las jóvenes que se educan á *la moderna*, hacen casi imposibles las virtudes que tanto hermosean á las verdaderas damas.

El Sr. Pérez Díaz, con mucho acierto y breve frase, describe el *poder moral y social que ejercen individualmente las damas*, y *los resortes de ese poder.* Presenta á la mujer inspirando á los hombres ideas delicadas, ya con la mansedumbre de su carácter, ya con su prudencia y discrecion, ya con el amor que en su alma abriga para todos los suyos. Ella reforma y dulcifica el mal carácter, apaga los ímpetus de la ira, introduce en el hogar el órden y la economía, y derrama por todas partes la paz, el contento y la amistad.

Véase un cuadrito doméstico, que agrada y conmueve:

Al bastidor bordando
Sentada Elisa está.
—¡Bordar de contrabando!
—¡Callad!—¿Pues qué te afana?
—¿No sabes que es mañana
El santo de papá?

Habla el autor de la educacion que debe darse á la mujer desde niña: dice cuál es la *perfecta belleza* en unos lindísimos versos; expone los auxiliares que lícitamente puede procurarse para su adorno; y por último, enumera los objetos en que debe inspirarse una jóven, las máximas, reflexiones y motivos que impiden á una mujer ser *dama;* todo expuesto con sencillez, verdad y claridad, sin nada que pueda ser tachado de inconveniente ó inoportuno.

Se comprenderá por todo lo anterior que es útil y digna del mejor éxito la obra del Sr. Pérez Díaz. La moralidad que respiran sus páginas, el delicado sentimiento que á veces tienen sus versos, y su no escaso mérito literario, hacen que se lea con verdadera delicia. Bien se conoce que el autor ha observado ántes de escribir y que ha estudiado á la mujer detenidamente, meditando en todo aquello que puede convenirla para hacerse más y más digna del trono que ocupa en el hogar doméstico. De otro modo no conocería tan á fondo sus inclinaciones, su carácter, y el secreto con que sabe labrar la ventura de su familia.

La gallardía, profundidad y exactitud de algunos pensamientos del autor, así como la belleza de forma que ha sabido darles, son cualidades que realzan y avaloran el mérito del *Código de las Damas.*

Debe el bello sexo mexicano mostrarse agradecido al Sr. Pérez Diaz, y felicitarse de obsequio tan valioso.

VI

"Revista literaria," por D. Juan de Dios Peza.

Ha circulado últimamente en México un libro intitulado "Anuario mexicano," que entre otras cosas contiene una *Revista literaria*, ó sea juicio crítico de los poetas y escritores modernos mexicanos, escrito por D. Juan de Dios Peza.

Por la fama de que goza el autor y el valor que ésta daría tal vez á sus juicios, importa no dejarlos pasar sin un oportuno correctivo, pues es grande el mal que se causa extraviando el criterio del público, ya con elogios desmedidos é injustificados, ya con desdenes injustos á quienes son merecedores de alabanza.

Queda indicado con esto el defecto capital de la obra del Sr. Peza: hay en ella una prodigalidad suma de elogios á muchos que no están en el caso de merecerlos, y una sobriedad que parece estudiada para hacerlos de muchos escritores que de verdad tienen importancia y reputacion en nuestra literatura contemporánea. Junto á esta inexplicable injusticia, obsérvase cierta complacencia en hablar largo y tendido de algunos poetas y escritores que, habiendo producido poco, obligan á su panegirista á detenerse más en las cualidades personales que los adornan, que en sus dotes y talento literario, única cosa á que debería atenderse en una obra del género de la que examino.—En cambio, el Sr. Peza apénas si menciona uno

que otro nombre de los que debería citar de preferencia y en lugar distinguido. Así, por ejemplo, segun el autor de la *Revista*, D. Joaquin García Icazbalceta y D. Alejandro Arango y Escandon, son simplemente *escritores castizos y correctos*, sin que las obras históricas del primero, que le han dado una fama universal y grande autoridad entre los bibliógrafos, sean siquiera mencionadas. Del mismo modo, el Señor Roa Bárcena, nuestro primer cuentista, el Sr. Aguilar y Marocho, escritor satírico de los más agudos que tenemos, el Sr. Córdoba, que con sus *Cartas á Fausto* se conquistó una envidiable reputacion literaria, apénas merecen del Sr. Peza una mencion de cinco líneas en su largo trabajo. Por el contrario, nombres de poetas ignorados, de literatos bautizados con el nombre de tales en el silencio de alguna sociedad de elogios mútuos, de eminencias y celebridades desconocidas en los círculos literarios de importancia, de aquí y del extranjero, ocupan allí los primeros lugares y á ellos se aplican las palabras más laudatorias del Diccionario.

Ya en otra parte he dicho que estos elogios desordenados con que en México se enaltece á todas las medianías y nulidades, constituyen el mayor daño que puede hacerse á nuestra literatura. Cortan de raíz todo progreso, todo adelantamiento, y hacen que en vez de estudiar y progresar los que se dedican á las letras, se crean los más conspícuos escritores y los poetas más inspirados y sublimes. ¿Qué bienes puede hacer así la crítica, si ha de luchar siempre con el incensario?

Es lástima que el Sr. Peza, con el prestigio que le da su nombre, contribuya á desvirtuar más y más todo aquello que debería impulsar con su palabra y su ejemplo, para conseguir el engrandecimiento de las letras mexicanas.

VII

"*¡Los Dioses se van.*" por D. Juan A. Mateos.

Se ha publicado, despues de su representacion en el Teatro Principal, * la comedia de D. Juan A. Mateos intitulada: *¡Los Dioses se van!*

Causó honda impresion en el público; y al ser juzgada la noche de su estreno, al través del prisma de las preocupaciones de cada uno, muy pocos lo hicieron con justicia y sin pasion. Tacháronla unos de sainete inmoral, negáronle otros todo mérito literario, y los más la colocaron entre las comedias más absurdas, por la desmedida exageracion con que están allí dibujados algunos cuadros.

Mi juicio, bastante humilde y desautorizado por cierto, es que la obra, en el fondo, es buena, como lo será siempre toda aquella en que se censuren, se combatan y se ridiculicen los vicios y errores de una sociedad, aunque á ésta le enoje. El Sr. Mateos ha observado bien la nuestra, y en su comedia nos presenta escenas ciertas y verdaderas.

Sin embargo, no creo que la juventud haya descendido hasta ese grado de corrupcion. Llegará, sí, porque la educacion que hoy se le da

(*) Enero de 1878.

y la instruccion que recibe en las escuelas nacionales, la conducirán fatalmente á aquel abismo. Pero hoy todavía hay padres que se desvelan y vigilan á sus hijos, que los corrigen y castigan, que se inquietan por su porvenir y su felicidad. No es cierto que falten ya jóvenes que lloren y se conmuevan ante las lágrimas de una madre, y que, sobre todo, no se avergüencen de hacerlo. Las carcajadas que oye Manuel á sus espaldas, lanzadas por sus compañeros en los momentos de estar arrodillado ante la que le dió el sér, son totalmente inverosímiles. Si hicieran eso los jóvenes de nuestra sociedad, ¿qué esperanzas podríamos abrigar ya? Entónces sí habría razon para exclamar: ¡los dioses se van!

Tampoco es creíble que la depravacion de Gilberto llegue hasta el grado que allí aparece; y si se me dice que puede existir un sér tan ingrato y perverso, contestaré que jamás debe llevarse á la escena. Eso sería prostituir el arte y despertar en el auditorio una indignacion inútil, en vez de las saludables impresiones á que debe recurrir el autor dramático para corregir y enseñar.

Por lo demás, habría sido justo conceder á aquellos estudiantes algun sentimiento noble. No se concibe un hombre, por indigno que se le suponga, que esté desprovisto de una cualidad, de una virtud, de algun sentimiento noble y honrado. Todo allí es repugnante, y ni un rayo de luz atraviesa esas tinieblas del mal.

La escena en que los colegiales se sublevan y redactan su *ultimatum*, es exacta y feliz. Así

son, en efecto, los jóvenes de nuestros días: rebeldes á toda autoridad y á todo órden; quieren saber sin estudiar, y cuando encuentran dificultades, huyen de ellas, en lugar de luchar para vencerlas. Si se les reprende y castiga, alegan la libertad que tienen de ser sabios ó de permanecer ignorantes, mostrando en lo que dicen y en lo que hacen la grande idea que tienen de sí mismos, su vanidad y su orgullo.—¡Qué cierto es, como dice el Sr. Mateos, que la juventud de hoy no quiere ya tener creencias! Ha arrojado léjos de sí los preceptos morales que desde la cuna empezó á aprender de los labios maternales: su amor á la casa y á la vida doméstica, los lazos de familia, las afecciones puras y nobles, van desapareciendo en su corazon poco á poco para ser sustituidas por las ideas de comunidad, de compañerismo y de aficion á la ciencia, única *madre* que quiere reconocer y adorar. La fé desaparece de su alma, precisamente cuando las pasiones se enseñorean de ella, cuando no hay fuerzas ni energía para resistir, cuando los primeros desengaños y los primeros infortunios hacen sufrir más al hombre. Es cierto lo que dice el Sr. Mateos: el suicidio es entónces el único medio que hallan los jóvenes para poner término á sus desventuras.

¿Se propuso el autor combatir la supresion del internado en los colegios? No es posible creerlo, porque debió comprender que de un caso aislado, es absurdo deducir consecuencias generales. Aquellos sucesos, además, eran y son posibles habiendo ó no internado, y áun entre personas que no fuesen estudiantes. ¿Por qué,



pues, escogió á éstos para víctimas de sus terribles ataques?—Vicios muy grandes hay en nuestra sociedad, y repito lo que dije ántes: que el Sr. Mateos los ha estudiado bien. ¿Pero debió por eso presentarlos en el teatro tan descarnadamente? ¿Fué oportuna esa prueba que quiso darnos de su atrevimiento y arrojo? ¿No encontró entre los recursos de que dispone el arte dramático, medios más adecuados y eficaces para combatir aquellos vicios?

Su obra destila hiel, y parece escrita toda entera en un momento de indignacion y de enojo. Hay frases que no parecen del que ha predicado siempre las ideas liberales más avanzadas desde las tribunas del Congreso y del jurado popular. ¿Dirémos por esto que ha abjurado de aquellas, por parecerle ya que son malas? De ninguna manera, y ¡ojalá que así fuese! Lo que sin duda ha querido el Sr. Mateos ha sido atacar el abuso, los excesos, á fin de que se busque el remedio y se eviten en lo que sea posible. Muéstrase en esto liberal despreocupado, y su sátira va dirigida contra todos los que no cumplen con su deber, contra todos los que obran sin meditar.

La crítica que hace del jurado es, á mi juicio, lo mejor de la obra. Sin conceder en lo absoluto que todos los jueces son como los que allí se ven, es justo confesar que está perfecta y felizmente retratada esa institucion que algunos han llamado la tumba de la justicia. Aquel colegial que espera á los jurados para engañarlos y comprometerlos á que absuelvan al reo, aquel defensor que solicita aplausos, aquellos hombres

del pueblo que con disgusto asisten á decidir sobre un asunto que ni conocen ni entienden, son tipos que viven y se encuentran en nuestra sociedad. Gilberto, el criminal seductor de Eloísa, queda absuelto; y en esto se ve palpablemente el peligro de que la justicia quede burlada.

¿Hay verdad en los personajes que nos presenta el Sr. Mateos? Ya he dicho que son raros, pero posibles. El carácter mejor sostenido es el del viejo. D. Anselmo habla con moderacion, emplea la sátira cuando conviene, se exalta cuando le ofenden, y habla casi siempre el lenguaje de la razon y el buen sentido. Una cosa no se explica en él, y es la reconciliacion con su hijo en el segundo acto, despues de haberle abandonado al concluir el primero: sólo un cambio en las ideas de Gilberto puede producir esas paces; pero tal cambio no se verifica.

La obra, considerada literariamente, me parece mala: faltan en ella accion dramática y unidad. Es más bien una coleccion de cuadros sociales, dibujados con gracia, galanura y aticismo. Los chistes abundan con tal profusion á veces, que la obra se convierte en un verdadero sainete; y esa mezcla de drama, de comedia y de sainete es un defecto grave.

Decir que *Los Dioses se van* es una calumnia grosera levantada á nuestra sociedad. Podrá ser. Yo repito que muchos cuadros, muchas escenas, son fiel trasunto de la verdad. Acaso haya exajeracion y estén recargados los colores; tal vez ha sido una imprudencia del autor retratar tan vivamente ciertos tipos. Y quizá debido á esto los fines que se propuso no se consigan.



Nadie gusta de corregirse cuando le muestran sus defectos y le reprenden en público.

Es posible, por último, que el grito de enojo con que fué acogida la obra tenga una explicacion: muchos se sintieron aludidos y se espantaron de verse en ese espejo.

VIII

"*Por el joyel del Sombrero,*" de Peon y Contreras.

El año de 1876 fué próspero y fecundo para la literatura dramática mexicana.—Merced á la proteccion que dispensó el Gobierno á la Compañía del actor español D. Enrique Guasp de Péris, numerosas obras se estrenaron en nuestra escena, y el público sacudió por algun tiempo la apatía y la indiferencia con que ve siempre todo lo nacional.

Nació para el teatro en tan inolvidable época el Sr. D. José Peon y Contreras, que ya ántes se había distinguuido como poeta lírico.—Unía á una inspiracion vigorosa y fecunda la más tierna y delicada sensibilidad; tomaba los asuntos de sus dramas en el rico venero de la historia pátria, y en su versificacion, sonora siempre y llena de imágenes, se hallaba gran encanto y novedad. Sus personajes, si bien eran parecidos casi todos, hablaban el lenguaje de la pasion que representaban.—Por aquel entónces, Peon Contreras fué el autor favorito de nuestro público: á todos encantaba con sus versos, con los argumentos caballerescos de sus dramas, con sus doncellas enamoradas y sus galanes, que

nos trasportaban á otros tiemps: nadie dejaba de aplaudirle. Se le consideraba como el restaurador del teatro entre nosotros, y su maravillosa fecundidad enriqueció con valiosas joyas nuestro pobre repertorio dramático.

La última obra que ha dado á la escena tiene por título *Por el joyel del sombrero*, y se estrenó hace pocas noches en el Teatro Arbeu de esta capital. * Hé aquí su argumento:

Doña Mencía ama á D. Juan de Benavides, y ésta á su vez es amada de Iñigo, hijo de un escudero del padre de aquella, que murió defendiendo la honra de su señor. Iñigo y Benavides van á partir de esta Nueva España para las guerras de Flandes, el primero á buscar gloriosa muerte, ya que no encuentra amor en el corazon de Mencía, y el segundo decidido á no volver, porque hay un impedimento que no le permite unirse á ella. Iñigo descubre que tiene un rival, y sabe quién es, por el joyel de su sombrero: el padre de la jóven sabe tambien que un hombre ha entrado por el balcon en el aposento de su hija. Reprende á ésta con la ira y la indignacion propias de un hidalgo celoso de su honra; y prefiriendo la muerte y la de su propia hija á la vergüenza que le espera, decide en un arranque de furor inmolarla á sus piés y matarse él en seguida. Iñigo sale en aquel momento de un aposento contiguo, y al pedir la muerte para sí, con el fin de salvar á Mencía, el anciano lo cree culpable, lo llena de ultrajes, recordándole el cariño que siempre le ha tenido,

(*) Febrero de 1878.



y decide tambien matarlo. Pero no; es el hijo de su escudero, del que murió defendiendo su honor, y él no ha de pagar con un crímen aquella noble muerte. "Idos—les dice—el altar os espera." Mencía obedece, porque la generosidad de aquel jóven ha salvado su honra, y porque sabe además que Benavides se ha despedido de ella para siempre.—Benavides se presenta al padre de Mencía, en el momento en que ésta se halla aún con el traje de boda, al lado de Iñigo, y la pide á su padre por esposa, anunciándole que el impedimento que ántes había ha desaparecido por una dispensa del Papa. Nadie le contesta, él observa la mayor turbacion en todos los semblantes, ve aquel cuadro, y lo comprende todo. Es inútil esperar, y se retira.

Iñigo va á partir en busca de honor y gloria, y al despedirse de Mencía, no le pide amor: tan sólo le dice que recuerde que es su esposa, y que guarde su honra.—Benavides pide una cita á la jóven, profiriendo algunas amenazas: ella se niega, lucha entre su deber y su amor, y triunfa aquel. Pero entónces Benavides entra por el balcon, y recuerda á Mencía sus juramentos. Al oír pasos, ocúltase Benavides en el aposento inmediato. Es Iñigo, que ha visto entrar á álguien por el balcon; mas no encontrando á nadie con su esposa, entra á buscar al ladron de su honra. Crúzanse los aceros: llega el anciano, que otra vez ha visto la escala en el balcon, y se indigna; entra en el cuarto donde se verifica la lucha, en el momento preciso en que sale Iñigo, y lo hiere mortalmente. El noble jóven muere cuando todos ven su inocen-

cia, cuando el padre de Mencía reconoce que todo lo ha hecho por amor y por salvar la honra de su hija, y cuando ésta le amaba ya, pues su hermosa conducta forma contraste con la de Benavides. Este es arrojado de la casa vergonzosamente.

Tal es el argumento de la nueva produccion dramática del autor de *La Hija del Rey*. Tiene defectos, sin duda. Las primeras escenas son lentas, y tardía la exposicion; hay situaciones que complican la trama, que impiden que el drama tenga un desarrollo natural, sencillo y más verosímil; y por último, el desenlace deja mucho que desear. Sin embargo de esto, el drama del Sr. Peon Contreras abunda en magníficas bellezas. Con excepcion del primer acto, que ya he dicho camina con cierta lentitud, los dos últimos son interesantísimos, y tienen escenas que conmovieron profundamente al auditorio. Hay pasajes que llegan á lo trágico, situaciones felices, y efectos dramáticos de primer órden. El final del segundo acto es magnífico, y en él Peon Contreras se elevó á una altura extraordinaria. ¡Qué bien interpretadas están allí las angustias de aquel hidalgo noble, al sentirse herido en su honra por los dos séres que más amaba en el mundo! ¡Qué acentos tan inspirados pusieron en sus labios la ira y la desesperacion! Y luego, aquella transicion del más acerbo dolor á la más blanda ternura, de la ira al más generoso é increíble perdon!.... El actor interpretó admirablemente este difícil pasaje: supo dar á su voz la entonacion propia del que siente rugir en su pecho la tempestad, y

logra al fin que triunfen los generosos y nobles sentimientos.

Los caractéres de la obra están bien sostenidos. Iñigo, apasionado y tierno, lo sacrifica todo á su amor: su nobleza cautiva y enamora. Mencía interesa tambien por sus desventuras y por la viveza de sus afectos.—En una palabra, *Por el joyel del Sombrero* es, á mi juicio, drama de gran mérito: su argumento es hermoso, su desarrollo, en lo general, bueno; y su versificacion gallarda y magnífica. El Sr. Peon Contreras merece las felicitaciones que por él ha recibido.

IX

"*Lavalle mexicano,*" por D. Tirso R. Córdoba.

A la ya larga série de libros útiles que ha escrito y publicado el autor de las *Cartas á Fausto*, tenemos hoy que agregar el precioso devocionario que con el título arriba indicado, acaba de dar á la luz pública el Sr. Lic. D. Tirso Rafael Córdoba.—Es una obrita de las más completas que pueden encontrarse en su género, muy á propósito para todos los ejercicios de piedad y prácticas religiosas, sobre todo de aquellas que son especiales de los católicos mexicanos. Esta circunstancia, en nuestro concepto, la recomienda más que otra alguna.

No siempre los libros ascéticos que andan en manos de todos reunen las cualidades de acendrada piedad y de culto estilo, digno del elevado objeto á que están dedicados. Por lo ge-

neral, abundan en ellos las incorrecciones é impropiedades de lenguaje, que hacen resaltar más y más el poco tino y hasta la falta de buen gusto con que se escogen ciertas oraciones. Redactadas éstas por autores anónimos, careciendo del verdadero espíritu de piedad que tan necesario es para despertar el fervor, el alma sinceramente cristiana no encuentra en ellas la traduccion fiel de los sentimientos que quiere expresar.

Pues bien: nada de esto se encontrará en el *Lavalle mexicano* del Sr. Córdoba. En él, como dijo el Ilmo. Sr. Labastida, Arzobispo de México, en una carta que se publicó, "*reina el espíritu de una piedad tierna y bien entendida*. Podría llamarse muy bien á este libro la llave de oro con que se penetra al santuario de la devocion más ilustrada, donde únicamente es dado saborear los opimos y deliciosos frutos de la verdadera y sólida piedad. En suma, este libro está destinado á ser el *vade mecum* de todo católico mexicano."

Nada más debemos agregar nosotros á tan explícitas y autorizadas palabras;—y terminamos estas líneas dirigiendo nuestros parabienes á los católicos mexicanos, especialmente á las damas, por tener ya un devocionario digno de su fé, de su piedad y de su cultura.



DECADENCIA LITERARIA.

I

AL observar y estudiar con detenimiento el triste estado en que se encuentra nuestra literatura, la escasez de buenas publicaciones, la falta total de crítica, el alejamiento y silencio de nuestros buenos escritores, la frivolidad é indiferencia del público, que no tiene un solo estímulo para los que se afanan y trabajan; al ver todo esto, y compararlo con lo que sucede en otras partes, razon hay para sentirse desalentado y triste, y para lamentar que la vida intelectual vaya siendo cada día más y más una mentira entre nosotros.—Hay para desesperarse al ver que en México rara vez ó nunca se publican obras de mérito, y que cuando esto sucede, las gentes apénas páran la atencion en ello. Los tesoros bibliográficos con que de cuando en cuando enriquece el Sr. García Icazbalceta nuestra literatura, se apolillan en las librerías, y tan sólo tienen demanda del extranjero, donde se reconoce y se estima su mérito. Igual cosa sucede con las publicaciones de Ipandro

Acaico, de Roa Bárcena, de la Academia Mexicana, de Altamirano, cuyos libros no pudieron seguir saliendo á luz por falta absoluta de suscritores. Las obras de Orozco y Berra son tambien desconocidas y desdeñadas.

Ningun movimiento de trascendencia é importancia se observa en nuestra literatura. No hay círculos ni sociedades literarias donde los hombres estudiosos puedan reunirse para comunicarse el fruto de sus trabajos. No hay quien ejerza el magisterio de la crítica, tan indispensable en toda sociedad culta é ilustrada. No hay tampoco periódicos propiamente literarios, donde se publiquen estudios útiles y composiciones de mérito, que á su novedad uniesen el noble fin de estimular á la juventud, de darle enseñanza provechosa y ejemplos de buen gusto.— En una palabra, nos falta todo lo que en otras partes es señal segura de que la sociedad se ocupa algo en el mundo de la inteligencia.

En España, en Francia y áun en las Américas del Sur, un sinnúmero de obras nuevas se publican incesantemente. Allí un público ávido de leer reclama y acoge con entusiasmo las Revistas, los periódicos ilustrados, los folletos de actualidad, las novelas y los dramas, los libros de poesía y los de crítica. Los escritores, que se ven así estimulados, y que además alcanzan no escasa retribucion por sus desvelos, se afanan en alimentar y satisfacer aquellas aficiones del público: estudian y describen en excelentes monografías algun asunto interesante; presentan las vidas de los personajes célebres, examinan un período de la historia; y la literatura y

las artes son estudiadas por ellos con cuidado, sin que la atencion y el aplauso de los lectores les falte nunca. Publícanse los retratos y las biografías de los que se distinguen en la política, en la poesía, en las armas, en los descubrimientos, dejando así satisfecha la curiosidad de quienes viven atentos á la marcha de los sucesos y de los adelantos de las ciencias; todo lo cual revela que allí se estudia, se tiene interés por los trabajos intelectuales, y existe un deseo general de que se realice el progreso de todos los ramos del saber humano.

Pero en México.... nada de esto se ve, y es bien triste que por la apatía de nuestra sociedad, por una parte, y por otra, las tendencias de nuestros escritores á no producir nada original ni de trascendencia en las letras, se detenga por un período indefinido todo adelantamiento, cosa que está engendrando ya una verdadera y lamentable decadencia.

II

Debido á la frialdad y desden con que aquí se ven generalmente ciertos estudios y publicaciones, fruto de estudios detenidos, de diligencia y de meditacion, los de algunos de nuestros escritores más beneméritos no han podido ejercer en nuestros progresos literarios la influencia que en el caso contrario habrían ejercido sin duda. Por eso vemos que un crecido número de nulidades, aprovechándose del silencio y apartamiento de los verdaderos maestros, se erigen audazmente en mentores de la juventud,

y difunden con profusion lamentable sus insanas y corruptoras enseñanzas. De aquí que abunden composiciones sin mérito, escasas de sustancia y de inspiracion, pobres de inventiva, desprovistas de las galanuras del lenguaje, que alguna vez pueden hacer disimulable la carencia de ideas. Revélase en ellas, más que todo, una alma contagiada de los vicios y doctrinas del siglo, de ese escepticismo feroz que marchita las inteligencias y seca los corazones.

Hay tambien una general tendencia á imitar esa literatura pesimista que nos viene de allende los mares; literatura que halaga las inclinaciones y gustos reinantes, tal vez porque va de acuerdo con las pasiones, y porque en ella no hay ideas, pensamientos verdaderos ni originalidad; nada que hable al corazon y eleve el alma.

Y si de los trabajos de pura imaginacion pasamos á considerar lo que pasa respecto de asuntos sérios, de aquellos que desean y suelen consultar los sabios cuando estudian la historia de un pueblo, el mal que aquí señalo toma proporciones más considerables y graves. Se han visto siempre aquellos en México con tal descuido y abandono, que hoy el que quiere dedicarse á cierto género de investigaciones, en vano busca un guía, un libro á propósito que le ilustre y auxilie en ellas. Cuando más, sólo acierta á encontrar apuntes sueltos, inconexos y sin órden ni importancia alguna; debido á lo cual se ignora completamente nuestra historia literaria en el extranjero y áun en nuestro propio país; y las obras de los mejores poetas y escritores mexicanos, que deberían ser populares y estimadas



como lo merecen, permanecen olvidadas, ocultas, sin que nadie las lea ni las aproveche. Hé ahí, pues, una labor que podría acometerse por nuestra juventud. Reuniendo y estudiando los preciosos materiales que existen en archivos y bibliotecas, podría escribirse un día con bastante fruto la historia completa de la literatura mexicana.

Pero si esto no se quiere, porque el trabajo parezca ingrato y de tardíos resultados, hay otros muchos asuntos en que podrían ejercitarse el talento y las dotes de nuestros escritores. "¿No se presenta aquí—dice el Sr. D. José María Vigil—un campo sobremanera vasto y fecundo á la observacion de nuestros poetas y de nuestros literatos? ¿No se percibe con toda claridad que sobran medios para dar á la literatura un carácter original, en cuanto es lícito aspirar á esta circunstancia? ¿Qué es, pues, lo que falta? Tal vez parezca una paradoja lo que vamos á decir, no obstante que contenga, en nuestro concepto, la llave del problema. Lo que perjudica á nuestros hombres de letras es el estudio excesivo de las literaturas extranjeras; es cierto sentimiento de inferioridad que hemos heredado de la Colonia, y el cual engendra una timidez que no se atreve á traspasar los límites de una servil imitacion. El poeta que ha logrado reproducir la frase rebuscada de Herrera y Fr. Luis de Leon, ó las ampulosas antítesis de Víctor Hugo; el dramaturgo que viste á la mexicana á una griseta de Paris ó á un galan espadachin de los tiempos de Calderon de la Barca, creen haber pronunciado la última palabra del arte, y no

reflexionan que olvidando lo que tienen cerca, nuestro suelo con sus espléndidas bellezas, nuestra sociedad con sus caractéres propios, con sus condiciones especiales, podrían crear cuadros y situaciones de indisputable mérito que abrirían un ancho camino á la literatura verdaderamente nacional."

III

En efecto, nadie podrá desconocer que para evitar que el atraso, la decadencia y la esterilidad más absoluta invadan nuestra literatura, los escritores mexicanos deberían explotar los ricos y preciosos veneros de nuestra historia nacional: en ellos encontrarían raudales de frescas y variadas inspiraciones. La poesía épica y la dramática, la tragedia y el idilio, la novela y el cuento, hallarían sobradamente de qué nutrirse en sus múltiples acontecimientos. La vida del rey de Texcoco Netzahualcoyotl convida para un bellísimo é interesante poema; [1] la heróica resistencia que la ciudad de México opuso á los conquistadores que la sitiaron, espera aún y reclama con justicia, cual una nueva Troya, un nuevo Homero; el valiente é indomable Cuauhtemoc, cuyo heroísmo sublime admiró á sus mismos enemigos, pide tambien un cantor, digno de sus hazañas y de su nombre. [2] ¿Y de qué no son dignos tambien aquellos humildes y santos

1 D. Nicanor Contreras Elizalde comenzó á escribirlo. Ignoro si lo concluyó.
2 D. Eduardo del Valle publicó hará unos cuatro años un poema dedicado al último emperador azteca, con prólogo del Sr. Altamirano.

franciscanos que, venidos en pos de los conquistadores, consumaron la obra de éstos por medio de la persuacion, de la caridad y del amor? ¿Qué no merecen aquellos beneméritos sacerdotes, que, sacrificando su reposo, su salud y hasta su vida, se dedicaron con abnegacion á procurar el bien de los hijos de esta tierra? ¡Con cuánto enternecimiento veríamos figurar en las páginas de un poema al venerable Toribio de Benavente (Motolinia), fundando la primera escuela para niños indios, y enseñándoles á recitar en extraño idioma las oraciones cristianas, con una paciencia y un anhelo dignos de las recompensas del cielo! ¡Cuánto nos enternecería tambien el ver á Fr. Pedro de Gante y al P. Bernardino de Sahagun, consagrados al consuelo de los indios, á su enseñanza llena de mansedumbre, en la cual daban á aquellos paz y bienestar! Y nos interesarían tambien los que, como Boturini, vivieron por muchos años entre los hijos de la tierra, conformándose á sus gustos y á sus costumbres, con objeto de recoger las tradiciones y las antigüedades del país.—Y si desde aquellos tiempos primitivos, digamos así, de nuestra historia, nos trasladamos á los recientes de la Independencia, hallaremos tambien hombres y sucesos dignos de la epopeya, dignos de los ardientes y entusiastas cantos de los poetas: allí está el gran Morelos, defendiendo con un puñado de héroes la plaza de Cuautla; allí está el magnánimo Bravo, respondiendo con un acto de generosidad sublime á la muerte de su padre, sacrificado por los españoles; allí están, finalmente, el fin trágico de D. Agus-

tin de Iturbide, y otros mil y mil episodios, interesantes y grandiosos, que llenan nuestra historia. ¿Por qué, pues, nuestros escritores no tratan estos asuntos en leyendas, en romances, en novelas? * ¿por qué no abandonan el trillado sendero de cantar amores, desdenes y desengaños? ¿á qué ese empeño de querer imitar las literaturas extranjeras? ¿acaso no tenemos objetos nobles y fecundos, dignos de la poesía y de la novela? El estudio cuidadoso de los tres siglos coloniales ofrece ancho campo á los literatos, para que describan las costumbres de entónces, el estado de la sociedad y los personajes notables de la época. Muy poco, casi nada se ha escrito sobre tan largo período; y el que con espíritu sereno é imparcial lo estudiase y presentase á nuestros ojos, haría un gran servicio á la historia y á la literatura nacionales.

Ricos son, pues, los elementos que tienen á su disposicion los literatos y los novelistas, los poetas y los dramaturgos que en México quisieran señalarse, explotando nuestra rica historia nacional. Y haré observar, en confirmacion de estas palabras, que cuando algunos escritores, nacionales y extranjeros, han acudido á ella en solicitud de asuntos para sus obras, han podido satisfacer de lleno sus deseos. Citaré entre los primeros á la insigne poetisa cubana Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda y á Don Patricio de la Escosura, que escribieron, la prime-

(*) En 1871 comenzaron á publicarse en algunos periódicos de la capital, con el título de *Romancero de la Independencia*, varias composiciones patrióticas dedicadas á celebrar diversos episodios de aquella guerra.

ra su novela *Guatimotzin* y el segundo la suya de *La Conjuracion de México*. Entre los segundos, merecen recordarse: D. José María Roa Bárcena, cuyas *Leyendas Mexicanas* trasportan al lector á los tiempos antiguos y presentan á su vista héroes, proezas y costumbres aztecas, al mismo tiempo que varios lugares pintorescos de nuestro territorio; D. José Peon y Contreras, autor de unos bellísimos *Romances históricos mexicanos*, que tienen todo el sabor, tinte y sonoridad de las composiciones de su clase; D. Juan Luis Tercero, que publicó su poema en prosa *Nezahualpilli*, el cual, á pesar de recordar en muchos pasajes *Los Mártires* de Chateaubriand, contiene páginas llenas de originalidad, galanura y sentimiento; D. Nicanor Contreras Elizalde, de quien conozco, inédito, un largo poema descriptivo acerca de Netzahualcoyotl y de Texcoco;—y otros muchos que sería largo citar.

En tiempos anteriores á los actuales, encuéntranse tambien algunos ejemplos de lo fructuosas que han sido para la literatura nacional las inspiraciones buscadas en nuestra historia. Rodriguez Galvan escribió y dió á la escena sus dramas *El visitador Muñoz*, *El Privado del Virrey*, y otro cuyo argumento era la memorable conjuracion del Marqués del Valle. Pesado puso en metro castellano los cantares del rey de Texcoco; y por último, otros muchos poetas y escritores no se han desdeñado de tratar en sus obras asuntos exclusivamente nacionales.

Por otra parte, nuestra espléndida y rica naturaleza convida á retratarla y describirla.

Nuestro pasado, envuelto aún entre las brumas del misterio, excita la curiosidad y el interés de los hombres estudiosos. Nuestras costumbres, muchas de ellas pintorescas y significativas, y que hasta hoy no han tenido un pintor feliz, esperan al que con segura mano ha de describirlas, aprovechando la poesía popular que contienen. En una palabra, sobran elementos para dar á la literatura de México un impulso vigoroso y eficaz que la haga salir del estado de postracion y de decadencia en que hoy se encuentra. Tan sólo falta verdadero amor al estudio en sus cultivadores, y acaso algun estímulo de parte del público.





NOVELAS.

I

EL progreso material de nuestro siglo ha hecho revoluciones realmente extraordinarias en las letras, las ciencias, y en general en todos los ramos del saber humano; ha producido tambien cambios trascendentales en las costumbres, en las inclinaciones de los individuos, en las tendencias de las sociedades, en la manera de dirigir y desarrollar los sentimientos. Pero por desgracia, en medio de este movimiento universal, obsérvase una tendencia bien marcada y un propósito decidido de desterrar de la tierra los sanos principios que siempre la han regido, para establecer en su lugar el reinado de una falsa moral. Los partidarios de la filosofía incrédula, propagando sus doctrinas, sembrando la duda, atacando la fé de los pueblos y burlándose de su piedad, han redoblado sus esfuerzos para desviar los corazones de la senda religiosa, y pervertirlos y perderlos. "Prostituyamos las letras—han dicho:—envenenemos esas aguas donde tantos beben con delicia;"—

y mil teorías absurdas, aborto de imaginaciones desordenadas, han invadido las serenas y apacibles regiones de la poesía y del arte. Por eso la literatura contemporánea yace en una postracion que presagia la muerte; por eso no se oyen ya aquellos angélicos acentos que los poetas españoles del siglo XVI arrancaban á sus arpas de oro; por eso, finalmente, los escritores no derraman sobre la ansiosa muchedumbre aquellos tesoros de amor y de fé que tanto la consolaban en otro tiempo. ¿Qué es, en efecto, la literatura de nuestros días, si no el reflejo de las depravadas costumbres y de las agitaciones y pasiones en que viven las sociedades modernas? ¿Qué nobleza hay en el fondo de esta literatura enfermiza, lánguida y frívola, que lucha con la esterilidad y la impotencia?

II

La novela, que por su índole y ventajas sólo debería emplearse en moralizar al pueblo, es por desgracia un instrumento de corrupcion en manos de los que la cultivan. Ella es acaso el género literario más á propósito para educar el corazon y formar los buenos sentimientos, y llevando el espíritu á habitar mundos bellos y pintorescos, dulcifica en cierto modo las amarguras de la vida. Tal vez por esto la novela ha sido siempre la forma de enseñanza más conforme y apropiada á las naturales inclinaciones de los individuos, y de aquí que muchos de los que han querido inculcar en los demás determinadas ideas, las han revestido del hermoso

ropaje de la fábula. Por otra parte, esta clase de producciones, cuando el arte las ha modelado y el autor ha seguido en ellas las inspiraciones de la verdad, de la belleza y del bien, conmueven provechosamente el corazon, á tal grado, que despues el entretenimiento que proporcionan sus páginas se desea y se busca como una necesidad de nuestra alma, como un alimento de nuestra vida interior. ¿Quién, por ejemplo, no se siente consolado de sus sufrimientos, al ver pintadas en una novela las delicias de la verdadera resignacion? ¿Quién no procurará calmar las tempestades de sus pasiones, ante los sosegados y tranquilos cuadros que la virtud inspire al novelista? ¿Quién, al contemplar los horrores del vicio, no ahogará avergonzado los que se alimenten en su pecho? ¿Y quién, en fin, que haya recibido las profundas impresiones de una buena novela, no ajustará despues los actos de su existencia á las prescripciones de una moral severa?—Es innegable, pues, la grande utilidad de este género literario. ¿Pero se encuentran en todas las novelas aquellas favorables condiciones? Unas hay que hacen saludable bien al lector, y otras que sólo prostituyen los corazones; unas que presentan ejemplos de virtud, y otras que sólo engendran y fomentan criminales deseos.

Debido á la perniciosa influencia de las novelas francesas, casi todas las que en nuestros días se publican adolecen de los defectos que hacen ineficaz su fin importante y noble. En ellas se describen escenas y cuadros que revelan á la juventud los misterios de las pasiones;

se habla de las tentaciones del vicio, sin hacer notar sus peligros, y áun se enseña la manera de abusar de la sencillez y de seducir á la virtud. Todas esas novelas no son otra cosa que venenosas fuentes á las que muchos se lanzan impacientes para saciar su sed; libros que hablan muy alto en contra de la cultura y moralidad de las sociedades; y más aún cuando la experiencia nos enseña que, debido al fácil acceso que se les da, y al afan con que son buscados y leídos por todo género de personas, su número crece cada día de una manera prodigiosa. Hé aquí tambien por qué esta clase de escritos va consiguiendo ya sobreponerse á los verdaderamente útiles y bellos. Para triunfar de éstos, ha encontrado un auxiliar poderoso en la natural inclinacion que tiene el vulgo á recrearse con ficciones; y por eso los que hacen la propaganda del mal han extraviado por este medio las inteligencias, apartándolas del buen gusto literario.

¿Se necesitará ahora enumerar los estragos que tales lecturas causan en la sociedad, y muy especialmente en la juventud? ¿No bastará, para medirlos, contemplar el estado actual de las costumbres? ¡Cuántos corazones han perdido su inocencia, cuántas almas su nobleza, leyendo esas inmorales producciones! Tiéndase la vista hácia nuestros jóvenes de hoy, y se les verá entregados á las delicias impuras que los novelistas les ofrecen: en las bibliotecas, en el hogar doméstico, en las escuelas, pasan su vida sobre esas páginas de corrupcion.

Hablando de esto mismo, un distinguido escritor sud-americano se expresaba así:

"Cansada está la juventud de beber en esas aguas cenagosas de la escuela literaria francesa, aguas de donde salen vapores que trastornan los cerebros mejor organizados y que corrompen la sangre de los corazones más puros. Todas esas obras malditas que la prensa difunde y la crítica servil aplaude, producciones calenturientas que han extraviado á tantos hombres, deberían ser quemadas, como ántes se hacía con otras producciones filosóficas, por la mano maldita del verdugo. ¿Qué valen el encanto del estilo, el fuego de la imaginacion corriendo como lava ardiente por páginas seductoras; las imágenes, los pensamientos envueltos en sofismas, si tras de ello hay sólo asquerosa corrupcion? ¿Qué aprecio se debe á un talento corruptor? ¿Qué anatema no merecen todos los que por especulacion difunden la inmoralidad y son productores del crímen? ¿Por qué hemos de venerar á esos que ensalzan el materialismo, revisten de flores el esqueleto de la duda y divinizan las más innobles pasiones? Génios mortíferos, matan las almas....—Y esa literatura materialista y falaz es la que busca la juventud sedienta de emociones. Y en esas aguas de limpia superficie y seno asqueroso hemos bebido todos con delicia! Y con delicia tragamos el veneno, y éste va infiltrándose en el alma, causando una desorganizacion moral prematura: porque el materialismo sólo puede dar frutos de asquerosa corrupcion. Excepciones tiene esa literatura, pero ya no muchas. La generalidad de esos escritos, producto de cierta escuela, es abominable, porque fomenta los instintos salva-

jes de la materia y esteriliza á un tiempo el espíritu y el corazon." *

Otro escritor notable, el elegante y malogrado académico D. Severo Catalina, se expresa tambien con elocuencia al hablar de la novela en su obra *La Verdad del Progreso.* "El secreto de la humanidad—dice—no puede encontrarse en sueños inverosímiles, en maravillas falsificadas, en lecciones de utilitarismo, en ardorosas hipótesis del vicio, en apologías del libertinaje, no: lo que la humanidad ha menester hoy, no son escuelas donde se enseñe á vacilar, á dudar y á negar; no son ejemplos de crímenes enaltecidos y de virtudes menospreciadas por oscuras y modestas; no son escenas en que aparezcan los lazos de familia relajados, el matrimonio descrito como tiranía insoportable, la autoridad paterna menospreciada, justificadas las aberraciones más tristes, y convertido el amor impuro, el amor-sensacion, el amor nervioso, en una especie de Jordan que lava todas las faltas, en un Dios que redime de todas las culpas. Las escuelas enemigas de la autoridad, el filosofismo destructor y el escepticismo audaz, se han apoderado de la novela francesa, é inoculan en Europa, por este medio al parecer inocente, el veneno más activo, el veneno que entra en las casas bajo el amparo de los hijos inexpertos, de las hijas cándidas y de las esposas desprevenidas; veneno dulce porque viene envuelto con una historia interesante escrita con seductor colorido; pero veneno terrible cuyos estragos for-

(*) Adriano Paez, escritor colombiano, en su *Carta á Jorge Isaacs*, sobre su novela *María*

man gran parte de una estadística espantosa: la estadística de los divorcios, de los suicidios y de la prostitucion. ¡Triste destino el de los génios que se emplean en este servicio de Satanás! Un puñado de oro, un aplauso que se pierde prontamente en la gritería de los dolores humanos: hé aquí el precio que reciben ciertos novelistas de este siglo á cambio de tantas lágrimas en las familias, de tanta afliccion en los individuos, de tanto pudor ajado, de tanta inocencia corrompida. La malevolencia ha hecho que las corrientes del buen gusto alteren su direccion: ya no recrean á los espíritus aquellas narraciones sencillas de casos verosímiles en que, hermanándose lo útil con lo agradable, la enseñanza con el deleite, se cumplían los más altos y provechosos fines del arte: ya no satisfacen á la sencilla muchedumbre las descripciones tranquilas, los episodios honestos, las inocentes ficciones en que ora el autor pide á la vida del campo sus más interesantes escenas; ora busca en las costumbres de la presente ó de pasadas épocas, tipos de virtud y de honradez para ensalzarlos, tipos del vicio ó del extravío para enseñar á que no se les imite. Los amores castos que no producen tempestad en el alma, los amores que no pasan por el corazon como una lengua de fuego, no son amores á la moda, no son elementos á propósito para novela, de *palpitante* interés y de éxito seguro."

III

¿Se creerá, por lo dicho y copiado hasta aquí, que debe proscribirse la lectura de novelas? En manera alguna: léjos de eso, útil y saludable sería que fuesen leídos ciertos libros que, bajo la forma encantadora de poéticas ficciones, contienen preceptos de moralidad y cuadros edificantes dignos de imitarse. Más aún: en nuestros días hay casi necesidad de adoptar aquella forma literaria para que las buenas ideas se propaguen, se difundan y contribuyan al mejoramiento de los individuos; pues como dice el mismo Sr. Catalina: "en épocas de frivolidad como la presente, las obras de entretenimiento alcanzan inmensa boga y ejercen grande influencia. Si, pues, esas obras de entretenimiento, vaciadas en molde católico, van llenas de ideas sanas y nobles, de máximas generosas y consoladoras, de enseñanzas útiles y de trascendencia en la vida y en la sociedad; y si á todo esto se añaden los atractivos que presta una imaginacion rica y lozana, atractivos que igualen ó superen en el encanto de la forma á las satánicas inspiraciones de los novelistas ateos, la humanidad será deudora á los novelistas creyentes de un beneficio inmenso; los considerará como ilustres mensajeros del bien y los coronará con corona inmortal de bendiciones y de amor."

Por fortuna, no han faltado ni faltan novelistas de la índole señalada por el Sr. Catalina: aunque pocos y raros, hay escritores distinguidos que emplean su pluma en hacer el bien, ya

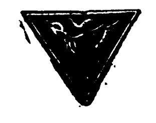
oponiendo á la corriente de perniciosas novelas libros llenos de piedad, de uncion y de amor honesto, ya ensalzando la virtud, las sanas costumbres del pueblo, y ya, en fin, infundiendo en los corazones esperanzas y consuelos. Interesan y conmueven con sus relatos, obligan á meditar, y de este modo la semilla que siembran da más tarde excelentes frutos.

Las obras de Cárlos Dickens, en Inglaterra; las de Fernan Caballero y de Trueba, en España, * y las de otros escritores de Alemania, Francia é Italia que podría citar, son una prueba de la verdad de estas palabras. En esos libros, el pueblo se deleita con páginas que le conmueven y le instruyen; hablan los nobles sentimientos del alma en un lenguaje que todos comprenden; y el amor casto, el amor puro, el amor de la familia y de la patria, presentan hermosos ejemplos que imitar. La inocencia, revestida de esplendorosas galas, circundada de una luz que parece bajar del cielo, cautiva y enternece los corazones más duros. En una palabra, en esos libros, la esposa, la madre, el huérfano, el pobre, el niño; la religion y las delicias del hogar; las satisfacciones del bien y las dulzuras de la virtud, aparecen sencillamente expuestas á los ojos del lector para enamorarle, instruirle y conmoverle. Pero por una inconcebible desgracia, estas bellas producciones no siempre son estimadas por el público, que raras veces las

(*) Las obras del P. Luis Coloma, de la misma índole que las de Fernan Caballero, pero de más honda trascencencia y de mayor mérito literario, están destinadas á ser en lo futuro la lectura favorita de las familias cristianas

busca y las lee: otros libros tienen su preferencia. Novelas hay que encantan la imaginacion, que halagan nuestras inclinaciones y deseos, presentando á la vista, ora fenómenos misteriosos del alma y ardientes luchas de los afectos, ora entretenidos acontecimientos que tienen cierta analogía con los recuerdos que guardamos en nuestro corazon; pero si en todo esto, si bajo el ropaje seductor de las bellezas literarias encontramos sólo inmoralidad y escándalo, ¿no debe rechazarse lectura tan insana? ¿no debe huirse de literatura tan perniciosa?.... Leyendo esas páginas, el frío de la duda penetra en el alma y una corrupcion mortal é irresistible es el único fruto que de ellas se recoge.

De desearse es, pues, que los buenos escritores de la época; los que se interesen por el bienestar de la familia, la integridad del hogar y la paz social, emprendan una vigorosa y enérgica lucha para rehabilitar y mejorar esta rama de la literatura.





EL DÍA DE LA PURÍSIMA.

I

PLUMA de oro ha menester quien quiera dedicar en este día algunas palabras de alabanza y de júbilo á la inmaculada María, á la vírgen más pura entre todas las vírgenes, á la mansa paloma del empíreo, á la que es luz, aroma y ornamento de los espacios del cielo.

¡María, la criatura sin mancilla en quien el Eterno obró sus mayores prodigios; María, la destinada en la mente de Dios desde el principio de los tiempos para ser la predilecta de su amor; la doncella castísima, junto á cuya pureza la limpia nieve de los montes es sombra y mancha oscura; flor delicada del huerto del Señor; criatura admirable en quien la humanidad que la adora puede ver la triple aureola de la vírgen, de la madre y de la mártir; María, María, la que nos quitó las ligaduras del pecado, y nos sostiene y fortifica en las luchas diarias de esta vida triste; ¿quién podrá cantar tus glorias con acento digno de tí? ¿Dónde encontrar la palabra fácil, ardorosa y ferviente que tra-

duzca los sentimientos de los corazones que te aman? ¿Qué laúd contendrá en sus escondidos secretos la suave y angélica armonía con que debe ensalzarse á la bienaventurada Madre de Dios?....

II

La hermosura de la vírgen de Judea no puede compararse con la de la más fresca rosa, ni con la apacible gallardía del suave y modesto lirio de los valles. Las azucenas son ásperos abrojos para su planta. La naciente y risueña aurora no es digno trono de esta criatura bellísima y celestial. De los más sencillos episodios de su vida se desprende un aroma rico y embriagador, al cual quisieran semejarse los perfumes más exquisitos de la tierra....

María, la más bella y la de mayores encantos sobre todas las mujeres, ¿quién podrá describirte? ¿Dónde está el pintor que sepa trasladar al lienzo la gentil y acabada esbeltez de tu castísimo cuerpo? ¿Quién podrá expresar con inspirado pincel el rubor de tu manso rostro, la humildad de tu honesta y dulce mirada, la expresion, en fin, de bienaventuranza, que por designio de Dios te hacía adorable y adorada?....

Los artistas más famosos apénas pudieron pisar los umbrales de la verdad. Rafael y Murillo y Fra Angélico, con haber legado al mundo obras admirables, inspiradas en el recuerdo y en la meditacion de la hermosura de María, no alcanzaron el triunfo de darnos á conocer un trasunto fiel de aquella criatura sin igual,

gala del orbe, estrella del cielo, y motivo de regocijo para todos los corazones.

¿Qué podrán decir de ella entónces estos pobres y pálidos conceptos?

III

La humanidad pecadora no pudo ni debió luchar nunca con la desesperacion. Desde el primer instante del delito tuvo un alivio y un consuelo; y el anuncio de una ventura plena reanimó sus abatidas fuerzas, haciéndole concebir dulcísimas esperanzas: fué la promesa de un Redentor Divino, que había de nacer del seno de una azucena celeste, llamada María.

Esta escogida criatura saldría á su vez del gran árbol del género humano y sería como un tierno y delicado renuevo, henchido de sávia salvadora y de perenne gracia.

Pero el hombre estaba manchado: sobre su frente llevaba el sello de la falta que lo había arrojado de la mansion de delicias del paraíso; y esta triste herencia, que se trasmitiría de generacion en generacion hasta que se agotaran todas las fuentes de la vida, sería una perpétua señal de impureza para los hijos de Adan.

¿Y podría servir de tabernáculo al Hijo de Dios una mujer en quien se viera aquella fatal y triste señal? ¿Podría permitir el Criador de todas las cosas, que el que se había de sentar con Él en el trono de los cielos, no estuviera libre de aquella ley terrible que pesaría eternamente sobre todas las criaturas?.... La razon se resiste á creerlo, y la obra de la Redencion

habría tenido entónces un principio imperfecto. No; era preciso que la vírgen purísima de cuyo seno había de salir el Hijo de Dios, el Redentor del mundo y el Salvador de los hombres estuviese limpia y alejada de todo pecado, tal como la mente de Dios la había concebido....

¡Misterio dulce y consolador, garantía cierta de que la humanidad encontraría remedio á sus males, triunfaría de la muerte y vería abiertas para siempre las puertas del cielo!....

IV

Los corazones creyentes y las almas de fé se recreaban en considerar la concepcion inmaculada de María: todos hallaban regalado deleite en esa idea dulcísima, don que sólo á ella le fué dado alcanzar del Criador, y que supo conservar intacto toda su vida, con su humildad, su abnegacion, su pobreza y el crecido martirio de que fué mansa víctima. Pero ya á mediados del presente siglo dejó de ser una idea piadosa, para ocupar un rango más elevado y digno. El Santo Pontífice Pío IX, varon en quien el mundo católico reconoció una mision sagrada, declaró el admirable Dogma de la Inmaculada Concepcion de María, que las gentes todas recibieron con alborozo y uncion.

Sí; porque él venía á llenar un vacío que existía mucho tiempo há en todos los corazones; él iba á alegrar á los cielos, á satisfacer justas impaciencias, á traer hácia el mundo las bendiciones de Dios y de la excelsa Señora, á quien las almas todas adoran sin cesar.

Y un prodigio se ha cumplido despues de aquella definicion solemnísima: * el amor y la devocion á María han crecido en todo el orbe católico, como si nuevo fuego hubiese encendido las almas; se han levantado suntuosos y magníficos templos para honrarla y tributarle todo género de homenajes; las familias viven felices bajo su amparo, y por doquiera se proclaman, se ensalzan y se bendicen las glorias de la Inmaculada.

Este Dogma es desde entónces, y lo será siempre, rico y preciado floron de la Religion de Cristo, y manantial fecundo de gracias y de venturas perennes para toda la cristiandad.

(*) En presencia de 50 Cardenales, 42 Arzobispos y 92 Obispos, fué definido el Dogma el 8 de Diciembre de 1854, en la inmensa Basílica Vaticana.





ALGUNOS MESES

I

EL mes de Agosto! mes de tempestades y de calores, en que los árboles se desgajan en la montaña, las florecillas se marchitan y secan en los jardines, los campos del labrador maduran, y en que todo parece entrar en un período de tristeza, esa tristeza que trae consigo el Otoño que se acerca; mes en que terminan los esplendores del verano, y en que la naturaleza comienza á cubrirse de una melancolía apacible y poética. Porque todo lo que tienen los meses anteriores de alegres y de pródigos en placeres para el hombre, tiene Agosto de tranquilo, de silencioso, de triste.

Es la época en que la naturaleza sufre trasformaciones, y se preparan acontecimientos fecundos. Ya no brotan hierbas en los campos; ya no hay crías en los nidos de las enramadas. Los frutos de las sementeras siguen sazonando con los ardores de la Canícula; y las aves vuelan por el espacio, vestidas de resistentes y variadas plumas. La uva comienza á cuajarse en

los pámpanos; el sustancioso trigo ostenta ufano sus espigas de oro; y la fresa, el naranjo, el limonero brindan al hombre con sus regalados frutos. El labrador descansa, aprestándose á las cosechas del Otoño: tiene un respiro entre las fatigas de la siembra y las faenas próximas de la siega. Y en ese período de reposo ¡á cuántas alegrías se entrega! ¡cómo goza con los sencillos placeres y las tradicionales fiestas de su pueblo! El repique de las campanas le llama á algunas ceremonias religiosas, y él acude gozoso, con la tranquilidad en el corazon y el júbilo en el alma. ¡Todo le divierte y cautiva, porque su ánimo está dispuesto á recibir complacido esas gratas impresiones!

En Agosto caen sobre la tierra las lluvias torrenciales, que son el espanto y la amenaza constante de los pobres campesinos; en Agosto se desatan sobre las cumbres de los montes las tempestades terribles que parecen venir á destruir toda la naturaleza. Los rayos, los truenos, el relámpago con su amarillenta luz, las rocas que ruedan á los abismos, los árboles que se incendian y despedazan, dan á estos cuadros y á estas escenas un aspecto grandioso, que al mismo tiempo que causan admiracion y miedo, dejan una impresion profunda y duradera en el alma....

En la ciudad, donde todo pasa de otra manera, las tempestades y las lluvias no ofrecen el mismo espectáculo que en el campo. Allá todo es solemne, todo gigantesco, todo grandioso; aquí todo prosáico, desagradable y molesto. Allá las lluvias caen sobre las copas de los árboles, sobre

las inmensas sementeras, sobre los risueños prados y las embalsamadas florestas, y producen un rumor, una armonía y un ruido lejano, que para el que se ha criado en el seno de la naturaleza tiene un encanto indefinible que hace palpitar su corazon. Hasta el olor de la tierra mojada se aspira allí con delicia.

En las ciudades, esta época de lluvias convida al retiro, al trabajo, á la meditacion silenciosa, á las intimidades dulcísimas del hogar. La lectura de un buen libro se saborea mejor, oyendo el agua y el granizo que azotan los cristales. El alma parece dispuesta más que nunca á las cariñosas expansiones de la familia, y á cada momento acude á asomarse para contemplar llena de complacencia á la esposa querida que tiene en sus manos una labor de costura, á unos niños rubios y sonrosados que juegan cerca del balcon, á la pacífica y amorosa abuela que reza en silencio, ó levanta los ojos al cielo para interrogarlo....

Agosto es tambien el mes en que el ruiseñor enmudece, en que la mariposa no vaga ya por las praderas, en que las aves se aperciben á las emigraciones, y las golondrinas preparan sus maletas de viaje. ¡Qué triste verlas cómo se despiden de sus nidos, y cómo cantan y juguetean al rededor de ellos! ¡Qué entonacion tan suave y melancólica dan á sus tímidas y dulces vocecillas!

Cuando se acerca el Otoño, esa época del año que ven con predileccion las almas tristes y los corazones melancólicos, sin duda porque hay cierta analogía entre las tristezas del ánimo

y las tristezas de la naturaleza, ésta sigue sufriendo trasformaciones y cambios que siempre agrada contemplar.

Pronto las lluvias dejan de caer; las pompas de los jardines comienzan á marchitarse, y las hojas secas cubren el suelo....

Los campos se ponen mústios, amarillentos, descarnados; las aves callan, y las golondrinas se preparan á sus emigracioues, abandonando con dolor sus amados nidos, ocultos en los aleros de las torres. La naturaleza, en fin, entra en un nuevo período de vida, vida triste y recogida, tranquila y silenciosa.

El campesino se apresta á la cosecha, con el alma llena de esperanzas y el corazon henchido de ilusiones: va á recoger el fruto de sus fatigas y trabajos, para entregarse despues al descanso, en el seno de la paz doméstica y del amor de la familia.

Las tardes de la nueva estacion tienen un encanto particular, una poesía dulce y suave que conmueve el alma apaciblemente. No son ya las horas ardientes y calurosas de Julio, que convidaban á la siesta: son tardes tibias, perfumadas, rumorosas, que inspiran amor á la soledad y al silencio. Saliendo al campo, pueden pasarse largas horas en muda contemplacion: el cielo no está ya cargado de nubes y tempestades como en Agosto, y los cantos de las aves son tristes como una despedida. Las hojas, amarillentas y secas, caen de los árboles, ruedan por el suelo, y son llevadas en alas de los vientos hasta perderse en las alturas. Los rumores de los bosques son lentos y monótonos; y todo, en

suma, habla al alma, inundándola de grata melancolía.

¿Quién no gusta, en esta época del año, salir algunos dias de la ciudad, dejar su bullicio y sus halagos, para disfrutar algunas horas de tranquila contemplacion en la soledad de los campos?....

II

La naturaleza presenta en el mes de Octubre un aspecto melancólico y tranquilo: los campos y los jardines se ven desiertos; sin verde y espeso follaje los árboles; sin nidos las enramadas, y no se escuchan ya en los bosques aquellos conciertos animadísimos de los pájaros cantores, que eran ántes la alegría del Universo.

Mes de las almas tristes ha llamado algun poeta español á este mes de Octubre, sin duda porque en él se siente, realmente, una irresistible propension á la melancolía, á la meditacion, al recogimiento del espíritu y á la sosegada contemplacion de la naturaleza. Cierto es que en Octubre los hogares se animan, porque es la época de la abundancia y de las veladas de familia: la cosecha se ha recogido ya, ó comienza á recogerse, y el labrador contempla, gozoso, el fruto de su trabajo: las noches comienzan á ser frías, largas, y al parecer, más oscuras; y todos gustan de congregarse al rededor de una madre querida ó de una esposa amada, en lugar de ir á buscar aventuras y pasatiempos, en las calles ó en las casas extrañas; pero tambien es cierto que las singulares armonías que se observan en-

tre la naturaleza y el estado de nuestro ánimo, llevan al corazon un gérmen de dulce tristeza y de invencible abatimiento. Un ilustre poeta ha descrito en breve pero bellísimas frases esa singular semejanza, diciendo que esta época del año parece como que es la verdadera representacion, el símbolo genuino, la imágen alegórica de ese punto intermedio que podríamos llamar cumbre de la vida, desde el cual se divisan, por un lado, los postreros vislumbres de la juventud perdiéndose en las nieblas de lo pasado, y por otro, las secas realidades de la vejez que avanzan con aire sombrío. Todavía no se ha extinguido el calor de nuestros corazones como no se ha apagado en Setiembre por completo el calor del Verano, y sin embargo, síntomas fatales anuncian el fin próximo de nuestras ilusiones marchitas. Las primeras nieves del invierno, es decir, las canas, empiezan á blanquear en nuestras cabezas, si es que el tiempo no nos ha arrancado prematuramente las esperanzas y los cabellos, como arrebata el viento del Otoño la hojarasca de los árboles.

La contemplacion, pues, de la naturaleza, la vista de la vegetacion que comienza á morir, esas hojas amarillentas y secas que quedan en los árboles como últimos restos de un ramaje espléndido, todo inspira á las almas reflexivas, melancólicas y profundas consideraciones.

El mes de Octubre es el mes terrible para los estudiantes de México: lo ven llegar con el mismo terror con que un reo al juez que deberá condenarlo. Es el mes de los exámenes, de la rendicion de cuentas, de los arrepentimientos

y de los buenos propósitos. ¡Acabaron ya los días en que casi era lícito pasear y perder el tiempo, y ahora han llegado las noches en que la necesidad obliga á velar y á estudiar con doble afan, para adquirir en brevísimas horas los conocimientos que debieran ser objeto de la atencion de todo el año!

¡Qué días de inquietud y de zozobra! ¡Qué agitacion! ¡Qué temores! Se pierde el apetito, se pierde el sueño, se pierden toda alegría y todo gusto, para sólo pensar en el éxito del exámen. Es la época, en fin, en que el estudiante lamenta el tiempo perdido, redobla sus esfuerzos para recobrarlo, y reconoce que ha hecho mal en haber visto con indiferencia y descuido sus quehaceres del Colegio.—¡Cuántos arrepentimientos tardíos, qué vivos deseos de trabajar, qué propósitos de enmienda! Los compañeros que han llenado descansadamente su deber, están traquilos, y esperan en este mes, hasta con impaciencia, la hora de la prueba, el momento en que deben recibir el premio de su aplicacion, de sus vigilias y de sus privaciones. Satisfechos de cuanto han hecho en el año, ufanos de los nuevos conocimientos que han adquirido, nada les inquieta, ningun remordimiento les arrebata su alegría y su entusiasmo. Si dejaron alguna vez de ir al teatro, leyeron en cambio un buen libro de historia; si se privaron de un paseo, asistieron á un gabinete donde las maravillas de la ciencia los recrearon y admiraron; y por último, si en vez de gozos y placeres han tenido únicamente molestias, trabajos y vigilias, luego verán llegar la deliciosa época de las vacaciones, con

su hermosa libertad y sus días de descanso y de diversion no interrumpida.

En este mes, todos los estudiantes velan inclinados sobre sus libros, y durante el día buscan el silencio y el apartamiento para estudiar cómodamente. Aterrados ante las probabilidades de *perder el año*, todo lo sacrifican en aras del buen éxito que desean alcanzar en sus exámenes; duermen poco, prescinden de diversiones y su sueño es *pasar*, obteniendo buenas calificaciones. Las figuras de los profesores y sinodales son objeto de constantes pesadillas. Y no son menores las angustias de la familia: el estudiante que va á examinarse, es agasajado y atendido con un esmero cariñoso por sus padres, sus parientes y sus amigos: para él son todas las comodidades, todas las contemplaciones, todos los regalos y mimos de la vida doméstica; en él están puestas altísimas esperanzas, y de su carrera dependen el bienestar y la felicidad futuros de todos los suyos. Todo lo cual pone en mayor conflicto al estudiante decoroso y aplicado. ¿Qué sería de él, si despues de todo esto alcanzaba un resultado fatal en su exámen?

III

El mes de Noviembre comienza en nuestra capital con el movimiento y animacion tradicionales de los días de Todos Santos y de Difuntos.

Las calles, los teatros, el Salon y el jardin del Zócalo, se ven invadidos por una concurrencia escogida y numerosa; y en los panteones, el día

de finados reina un bullicio que sólo cada año se ve en esos lugares del silencio y de la muerte.

¡Mes de tristes recuerdos es este mes de Noviembre! Las nieblas del Otoño, junto con las heladas brisas del Invierno que ya se acerca, le comunican cierta melancolía que fácilmente se comunica á las almas. Es el mes en que deben visitarse las sepulturas, en que la tristeza baja á los hogares, en que deben hacerse públicos los sentimientos que brotan en el alma, con la memoria de los que ya no existen....

Dando tregua por algunas horas á los prosáicos negocios de la vida y á las alegrías mundanas, es preciso recoger el espíritu para recordar, para pensar, y para rendir cariñoso culto en nuestro corazon á los queridos séres que se alejaron de nuestro lado para siempre. La idea de la muerte se presenta en nuestra imaginacion, y nos hace meditar en los misterios del sepulcro.

¿Quién no tiene una tumba querida que visitar en el día de finados? ¿Quién no siente en el corazon el vivo anhelo de llevar á ella flores y lágrimas, último tributo que nos inspiran el amor, el cariño y la gratitud?

En las ciudades, mézclase mucho de vanidad y de ostentacion á los recuerdos que se dedican á los muertos. La visita á los panteones se convierte en un verdadero paseo, para el cual se necesitan elegantísimos trajes y grandes comodidades que eviten toda molestia en esa peregrinacion fúnebre. Los sepulcros están recargados de flores, de coronas, de paños finísimos bordados de oro, y otros adornos que no están bien en el lugar donde mejor se conoce que *todo es vanidad*.

¡Cuánto más hablan al alma las sencillas sepulturas de un humilde cementerio de aldea!

En este mes, el invierno se anuncia crudo, penoso y cruel. Comienzan los días nublados y fríos, en que los ánimos se sienten llenos de profundo decaimiento, las almas se entristecen, y los corazones quieren mejor la tibia intimidad del hogar, que el vertiginoso movimiento del mundo y la agitada labor á que conducen los negocios. Una brisa helada y penetrante corre desde las primeras horas de la manaña; el cielo se oculta tras de una capa espesa de nubes grises y pesadas, que ni corren por el firmamento, ni se disipan; las brumas cubren el horizonte, opacan la plateada claridad de la luna, y toda la naturaleza, en fin, parece dominada por una silenciosa y tenaz melancolía. ¡El sol, la luz! ¡Cuán necesarios son para la alegría del mundo! ¡Cuánto resplandecen las bellezas del universo y las espléndidas galas de la creacion, cuando aquel astro derrama sobre la tierra el calor y la vida! ¡Y qué tristeza, qué languidez, qué quietud tan monótona y desesperante produce su ausencia! Sobre todo, en México, donde estamos acostumbrados ya á la diafanidad del horizonte, al azul purísimo de un cielo despejado, á la atmósfera limpia y serena que es el recreo de nuestros ojos, estos días nublados traen un trastorno general en nuestra vida física y en nuestra vida moral. Las enfermedades vienen fácilmente con estos cambios bruscos de temperatura, y hasta parece que se entorpecen las facultades del alma; párase la actividad del pensamiento, y una invencible pereza nos inclina á buscar el

reposo, el retiro y las comodidades de todo género. ¡Qué singulares y extraños efectos trae, pues, la falta de sol y de luz en nuestra capital! No: no son para nosotros estos días nublados y tristes, que los sibaritas del Norte de Europa ven llegar con entusiasmo, porque ellos les anuncian un período de nuevas delicias. No gustamos de la vida de gabinete, donde el fuego de la chimenea ó el calor humano encerrado en él, neutraliza ó destruye los efectos de una ráfaga de viento helado que se introduce por las rendijas. Por el contrario: amamos la vida de expansion y de libertad; buscamos el sol, el calor, los azotes del viento, la luz y todo aquello que pueda dejar ver claramente los espacios infinitos que descubren nuestros ojos. La niebla y el frío del invierno nos entristecen, y nos producen invencible abatimiento. ¡Con razon entre los ingleses el *spleen* es una enfermedad tan comun! ¡Con razon los nobles lores y los banqueros huyen de aquella atmósfera cenicienta de Lóndres, para ir á buscar la luz esplendorosa del mediodía, los azules horizontes del Mediterráneo, las mágicas perspectivas de Andalucía, doradas por un sol espléndido!

En el invierno, como las noches son largas, es preciso buscar un sitio cómodo, tibio, delicioso, desde el cual podamos ver cómo trascurren las horas, y se pierden en la inmensidad del tiempo. El ánimo, dominado en esta estacion por un amor irresistible á la quietud, como si una idea triste le dominase y le hiciera meditar continuamente, quiere el silencioso y dulce regalo de la familia, la quieta paz del hogar, las veladas

íntimas donde sólo tomen parte la confianza y la amistad de personas queridas. Miéntras afuera se oyen las ráfagas del viento, sutiles y mortales como una hoja de acero, grato es entregarse á la sabrosa lectura de uno de esos libros que nos apartan de las asperezas del mundo, para llevarnos á una region toda de luz y de esperanza.

Y cuando otros buscan pasatiempo y entretenimiento en los casinos, en los teatros ó en los cafés, ¡qué consolador y saludable es encontrar en la intimidad de la familia, cuadros como el siguiente que describe un poeta español contemporáneo:

"Sentado en torno á la sencilla mesa
De la lámpara humilde á los fulgores,
La familia en domésticas labores
La vista me embelesa
Reflejando mis íntimos amores.
Borda en silencio la modesta esposa
Al bastidor los claros ojos fijos,
Y mi madre amorosa
Trasmite cariñosa
Santas leyendas á mis tiernos hijos.
....
Y en plática seguida,
Cada cual va animando el cariñoso
Diálogo afable, al corazon sabroso.
Ora en las dichas del amigo ausente
Se envidia la salud más que la gloria,
O al recordar la muerte de un pariente
Se consagra un recuerdo á su memoria.
Ya la abuela con pena
Censura rota union á quien condena

El mundo airado, y con placer compara
La amante esposa, de su bien avara.
Su dulce paz con la desdicha ajena.

....

¡Oh dicha inestimable y silenciosa!

IV

Diciembre es el mes de las alegres fiestas cristianas, el mes de la Purísima, de la Guadalupana, de las Posadas, de la Noche Buena, de los regocijos de los niños; mes en que todos se agrupan al rededor de una hoguera en el campo, para conversar y referirse graciosos cuentos, haciendo al mismo tiempo recuerdos de épocas pasadas. La gente se alegra, se deleita y se anima con el grato calor de la lumbre; la plática se hace general, jocosa y de una intimidad y confianza encantadoras; y hasta los manjares del tiempo, tradicionales en estas noches de invierno, provocando el apetito, aumentan los placeres y las alegrías de los hogares.

En este mes tambien se cierran las velaciones, y muchos que han acariciado ensueños y esperanzas todo el año, quieren poner fin á sus ánsias amorosas, estableciéndose definitivamente en el nido que ha de darles abrigo y calor, durante su peregrinacion por esta vida de lágrimas.

Diciembre tiene sus días nublados y tristes, sus noches frías, sus brisas heladas que entumecen los miembros, y quitan toda alegría y serenidad al ánimo.

Decíamos ántes que éste es el mes en que

más abundan las fiestas religiosas y profanas; fiestas para todas las clases sociales, para todas las edades y para todos los gustos. El estudiante deja las tareas árduas y monótonas del Colegio, para disfrutar durante algunas semanas de la dulce y regalada ociosidad de las vacaciones. En el seno de las familias se celebran los aniversarios de las Concepciones y de las Guadalupes; muchos niños y niñas hacen en esos dos días su primera comunion, y con tal motivo se ven cuadros tiernísimos de piedad y de amor filial, que forman época y dejan una huella profunda en el alma de quienes representan en ellos el principal papel. Luego viene la Noche Buena, con sus recuerdos clásicos, con sus tradicionales alegrías, con sus emociones hondas y deliciosas, dignas de ser cantadas por la lira melancólica y dulce del poeta español Ruiz de Aguilera. No parece sino que en este mes Dios quiere recompensar al hombre de sus fatigas, de sus labores, de sus luchas de todo el año, haciéndole olvidar las amarguras que lo han aquejado, y acercándolo á esos veneros de alegrías inocentes y de expansiones cariñosas, que para quien sabe comprenderlas y amarlas, tienen un rico sabor de miel silvestre.

La fiesta de la Inmaculada Concepcion de María debe ser, y es en realidad, la fiesta por excelencia de la Vírgen; la que lleva la animacion y el fervor á todos los corazones, una alegría placentera á todas las almas, y una esperanza consoladora á todas las conciencias. En ella tan sólo deben oírse acentos de regocijo y de alabanza; los espíritus deben buscar las abun-

dosas fuentes de la gracia, para henchirse de aspiraciones celestes; y las inteligencias, las facultades todas deben emplearse en ensalzar y bendecir á esa Madre bienaventurada, que llena con su amor los cielos y la tierra.

Los niños y las doncellas se visten de blanco y azul, los dos colores que indican pureza, gracia y castidad. En los altares de las iglesias se ven innumerables luces. El aromoso incienso sube en espesas nubes hasta las bóvedas del templo; y la alegre música, las voces del órgano y el repique incesante de las campanas, forman un concierto tal de animacion y de júbilo, que naturalmente se ensancha el corazon de gozo y se llenan de lágrimas los ojos. ¡Fiestas y ceremonias augustas del Catolicismo, en que abundan la poesía, la ternura y el sentimiento! ¡Fiestas de la Vírgen María, que tienen el privilegio, como ninguna otra, de conmover dulcemente, y de despertar las emociones más delicadas del alma!

En este día, cuando algun niño se acerca por primera vez á la mesa de la Eucaristía, hay verdadera fiesta en el hogar de sus venturosos padres. Todos le regalan y le miman; todos le contemplan con gozo, y envidian su inocencia y su candor. A las niñas se las viste de blanco: colócase en sus sienes una corona que realza la de su virginal pureza, y un velo ténue y finísimo medio esconde sus hechiceros semblantes. ¿Qué sentirá el corazon de los padres, al contemplar aquel sér amado, ángel en esos momentos por la gracia de que está revestido?

La fiesta de Noche Buena es una de las más

risueñas, más hermosas y más poéticas de la Religion Cristiana; y entre nosotros se celebra con la alegría y la animacion que son ya tradicionales en todos los pueblos que profesan unas mismas creencias. ¡Y con razon! La Navidad es motivo de júbilo para todos los corazones y para todas las almas; conmueve delicadamente las fibras más secretas del sentimiento, y provoca las tiernas y expansivas alegrías de los niños y de las madres, de los pobres y de los humildes, de cuantos tienen, en suma, un espíritu sensible á los recuerdos. ¿Quién, al llegar la Noche Buena, no se trasporta con la imaginacian á los primeros años de la vida, á aquella época serena y dichosa en que el cristal de la inocencia copiaba gozos y venturas celestiales? ¿Quién no quisiera volver á aquellos días de fervorosa piedad, de suave y consoladora uncion, de infantil y candoroso entusiasmo, para aspirar, con la regalada delicia de entónces, el perfume de que está llena la exquisita poesía de Navidad? ¿Y en qué corazon no hallarán eco los cantos con que se saluda en ese día bendito la venida del Salvador del Mundo? ¿A quién no conmoverán las tiernas escenas de familia que, en una fiesta como la del 24 de Diciembre, se verifican en la intimidad de los hogares piadosos y felices?

Volvemos á decirlo: las fiestas de Noche Buena tienen entre nosotros una importancia que es ya tradicional; y hé aquí por qué en los días que preceden al gran aniversario del nacimiento de Nuestro Señor, la ciudad toda se anima; las familias dan señales de regocijo, y salen de

su habitual retraimiento; los niños preparan su altar á los Preregrinos, arreglan sus poéticos y sencillos *nacimientos*, adornándolos de heno, de hilos de plata, de figuras de barro de todos tamaños y colores; y por donde quiera se oyen cantos, cohetes, francas y expresivas risas de gozo y alegría; todo lo que constituye, en fin, el carácter dis intivo de esta gran fiesta cristiana y universal.

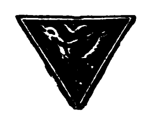
En nuestra Plaza de Armas se levantan numerosas barracas y *puestos* donde se venden las golosinas y juguetes de la temporada: las frescas ramas de pino, el heno, la escarcha, la lama se ven allí al lado de las vistosas é improvisadas dulcerías, que de noche están resplandecientes de luz. Penden del techo de éstas las *piñatas*, ó sean figuras que representan tipos sociales ridículos, adornadas de papel de chillantes colores. Y por todas partes los vendedores de confituras, de frutas de la estacion, de *peregrinos*, y de cuanto se ha menester para las Posadas, forman un bullicio ensordecedor: todos gritan, todos ofrecen, todos proclaman su mercancía como la mejor, atropellándose unos á otros para ganarse á los compradores. Entre tanto, la muchedumbre hormiguea por aquellos sitios: ya es la madre de familia que se provee de dulces y juguetes para la posada de aquella noche; ya son enjambres de bulliciosos niños, que buscan *portalitos de Belen;* ya, en fin, simples paseantes y observadores, que gustan de aquellos cuadros de costumbres populares. En todos los semblantes se ven el gozo y el entusiasmo retratados, como si un solo sentimiento llenase los corazo-

nes: son horas de tregua á las faenas y sinsabores de la vida.

Durante las ocho noches que preceden á la de Navidad, en todos los hogares se celebran las tradicionales *Posadas*, mezcla de devocion y de diversion mundana, en que se reza un poco, se instala en improvisado altar á los peregrinos, y se baila y se canta, despues de obsequiar á los concurrentes con juguetes llenos de dulces.

Por donde quiera se oyen cohetes atronando los aires; las casas están iluminadas, y á través de los balcones óyense los acentos de alegre música, y se ven pasar, vertiginosamente, las sombras de las parejas que bailan regocijadas... ¡Cuánto goza la juventud en esas fiestas, y qué indelebles recuerdos dejan éstas en muchos corazones!....

Son ya las últimas del año; la noche de San Silvestre se acerca, y pasadas sus tristes horas, volverá á comenzar la batalla de la vida, á la cual no bastan á dulcificar esos fugitivos instantes de esparcimiento y de placer.





TEATROS.

I

¡EL teatro! espectáculo risueño y moralizador cuando está bien encaminado; escuela de costumbres, que lo mismo sirve ó puede servir para reprobar y corregir las malas, que para formar las buenas; palenque difícil en que luchan todos los sentimientos y todas las pasiones, y en que el triunfo corresponde á quien mejor sabe mover los secretos resortes del corazon humano; piedra de toque, por último, que sirve para enternecer el alma, fortalecer la voluntad, encender nobles propósitos, é infundir elevadas y generosas aspiraciones.

Ante ciertas escenas trágicas y ante algunos cuadros dramáticos, dibujados por un talento vigoroso, brota en el corazon del espectador la maravillosa fuente del sentimiento, rica, limpia y fecunda como el claro manantial que sale del seno de una montaña despues del sacudimiento de un terremoto.

No todos los espectáculos teatrales causan en quienes los contemplan una misma impre-

sion, ni despiertan idénticos pensamientos. Diversas son las emociones que embargan los ánimos, cuando se ven en la escena episodios y circunstancias de la vida humana. Mas no por eso debe desconocerse que aquellos son casi siempre saludables á la manera de ser moral de cada uno. Raras veces se obtiene como fruto de un espectáculo teatral un pensamiento impuro, una idea perversa, ó un propósito de faltar y envilecer el corazon.

Adviértase, sin embargo, que al expresarnos así, nos referimos á aquellas personas que buscan en la escena algo más que un frívolo pasatiempo; no á las que asisten á los coliseos llevadas de una vanidad pueril; ni ménos á las que buscan en los espectáculos un incentivo á sus pasiones. El hombre sensato, observador y estudioso acude á esos centros de reunion, para recoger un dato que le sirva de base á sus reflexíones y estudios: va allí para conocer las tendencias del arte dramático contemporáneo, los progresos que en él se alcanzan, y tambien la manera con que son recibidas por el público ciertas alusiones picantes, ciertos rasgos de ingénio y de carácter con que los autores suelen adornar sus producciones. Todo esto forma un conjunto de accidentes especiales que son de inestimable precio para quien sigue atentamente la marcha de una sociedad.

II

En México, por desgracia, tiempo há que los espectáculos teatrales que se ofrecen á nuestro público, se hallan en una triste decadencia. Y de aquí que la representacion de obras dramáticas no tenga ya para la generalidad el interés que debería tener; un interés filosófico, literario y social.

Opera bufa y zarzuela, dramas y comedias que no logran conmover el corazon de una manera profunda y saludable; circos donde se ven prodigios de habilidad y destreza, que sólo sirven para ejercitar eficazmente los nervios: hé aquí lo único que nos ofrecen los teatros, desde hace algun tiempo.

La buena comedia, la comedia que hace sentir y meditar; los cuadros de costumbres que corrigen divirtiendo: el sainete lleno de donaire y de gracia, salpicado de sátiras y de ironías de buena ley, de chistes oportunos y decorosos, todo esto parece que ha quedado proscrito para siempre de la escena de nuestros teatros.

Hubo un tiempo, todavía no muy lejano, en que el movimiento dramático fué notable y fecundo entre nosotros. La literatura nacional recogió verdaderas joyas, que hoy guarda y conserva con prediieccion. El Sr. Peon y Contreras, poeta lírico de gran aliento, con sus dramas caballerescos é interesantes, con sus hermosos cuadros, sus gallardas figuras,—engalanado y realzado todo con una versificacion espléndida—restauró en momento feliz la escena mexicana,

recordando los tiempos en que Rodriguez Galvan y Fernando Calderon ensayaban la formacion de un teatro esencialmente nacional.

Entónces, no sólo los literatos y los poetas se sintieron estimulados para escribir, sino que el público, dando una prueba elocuente de buen gusto y hasta de patriotismo, acudía con entusiasmo á aplaudir las producciones del ingénio mexicano, prefiriéndolas á veces á las de autores extranjeros.

Hoy, nada de esto sucede: en vano se esfuerzan las empresas; en vano se ponen en escena las obras que más deberían interesar á nuestro público. Una indiferencia glacial cae sobre el entusiasmo que muestran los actores y algunos amigos del arte. No hay crítica dramática, y esta falta constituye tambien otra de las causas de decadencia de los espectáculos teatrales.

Y es lástima, porque éstos no deben faltar en una sociedad culta y de buen gusto, pues el teatro es hoy uno de los medios más usados, y no sabemos si más necesarios y eficaces, para infundir en los individuos generosos sentimientos y nobles aspiraciones. Representándose en las tablas escenas de estricta moralidad y de justicia, en las cuales quede enaltecida la virtud y humillado el vicio; poniendo á la vista del espectador cuadros en que haya luchas de innegable trascendencia moral, y una pintura exacta de lo ridículo y censurable que se nota en las costumbres: encaminando, finalmente, todos los atractivos de una representacion dramática al mejoramiento de la sociedad y del individuo: tal es la manera de que el teatro llene satisfac-

toriamente su objeto en nuestros días, como lo llenó en la época ya lejana de Calderon y de Lope, de Tirso de Molina y de nuestro insigne Alarcon.

Y con las representaciones teatrales, no sólo se conseguiría este gran bien, cosa ya bastante importante para ser tomada en cuenta, sino que habría tambien motivo para que la literatura dramática progresase entre nosotros, ó por lo ménos, diera algunas señales de vida. Porque es triste y palpable el decaimiento literario á que hemos llegado.

Ningun libro nuevo, ningunos estudios de crítica ó de historia, ningun drama ni comedia, que comunique animacion y vida á nuestro teatro; nada, en fin, que dé indicios de que aquí se trabaja intelectualmente, y se procura ir adelante en el sendero de la instruccion y del buen gusto. La rutina, la imitacion, el falseamiento de todo lo bello y de todo lo bueno: hé aquí lo único que tenemos. Tiempo hace que nos hemos conformado con cuanto nos viene de allende los mares: leemos libros, novelas y versos de autores extranjeros: en nuestros teatros se representan obras de autores españoles, ó traducidas del francés; los establecimientos tipográficos reproducen obras de otros países, y así todo lo demás: nada nacional, nada nuevo, nada que tenga el sello de nuestras costumbres y de nuestro modo de ser.

Proviene esto en gran parte de la apatía y pereza de nuestro carácter, no ménos que de la inconstancia y mal gusto del público; y sobre todo, de la facilidad que se encuentra en satis-

facer las necesidades literarias, echando mano de lo que ofrecen literaturas extrañas. Una compañía dramática, por ejemplo, ¿para qué ha de representar una obra nueva de autor mexicano, de éxito dudoso, si tiene á su alcance todas las de Echegaray, de Blasco y de otros autores reputados, que sabe han de ser aplaudidas? Y á su vez, un escritor nacional, ¿para qué se ha de afanar en producir un drama ó una comedia, si tiene la seguridad de que jamás la verá representada en las tablas?....

III

Y no se diga que el público mexicano ha carecido de buena escuela para formar su gusto. En distintas épocas han visitado nuestra escena excelentes compañías dramáticas, y desde la que dirigía la eminente artista Adelaida Ristori, hasta las que últimanente han trabajado en nuestro Teatro Nacional, y de las cuales formaban parte Sarah Bernhardt, Coquelin, Emanuel y Virginia Reiter, todas ellas nos han dado á conocer las obras más selectas del repertorio contemporáneo. Años atrás, vinieron tambien el actor español D. José Valero, la Sra. Tessero, y Doña María Rodriguez, sin contar otras muchas compañías de segundo órden, pero no escasas de mérito, que obsequiaron á nuestro público con representaciones dignas de su cultura.

Pues bien: la influencia que esos bien ordenados espectáculos han ejercido en nuestro público para formar su buen gusto, no ha sido tan eficaz ni tan extensa como á primera vista pu-

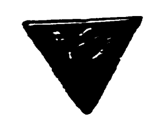


diera creerse, lo cual se confirma con observar que en muchos casos no era el amor al arte, sino la moda y la vanidad, las que obligaban á muchos á asistir á nuestro Coliseo.

Las representaciones de dramas y comedias pertenecientes á los buenos tiempos del teatro español, parecen haber pasado ya para siempre entre nosotros, pues ni el público asiste á ellas con gusto y con entusiasmo, ni las empresas se atreven ya á anunciarlas en sus carteles, temerosas de un triste fracaso.

¡Qué lamentable y rápida decadencia la del arte dramático! ¡Cómo se desconsuela el ánimo al ver desiertos nuestros coliseos cuando en ellos trabaja una Compañía de verso, y henchidos de compacta concurrencia cuando se representan zarzuelas! Porque en estas aficiones del público está el secreto de lo que nos sucede. Murieron en México, al parecer, el buen drama y la buena comedia. Acabaron aquellas reuniones animadas en que la sociedad mexicana aplaudía con estrépito la obra de algun poeta español ó nacional, porque aprobaba la idea encerrada en él, comprendía la combinacion y trama de las escenas, el buen órden seguido en el desarrollo de la accion, y sabía estimar las dificultades vencidas.

Terrible y decisiva es la prueba por que está pasando en estos momentos nuestra literatura dramática. Y lo peor es, que en medio de esta desventura no queda siquiera el consuelo de que una cosa mejor venga á sustituir la honesta diversion que ántes se buscaba en el teatro; no. Lo que aquí triunfa ahora es lo frívolo, lo lige-







ESPAÑA EN MÉXICO.

VAMOS á dejar consignado en este artículo un hecho que honra al pueblo mexicano, porque revela que al fin se ha operado en él un cambio de sentimientos respecto de España, como lo exigieron por mucho tiempo la verdad y la historia.

Fresco está aún en la memoria de muchos el recuerdo de las hostiles manifestaciones, de los amargos reproches, de las tremendas é injustas apreciaciones de que se hacía víctima á la metrópoli española, no sólo por el pueblo ignorante y preocupado, sino tambien por los mismos que con sus luces y sus estudios debían ilustrar su criterio.

En efecto: se decía en todos los tonos que España, despues de conquistar la América á sangre y fuego, destruyendo así razas, civilizaciones, pueblos, etc., la había mantenido en la más profunda abyeccion y en la más torpe y criminal ignorancia; y que léjos de hacerla partícipe de los beneficios de la cultura cristiana,

se aprovechó durante tres siglos de cuantos elementos de riqueza ha derramado Dios sobre este suelo.

Se agregaba que España sólo se había ocupado en buscar con solícito esmero los medios más seguros de mantener en la opresion á los pueblos vencidos; de lo cual resultaba que éstos permanecían siempre en un lamentable estado de atraso, de humillacion, de triste envilecimiento, en lugar de levantarse á la altura á que por sus condiciones favorables estaban llamados.

¡Ah! los que esto decían, ignoraban la historia, desconocían los hechos mejor dilucidados, y cerraban sus ojos á la luz con una obstinacion sin ejemplo.

Todas las épocas de conquista han tenido sus horrores; y no es extraño que en la de México los hubiese habido tambien, y más cuando se considera que tan sólo un puñado de hombres valerosos luchó con pueblos enteros y conquistó dilatadísimos imperios. Justo es conceder que quien de esa manera se arrojó á una empresa sin igual en la historia, debió emplear todos los medios adecuados al logro de ella, siquiera fuesen sangrientos y terribles.

Pasada aquella era de catástrofes y de sangre, vinieron otros conquistadores, los conquistadores de almas; y éstos, con su dulce y persuasiva palabra, restañaron las heridas del pueblo vencido y derramaron sobre ellas el consolador bálsamo del cristianismo. Ya desde entónces, España sólo pensó en llenar de beneficios á estos pueblos, que habían agregado á su corona un nuevo floron, una nueva joya de que debería enorgullecerse.

Y vinieron á América gobernantes prudentes y justicieros, magistrados íntegros, prelados y sacerdotes llenos de sabiduría y de virtud.

La ignorancia y la mala fé de algunos decían ántes sin cesar, que el gobierno colonial había puesto diligente cuidado en mantener á la raza indígena de América en una perpétua abyeccion, sin educarla, sin ilustrarla, sin hacerla conocer las delicias inefables del trabajo intelectual; pues que de ese modo aseguraba la metrópoli su poderío en estos vastos territorios. Agregábase que aquí los pobres indígenas no sirvieron nunca para otra cosa, sino para trabajar en crudas y pesadas tareas, cultivando en medio de molestias infinitas los campos, y sacando ricos metales de las minas; todo lo cual redundaba sólo en beneficio de la clase privilegiada de la colonia. Cierto es, sí, que la raza indígena sufrió en México grandes vejaciones y dolores, y que más de una vez fué víctima de la codicia de los conquistadores; pero tambien lo es que, en primer lugar, semejantes acontecimientos eran cosa natural en una época como aquella, en que el derecho de conquista daba señaladas prerrogativas á los hombres valerosos y audaces; y en segundo lugar, que tanto los hombres buenos que vinieron de España (especialmente los misioneros), como el Gobierno mismo de la Península, procuraron por cuantos medios estuvieron á su alcance, poner coto á aquellos abusos y arbitrariedades, Allí están, si no, los nombres del P. Gante, de Fray Bernardino de Sahagun, del P. Motolinia y de cien más, que la historia no se cansará de bendecir; y allí está tambien la

famosa coleccion de *Leyes de Indias*, expedidas por los monarcas españoles para beneficio y utilidad de la raza vencida.

Desgraciadamente, si "las rectas intenciones de los soberanos nunca flaquearon—como dice un escritor—no siempre supieron llevarlas á efecto sus empleados." Las extorsiones sufridas por los indios fueron numerosas, "á pesar de que nada había recomendodo tanto el rey, *como que fuesen bien tratados*, y relevados de los cargos que sufrían." Y rara vez sucedió que el gobierno guardara consideracion á empleados infieles, ni los conservara en sus puestos por temor ó necesidad. No quedaba impune el merecedor de castigo, y más se pecaba por severidad que por indulgencia. * Por donde se ve que las desgracias del pueblo vencido tenían su orígen en los excesos de las autoridades secundarias, como todavía se ve en estos tiempos, y en la índole perversa, desmedida codicia é insaciable sed de mando de algunos empleados y funcionarios; mas nunca en el deliberado propósito atribuido por algunos al gobierno español, de querer aplicar en provecho de la metrópoli el trabajo y los sacrificios de los indios.

Los misioneros, con sus palabras de paz y de dulce persuacion, llevaron á las oscuras inteligencias de los indios abundantes rayos de purísima luz; y en seguida fundaron escuelas y colegios, donde los niños indios iban á ilustrarse.

Las *Leyes de Indias*, sobre todo, llenas de

(*) García Icazbalceta *D. Fray Juan de Zumárraga*, caps. III y IV.

prudencia y de sabiduría, estaban encaminadas á procurar el mejoramiento de la raza indígena por medio de la instruccion. Las puertas de la famosa Universidad de México se abrían para todos, hijos de españoles é hijos de los indios; dando pruebas estos últimos de notable precocidad, de ingénio y de raras dotes para todo género de estudios. Los nombres de Ixtlilxochitl, de Tezozomoc, de D. Diego Muñoz Camargo, de Juarez y de otros cuya lista sería interminable, poetas unos, historiadores otros, dan claro testimonio de que la raza indígena, cuando tuvo proteccion y amparo, floreció y engalanó la corona de la metrópoli con producciones que todavía hoy son estimadas.

Y el comercio, y la industria, y la minería y todo lo que significa un paso en la senda del progreso material, se ensanchó hasta donde fué posible, atendidos los tiempos y el espíritu de la época.

Si al proclamarse, pues, la independencia, México no alcanzaba todavía el grado de civilizacion que querían algunos, culpa fué del tiempo y no de España, segun la oportuna y galana observacion de un poeta célebre.

Pero sea de esto lo que fuere, la verdad es que España hizo con sus colonias de América lo que le inspiraba su amor de madre, y les legó el mayor número de bienes que á su alcance estuvo darles; todo lo cual, volvemos á decir, se desconocía ó se olvidaba, no sabemos si por ignorancia ó por mala fé de los que debían ilustrar y dirigir el criterio popular. De aquí las maldiciones á España y á los españoles, los discursos

rencorosos, la saña y la diatriba de que estaban llenas las oraciones cívicas de Septiembre.

Hoy no sucede así: hoy el pueblo manifiesta su júbilo sin verter frases ni improperios contra la que fué nuestra metrópoli. Hoy todos buscan en la historia la explicacion de hechos que ántes no comprendían. Hoy se reconocen las buenas obras de España en América, y nadie niega que la primera semilla de civilizacion sembrada en este suelo por los españoles está dando sus frutos, frutos que se manifiestan en esta hidalguía del corazon mexicano, en este amor á la familia y á la patria, en este anhelo vivísimo y creciente de ver á México grande, próspero y feliz.





ANIVERSARIOS.

I

Marzo 3 de 1880.

IMPOSIBLE que en México se borre nunca la memoria del Sr. D. Anselmo de la Portilla, ni que se olviden por nadie los méritos que él contrajo desde su llegada á nuestro país. * Los servicios que prestó á México y á España, reconciliando los ánimos de los hijos de ambos pueblos, por medio de una predicacion pacífica y persuasiva de la verdad histórica, se recordarán siempre en nuestra patria con intensa y honda gratitud; porque merced á esa obra laudable del Redactor de *La Iberia*, acabaron para siempre aquellos ódios y rencores, aquellas manifestaciones hostiles y aquellos agrios resentimientos entre españoles y mexicanos, que más de una vez turbaron la confianza y la armonía entre ellos, al grado de querer provocar gravísimos conflictos entre las dos naciones.

(*) Véase su biografía en otro tomo de esta coleccion

El Sr. Portilla, con aquel criterio ilustrado y generoso, con aquel corazon que todos le conocimos, comprendió desde el primer momento que pisó nuestras playas, que tan extraña conducta sólo era debida á preocupaciones injustas y á extraños errores, hijos de un desconocimiento absoluto de la historia. Y lleno entónces de entusiasmo para acudir en defensa de la verdad; animado de un nobilísimo celo, que sólo debía agotarse con su muerte, y mostrando en todo un desinterés y una abnegacion verdaderamente admirables, se dedicó á la árdua y fatigosa labor de combatir aquellas preocupaciones, para poner en cabal armonía todos los ánimos. El triunfo fué suyo; y nadie como el Sr. Portilla ha tenido la gloria de ver tan ampliamente recompensados sus afanes y su constancia de tantos años.—Su recta imparcialidad, su elevado criterio para estudiar y explicar la historia; las justas y sensatas reflexiones que abundaban en sus escritos, unido todo á la sana intencion que le guiaba, y á la alteza de los fines á que quería llegar, dieron siempre al ilustre periodista la victoria sobre sus adversarios. Renacieron entónces, con júbilo y satisfaccion de todos, la amistad y la confianza entre españoles y mexicanos; se estrecharon los vínculos de una antigua y sincera fraternidad, y olvidando antiguas divisiones, unos y otros se propusieron trabajar á la sombra de la paz en pro del mayor bienestar y engrandecimiento de esta bella nacion que todos amamos...—Hé aquí el mejor floron de la gloria del Sr. Portilla; hé aquí lo que en todo tiempo nos hará bendecir su memoria....

Hoy, primer aniversario de su muerte, nosotros no sólo recordamos al escritor elegante y castizo, al periodista concienzudo y ameno, al grande y buen amigo de México, al sereno filósofo que siempre tuvo en sus labios palabras de prudencia, de conciliacion y de justicia; sino que recordamos tambien al cumplido y completo caballero, de corazon generoso y noble hidalguía; al amigo leal y sincero que prodigaba los tesoros de su alma cuando se le pedían consejos y consuelos; al hombre virtuoso, en fin, de raras y distinguidas cualidades que dejó un eterno vacío en su hogar y en su familia, y en el corazon de sus numerosos amigos....

La gratitud, en los hombres y en los pueblos, es un sentimiento que honra y enaltece; y es además una prenda de ilustracion que realza los arranques generosos del espíritu.—Por eso en este día, en que recordamos con pena la muerte de un hombre benéfico, mexicanos y españoles debemos hacer alarde de que la memoria de D. Anselmo de la Portilla está viva entre nosotros, y de que la bendecimos y la amamos como él lo mereció por sus virtudes.

II

Marzo 3 de 1881.

Dos años hace hoy que bajó á la tumba, llorado de todos, el ilustre periodista español Sr. D. Anselmo de la Portilla.—El 3 de Marzo de 1879, España perdió á un hijo distinguido que la honraba en América, México perdió á un buen amigo, la causa de la fraternidad entre es-

pañoles y americanos perdió á su más celoso é incansable batallador, y la literatura, el periodismo, las ciencias sociales, perdieron, en fin, al que con su talento superior y sus inspiraciones generosas supo contribuir á su mejor desarrollo y engrandecimiento entre nosotros. Dos años hace hoy que falta del hogar el esposo modelo, el padre amantísimo, el amigo fiel y cariñoso que cifraba sus más puras delicias en hacer el bien y en prodigar los dones de su benevolencia á cuantos á él se acercaban. Hoy hace dos años, por último, que los hijos de México y los hijos de España, agradecidos por los servicios que debieron al Sr. Portilla, se asociaban de corazon al dolor de una familia buena y virtuosa que lloraba su orfandad....

¡Singular privilegio el de los hombres de verdadero mérito! ¡Poder inmenso el del cariño que ellos supieron inspirar con sus virtudes y las raras prendas de su corazon y su carácter!—Dos años han pasado, tiempo ¡ay! suficiente para olvidarlo todo, y todavía nos parece que fué ayer cuando se apagó aquella inteligencia clarísima y dejó de latir aquel noble y gran corazon: tan vivo así es nuestro dolor al llegar hoy este aniversario, tan honda es nuestra tristeza al recordar las virtudes que enaltecieron al Director de *La Iberia*, tan inmensa fué aquella desgracia, tan irreparable la pérdida sufrida....

El nombre del Sr. Portilla jamás morirá en México: su obra está en pié, gallarda y magnífica, y delante de ella se dan el abrazo de hermanos mexicanos y españoles. En vano intentarán destruirla mezquinas rivalidades é injustas

antipatías: la ilustracion del siglo, la comunidad de intereses, los sentimietos de los hombres, cada dia más humanitarios y generosos, serán en todo tiempo el mejor escudo de los lazos de concordia y fraternidad que el Sr. Portilla vino á establecer, con su serena y pacífica predicacion, entre los hijos de ambas naciones.

Podrán las volubilidades humanas y el trascurso del tiempo ocultar momentáneamente alguna vez el nombre de D. Anselmo de la Portilla, porque hay épocas en que parece olvidarse todo, y en que se desconoce hasta lo que es digno de perpétua y feliz memoria; pero cuando un conflicto doloroso, una dificultad grave, un desastre traído por la imprudencia de las pasiones, se termine y acabe por medio de un gran arranque de fraternidad hispano-americana, entónces aquel nombre respetado surgirá luminoso y radiante para ser saludado y bendecido por todos.

Sean estas pobres líneas la expresion sincera de los sentimientos de gratitud que los mexicanos debemos al Sr. Portilla, y sean tambien como la siempreviva que viene hoy á depositar sobre la tumba de aquel hombre magnánimo, quien le debió cariño de padre y consejos é indicaciones de amigo.

III

Marzo 3 de 1882.

Hay hombres cuya vida es de tan inmenso valor para una sociedad, cuyos hechos dejan tan honda huella en la manera de ser de un

pueblo, y ejercen tan alta influencia en los sentimientos, ideas y opiniones de los individuos, que cuando desaparecen, no sólo dejan un vacío en el hogar y en la familia, sino que su ausencia se hace sentir en todos los círculos que estaban acostumbrados á recibir el valioso contingente de su talento y de su laboriosidad.

Al número de estos hombres benéficos pertenecía el Sr. D. Anselmo de la Portilla, que falleció en esta capital el 3 de Marzo de 1879, causando vivo sentimiento en todo el país. Sus amigos y admiradores celebramos hoy, llenos de profunda pena, este triste aniversario, pues á medida que el tiempo trascurre, comprendemos y lamentamos más y más la pérdida que con la muerte del Redactor de *La Iberia* sufrieron México y España.

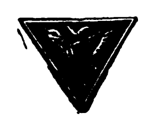
Tres años ha que nos falta el concurso de aquel corazon generoso y magnánimo, de aquella ilustrada y clarísima inteligencia, de aquella voluntad firme y constante en la práctica del bien; de aquel hombre, en fin, que dedicó toda su existencia á la grande obra de la reconciliacion y de la paz entre dos pueblos hermanos. Los frutos de ella son hoy y serán siempre un consuelo y un nuevo y poderoso vínculo entre mexicanos y españoles, dos nacionalidades que, divididas un tiempo por absurdas preocupaciones, se hallan hoy estrechamente unidas por la fraternidad más franca y la amistad más sincera.

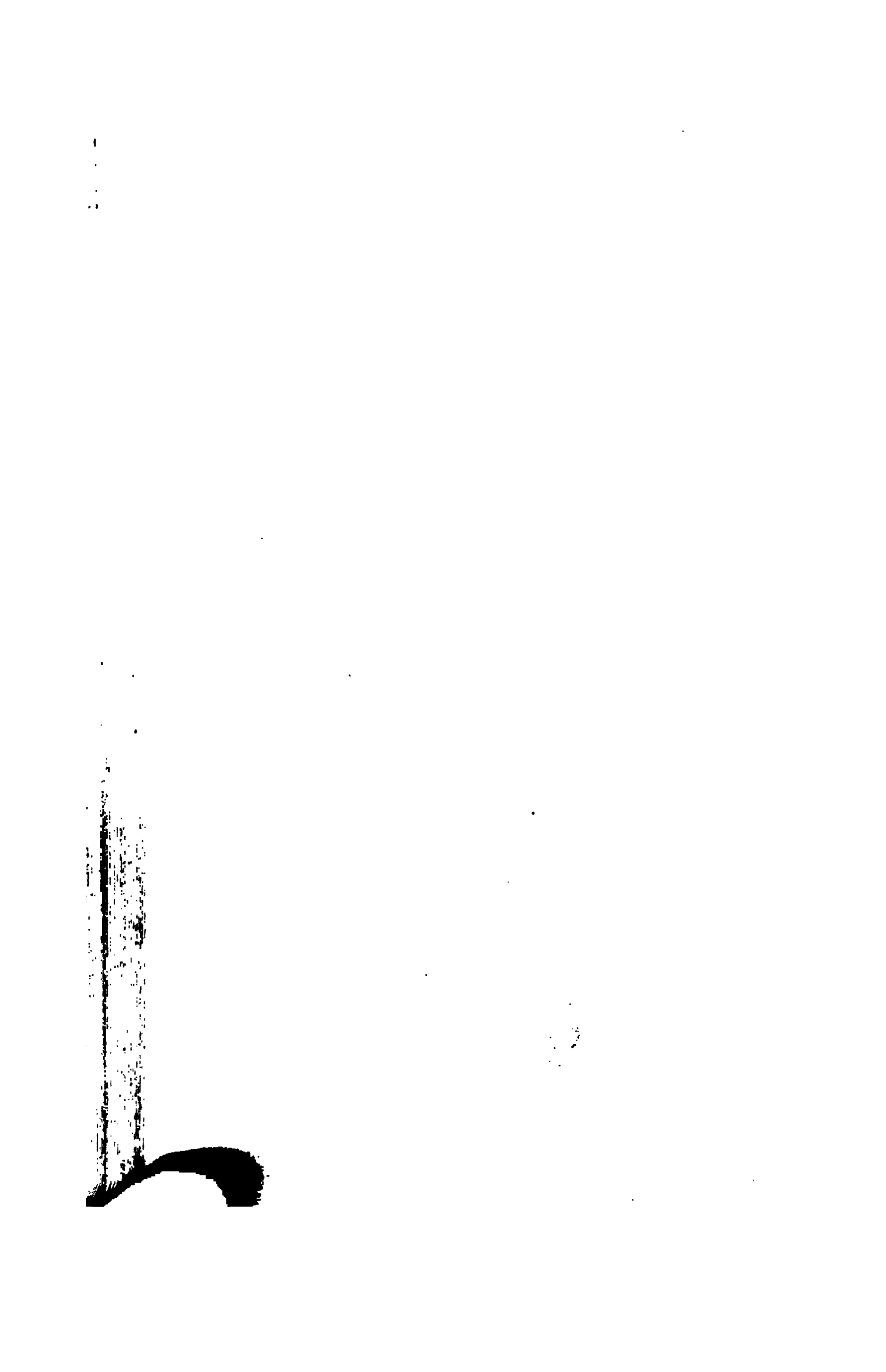
México perdió en D. Anselmo de la Portilla un amigo leal que se interesaba de corazon por su progreso y por su engrandecimiento. El pe-



riodismo perdió una de sus glorias, porque todos saben que el Sr. Portilla hizo de la prensa un verdadero sacerdocio, en el que predicaba sin cesar la paz y la justicia, unidas á un espíritu de concordia y fraternidad, inspirado en los altos deberes que impone el patriotismo. La literatura perdió tambien en el Sr. Portilla un colaborador eficacísimo, que sabía impulsarla, darle mayor brillo, y engrandecerla con sus notables producciones; aquellas producciones que todos leíamos con deleite, por su rara y encantadora naturalidad, su estilo persuasivo, y los primores de pensamiento y de lenguaje diseminados en ellas. Y la juventud lamenta tambien hoy, despues de tres años, la falta de aquel maestro tan benévolo y tan dulce, que siempre tenía en sus labios palabras de animacion y de esperanza......

Todos, pues, tenemos hoy motivos para celebrar con tristeza el tercer aniversario de una desgracia que todavía nos aflije...... Recordemos los méritos de aquel sábio modesto, y rindiendo tributo á la justicia, bendigamos la memoria de D. Anselmo de la Portilla....







EL CENTENARIO

DE SANTA TERESA DE JESUS.

I

15 de Octubre de 1882.

EL mundo católico está hoy de gala. Todos los que sientan en su pecho amor á lo grande, á lo bello y á lo santo; todos los que sepan comprender y admirar los méritos altísimos de una virtud acrisolada, de una pureza intachable, de un génio poderoso y peregrino, realzado todo por una firme y extraordinaria voluntad para seguir por el camino del bien; todos aquellos, en suma, que se hayan regocijado y deleitado con la contemplacion de esa figura inmortal de la Monja de Avila, que despues de tres siglos se impone todavía á las almas, habrán sin duda visto llegar esta fecha con emocion y júbilo, y se habrán preparado á celebrar de una manera digna el gran acontecimiento que en ella se recuerda.

En efecto: la Iglesia, las Ordenes religiosas, la Filosofía, la Literatura, la Ciencia, tienen en Santa Teresa de Jesus una de sus más puras y

resplandecientes glorias: ella constituye por s
sola una joya de universal renombre, de la cua
pueden enorgullecerse, no sólo su sexo y su pa
tria, sino todas las naciones del mundo y tod
la humanidad. La santidad de su vida; los ad
mirables ejemplos de humildad, de mansedum
bre y de tierna uncion con que edificó á su
contemporáneos; aquella severidad sin ejempl
y aquella exquisita prudencia con que procedi
en la reforma de su Órden; los profundos estu
dios y hondas meditaciones en que se sumergí
su alma privilegiada, para investigar la verda
y nutrirse de ella; las labores inauditas de su
entendimiento y de su inteligencia poderosísi
ma, de las cuales son rico y embalsamado frut
sus obras; y por último, aquellos celestiales éx
tasis, aquellas delicias inefables que encontrab
su espíritu en medio de los escondidos secreto
de la oracion: hé aquí otros tantos motivos pa
ra sentir el corazon henchido de dulce amor há
cia la memoria de la Santa que hoy celebramos

II

De moda se ha hecho en nuestros días cele
brar los centenarios de los grandes personaje
que viven en la historia. Se ensalzan pública
mente sus méritos y sus virtudes; se recuerdan
su vida y sus obras; se narran con minucioso
detalles algunos episodios en que intervinieron
y se les tributan, por último, honores, distincio
nes y culto que llegan á la exageracion, como s
todo lo que hicieron y lo que fueron se lo hu
biesen debido á sí mismos, y no á la bonda
Divina del Dios del Universo.

Frescos están aún en la memoria de todos, los escándalos á que dió orígen en Francia el centenario de Voltaire. Allí se elogió con frases pomposas y atrevidas la impiedad y el cinismo de aquel escritor francés, su ingrata y aborrecible tarea de denigrar al Catolicismo, la corrosiva inmoralidad de que están llenos todos sus escritos, y aquel sarcasmo, en fin, amargo y grosero, que tantos corazones ha pervertido, y tantas inteligencias ha dañado y perdido sin remedio.

No; no son los hombres como Voltaire los que merecen las celebraciones de un centenario; no son ellos los que deben ser puestos á la vista de las muchedumbres, para ser imitados y ensalzados, ni ménos para que la humanidad se sienta llena de regocijo con el recuerdo de su vida. Traigamos á la memoria, sí, á Camoëns, el poeta épico cantor de las glorias portuguesas, que con su inmortal poema conmueve el corazon y eleva los sentimientos; á Calderon de la Barca, preciado ornamento del drama español, y cuyas obras producen en el alma benéfica y consoladora impresion, haciéndole descubrir y amar los hermosos senderos de la fé, de la piedad y del amor.

Celebremos, por último, llenos de satisfaccion y de júbilo, á Santa Teresa de Jesus, la suave y dulce monja que derramó en el suelo español la exquisita fragancia de sus virtudes, que agregó nuevas joyas á la corona de la literatura castellana, y que fué elegante escritora, tierna poetisa, pensadora eminente y maestra en casi todas las ciencias que florecieron en su época.

III

Todos saben que Santa Teresa de Jesus nació en Avila, y que desde muy péqueñita dió claras señales de lo que debía ser despues: modelo de honestidad y de recato, dulce de carácter, de corazon vivo y apasionado por todas las cosas de Dios, tanto que leyendo los hechos gloriosos de los mártires, se encendió su alma en el amor divino, y quiso marchar al Africa con un hermano suyo para derramar su sangre por la fé de Cristo. A los veinte años, tomó el hábito de religiosa en el Monasterio de Nuestra Señora del Cármen; y en la soledad del claustro se entregó con afan vivísimo á la oracion y al estudio. "Iluminada por la luz de la fé—se lee en la Bula de Canonizacion expedida por Gregorio XV—contemplaba tan distintamente con los ojos del alma el cuerpo de Jesucristo en el Santo Sacramento de la Eucaristía, que decía no tener envidia alguna á los que lo vieron con los ojos del cuerpo. En cuanto á la virtud de la esperanza, la tenía tan viva en el Señor, que sin cesar se lamentaba de su encarcelamiento en esta vida mortal, porque le impedía gozar continuamente de la Divina Majestad; y siendo muchas veces arrebatada en éxtasis, considerando las delicias del Paraíso, creía que al fin participaría de ellas." En efecto, bien conocidas son aquellas estrofas, llenas de uncion y piadosa melancolía, en las cuales explica de breve y conciso modo su ardiente anhelo por la vida de los bienaventurados:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.
¡Ay qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros.
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero
Que muero porque no muero.
¡Ay, qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
No es la esperanza larga:
Quítame, Dios, esta carga
Más pesada que el acero,
Que muero porque no muero.
Solo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo al vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza
No te tardes que te espero,
Que muero porque no muero.

En la soledad silenciosa del claustro, recogido su espíritu en tranquila meditacion, escribió aquellas obras admirables de que con justicia se enorgullece la literatura española, tales como *Libro de su vida*, *Constituciones primitivas*, *Camino de perfeccion*, *Concepto del amor divino*, *Exclamaciones*, *Relaciones de su vida*, *Fundaciones*, *Libro de las moradas*, *Avisos*, *Modo de visitar los Conventos*, *Escritos Varios*, *Poesías* y *Cartas*; en las cuales al mismo tiempo que se ostenta una asombrosa variedad de conocimientos,

se vé el vigor y la elegancia de estilo llevado á un grado superior y extraordinario. De tod trata la Santa en esas obras; todos los género literarios están allí representados, el históricc el místico, el poético, el didáctico, el epistolar etc. Fray Luis de Leon decía que al leer la páginas trazadas por la monja de Avila "no era posible acertar á comprender en el alma de una flaca mujer tan grandes y espirituales concep tos, á no estar alimentada con el fuego del amo divino que llevaba como encendido perpétua mente en su corazon."

IV

Vida laboriosísima fué, como pocas, la de Santa Teresa en el claustro. Su pensamiento era incansable; su actividad no se agotaba jamás de su pluma y de sus labios brotaban constantemente hermosos y gallardos pensamientos, que eran prueba innegable de la inspiracion que sobre ella mandaba el Espíritu Santo.

Su vida de humildad, de caridad inagotable, de penitencia contínua, estaba embellecida por el trabajo.—Escribía, redactaba preceptos, ordenaba preciosas y eficaces reglas para la vida religiosa, y seguía con atento exámen el movimiento intelectual de su época. Ella emprendió la reforma de la Orden del Carmelo; y aunque encontró obstáculos y oposicion áun en aquellos que mejor debían ayudarla,. Dios coronó su obra concediéndole ver realizados sus deseos.

Numerosos monasterios se levantaron en Es-



paña, así de religiosas como de religiosos, y merced á su ardiente celo, á su inagotable eficacia, al encendido anhelo que la animaba de procurar el bien de las almas, aquellas casas de bendicion fueron fecundas en frutos de gracia y de salvacion para cuantos llamaban á sus puertas.

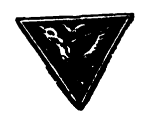
Para concluir, insertamos en seguida el retrato que de la Santa hizo uno de sus contemporáneos, el P. Francisco de Santa María.

Dice así:

"Era Teresa de Jesus generosa, y no soberbia; humilde y no abatida; amorosa y no pegajosa; apacible y llena de actividad. Su discrecion, suavidad, agradecimiento, fidelidad y verdad (disposiciones para todo buen empleo de virtud), áun en más crecida edad fueron de admiracion, y en la primera llevaban la atencion de los que la miraban. Y por que Dios la formaba para granjeadora de muchas almas, la llenó de aquellas gracias que más suelen prender corazones Compuso y adornó su rostro de hermosura grave; dió agrado á sus palabras; rodeóla toda de admirable donaire y modestia; de suerte que afirman por cierto los que la conocieron que nadie llegó á conversarla que no quedase prendado de su trato, y deseoso de comunicarla muchas veces. Niña, y de mayor edad, seglar y religiosa reformada y ántes de reformarse, era con cuantos la veían el añagaza de Dios: por que el aseo y buen parecer de su persona, digna de la gravedad de una matrona, la discrecion y gracia de su habla, la suavidad de su condicion, la viveza de su entendimiento, junto con la modestia de su rostro, la hermoseaban y

agraciaban de manera, que el profano y el san
to, el noble y el plebeyo, el sábio y el ignoran
te, el de mayor edad y de menor; y todo géner
de gente, sin salir ella nada de sí misma, que
daban como cautivos de su trato.

"En estos excelentes naturales, como en tie
rra fértil y sazonada, prendió luego con firme
y hondas raíces la semilla celestial de la graci
que en el bautismo recibió, llegando á ser un
de las almas más favorecidas de Dios en la tie
rra, y de las que gozan mayor gloria y valimien
to en el cielo."





ITURBIDE

Y EL 27 DE SEPTIEMBRE.

I

CONTRARIAS rivalidades de partido, primero, y despues añejas y absurdas preocupaciones, han querido borrar la fecha gloriosa del 27 de Septiembre de los anales de nuestra historia contemporánea. Los bandos liberales que en estos últimos años se han disputado el poder, y han llevado las riendas del Gobierno de la República, han querido olvidar que en igual fecha de 1821 el inmortal Libertador D. Agustin de Iturbide consumó la independencia de México, sin armas y sin derramamiento de sangre, ántes llevando al ánimo de todos, españoles y mexicanos, el júbilo más completo y la satisfaccion más placentera. La admirable prevision y sábia prudencia de aquel famoso caudillo supieron conquistar en poco tiempo el mayor tesoro que puede ambicionar un pueblo, su libertad; y esa conquista fué sólida, perfecta, imperecedera, tal como la reclamaban ya el es-

píritu de la época y las especiales condiciones de nuestra patria.

Los pueblos, á medida que crecen su desarrollo y su importancia, han menester de vida propia; vida independiente y libre en que puedan ejercer su actividad, para atender debidamente á sus necesidades y al mejor logro de un porvenir risueño y venturoso. Tal sucedió con esta parte de América que se llamó Nueva España. Nacida en el siglo XVI; encaminada en sus primeros pasos por la piedad cristiana que le infundieron los Gante, los Motolinia, los Sahagun; educada luego en la escuela de los trabajos intelectuales y materiales; y habiendo adquirido, por último, una ilustracion y un vigor capaces de guiarla por la senda que siguen los pueblos libres, México tuvo necesidad de segregarse de la metrópoli, como el hijo de familia se separa del hogar paterno, para formar una nueva familia y dedicarle á ella todos sus desvelos.

La idea de la independencia estaba, pues, en el ánimo de todos: ella aparecía natural, gallarda y simpática en la mente de cuantos soñaban con ver á México grande y feliz, ocupando el preferente lugar que le correspondía entre todas las naciones civilizadas. Más decimos: si el cura Hidalgo no hubiera iniciado un levantamiento, que por desgracia sólo fué fecundo en guerras y desastres inútiles, la independencia se habría verificado más tarde como un fenómeno natural en la vida de los pueblos, sin esfuerzos y sin luchas, sin dolores y sin efusion de sangre.

Tocó á D. Agustin de Iturbide el singular privilegio de consumar la magna obra de la in-

dependencia nacional, iniciada y comenzada por el cura de Dolores; y no comprendemos, en verdad, la causa del olvido y de la ingratitud de que ha sido víctima, por parte de los gobiernos liberales, la memoria de aquel ilustre caudillo, digno, por todos conceptos, de perpétua alabanza y de inmarcesible gloria. Si tuvo defectos, si cometió errores, si en concepto de algunos se desvió de la senda que el interés de la patria le aconsejaba seguir, debía perdonársele todo en gracia del inmenso bien que nos legó, y del cual disfrutamos todavía y disfrutaremos siempre.

Preciso y justo es que concluya esta injusticia. Estúdiese la historia; examínense los hechos hasta en su raíz; analícense los acontecimientos á la luz de un criterio imparcial, y teniendo presente el espíritu de la época, y se verá que D. Agustin de Iturbide, léjos de merecer el olvido en que hoy está, es digno del amor y de la gratitud de sus conciudadanos. Así lo han comprendido algunos personajes del partido liberal más avanzado.

En efecto, el 27 de Septiembre de 1857, el Presidente de la República, D. Ignacio Comonfort, dirigió al ejército una proclama, en que decía:

"Hoy es el solemne aniversario del 27 de Septiembre de 1821: día para siempre memorable, en que el Ejército Libertador hizo su entrada triunfante en esta capital.

"El Ejército y su ilustre caudillo, el inmortal Iturbide, alcanzaron en ese día una gloria imperecedera, poniendo término á la lucha de once años; lucha en que tantos héroes habían combatido por la independencia, hasta ofrecer el holo-

causto de su vida en las aras de la patria, para darle una existencia soberana, y hacerla libre y feliz.

"Los laureles más preciosos del Ejército y su caudillo, fueron las aclamaciones entusiastas de todo un pueblo, lleno de júbilo y reconocimiento, el día en que recobraba su libertad y su lugar entre las demás naciones.

"Eterna será la memoria agradecida del pueblo mexicano, y eterna la gloria del Ejército que consumó la independencia de la patria.

"Con la independencia entraron los mexicanos á gozar de los bienes más caros al corazon del hombre libre, y su deber es saber mantenerlos. El deber sagrado del Ejército es conservar la honrosa herencia del de 1821, imitando sus heróicas acciones.

"Soldados: la gloria del Ejército libertador fué consumar la independencia de la patria: nuestra gloria será defender siempre la independencia y la libertad."

II

Por desgracia, la reaccion que con la proclama anterior parecía iniciarse en el ánimo de los gobiernos liberales en favor de Iturbide, cesó bien pronto, y la indiferencia y el olvido han vuelto á ser por parte de aquellos lo único que con supremo desden se dignan conceder á tan glorioso nombre.

La injusticia y el absurdo que de esto resultan, son palpables. Si se ensalza al cura Hidalgo, por haber sido el primero en proclamar la independencia, ¿por qué no hacer lo mismo con el prudente y hábil caudillo que la consumó?

Esto, aparte de otros méritos y virtudes que adornaban al héroe. Por la historia y por el testimonio vivo de muchos contemporáneos de la época de nuestra independencia, sabemos que Iturbide fué un caudillo valeroso, hábil y prudente, en quien resplandecieron con singular arrogancia las dotes más sobresalientes de un hombre de Estado. Su amor á la patria y á la libertad; su anhelo poderosísimo de ver á México grande y feliz; la habilidad y el acierto que demostró en sus negociaciones con el general D. Vicente Guerrero, y en los asuntos que más tarde se sometieron á su consideracion y á su criterio; y sobre todo, la obra magna de nuestra independencia llevada á cabo con prontitud pasmosa, sin que en ella hubiese habido derramamiento de sangre,—son títulos que á la verdad raras veces reune un solo hombre, para hacerse estimar de sus conciudadanos. Y luego, aquella nobleza y rectitud de carácter de que dió siempre señales en los campos de batalla, en el elevado puesto de gobierno á que lo ascendieron sus méritos, y en los documentos emanados de sus manos, durante la amarga época de su injusto destierro; aquella negra traicion de que fué víctima en Padilla, inmolándolo en aras del ódio y de la envidia; su memoria olvidada por tanto tiempo entre nosotros como si no hubiera sido él quien realmente conquistó para los mexicanos la libertad y la independencia de que hoy gozamos........ ¿no son estas circunstancias motivos legítimos para que la República entera enmiende ya la injusticia que ha estado cometiendo con el más ilustre de

sus héroes? ¿No es merecedor Iturbide de que á su memoria se tributen los honores y el culto que los pueblos agradecidos guardan siempre para sus libertadores?....

La América del Sur celebró hace pocos años, de una manera digna y decorosa, el centenario de Bolívar. En México, el de Iturbide pasó casi inadvertido, y sólo una corta agrupacion, secundada fríamente por muy reducido número de familias, recordó con una velada literaria, en un teatro de segundo ó tercer órden, la fecha del nacimiento del Libertador de México.

Ya dijimos ántes que esto debe atribuirse á que en otro tiempo el ódio y las preocupaciones políticas quisieron llenar de baldon la grata memoria del héroe de Iguala. Se exageraron sus defectos; se condenaron con implacable obstinacion sus errores, y hasta se habría querido que su nombre desapareciera para siempre de nuestra historia; pero ya hoy aquellos sentimientos hostiles no tienen razon de ser. A medida que los sucesos en que Iturbide tomó parte se alejan y depuran por un criterio ilustrado, y son mayores la rectitud, el buen sentido y la imparcialidad de los hombres, se comprende y se admira el mérito del héroe, y nadie puede desconocer ni negar que es digno de imperecedera gloria por la obra que llevó á cabo.

Creemos, pues, que la hora de la reparacion llegará, y que, por más que no lo vea la presente generacion, dominada aún por los rencores de partido, el héroe de Iguala será al fin colocado en el pedestal que justamente merece.



ATENEO MEXICANO

DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS.

I

HACE ocho ó nueve años surgió en la Cámara de Diputados el pensamiento de fundar en México una grande asociacion que llevase aquel nombre, la cual vendría á ser como un círculo á donde acudiesen, llamados por un sentimiento comun, los hombres de inteligencia y de saber con que se honra nuestra patria.

El pensamiento fué aprobado, y áun se decretó una fuerte suma para subvenir á dicha Asociacion. Esta celebró algunas juntas, hizo diversos nombramientos de comisiones, formó y publicó el Reglamento General, y se dijo que muy pronto comenzaría sus trabajos en el Colegio de Minería. Despues, nada volvió á hacerse ni á decirse, y el Ateneo murió en su cuna, sin que nadie haya podido explicar las causas del fracaso.

¿Fué efecto de la inconstancia de nuestro carácter? ¿Las penurias del Tesoro impidieron

que se desarrollara el plan cencebido por los iniciadores y fundadores del Ateneo? No lo sabemos, ni importa ya averiguarlo.

El pensamiento, tal como nosotros lo comprendimos, no pudo ser ni más noble, ni más útil, ni más digno de alabanza por cuantos se interesen por la cultura y el buen nombre de México.

Una de las cosas de que más señaladamente se enorgullece cualquier nacion, y que es al mismo tiempo sello de gloria para ella y para sus hijos, son los trabajos intelectuales de éstos; trabajos que pueden y deben reputarse con justicia como el espejo de su ilustracion, de su inteligencia y de sus hábitos laboriosos. Sí; porque con ellos se demuestra que la meditacion y el estudio, y no la ociosidad ni los placeres, ocupan la atencion de los ciudadanos.

Por eso sin duda, el viajero observador y verdaderamente ilustrado, al recorrer las naciones, procura investigar con incansable afan la manera de ser de cada pueblo; sus costumbres, sus usos y los círculos y lugares donde se reunen las diversas clases de la sociedad; asiste á las Academias, Colegios y Liceos para conocer allí las tendencias de los estudios y las aficiones artísticas de los que á esos establecimientos concurren; y finalmente, busca con elevado criterio las fuentes del progreso ó decaimiento del país en que se encuentra. ¿Y habrá necesidad de agregar que para una nacion deberá ser motivo de justo orgullo, poder presentar á los viajeros que la visiten, un centro de ilustracion y de estudio, donde estén agrupados los hombres más

distinguidos por su saber y por su ciencia? ¿No es bello el cuadro que presenta una sociedad literaria ó científica, formada de personas que si bien profesan distintas opiniones religiosas y políticas, están allí estrechamente unidos por el poderoso vínculo del culto á lo bello y de unas mismas inclinaciones artísticas? No hay duda que sí: los establecimientos como el de que se trata, son útiles, convenientes y honrosos en toda nacion culta: en ellos se acercan y juntan los sabios y los artistas, los literatos y los políticos, y cuantos cultivan algun ramo del saber humano, para ir á prestar su concurso á la difusion de ideas sanas y levantadas. Y el público, por su parte, encuentra en esas reuniones apacible recreo y grato esparcimiento con las discusiones tranquilas de los sabios, con los juicios sustanciosos de los críticos, con la exposicion de bellezas literarias y artísticas, hechas por los hombres estudiosos.

Si el pensamiento á que aludimos al principio de este artículo, se hubiese realizado, no habría sido la primera vez que en la capital de la República hubiera existido un Ateneo Mexicano, como el que trató de fundarse.

En los últimos meses de 1840, por iniciativa del Conde de la Cortina y de D. Angel Calderon de la Barca, Ministro de España en México, estos mismos señores y el Dr. D. Miguel Valentin, D. Francisco Ortega, Lic. D. Juan Gómez de Navarrete, D. Luis G. Cuevas, Quintana Roo, Moreno y Jove, y otros, concibieron el proyecto de formar una reunion amistosa, en la que proporcionándose al pueblo los medios

de instruirse sin gastos, se fomentase el espíritu de asociacion. *

Se organizó, en efecto, la reunion con el título de Ateneo Mexicano; tuvo una buena biblioteca, estableció cátedras, dió lecturas públicas, y fundó un semanario, órgano suyo, llamado tambien "El Ateneo." En él se publicaron los discursos, poesías y artículos leídos en las juntas de la corporacion, por personas tan ilustradas y entendidas como D. José María Lafragua, D. Casimiro Collado, D. Mariano Otero (sobre jurisprudencia), Lacunza, D. José María (sobre Historia), ambos Navarro (D. Juan y D. Joaquin), Cortina, Arango y Escandon, Carpio, ambos Ortega (D. Francisco y D. Eulalio), Alcaraz, Escalante, Tornel, Diaz Miron, Prieto, Payno, y otros muchos qué sería difícil recordar.

II

La asociacion que trató de fundarse en México, y á la cual nos estamos refiriendo, disponía, en nuestro concepto, de sobrados elementos para desarrollarse, crecer y adquirir la importancia que debe tener la primera corporacion literaria de un país.

Los ánimos estaban fatigados de las controversias políticas; y la desagradable tarea de tratar

(*) Los autores de esta idea, que acababan de llegar de España, se inspiraron seguramente en el brillante éxito que había alcanzado el Ateneo de Madrid, inaugurado con toda solemnidad el 6 de Diciembre 1835, y al cual pertenecieron literatos y poetas como Alcalá Galiano, el Duque de Rivas, Olózaga, Mesonero Romanos, Martinez de la Rosa, Donoso Cortés, Gallego, Quintana, Espronceda, Breton de los Herreros, etc.

estos asuntos en la tribuna y en la prensa, parecía haber engendrado el deseo de dedicar algunas horas á estudios de otro órden, tranquilos, descansados y amenos, como son los de la literatura, las ciencias y las artes.

En otros artículos hemos dicho que el cultivo de las letras está decayendo rápidamente entre nosotros; y esto no por falta de aptitudes ni de elementos á propósito, sino por cierta indiferencia, ó mejor dicho, por una falta completa de estímulos con que en México tienen que luchar los trabajos intelectuales. A lo cual hay que agregar el alejamiento en que viven las personas que podían impulsar aquellos.

Nuestras sociedades científicas y literarias parecen muertas; el espíritu de reunion casi ha desaparecido; no hay periódicos cuyas columnas estén dedicadas exclusivamente á la difusion y circulacion de sanos principios estéticos, necesarios para el adelanto y mejoramiento del buen gusto; y por último, nuestros más distinguidos escritores, aquellos de cuya pluma podían salir excelentes producciones, permanecen en un retiro completo, sin fé para trabajar, sin público que sepa juzgar sus obras con el acierto que merecen.

Pues bien: estos inconvenientes y estas desventajas que lamentamos podrían haber desaparecido, ó por lo ménos, haberse remediado un tanto, con la creacion del Ateneo Mexicano.

La Junta Directiva encargada de nombrar las comisiones y de organizar los trabajos, llamó al seno de la nueva sociedad á lo más selecto de nuestros literatos, políticos, artistas y

hombres de ciencia, sin distinguirlos ni señalarlos por sus opiniones políticas ó religiosas. Cierto es que olvidó á algunos; pero esta falta la atribuimos á la precipitacion y premura con que se hicieron los nombramientos.

¿Y cuál debió ser la primera y más importante garantía que habría asegurado al Ateneo larga existencia y prósperos resultados? Sin duda, ninguna otra más que la abstraccion completa de las opiniones religiosas y los antecedentes políticos de cada uno de los asociados; porque cuando se trata del talento y del saber, cuando van á emprenderse pacíficas lides intelectuales, nada es tan necesario, justo y natural como prescindir de circunstancias y accidentes que pueden ser enojosos y alejar á las personas unas de otras.

De esto ha dado siempre eficaz y elocuentísimo ejemplo el Ateneo de Madrid; y sabido es de todos el estado de florecimiento á que ha llegado aquella Asociacion. Ella es, en efecto, un palenque donde van á ejercitar sus aptitudes y donde van á medir las armas de la discusion los hombres más eminentes de España, afiliados en todos los partidos y en todas las opiniones. Aquel Ateneo es una reunion de hermanos en el arte, en la literatura, en las ciencias y en la filosofía, y proceden en todo sin tomar para nada en cuenta la escuela á que cada uno pertenece. Conservadores y liberales, monárquicos y republicanos, católicos y libre-pensadores, se reunen allí bajo el mismo techo, en unos mismos salones, para discutir tranquilamente los principios y verdades que son objeto de controversia. To-

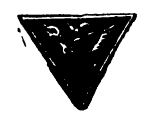


dos asisten á aquel recinto, llamados y atraídos poderosamente por el culto á lo bello, por amor á la discusion, por el placer de pasar algunas horas en el estudio comun y amistoso de las cuestiones, ora graves, ora entretenidas y amenas, que se presentan á la observacion y al análisis en el campo del saber humano. Cada uno da sus conferencias y emite libremente sus opiniones, siendo oído siempre con atencion y con respeto. Allí Moreno Nieto, que fué hasta que murió el alma del Ateneo, pronunciaba aquellos magníficos y elocuentes discursos en que trataba de todas las cuestiones, lo mismo las filosóficas que las económicas, las literarias que las históricas, artísticas y sociales. Allí D. Antonio Cánovas del Castillo hizo oir su poderosa voz, estudiando los problemas contemporáneos. Allí Canalejas, Revilla, Azcárate y otros oradores desarrollaron sus teorías en interesantes conferencias, que á los oyentes parecían cortas. Allí, por último, Valera, Campoamor, Núñez de Arce, toman en nuestros días la palabra para abordar cuestiones de crítica ó de historia literaria. Y para todos hay público, porque saben despertar y mantener el interés, saben comunicar á su palabra el encanto poderoso de la persuacion y de la sinceridad.

Tal quisiéramos nosotros que hubiera sido el Ateneo Mexicano. En su seno habrían podido abundar personas aptas, ilustradas, de reconocida competencia para dar á esta asociacion un impulso y una importancia necesarias á su mejor desarrollo; pero la oportunidad pasó, como pasan tantas otras en nuestro país. Y en cuanto

á los frutos que el público habría obtenido de estos trabajos, excusado es ya señalarlos.

Aquí donde los centros de reunion son tan escasos, habría tenido grande importancia el del Ateneo, que además de contribuir al adelanto intelectual y al perfeccionamiento del buen gusto en artes y letras, habría sido un ornamento para nuestra capital, del cual podría ufanarse, porque sin duda le habría dado honra y lucimiento.





LA ACADEMIA MEXICANA

Y SUS «MEMORIAS.»

I

LA Real Academia Española, en junta de 24 de Noviembre de 1870, y á propuesta de los Señores Marqués de Molins, su Director entónces; D. Patricio de la Escosura, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Fermin de la Puente y Apezechea, y algunos otros señores Académicos, acordó la creacion de Academias Correspondientes Americanas. * Propúsose con esto, segun ella misma dijo, "realizar fácilmente lo que para las armas y áun para la misma diplomacia es ya completamente imposible," esto es, "reanudar los violentamente rotos vínculos de la fraternidad entre americanos y españoles; restablecer la mancomunidad de gloria y de intereses literarios, que nunca hubiera debi-

(*) El verdadero iniciador y más entusiasta cooperador del establecimiento de *Academias Americanas*, fué el Sr. de la Puente y Apezechea, mexicano, cuya muerte lamentan todavía y lamentarán siempre las letras españolas.

do dejar de existir entre nosotros; y por fin, oponer un dique, más poderoso tal vez que las bayonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglo-sajona en el mundo por Colon descubierto."

La docta y celosa Corporacion manifestó desde luego deseos de que se establecieran Academias en Colombia, Venezuela y Ecuador; Centro-América, Perú, Bolivia, Chile, República Argentina, Uruguay y México. La de nuestro país quedó oficial y definitivamente instalada hasta el 11 de Septiembre de 1875, habiendo sido nombrados para formarla, en calidad de Académicos Correspondientes, los Sres. D. Alejandro Arango y Escandon, D. Joaquin García Icazbalceta, D. Juan Bautista Ormaechea, Obispo de Tulancingo, D. Sebastian Lerdo de Tejada, á la sazon Presidente de la República, D. José María de Bassoco, D. Casimiro del Collado, Dr. D. Manuel Moreno y Jove, D. José Sebastian Segura, D. Joaquin Cardoso y D. José Fernando Ramirez.—No todos asistieron á las juntas prévias ni á la instalacion, pues algunos habían fallecido, no pocos estaban ausentes, y otros se excusaron por diversos motivos; de manera que para completar el número de Académicos prevenido por el Reglamento, que por término medio se acordó entónces fuera el de doce, los presentes nombraron á los señores D. Francisco Pimentel, D. José María Roa Bárcena, D. Rafael Angel de la Peña, D. Manuel Peredo y D. Manuel Orozco y Berra. Estos nombramientos fueron aprobados por la Real Academia Española.

En la junta de 25 de Septiembre del mismo año de 1875, quedaron electos: *Director*, D. José María de Bassoco; *Secretario*, D. Joaquin García Icazbalceta; *Bibliotecario*, D. Alejandro Arango y Escandon; *Censor*, D. Manuel Peredo, y *Tesorero*, D. José María Roa Bárcena.

Instalada la Academia, comenzó á celebrar sus juntas en una de las salas de la biblioteca del Sr. Arango y Escandon, que generosamente la ofreció para tal objeto, lo mismo que un aposento separado para la biblioteca de la Academia, á cuya formacion se dió principio con una coleccion de obras publicadas por la Real Academia Española, que remitió á la Mexicana, y con las que habían dado á luz los señores Académicos de aquí.

Las juntas, al principio, sólo se celebraron dos veces cada mes, los días 2 y 16; despues se acordó que tres, en los días 2, 12 y 22; y por fin, aumentando las labores, se determinó que se celebrasen semanariamente, los mártes á las diez de la mañana. Así continúan hasta el día, con la diferencia de que el punto de reunion es ahora una sala de la Biblioteca Nacional, por fallecimiento del Sr. Arango.

La Academia no ha contado ni cuenta con apoyo ninguno, ni oficial ni pecuniario, y atiende á sus gastos (el principal es el de la impresion de sus *Memorias*) con lo que voluntariamente entregan sus individuos.

Cuando se trató de organizar los trabajos á que debería dedicarse la Academia, el primero que se tuvo presente fué el de la formacion del *Diccionario de Provincialismos Mexicanos*, y des-

de luego algunos señores Académicos presen taron lista de voces, que se discutieron en la juntas. Se proseguía en esto, cuando se recibie ron de la Academia Española comunicacione para cada uno de los individuos de la Mexica na, en que se les pedía contribuyesen á la nue va edicion que iba á hacerse del Diccionari vulgar de la Lengua, y á la que se prepara de de Autoridades. La Academia, examinado bie el punto, resolvió que el trabajo encomendad á sus individuos se ejecutara colectivamente para evitar repeticiones y áun contradicciones y en tal virtud, se hizo la distribucion de la letras del alfabeto entre los señores Académicos

No se abandonaron por esto los estudio acerca de los provincialismos, y se pensó igual mente en allegar materiales para escribir un dí la Historia Literaria de México. *

La tarea de estudiar y discutir las enmienda y adiciones al Diccionario, duró hasta el me de Agosto de 1884, en que remitió la Academia Mexicana á la de Madrid la última lista de artículos.—Las definiciones propuestas fueron en número de 1285; de ellas quedaron aceptada por la Academia Española 652, algunas con leves modificaciones, y no fueron admitidas 633, gran parte de éstas, correspondientes á provincialismos nuestros.

Con la publicacion de la nueva edicion del Diccionario de la Lengua, la Academia Mexicana dió por terminados los trabajos lexicográficos que le habían sido encomendados; pero

(*) *Memorias* de la Academia Mexicana, Correspondiente de la Real Española, tomo I. pág. 19.



entendemos que los ha reanudado de nuevo, por indicacion de la Española, pues ésta se propone corregir, ampliar y adicionar el Diccionario, en la nueva edicion que ya prepara.

En cuanto á la formacion del Diccionario de Provincialismos, continúan los estudios emprendidos desde un principio con tal objeto, y en las *Memorias* se han publicado ya varios artículos relativos á tan importante asunto.

Igual cosa debe decirse de los materiales para formar la historia literaria de nuestra patria: se prosiguen atesorando algunos, y no pocos se han dado ya á la estampa en las citadas *Memorias*.

La Academia Mexicana ha procurado establecer y mantener relaciones con sus hermanas las otras Academias Correspondientes, ya cambiando sus obras, ya sosteniendo correspondencia literaria.

La misma Corporacion ha aumentado hasta 16 el número de sus sillas, pues se consideraba reducido el número de sus miembros; y ha nombrado tambien Académicos Correspondientes en algunos Estados de la República, con el objeto, entre otros, de tener auxiliares eficaces en los estudios de los provincialismos, sobre todo de aquellos que son peculiares ó han quedado circunscritos á determinadas localidades.

Por muerte de algunos señores Académicos, se han hecho diversos nombramientos, y se han verificado los cambios naturales en los cargos que aquellos ocupaban. Así, por ejemplo, habiendo fallecido el Sr. Bassoco el 18 de Noviembre de 1877, fué electo Director para reempla-

zarlo, el Sr. Arango y Escandon; por muerte de éste el 28 de Febrero de 1883, el Sr. D. Joaquin García Icazbalceta fué nombrado Director interino, y en 11 de Agosto del año de 1885, por aclamacion, fué electo Director propietario.

Por la promocion del Sr. García á dicho cargo, D. Rafael Angel de la Peña fué nombrado Secretario perpétuo.

Digamos ahora quiénes han recibido el título de Académicos, y quiénes forman la Mexicana Correspondiente en la actualidad.

Posteriormente á los nombramientos de que ántes se hizo mencion, y en el curso de los últimos años, la Academia llamó á su seno á los Sres. D. Francisco de P. Guzman, D. Ramon I. Alcaráz, D. Anselmo de la Portilla, D. Ignacio Aguilar y Marocho, D. Tirso Rafael Córdoba, que fallecieron ya, y otros distinguidos y notables escritores que constan en la siguiente lista de los individuos que hoy componen la docta Corporacion:

Académicos de número: D. Joaquin García Icazbalceta, *Director;* D. Rafael Angel de la Peña, *Secretario;* D. Manuel Peredo, *Censor;* D. José María Roa Bárcena, *Tesorero;* D. José María Vigil, *Bibliotecario;* D. Casimiro del Collado, D. Francisco Pimentel, D. Ignacio Mariscal, D. Joaquin Arcadio Pagaza, D. Alfredo Chavero, D. Luis Gutierrez Otero, D. Francisco de B. del Paso y Troncoso, D. Rafael Gómez y D. Justo Sierra.

Correspondientes Mexicanos.—Ilmo. Sr. Obispo de San Luis Potosí Dr. D. Ignacio Montes de Oca, que es tambien Correspondiente ex-

tranjero de la Española, y D. Primo Feliciano Velázquez, residentes en San Luis Potosí; Pbro. D. Melesio de J. Vázquez, residente en Tulancingo; D. José M. Oliver y Cásares, residente en Campeche, y D. Audomaro Molina, residente en Mérida de Yucatan.

ACADÉMICOS HONORARIOS.—D. Miguel Antonio Caro, Director de la Academia Colombiana (Bogotá), D. Rufino José Cuervo (tambien de Bogotá), y D. Alfonso Herrera, de México.

II

En Agosto de 1876, comenzó la Academia Mexicana la publicacion de sus *Memorias*, y hasta la fecha han salido á luz los tomos I y II y tres cuadernos del III.—Excusado es decir que cuanto en ellos se ha compilado, obedece á los fines de su institucion y á los planes que desde un principio se propuso desarrollar para alcanzarlos. No sólo se ha dado á luz lo inédito, sino que han encontrado tambien cabida en estas *Memorias* algunos escritos, que aunque ya impresos, corren solamente en papeles sueltos ó en colecciones difíciles de hallar. Se han publicado igualmente diversos trabajos importantísimos de los señores Académicos, ya relativos al idioma castellano y su gramática, ya destinados á servir más tarde de material para escribir la historia de la literatura mexicana.

Entre los primeros, debemos citar diez discursos ó artículos del Sr. Peña, dedicados á tratar diversos puntos de filología y gramática; un estudio sobre los usos del pronombre *Él* en

los casos oblícuos sin preposicion, del Sr. Bass
co, y otro estudio etimológico, del Sr. Chave

Entre los segundos, es decir, entre los q
pueden y deben considerarse como material
allegados para escribir algun día la historia
la literatura mexicana, figuran los siguient
trabajos:

Del Sr. García Icazbalceta: *Discurso sol las Bibliotecas de Eguiara y Beristain; La Ii truccion Pública en México durante el siglo XV Francisco de Terrazas y otros poetas del sig XVI; El Bachiller D. Antonio Calderon Ben vides, impresor del siglo XVII; La "Grande Mexicana" de Balbuena*, estudio bibliográfic *El P. Avendaño, predicador del siglo XVI Provincialismos Mexicanos*, y *Vida del P. Fra cisco Javier Alegre*, de la Compañía de Jesus.

Del Sr. Roa Bárcena: *Datos y Apuntamient para la biografía de D. Manuel Eduardo Gorostiza;* algo sobre el poeta mexicano I Francisco Ruiz de Leon, y una *Alocucion* e honra del finado D. Anselmo de la Portilla.

De D. José Bernardo Couto: *Biografía* d poeta mexicano D. Manuel Carpio.

Del Ilmo. Sr. Obispo Montes de Oca: *Or cion fúnebre* pronunciada en las honras de I Juan Ruiz de Alarcon y demás ingénios mex canos y españoles, que la Academia Mexicar celebró en la Iglesia de la Profesa de Méxic el 3 de Agosto de 1878.

De D. José María Vigil: *Estudio biográfi y bibliográfico* acerca de la poetisa mexicana d ña Isabel Prieto de Landázuri, y *Necrología* d poeta D. Francisco de P. Guzman.

En las *Memorias* de la Academia, regístranse tambien composiciones poéticas, ya originales, ya traducidas de los clásicos griegos y latinos, de los Sres. Arango y Escandon, Collado, Montes de Oca, Pagaza, Mariscal, Guzman y Roa Bárcena.

Los trabajos del Sr. Peña, muy propios de un Académico que se propone llenar concienzudamente sus deberes, son en nuestro concepto de lo más notable que en su género se ha producido en México. Revelan una gran suma de conocimientos gramaticales, filológicos y de humanidades en general; una notable erudicion, estudios vastos y profundos del lenguaje, y muy en especial del idioma castellano. Su estilo es terso, correctísimo, muy bien cuidado y abundante en palabras y giros de buen gusto. Indudablemente el Sr. Peña presta un gran servicio á los estudios gramaticales y filológicos, y excusado es decir que se ha penetrado bien de lo que significa la divisa de la Academia: *limpia, fija y da esplendor*. En todo se muestra celosísimo de la pureza del idioma, de la propiedad y recto significado de las palabras, del buen nombre de los autores españoles, á quienes admira y cita á cada paso en testimonio de sus afirmaciones. Por último, puede decirse que es en México el más atento vigilante en la guarda del lenguaje; y sus escritos insertos hasta ahora en las *Memorias* que venimos examinando, honran en muy alto grado á la Corporacion de que es miembro, justifican el acierto de su eleccion y creemos que áun la Academia Española verá como timbre de gloria suyo el gran renombre

de que el Sr. Peña disfruta en el campo de las letras.

¿Qué dirémos ahora de los trabajos con que el Sr. García Icazbalceta ha contribuido, para dar extraordinario interés á las *Memorias* de la Academia Mexicana? El solo título de ellos, en la enumeracion que ántes hemos hecho, basta para indicar al lector la importancia de esos trabajos, no ménos que el gran caudal de noticias y datos que contienen, encaminados todos á ilustrar la historia literaria del país.

Puede decirse que si el Sr. Peña ha tomado á su cargo el estudio y desempeño de cuanto se refiere á cuestiones de lenguaje, para llenar los deberes impuestos á la Academia, el Sr. García Icazbalceta se ha encargado de la no ménos meritoria labor de preparar el escogido y valiosísimo material que ha de emplearse más tarde en la "Historia de la Literatura Mexicana."

Y en verdad, que nadie más á propósito que él para desempeñarla.

El erudito escritor conoce, como ninguno, nuestra historia y nuestra literatura de los siglos coloniales, en especial las del XVI, y pasman verdaderamente la facilidad, exactitud y madurez con que diserta sobre cualquier punto relativo á ambas materias. Tiempos, autores y libros; episodios, incidentes y contradicciones; fechas, fundaciones y personajes,—todo le es familiar, todo lo sabe y conoce, como si se tratara de cosas de nuestros días, ó mejor tal vez que tratándose de sucesos contemporáneos.

"Tarea vana emprendería—dice el Sr. García Icazbalceta—el que quisiera escribir la His-

toria de una Literatura, sin hacer ántes profundo estudio de las obras que la forman; pero ya se advierte que á todo debe preceder el conocimiento de cuáles son esas mismas obras, quiénes sus autores, en qué tiempos y en qué circunstancias escribieron."

En estas breves y concisas palabras se halla el plan que en concepto del autor se debe desarrollar en los trabajos que tengan por objeto la formacion de nuestra historia literaria; y no hay para qué decir que es el mismo que el Sr. García Icazbalceta ha venido observando en los diversos escritos que ha publicado en las *Memorias*.—Así, por ejemplo, el primero que hemos citado en la enumeracion de ellos, se refiere á las primeras, ó diremos mejor, á las únicas *Bibliotecas* ó Catálogos de Escritores que tenemos, que son las de Eguiara y de Beristain.—Razonado, justo y perfectamente fundado es el juicio que el Sr. García emite acerca de ambos escritores y sus obras, lo mismo que las reflexiones que hace con motivo de la necesidad que hay de corregir y vulgarizar la *Biblioteca* de Beristain.

En el importante estudio sobre *La Instruccion Pública en México durante el siglo décimosexto*, el Sr. García Icazbalceta traza con magistral colorido el acabado cuadro de lo que fué entre nosotros la Instruccion Pública durante el primer siglo de la dominacion española. "Juzgo ser parte de la Historia Literaria—dice el autor —el conocimiento del método y extension de la enseñanza; porque si bien es cierto que la literatura de una nacion resulta del carácter de

la misma, de sus creencias, de sus costumbres, de su marcha histórica, de sus relaciones con otros pueblos, y hasta de la naturaleza de su propio clima y suelo, tambien lo es que la enseñanza contribuye poderosamente al desenvolvimiento de las ideas, al giro que éstas toman, á la eleccion de determinados modelos, y á la preferencia dada, para la imitacion, á tal ó cual literatura extranjera. Semejante estudio tiene importancia adicional entre nosotros, por no estar divulgado como debiera el conocimiento de lo que se hizo en favor de la Instruccion pública desde los principios de la dominacion española, y áun por eso corren admitidas ciertas ideas erradas, que en todo caso conviene rectificar."

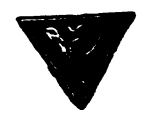
No hay para qué decir que en este estudio, el Sr. García Icazbalceta casi agota la materia, porque cuanto en él escribe da cabal idea del desarrollo prodigioso que en nuestro país tuvo la instruccion en el siglo XVI. Los métodos de enseñanza, los adelantos alcanzados, los nombres de quienes más se distinguieron en el profesorado y en el aprendizaje, los diversos ramos de instruccion, los actos públicos, y áun las obras materiales de los colegios y de las escuelas, todo está allí descrito con habilidad pasmosa, que interesa y deleita al lector más distraído. Puede decirse que esta disertacion es el cuadro más vasto y más fiel de la fisonomía intelectual de la sociedad mexicana durante aquel siglo: tantos y tan variados son los detalles que constituyen su riqueza.

Iguales, y áun superiores elogios merecen

los otros trabajos del Sr. García Icazbalceta contenidos en las *Memorias* de la Academia Mexicana; pero no es posible detenerse más en ellos, porque tiempo es ya de terminar este artículo. —Sólo agregarémos que en el estudio dedicado á Terrazas y á otros poetas del siglo XVI, el autor hace un análisis detenido de diversas composiciones de aquel tiempo; en su biografía del impresor Benavides, mucho nuevo nos dice sobre diversas ediciones mexicanas; en su estudio bibliográfico de la *Grandeza Mexicana* de Balbuena, encontramos nuevas y curiosísimas noticias literarias del siglo XVII; en el artículo sobre el P. Avendaño, se traza una gráfica é interesante descripcion, salpicada de anécdotas, de lo que el Sr. García llama *reyertas más que literarias*, y hace de paso importantes rectificaciones á Beristain; por último, en su artículo sobre *Provincialismos Mexicanos*, nuestro autor demuestra que no sólo es conocedor profundo de nuestra historia y literatura, sino tambien maestro consumado en materia de lenguaje.

El estudio del Sr. Vigil acerca de la poetisa mexicana Doña Isabel Prieto, es notable y de muy interesante y amena lectura, porque en él aparece retratada con muy bellos colores la simpática figura literaria de la dama jalisciense, y se hace un análisis detenido de sus composiciones líricas y dramáticas. Estas fueron varias, todas notables, aunque por desgracia poco conocidas de los lectores mexicanos; y el Sr. Vigil, con espíritu crítico verdaderamente ilustrado, hace ver el gran mérito de moralidad, exquisito estilo, joyas literarias y elevados pensamientos que las enriquecen y engalanan.

En nuestro concepto, los trabajos filológicos y gramaticales del Sr. Peña, y los históricos, bibliográficos y literarios del Sr. García Icazbalceta, son los que principalmente avaloran las *Memorias* que hemos examinado, sin que por esto se entienda que los otros de que ya no podemos hablar, tienen á nuestros ojos un mérito menor.—Estos hacen digna compañía á aquellos, y sirven tambien para dar amenidad é interés á sus páginas, lo mismo que para demostrar que en los individuos de la Academia Mexicana no escasean las dotes literarias de todos géneros.





ILMO. SR. OBISPO SOLLANO.



EL ILMO. SR. SOLLANO,

PRIMER OBISPO DE LEON.

I.

A vida edificante que voy á bosquejar en el presente artículo, reclamaba en verdad una pluma más diestra que la mía; una pluma que supiera ensalzar debidamente las virtudes y los merecimientos del primer Obispo de Leon, pues raras veces se habrá ofrecido á un biógrafo un tan rico y escogido caudal de acciones loables que describir para admiracion de los contemporáneos y de la posteridad. La laboriosidad del Ilmo. Sr. Sollano; su inextinguible y ardoroso celo; la copiosa ciencia con que enriqueció su talento natural, hasta distinguirse como uno de los primeros teólogos del mundo; y finalmente, sus asombrosos trabajos como Obispo, su humildad, su caridad, no menos que la abnegada dedicacion con que atendió siempre al bien espi-

ritual de sus ovejas, y el crecido número de sus fundaciones, buenas obras, etc., forman un conjunto tal de hechos memorables, que no dudo hagan vacilar á cualquier escritor que de ellos desee ocuparse. Auméntase con esta consideracion mi atrevimiento al emprender una tarea superior á mis fuerzas; pero discúlpeme el vivo afan que me impulsa, el cual no es otro que dar á conocer en este humilde trabajo á una de las glorias más puras y brillantes del Episcopado Mexicano.

II

Nació el Ilmo. Sr. Sollano en San Miguel de Allende, poblacion del Estado de Guanajuato, el 25 de Noviembre de 1820, y fueron sus padres el caballero Maestrante de Ronda, D. José María Diez de Sollano, y la Sra. Dª Josefa Dávalos. El bachiller D. Francisco Jara lo bautizó en la parroquia de la misma ciudad, poniéndole por nombre, José María, Miguel, Ignacio, Simon, Catarino del Corazon de Jesus. Su hermano D. Vicente era el mayorazgo de la casa de Soxa.

Comenzó su carrera literaria á los doce años, ingresando á las aulas del colegio Salesiano de la propia ciudad el 18 de Octubre de 1832. Refiere alguno de sus biógrafos, que desde luego dió señaladas muestras de un talento claro y precoz, de un amor decidido al estudio, y de un acierto no comun para comprender y resolver

las diversas cuestiones que se presentaban en cátedra. Eran tambien dignas de admirar en sus cortos años la suavidad y mansedumbre de su carácter bondadoso, y la inclinacion que tenía á la vida pacífica y silenciosa. De su aplicacion y aprovechamiento son prueba evidente las ventajosas calificaciones que siempre obtuvo en sus exámenes, y el hecho notable de haber recibido las órdenes menores cuando apenas habían trascurrido dos años desde su ingreso al Establecimiento. El Ilmo. Sr. D. Angel M. Morales, Obispo de Sonora, profesaba al jóven Sollano cariñosa estimacion, y debido á esto, y á sus méritos, le recibió como su familiar al tiempo de conferirle las repetidas órdenes menores. En esa calidad permaneció á su lado hasta que aquel prelado se ausentó de San Miguel.

En 1834 marchó á Morelia para continuar su carrera en aquel afamado Seminario, de donde habían salido y continuaban saliendo insignes sacerdotes y hábiles jurisconsultos, más tarde honra y prez de la Iglesia y del foro mexicanos. Allí estudió, además de las materias que correspondían á su asignatura, los ramos secundarios de francés y griego, habiendo tenido de compañero de cuarto al Ilmo. Sr. Labastida, que más tarde fué Arzobispo de México. Sin duda habría continuado en aquel establecimiento, si diversas circunstancias de familia no le hubieran obligado el año siguiente de 1835 á trasladarse á esta capital, en cuyo Seminario se inscribió inmediatameute como alumno interno. Comenzó á cursar filosofía;

pero no contento con las obras de texto, pues éstas le presentaban un campo sobrado estrecho para su afan de saber, procuró ponerse en relacion con los RR. PP. Domínicos de Porta-Cœli, quienes con sus conversaciones ampliaban los conocimientos del jóven seminarista, ó para hablar con propiedad, lo hacían seguir otro curso de filosofía. El Sr. Sollano, desde entónces, declaróse ardiente y decidido partidario de la doctrina Tomística; y con este motivo, se entregó á sérios y profundos estudios teológicos, materia en la cual tanto se había de distinguir más tarde. Con la adopcion de aquella firme base filosófica, no es de extrañar que el Sr. Sollano hubiese sobresalido de un modo notable entre sus condiscípulos, los cuales se habían limitado á estudiar la obra de Jacquier.

Graduóse de bachiller en el repetido Establecimiento (1838), y allí mismo se le encomendaron las cátedras de francés y de prosodia latina, cuyas tareas alternaba con el estudio de los Cánones, bajo la acertada direccion de su maestro el Sr. Dr. D. Juan B. Ormaechea, Obispo que fué despues de Tulancingo. Pasó luego á la Universidad de esta capital, con objeto de perfeccionar sus estudios de Teología, y cursó además Sagrada Escritura é Historia Eclesiástica.

La variedad y solidez de los conocimientos que con sus constantes desvelos había adquirido hasta entónces el Sr. Sollano, le permitieron presentarse en 1842 como candidato á la cátedra de Artes en el Seminario Conciliar, y tuvo la satisfaccion de obtenerla con la unánime

aprobacion de sus jueces. Ya con su nueva investidura, pudo el infatigable jóven dedicar todos sus afanes á la realizacion de una generosa empresa, que desde hacía algun tiempo era objeto de sus constantes meditaciones: la restauracion en México de las doctrinas del gran filósofo de Aquino, á las cuales, segun ya he dicho, profesaba viva y entusiasta adhesion. Para él, únicamente en la alta enseñanza de Santo Tomás podían encontrar salvacion las sociedades modernas; solo por medio de ella podría librarse la juventud de las disolventes y perniciosas teorías que en los actuales tiempos propaga la revolucion por todas partes; y solo de ese modo, en fin, las creencias católicas en México podrían mantenerse incólumnes en la conciencia del pueblo.

Un maestro que con ardor y fé comunica sólida ciencia á sus discípulos, no imparte á éstos únicamente el bien que de aquella resulta, sino que lo extiende tambien á las futuras generaciones, á la generacion que más tarde solicitará las mismas luces de los que dejaron de ser estudiantes para convertirse en catedráticos. Bien penetrado estaba de esto el Sr. Sollano, cuando con el celo de un verdadero apóstol emprendió y llevó á término feliz la propagacion de la filosofía aquiniana; no siendo de extrañar, por lo mismo, que hubiese recogido abundantes y preciosos frutos. Si en la actualidad hay en México eruditos y profundos conocedores de los libros de Santo Tomás, y partidarios adictos de sus salvadoras doctrinas, débese en gran parte al Ilmo. Sr. Sollano, que supo despertar en sus

discípulos el amor y el entusiasmo por aquellos estudios.

Continuando mi narracion, debo decir que el 17 de Diciembre de 1842 ordenó de subdiácono el Ilmo. Sr. Posada al jóven Sollano, y que el inmediato día 25 del mismo mes recibió éste la órden del diaconado. Quiso el Ilmo. Sr. Portugal llevárselo para Morelia, ofreciéndole una prebenda en el coro de aquella catedral; pero fuese por humildad, fuese porque deseaba profundizar más y más los estudios que seguía en esta capital, se negó á aceptar tan lisonjera y honrosa distincion. Prosiguió, en efecto, sus tareas literarias en la Universidad, y habiéndose opuesto á la Beca de honor, la obtuvo fácilmente, mediante un lucidísimo acto que presenciaron personas ilustradas y distinguidas de nuestra sociedad. Alternaba sus estudios teológicos con otros de mero lujo y pasatiempo para él, como la física, la química, etc. El insigne historiador D. Lúcas Alaman le encomendó por este tiempo la direccion y educacion de sus hijos, dándole así una prueba del aventajado concepto en que lo tenía.

Llegó, por fin, la fecha de su ordenacion de presbítero; y ésta se verificó con gran solemnidad el 1º de Junio de 1844. Al día siguiente cantó su primera misa, con la asistencia del Ilmo. Sr. Madrid, que predicó el sermon. (1)

III.

Desde esta época, la vida del Sr. Sollano fué

(1) La casulla con que en aquel solemne día se revistió el Sr. Sollano, estaba valuada en 20,000 pesos.

más laboriosa y activa de lo que había sido hasta entónces: asombraba el conjunto de sus múltiples ocupaciones á los mismos que estaban acostumbrados á presenciar de cerca sus trabajos. Crecieron, si más era posible, su ardor y sus afanes por el bien y el adelantamiento de la juventud. Se dedicó al estudio de la astronomía, estableció un gabinete de física, gastando en aparatos una suma considerable; y cuando en 1846 se creó en el Seminario la cátedra de griego, él fué á desempeñarla, sin que sea necesario agregar que en todo procedía con el acierto y la eficacia que le eran habituales. Fué después rector del colegio de San Gregorio, más tarde del Seminario, que tanto habia ilustrado con su nombre, y tambien de la Universidad, institucion que él veía con cariño y con entusiasmo.

Por este tiempo, la cristiandad toda se agitaba de júbilo con la declaracion dogmática de la Inmaculada Concepcion de María. El gran Pontífice Pio IX, inspirado del cielo, y queriendo satisfacer un deseo de los católicos del mundo, acababa de anunciar al orbe aquella "buena nueva", que no obstante estar anticipadamente en la conciencia de todos fué recibida con dulcísimo alborozo. Las corporaciones, el clero de todos los países, las sociedades, etc., hicieron oir su voz en aquella fiesta que conmovió al mundo; y no fué ciertamente la Universidad de México la que dejó de estar bien representada en Roma. Su hijo más distinguido y predilecto, el Sr. Sollano, escribió á nombre de ella una admirable *Disertacion* sobre el

dogma de la Concepcion Inmaculada de María; disertacion que fué calurosamente encomiada en Europa, (donde se reimprimió) y que valió á su autor la mitra que ciñó pocos años despues.

Un escritor mexicano refiere que cuando el Ilmo. Sr. Munguia propuso al Pontífice Pio IX para primer Obispo de Leon al respetable Sr. Dr. D. José Guadalupe Romero, el Santísimo Padre tomó un librito que tenía cerca, y respondió:

—No, esa sede la tengo reservada para el sabio autor de esta "Disertacion."

En algún otro autor he leido tambien que la obra del Sr. Sollano alcanzó el segundo lugar entre todas las que sobre el mismo asunto se remitieron á Roma.

El Sr. Sollano fué tambien cura del Sagrario Metropolitano de esta ciudad; y, propuesto por el Illmo. Sr. Arzobispo Garza, se le preconizó obispo "in partibus infidelium" de Troade, auxiliar de la Arquidiócesis de México. Al poco tiempo, en 19 de Marzo de 1863 fué preconiza- por Su Santidad Pio IX primer obispo de Leon, habiéndole consagrado el Ilmo. Sr. Ramírez, en el citado templo del Sagrario, el 12 de Julio de aquel mismo año; pero á causa de las circunstancias políticas de la época, no pudo tomar posesion de su diócesis, sino hasta el 22 de Febrero de 1864.

IV.

Grave y delicada era en extremo la situacion de la República en los momentos en que el Sr.

Sollano se hizo cargo del gobierno espiritual de las ovejas confiadas á su celo por el Sumo Pontífice. No habían desaparecido aún los conflictos provocados contra la Iglesia por los revolucionarios de México; se escuchaban todavía los rumores de las guerras civiles provocadas por la Reforma; el país estaba cubierto de ruinas, y por todas partes espantosas profanaciones se habían verificado, con gran escándalo de la sociedad piadosa y fiel. Las pingües propiedades, en un tiempo tan benéficas para la agricultura y el impulso de empresas industriales, habían pasado de manos del clero á las de famélicos aventureros, cegados por la fiebre de riquezas; y por último, el pueblo mismo, fatigado de tantas luchas estériles, desengañado tristemente, y presa de mortal abatimiento, se sentía huérfano y sin amparo, acaso sin fé, al verse privado de sus libertades por aquellos que más pregonaban ser sus salvadores. No bastó, para reanimar sus agotadas fuerzas é infundirle nuevas esperanzas, que se le presentaran ejemplos de grandey verdadera abnegacion, que recibiera los consuelos de la caridad y que presenciara nobles y generosas luchas entre la autoridad eclesiástica desvalida y el audaz poder de la revolucion, henchido de saña y de odio para todo lo que significara cotolicismo en México. Solo de este modo podia hacerse comprender á las masas populares que sobre los intereses políticos y privados, objeto á la sazon de inacabables querellas, se elevaban el interes religioso y la integridad de las doctrinas católicas.

Nadie tan á propósito para afrontar con brío y enérgica constancia las dificultades de la situacion, precursora quizá de una catástrofe, como el Ilmo. Sr. Sollano, polemista infatigable, celoso y ardiente apóstol, corazon noble y magnánimo, y en quien resplandecía algo como una luz celeste, distintivo propio de los valerosos soldados de Cristo, que están siempre dispuestos á perecer mansamente si se les lleva al martirio. En efecto, la vida del ilustre Obispo de Leon fué una batalla incesante contra los enemigos de la fé católica, contra los que querían impedir las francas manifestaciones piadosas, contra los que deseaban arrebatar al pueblo sus salvadoras creencias, y contra todos aquellos, en suma, que impulsados por su fanática impiedad, hostilizaban de diversos modos á la Iglesia y á sus hijos.

Era el Sr. Sollano de convicciones firmes y de ánimo inquebrantable, pero dócil á la razon y al convencimiento. En su faz serena é inteligente, en su palabra resuelta, en la mirada viva y penetrante de sus ojos, revelábase una alma vigorosa y enérgica, nutrida de las sábias enseñanzas de la verdad: conocíase que sus resoluciones eran siempre irrevocables, y que jamás hacia la menor concesion á sus adversarios. Merced á esto, le veían con veneracion y respeto los numerosos hijos que formaban su grey, y tributábanle el homenaje de su respeto los que alguna vez le combatían. Persecuciones y hostilidades enfadosas le rodearon sin cesar durante su vida episcopal, llegando aquellas al sensible extremo de poner en grave peli-

gro su existencia, como sucedió en cierta ocasion en que el arma homicida destinada al pecho del prelado, fué desviada prontamente por el brazo vigoroso de uno de sus familiares. Pero él no cedió ni se intimidó jamás, ántes parecía que los riesgos y las amenazas redoblaban su brío y su ardimiento, y comunicaban mayores fuerzas á su espíritu. "Su política—ha dicho un escritor—no se avenia con ningun género de conciliaciones ni de medias tintas. No pudo entenderse con ningun gobierno liberal, y no cesó de reclamar primeramente la libertad de la Iglesia. Luchó con Maximiliano, luchó con Juárez, luchó con Lerdo, y más inmediatamente con los jefes políticos de las ciudades y pueblos de la diócesis. A uno de ellos, el más terrible, dirigió estas palabras de la Sagrada Escritura: "*Ni vivo, ni muerto, escaparás de la mano de Dios.*"

El Sr. Sollano, durante el ejercicio de su sagrado ministerio, á todo atendia, en todas partes estaba presente, y la obra más insignificante recibia con toda oportunidad el vigoroso impulso de su fecunda iniciativa y de su apoyo material y moral. Visitas generales á todo el Obispado, cátedras en el Seminario, predicaciones, construcion de iglesias y de capillas en diversos pueblos, tandas de ejercicios que dirigia por sí mismo, estudio constante de las obras más modernas para imponerse del movimiento intelectual contemporáneo; y por último, el despacho de su gobierno, una activa y numerosa correspondencia, decisiones, confirmaciones, etc., hé aquí las labores que dividian

los dias del primer prelado de Leon, sin que jamás la variedad de ellas hubiese alterado la admirable igualdad de su carácter, el cual era amable y sencillo, bondadoso, y de una ingenuidad y franqueza encantadoras. Nada más dulce y simpático que su trato; ninguna conversacion más agradable, más sembrada de oportunas y hermosas ideas que la suya. Enseñaba sin pretenderlo, y de sus labios se recogían siempre útiles y acertadas advertencias.

Desconocía la ociosidad y las vanas pompas con que suelen adornarse los palacios del mundo, pues su humildad pareció crecer de un modo extraordinario desde que lo ungieron Obispo. En sus habitaciones no había alfombra ninguna, y refiérese que cuando un rico propietario de Leon mandó ponerlas, aprovechando una ausencia del señor obispo, éste, á su regreso, las regaló á las iglesias más pobres del Obispado.

Inocentes y pacíficas eran sus costumbres, frugal y modestísima su mesa; cortas las horas que dedicaba al descanso; y en todo procedía siempre con una discrecion y delicadeza sin igual. A la juventud, como porcion más numerosa y escogida de su grey, miraba y trataba con una especial predileccion. Celoso de su instruccion, amante de ver á los jóvenes en una carrera feliz, y seguro de lo importante que era difundir entre ellos los preceptos de una sólida ciencia, los guiaba, los atendia, satisfacia sus necesidades, y les prodigaba con la más tierna solicitud los tesoros de un cariño verda-

deramente paternal. El Seminario de su Obispado era, sin duda, uno de los mejor atendidos de la República, pues la incesante vigilancia que sobre él ejercia el Sr. Sollano, era prenda segura del buen servicio de las cátedras y del crecido aprovechamiento de los alumnos.

La caridad era otro de los rasgos prominentes del señor Obispo. No contento con prodigar á su pueblo á toda hora y en todo tiempo los beneficios espirituales, se complacía en socorrer liberalmente á los pobres, quienes hallaban siempre abiertas las puertas de su corazon benévolo, y las de su casa.. Dos veces al año, el 19 de Marzo y el Jueves Santo, hacia servir en su propia casa una expléndida y abundante comida á los huérfanos, á los necesitados y á los mendigos de la ciudad. En secreto, distribuia crecidas limosnas, y tenia destinadas, además, cantidades fijas para el sostenimiento de familias pobres y para el fomento de algunas instituciones piadosas. Uno de sus biógrafos ha dicho, con acierto, que "si la vida del Sr. Sollano era sóbria y sus costumbres sencillas, *era para tener más que dar.*"

V.

Quédame aún por decir algo acerca de los varios escritos dados á luz por el Ilmo. Sr. Obispo de Leon, y mencionar, siquiera sea ligeramente, las buenas obras hechas por él en su diócesis; las cuales fueron tantas y tan útiles que su relato parecería fabuloso en estos tiem-

pos de suma pobreza para la Iglesia, si no se supiera que el generoso Sr. Sollano había heredado de sus padres una cuantiosa fortuna. En efecto, esta dichosa circunstancia le permitió seguir más de una vez los impulsos de su corazon caritativo en favor de los pobres y de los necesitados de su grey, así como tambien de cuantas empresas é instituciones pudieran contribuir á su bienestar moral y físico. Pero de esto hablaré luego.

Además de la *Disertacion sobre la Concepcion Inmaculada de la Virgen María*, que antes he mencionado, el Sr. Sollano escribió diversos opúsculos, pastorales, etc., nutridos todos de la más alta enseñanza, y que revelan la extension y profundidad de los conocimientos que poseía. "La Teología y la Filosofía más elevadas—leo en unos apuntes—le eran familiares; conocía á fondo la Historia, sabía todo lo de México y fué muy aficionado á las ciencias exact s y á las naturales. Enseñaba el griego, hablaba el francés, entendía el inglés, y el latín era para él como su lengua nativa. A un talento de primer órden unía una memoria más admirable todavía; pero sobrepujaban á ambas la virtud y la santidad."

Durante el ejercicio de su profesorado en México, escribió el Sr. Sollano un tratado de física siguiendo á Pouillet, pues de tal pueden calificarse las numerosas y bien ordenadas anotaciones que hizo á la obra de este autor. Publicó igualmente un "Curso de Lógica," y así éste como el Tratado de Física, se estudiaron por mucho tiempo en varios colegios de la Re-

pública como obras de texto. Anteriormente á estos trabajos, había redactado varios periódicos, y recien ordenado de presbítero, ya colaboraba en *El Siglo XIX.*

Una de sus obras más famosas y que causó honda sensacion en la época en que salió á luz, fué su admirable folleto titulado: "Exposicion contra las Leyes de Reforma," verdadera gloria nacional que honraría á cualquier publicista, segun frase de un escritor, y en cuyas páginas no se sabe qué celebrar más, si la vigorosa é incontestable lógica de todos los raciocinios y deducciones, ó la magnífica y sólida enseñanza que en ellas se encierra. El Sr. Sollano supo describir con mano firme y estilo inspirado todos y cada uno de los ataques de que se hizo víctima á la Iglesia Católica en México, así como tambien la série de desdichas que á causa de aquellas se desatarían contra la nacion.

Sus "Cartas Pastorales," que ascendieron á veintidos, son notables por la copiosa doctrina de que están llenas, no ménos que por su estilo fácil y persuasivo, impregnado del suave perfume de la moral evangélica. Revelábase en sus palabras el pastor celoso y prudente, observador de la sociedad en que vive y que seguía con atenta mirada las tendencias del Gobierno y del pueblo. Con frases dulces y cariñosas hacía eficaces advertencias á sus diocesanos, los instruía y los dirigía; disipaba sus dudas y vacilaciones, les infundía ánimo para la lucha y en todas ocasiones les daba con su vida elocuentes ejemplos de abnegacion, de piedad y tambien de patriotismo.

Su última obra fué la *Disquisitio Theologica:* en ella expuso el Sr. Sollano de una manera magistral el verdadero sentir de Santo Tomás sobre la Inmaculada Concepcion de la Vírgen María; y aunque no me es dado manifestar mi opinion acerca de una obra tan elevada por carecer de la competente autoridad para juzgarla, diré que personas inteligentes la reputan como la produccion más acabada, digna de un verdadero sábio.

VI.

La instruccion y educacion de la juventud; la propagacion entre ella de las doctrinas de una sana filosofía; las buenas costumbres del pueblo, cuyo mejoramiento procuraba por medio de la predicacion y de las prácticas piadosas; la integridad y el respeto de la doctrina católica entre sus ovejas; el esplendor del culto divino: hé aquí los puntos que ocuparon siempre de un modo muy particular, como era debido, la atencion del señor Obispo. Convencido de que sin sacerdotes que lo auxiliaran en sus tareas, no podría lograr nunca la completa realizacion de sus propósitos, procuró rodearse en todas épocas de los más ilustrados y laboriosos que le era posible conseguir. Atraía á su lado á los jóvenes que mostraban verdadera y decidida vocacion á la carrera eclesiástica, cualesquiera que fuesen su clase y condicion: se hacía cargo de ellos, y les prodigaba, como ántes dije, los solícitos cuidados de un padre

tierno y cariñoso. Y con el fin de tener un establecimiento donde la juventud recibiera una educacion conforme á sus deseos, fundó y dió constituciones al Seminario, al cual proveyó de inteligentes catedráticos, de los libros y enseres mejores, y de los instrumentos que se necesitaban en los gabinetes de física, química é historia natural.

En ese establecimiento daba las cátedras de Griego, Lógica y Sagrada Escritura, turnando ésta por años con la de Disciplina Eclesiástica, para la cual escribió una obra de texto; y cuidaba de dicho plantel al par del señor Rector, presidiendo todas sus funciones literarias, desde los actos públicos, hasta las lecciones de refectorio.

Construyó ta.nbien la Santa Iglesia Catedral, gastando en ella la considerable suma de doscientos mil pesos, y la cual es hoy uno de los templos más ricos y hermosos de la República por su vasta extension, adecuada al inmenso número de fieles que lo frecuentan, por el buen gusto que revelan los altares, el coro y las imágenes, y por el artístico conjunto, en fin, que presenta en su interior y en su exterior.

Además de esta admirable fábrica de la Catedral, que por sí sola es ya bastante para que en su diócesis sea perpetuamenre bendecida su memoria, el Sr. Sollano levantó en diversos puntos *ciento diez* iglesias, cifra enorme y verdaderamente asombrosa, no sólo por referirse este hecho á una época en que las fundaciones piadosas son tan escasas, por no decir nulas, sino tambien porque fué una sola persona quien

ejecutó aquel, en un cortísimo número de años, diez y ocho, que fue on los que el Sr. Sollano permaneció al frente del Obispado. Apénas son concebibles los esfuerzos, la constancia, la abnegacion y los obstáculos que el infatigable prelado tendría que vencer para reunir los diversos y complicados elementos que lo condujeron á aquel admirable resultado.

Y creo que no será aventurado presumir que el señor Obispo de Leon, al proponerse y llevar á cabo la construccion de tan crecido número de iglesias, sería hostilizado con frecuencia por las autoridades políticas del lugar, quienes sin duda procurarían estorbar por mil medios este género de obras del Sr. Sollano. Mas debemos observar aquí que si ellas enaltecen á éste, son tambien un elogio para su pueblo, que secundando eficazmente á su prelado, dió elocuente testimonio de su piedad y de su fé.

Construida una iglesia, el infatigable Sr. Sollano procuraba con empeño proveerla inmediatamente de pastor que la sirviera, procediendo al hacer la designacion respectiva con aquella discrecion y prudencia que tan propias eran de su carácter. El señor Obispo sabía mejor que nadie cuántas y cuán singulares dotes se han menester para la cura de almas, ministerio sin duda el más importante en las poblaciones donde se ejerce; y de aquí que el Prelado de Leon se fijara siempre en sacerdotes de una virtud ejemplar, de suave y amable condicion, apropósito para establecer un comercio fácil entre ellos y el pueblo.

Singular penetracion tenía el Sr. Sollano pa-

ra hacer aquellas elecciones; pero á pesar de esto, él quiso establecer en su diócesis una costumbre que ofreciera mayores garantías de acierto; y fué, la apertura de un concurso para la provision de curatos. Dos veces se observó aquella práctica, y no es necesario decir que fué completo y satisfactorio el resultado.

Procuró siempre el Sr. Sollano con incansable afan, la instruccion religiosa y civil de la niñez desvalida perteneciente á la clase indígena, y en distintos pueblos de su diócesis fundó y sostuvo escuelas á donde aquella concurría.

VII.

La anterior enumeracion de las buenas obras del Sr. Sollano, así como otras que dejo de mencionar por no hacer más difuso este artículo, acreditan de un modo evidente la incesante dedicacion con que atendía al remedio de las necesidades espirituales y temporales de su pueblo; y así no debe extrañarnos que éste y el clero le profesasen una adhesion ilimitada y un cariño que tenía mucho de filial.

Si mal informado por los enemigos del señor Obispo hubo quien alguna vez dejase de quererlo y amarlo, deponía sus sentimientos hostiles al punto en que por cualquier motivo se acercaba á él y recibía sus miradas llenas de benevolencia y de paz. Refiérese que cierta ocasion, una persona desconocida solicitó hablarle en audiencia reservada, á lo cual el Sr. Sollano accedió inmediatamente, segun era su

costumbre. Solos ya los dos, el extraño visitante se arrojó á los piés del prelado, confesándole que su intencion y el encargo que traía era asesinarlo; pero que al contemplar su persona amable y simpática y al leer en sus ojos la dulce bondad de su alma, había comprendido la enormidad del delito que iba á cometer, y se arrepentía.—Lo demás que pasó entre ellos lo guarda la tumba del señor Obispo.

Siete visitas generales hizo el Sr. Sollano á su Obispado, é iba á concluir la octava, cuando la enfermedad que le llevó al sepulcro lo postró en el lecho. Sufrió los dolores que Dios mandó sobre él con mansa y humilde resignacion, y áun en medio de las molestias naturales que su mal le causaba, quería atender á las obras y ocupaciones que habían llenado su vida. El pueblo seguía con dolorosa ansiedad el curso de las dolencias de su amado Obispo, y éste espiró por fin el 7 de Junio de 1881, á las dos y cuarto de la madrugada. La mayor parte de los habitantes de la ciudad se pusieron en pié desde esas horas, y un inmenso gentío rodeó la casa episcopal El pueblo desde entónces dice uno de sus biógrafos—"rodea su tumba, dando aquellas señales de veneracion, que segun leemos en la Historia Eclesiástica, se vieron en los sepulcros de los grandes santos, ántes de que fueran elevados á los altares. Su sepulcro jamás ha dejado de estar materialmente cubierto de flores, sin cesar renovadas. La lápida, que está al nivel del suelo, jamás ha sido pisada, ni en la mayor afluencia de gente, como en la misa de doce ó en las grandes so-

lemnidades. Desde un lugar elevado como el presbiterio, se nota perfectamente el cuadro donde está colocada, en medio de la ola del pueblo que ocupa la catedral. Dicha lápida está dentro del templo frente á la puerta mayor." (1)

Tal fué el primer Obispo de Leon; pastor en quien resplandecieron las virtudes y las dotes de un verdadero apóstol que supo derramar el bien por todas partes con una prodigalidad casi sin ejemplo entre nosotros. Escuelas y colegios, iglesias y ejercicios piadosos, celo por la integridad de la doctrina católica, esplendor para el culto divino, asistencia á los desamparados y á los pobres, luz á los ignorantes, en todo se ocupaba, á todo atendía aquel humilde y laborioso prelado que merece llamarse con justicia el BORROMEO MEXICANO.

Su memoria no se borrará nunca en aquella diócesis; y el Sr. Sollano será considerado en la posteridad, como lo es ya desde hoy, gloria y prez de la Iglesia Católica y de nuestra patria.

---

(1) Presb. D Ramon Valle, en un artículo dedicado á la memoria del Sr. Sollano.

Para que se comprenda la suma veneracion y el tierno cariño que los fieles de la diócesis de Leon profesan á la memoria del que fué su primer prelado, véase el tesoro espiritual que fué ofrecido por los socios del Apostolado de la Oracion en sufragio del alma del Ilmo. Sr. Sollano, durante el tiempo que aquella Iglesia permaneció viuda. —Dias ofrecidos, 1,182. Misas celebradas ú oídas, 34,107. Comuniones Sacramentales, 43,855. Estaciones al Santísimo, 1.425,671. Oraciones y ejercicios piadosos, 1.665,779. Rosarios y viacrucis, 1.091,241. Mortificaciones, 44,601. Obras varías, 4.983,479. Todo forma un total de 9.248,218.



DON FELIX PARRA.

I

GRANDES son los obstáculos que en nuestro país tienen que vencer los jóvenes que se dedican á la carrera de las bellas artes. Sin estímulos, sin elementos para emprender sérios estudios, sin aquel apoyo moral de la sociedad que en ocasiones podría suplir á los de otro género, los que aquí se sienten con vocacion para el cultivo de la pintura, ven transcurrir los mejores años de su vida en medio del desden y de la indiferencia de todos. Necesítase un vivo y crecido amor al arte para perseverar en las aficiones que á él se tienen, pues ni provecho ni gloria se conquistan en México con aquella carrera. Hé aquí por qué son dignos de elogio, y merecen la simpatía de las personas sensatas, los que luchando con escaseces y careciendo de la necesaria asistencia, emprenden y siguen con fé la fatigosa senda de los estudios artísticos. Y dignos son tambien de la gratitud y admiracion de sus compatriotas, los

que merced á sus esfuerzos y á su constancia logran alcanzar un lugar eminente, dando así gloria y honra al país que los vió nacer.

Pertenece al número de estos celosos y entusiastas cultivadores del arte, el jóven pintor D. Félix Parra, aprovechadísimo alumno de nuestra Academia Nacional de San Cárlos, autor de varias notab es composiciones, y artista que con su talento y sobresalientes dotes está llamado á figurar dignamente al lado de los Pina, los Rebull, los Sagredo y tantos otros que han dado lustre á aquel Establecimiento.

II

Vió la primera luz el Sr. Parra en la ciudad de Morelia, el 17 de Noviembre de 1845, hijo de D. Mariano Ramon Parra y Doña Juliana Hernández. En las escuelas y colegios donde cursó los ramos de instruccion primaria, empezó á dar señales de su aficion al arte, valiéndose, para hacer sus primeros ensayos de pintura, del jugo de las flores que por sí mismo extraía y preparaba.

En 1861 ingresó al Colegio de San Nicolás de aquella capital, y allí dió principio á sus estudios de dibujo bajo la direccion del pintor D. Octaviano Herrera, continuándolos despues, los años de 1862 y 1863, con la de los Sres. D. Ramon Anzorena y D. Job Carrillo. En 1864 vino á esta capital, y desde luego pasó á inscribirse como alumno de la Academia de San Cárlos. Aquí, entregado á estudios superiores, disfru-

tando de medios que no podía haber en Morelia, y recibiendo las lecciones de hábiles y entendidos maestros, el jóven Parra sintió crecer su aficion y amor al arte, los cuales hallaban un poderoso incentivo en las galerías de excelentes cuadros pertenecientes al Establecimiento que él contemplaba sin cesar.

Despues de haber perfeccionado los estudios de dibujo hechos en su ciudad natal, y emprendido otros, que se juzgaron necesarios por el catedrático del ramo, D. Juan Urruchi, pasó el Sr. Parra, el año de 1865, á la clase de pintura que tenía á su cargo el célebre é inolvadable maestro Pelegrin Clavé, de memoria grata entre nosotros. En dicha cátedra permaneció nuestro jóven dos años, esto es, hasta el de 1867 en que terminó los primeros cursos sérios de pintura; y en 1868 pasó á estudiar el natural, sirviéndole de director el reputado y modesto artista D. Santiago Rebull.

En 1869, época en que comenzó á dirigir la clase de pintura el Sr. D. José Salomé Pina, continuó el Sr. Parra sus estudios de aquel ramo, dando pruebas todos los días de un sólido y extraordinario aprovechamiento, fruto natural de la asiduidad con que trabajaba. Dos años despues, en 1871, dió principio á sus labores de composicion, ejecutando la primera obra original que presentó en Diciembre de aquel mismo año en la Exposicion de la Academia, y la cual no anunciaba ciertamente al futuro autor del "Galileo" y de otros cuadros que señalaré despues. Titulábase la mencionada composicion "El cazador;" y en ella, por su índole y condi-

ciones especiales, no tenía el artista campo suficiente donde ejercitar sus dotes, pues como primer ensayo de composicion, correspondiente al año escolar, solo debía contener una figura, y ésta debía de ser al desnudo.

Increíble parece que entre las obras del Sr. Parra se cuente en segundo lugar, por el órden cronológico, un cuadro tan excelente y acabado como el que representa á "Galileo en la Escuela de Padua demostrando las nuevas teorías astronómicas," porque los admirables adelantos que él revela no parecen haber sido alcanzados en el corto tiempo transcurrido desde que presentó su primera composicion. En esta, preciso es decirlo, apénas dió señales de sus dotes artísticas; miéntras que en la segunda apareció ya como un verdadero maestro, conocedor de los secretos del colorido, de fino y delicado gusto, de pulso firme y seguro, que sabía dar á las figuras que trazaba la actitud natural, verdadera y adecuada á las pasiones ó sentimientos que debían representar.

Cuando en 1873 fué presentada al público la excelente obra del Sr. Parra en la Exposicion de pinturas verificada ese año, la sorpresa y el júbilo se mezclaron en el ánimo de cuantos la contemplaron. Un aventajado artista, de talento, de sólidos estudios, y en quien no se encontraban las exajeraciones ni los defectos propios y áun naturales en los principiantes; un artista cuya primera obra le aseguraba de una vez y para siempre envidiable reputacion, acababa de aparecer en el cielo del arte de México, escaso por desgracia de relucientes astros, no obstante

que en él brillan con indecible esplendor los Juárez, Cabrera, Ibarra y otros.

Este cuadro, en efecto, revela una inspiracion feliz y vigorosa, un estudio detenido de las líneas, de los e ectos de luz, del colorido, lleno de esmalte y de brillante entonacion; y se observa tambien en él una notable correccion en el dibujo, suma exactitud en los detalles, un conocimiento profundo en el claro-oscuro. La manera de plegar los paños es élegante y de una propiedad intachable. Galileo, sentado con la reposada majestad de.la ciencia, tiene en una mano el compás de proporcion con el cual indica sobre una esfera celeste (armilar) la posicion de los astros, y el fundamento de las teorías astronómicas de Copérnico; y son de ver la expresion de su mirada serena y profunda, cual corresponde al infatigable investigador de la naturaleza y al filósofo que se entrega á las más hondas meditaciones sobre el método científico: en aquellos ojos parece brillar una antigua é inquebrantable conviccion. En la figura del fraile hay que elogiar la demacracion del rostro, resultado natural de las prolongadas vigilias y de las crudas mortificaciones. La atencion con que oye al gran astrónomo, y el interés que le inspiran sus teorías, están indicados con haberle puesto de pié el artista, sin que esto quiera significar, como han querido suponerlo algunos maliciosos, que la Religion debe estar sumisa á la ciencia.

Por lo demás, el cuadro contiene detalles delicados que avaloran y completan el asunto; los cuales, sin distraer la atencion del observador,

realzan el mérito de la obra y contribuyen á la armonía total.

III

Despues de *Galileo*, fruto magnífico del ingenio del Sr. Parra, presentó éste á la admiracion de los amantes del arte, su gran cuadro "Fray Bartolomé de las Casas," en el cual trató un asunto que despierta la más viva y singular emocion. El incansable y heróico defensor de la raza indígena; el celoso apóstol que predicaba por todas partes con fervoroso entusiasmo la moral evangélica, sin que le detuvieran jamás temores ni amenazas, hállase en el recinto de un templo destruido donde acaba de ser inmolado un padre de familia, que había ido á depositar unas flores sobre la tumba de sus antepasados. La abandonada esposa se acoge llena de esperanza á la proteccion del dulce y manso sacerdote, que con solícitas diligencias procuró mitigar siempre los sufrimientos de los conquistados.

Sabidos son de todos la ardiente y viva caridad, la infatigable constancia, el tierno amor á la clase indígena, que caracterizaron de particular manera al primer Obispo de Chiapas. Condolido de las amarguras y dolores que cayeron sobre aquella, cuando la avaricia de algunos conquistadores quiso convertir á los naturales de la tierra en dóciles instrumentos de trabajo, él los consolaba y dirijía, les hablaba el dulce lenguaje del cristianismo, y derramaba sobre sus

heridas el suave y maravilloso bálsamo de la más dulce resignacion.

De aquí que cualquier episodio de la vida del Sr. Las Casas ofrezca dificultades espinosas para el artista que quiera presentarlo en sus cuadros; pues aquella actividad, aquel ánimo fogoso que muchas veces lo condujo á sérios conflictos, no ménos que sus firmes propósitos de sacrificarse por el bien de los indios, tienen que formar extraño contraste con los sentimientos de la dulzura y de piedad que para éstos abrigaba en su corazón.

Mas, el Sr. Parra, sea dicho en honor suyo, supo salir airoso de las dificultades que ofrecía el asunto escogido para su cuadro. En él brillan las mismas excelencias de propiedad, entonacion, correccion en el dibujo y plegado de los paños que ya observamos en el *Galileo*, siendo notab e además esta tercera obra del Sr. Parra, por la uncion y la apacible mansedumbre de que está lleno el semblante de Fr. Bartolomé. La figura del indio muerto es un buen estudio del desnudo, y está representado en un escorzo difícil, pero que fué felizmente ejecutado. La india produce en el ánimo del espectador suave simpatía; despierta honda conmiseracion por la raza conquistada, y su actitud humilde revela con propiedad los sentimientos que en aquellos instantes deben embargarla: aunque tiene oculto el rostro, compréndese luego que es un tipo acabado de belleza azteca. Es una escena de lástima, á la cual conviene la entonacion que le dió el artista, algo fria y cenicienta, que impresiona el

alma, pero que pone como de relieve la caridad intensa y viva de la figura principal. Hay en todo el cuadro cierta atmósfera de tristeza que se comunica al que lo contempla; la espontaneidad es propia de un maestro, las telas y el fondo están perfectamente caracterizados, y los objetos todos y los pormenores de la escena completan admirablemente el conjunto

Entusiastas y merecidos elogios conquistó el Sr. Parra con su nueva obra, y refiérese que el Presidente Lerdo de Tejada, cuando visitó la Exposicion en que fué presentada, dirijió al autor estas palabras, en medio de la más lisonjera y honrosa felicitacion:

—"Irá vd. á Europa á perfeccionar sus estudios, en justo premio de sus adelantos y de sus afanes."

Desgraciadamente esta promesa del Sr. Lerdo no se pudo realizar, pues los acontecimientos políticos lo separaron poco despues del alto puesto que ocupaba.

Al cuadro de "Fray Bartolomé de las Casas," siguió el de "Una escena de la Conquista," exhibido en la Exposicion de 1877. Hé aquí lo que de esta obra decía un sensato crítico mexicano:

"Un jefe español que entra en un templo azteca, y que, despues de matar á sus moradores, se apropia lo que poseían.... A pesar de la dificultad de agrupar un gran número de figuras, el artista ha sabido salir airoso en la composicion. Esta escena respira devastacion y sangre. Causa indignacion y terror el verla solamente. Esa india moribunda, que, arrojando

una mirada llena de odio y de miedo al mismo tiempo al español, tiende sus manos para recoger á su hijo muerto, es sublime, de gran sentimiento y de verdad. La figura y los ademanes del conquistador están llenos de arrogancia, y en perfecto carácter con el resto del cuadro. La perspectiva es soberbia, y admirablemente comprendida; el dibujo sumamente correcto, y cada figura es un verdadero estudio del natural. Aquellas carnes del indio cuyo cadáver yace al pié del guerrero español, palpitan aún de dolor por las heridas recibidas. El colorido es, por desgracia, débil, y esta circunstancia hace que el cuadro pierda su vida y animacion."

Tal fué uno de los mejores cuadros de la Exposicion de aquel año, y el último que ejecutó el Sr. Parra por entónces, pues en Enero de 1878 partió para Europa, con el fin de perfeccionar sus estudios, y contemplar los modelos clásicos. Este viaje lo emprendió el jóven artista por indicacion y á expensas del ilustrado Director de la Academia Sr. D. Roman de Lascurain, quien conociendo las notable aptitudes de tan aventajado alumno, le cedió gustoso parte de su sueldo, para que pudiera ir á recibir las lecciones de maestros europeos, y recojer los provechosos frutos que se obtienen con el exámen de los ricos museos del viejo mundo.

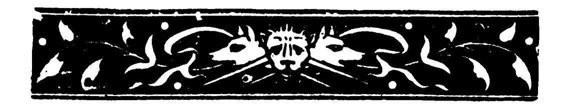
IV

Merced á aquel rasgo de generoso desprendimiento del Sr. Lascurain, por desgracia nada

comun entre nosotros, pudo el Sr. Parra permanecer en Europa cerca de cinco años, en cuyo tiempo es de creer haya alcanzado sólidos y positivos adelantos. Las obras que remitió de Paris y que fueron colocadas en las salas de la Academia durante la pasada Exposicion, más que verdaderos cuadros, merecen llamarse bocetos y estudios del natural, notables por cierta novedad que en ellos se advierte y por la limpieza del dibujo y la verdad del colorido. Adviértese en esas composiciones un cambio de escuela muy marcado, que es prueba segura de los prolongados estudios y sérias meditaciones á que el Sr. Parra estuvo entregado durante su ausencia.

A su llegada á México, en Diciembre del año último, (1) fué nombrado catedrático de dibujo de ornato y decoracion en la Academia de San Cárlos; y así en ese puesto, como en otros á que más tarde lo llamen sus méritos, no es dudoso que sabrá contribuir debidamente al florecimiento del arte entre nosotros. Su juventud, su instruccion y talento; la laboriosidad de que ha dado pruebas y el exquisito gusto que caracteriza todas sus obras, le anuncian en nuestra patria sólida y duradera gloria.

[1] Esto se escribía en 1882.



DON MANUEL JOSE OTHON.

— —

(Prólogo á la Coleccion de sus *Poesías* publicadas en 1880.)

I

HACE todavía pocos años, cuando la ausencia del hogar propio, las tristezas de una vida solitaria y aislada, y los afanes laboriosos de las aulas nos traían abatidos é inquietos,—varios estudiantes de medicina y de derecho, conocedores de nuestra situacion, nos reunimos en fraternal amistad para vivir y trabajar bajo un mismo techo, y formar, en cierto modo, una sola familia que fuese como la sombra ó el remedo de la que cada uno había dejado en su pueblo. Limitamos para esto nuestra libertad en aras del bien comun; ajustamos nuestras costumbres á determinadas reglas y método, con el fin de alcanzar ciertas comodidades que no podríamos haber tenido viviendo separados; é hicimos, por último, comunes nuestras alegrías y nuestras

penurias de estudiantes. Nuestra existencia, así, fué ménos triste, ménos amargas las horas de soledad y de fastidio, y más llevaderas las penas y zozobras que nunca faltan á los que viven fuera del seno de su familia.—Un rato de franca y amistosa conversacion nos distraía agradablemente despues de estar largo tiempo sobre los libros; pues con frecuencia sucede que el espíritu, cansado y fatigado de tareas superiores, se deleita en aquellas sencillas frivolidades, en aquellas íntimas y sabrosas expansiones que son el encanto de una conversacion entre jóvenes. Hablábamos de todo; nos comunicábamos nuestros proyectos y esperanzas para el porvenir; se referían anécdotas, episodios, chascarrillos; se comentaban los sucesos del dia, y hacíamos, en suma, cuanto podía apartarnos de los tristes recuerdos del pasado y del solitario aislamiento del presente.

Muchos de aquellos amigos mios eran nativos de San Luis Potosí, y en sus conversaciones hablaban siempre, como era natural, de su país y de sus amigos de allá, de sus usos y costumbres, de los paseos, comodidades y regalos que habían dejado, para venir á buscar aquí los veneros de la ciencia, y á conquistar un título que fuera honor suyo y de sus familias.—Yo escuchaba con interés estas conversaciones, y me agradaba provocarlas; porque es natural que cause novedad lo que uno no conoce; y tanto se repitió esto, tan vivas y minuciosas eran las descripciones que yo oía de lugares, hechos y personas de San Luis, que al poco tiempo me había formado idea de todo, y casi nada me era

desconocido. Y entónces nació en mí cierto cariño á aquel Estado, señaladamente á su capital, cuyos habitantes me parecieron amables ilustrados y laboriosos. Más tarde he tenido repetidas oportunidades de ver que no me engañaba.

En mis conversaciones con los estudiantes, potosinos, supe que había en San Luis un grupo de jóvenes amigos de las letras, y que entre ellos figuraba notablemente por su ardiente aficion y entusiasmo, D. Manuel José Othon, cursante de leyes en el Instituto Literario. Me dijeron que su gusto por la literatura, su carácter expansivo y abierto, su amor á los libros y á los escritores, de tal manera le dominaban, que sin abandonar por ello los estudios jurídicos, vivía siempre leyendo, escribiendo, haciendo versos y conversando sobre asuntos de crítica ó de historia; que estaba al tanto del movimiento literario de la capital y de los progresos que en este ramo se alcanzaban; que no le eran desconocidas las obras más notables y más modernas de los grandes literatos, así nacionales como extranjeros, y que su placer favorito, en fin, su única ambicion, era vagar con libertad por el ameno y florido huerto de la poesía El sostenía, además, en compañía de jóvenes inteligentes como Colunga y Dávalos (J), el fuego sagrado de las letras en San Luis, ora fundando y redactando periódicos, ora leyendo poesías en fiestas ó reuniones.—Estas noticias hicieron que el Sr. Othon apareciera á mis ojos como una risueña esperanza para nuestra literatura, y que viera yo en él á un escritor y á un poeta

que con el tiempo podría distinguirse en México. ¿Y no es interesante, por otra parte, un jóven modesto, inteligente y estudioso, que apartado del centro de la ilustracion de un pueblo, sin los elementos que aquí tenemos, acaso sin estímulos, y condenado á ver solo de léjos el teatro en que por su talento podría figurar; no es interesante y digno de estimacion un jóven que así cultiva, lleno de fé y de entusiasmo, la literatura y la poesía, leyendo para ilustrarse y formar su gusto, y escribiendo diversas composiciones?—Sí que lo es, y mucho; y no de otra manera comenzaron su carrera de triunfos algunos de los que hoy son gloria y ornamento de la literatura española.

¡Los poetas de provincia! Selgas, Alarcon, López de Ayala, Cánovas del Castillo, y cien más, lo fueron; y ántes de que sus nombres resonaran en la capital de la Península, ya ellos habían hecho oír en sus pueblos tiernos y sentidos acentos, los primeros que salieron de sus liras de poetas. Jóvenes nacidos en la oscuridad de una aldea ó de una ciudad antigua y olvidada; criados en los campos, en las régias pompas de la naturaleza; alimentando allí su mente y su corazon de ilusiones y de esperanzas generosas; dotados de una alma ardiente y soñadora, de una imaginacion viva, de un ingenio lozano y vigoroso,—devoran los libros que llegan á sus manos, leen idilios y poemas, dramas y novelas, y comienzan á comprender que hay otro mundo más allá del límite de sus montañas y de sus valles, donde todo es bello y halagador, y el alma puede satisfacer la sed

misteriosa que le aqueja, los desconocidos anhelos que le arrebatan su plácida quietud. Sienten en el fondo de su corazon algo vago é indefinible que quiere salir de ellos, y arrebatados de entusiasmo, impulsados por un secreto poder, se desahogan en la soledad y el silencio de los campos paternales, escribiendo tiradas de versos, malos é incorrectos si se quiere, pero espontáneos todos, inspirados y sentidos. Quieren luego público, aplausos, un teatro más vasto y despejado donde ejercitar sus dotes y adquirir honrosamente los laureles de la gloria; saben que allí encontrarán estímulos, que su inteligencia podrá nutrirse de sólida enseñanza, su gusto formarse y afinarse, su ingenio y su pluma enriquecerse de fuerzas y brío, frecuentando libremente los grandes maestros de la inspiracion y del lenguaje; piensan, en fin, que allí hay hombres inteligentes y desprendidos que conceden apoyo al talento y recompensa al trabajo, y que pueden juzgar y conceder hermoso lauro á quien de él sea digno. Mas, ¡cuán pocos de estos soñadores consiguen volar desde su nido á ese mundo de risueñas ilusiones! ¡Cuántos quedan olvidados, oscurecidos, sin ánimo ni aliento para seguir esperando! No todos encuentran, como Selgas, un Conde de San Luis que los saque de su pueblo para ir á figurar al lado de las grandes notabilidades literarias de la época, ni todos se atreven á dejar la casa de sus padres, como Alarcon dejó á Guadix, para trasladarse á Madrid en busca de gloria y de fortuna en las letras; solo, desamparado, desconocido, en medio de las luchas del periodismo,

llevando una vida errante y azarosa, teniendo amarguras y soledades como aquellas que sentida y magistralmente describió en su artículo *La noche-buena del poeta*....

Ahora bien; el Sr. Othon no ha abandonado el patrio suelo, la ciudad de San Luis; y sin soñar acaso, porque es mucha su modestia, con los triunfos literarios que se alcanzan en las grandes capitales, ha podido leer y escribir sosegadamente, y creo, por lo mismo, que no necesita más para conquistarse un buen lugar y una buena reputacion en la literatura mexicana. Allá en San Luis ha conocido las reglas y los preceptos, ha leído los mejores autores, ha educado su gusto, y siguiendo sus inspiraciones propias, ha escrito esta coleccion de versos, que sin duda puede y debe considerarse como magnífica promesa de lo que es capaz de escribir más tarde. Tiene entusiasmo, es inteligente y modesto, revela ser estudioso y dedicado; y esto basta para que alcance positivos y sólidos pro gresos en la composicion literaria.

II

Viniendo ya al exámen de las *Poesías* contenidas en este tomo, diré desde luego que me parecen buenas, y dignas muchas de ellas de un talento inspirado y de una imaginacion sana y ardorosa.—La coleccion, en general, respira sentimiento y melancolía, natural ésta última en quien ha perdido á su madre y dedica la primera página de su libro á su triste y tierno

recuerdo; no hay allí nada que parezca fingido ó falso, exajerado ni exótico: ántes se ve que todo ha nacido espontáneamente del corazon en sus horas de pesadumbre ó de desmayo. La elegía *A mi madre* expresa con la sencilla elocuencia del dolor la honda pena del hijo que queda sólo en el mundo, sin el amante pecho que era su abrigo y su consuelo. Bien hizo el Sr. Othon en dedicar á estos nobles sentimientos de su alma los más suaves y delicados acentos de su lira, los cuales no solo le honran, sino que le conquistan la simpatía de quienes saben sentir.

El amor es tambien objeto de algunos cantos en el presente libro, pero no el amor frívolo y enfadoso que algunos poetas suelen convertir en eterno tema de sus versos. El Sr. Othon registra pocas composiciones eróticas en éstas páginas, y son todas sencillas, delicadas, sentidas; verdaderas violetas del jardin que sueña su alma, así por su modestia como por el exquisito perfume de que están llenas. El amor tímido y callado, inspirado más por las virtudes y el candor, que por la hermosura de la mujer, los anhelos de un corazon apasionado y afectuoso que sueña con las venturas del hogar; las vagas inquietudes del que espera, la fe del que ama, los ensueños, los delirios, las zozobras que el recuerdo de la mujer querida trae al alma del poeta: hé aquí lo que se esconde en los versos amorosos del Sr. Othon. Léase su bella composicion *Ideal*, y se verá una verdad en cada verso; porque así sienten y así aman, en efecto, los corazones de veinte años. Léase tambien *Mi*

virgen, *Ella* (traduccion de Byron), *Noches de Junio* (traduccion de Víctor Hugo), *Jamás*, *A Esther*, *Duerme* y *Ausencia*, (cantares). y en todas se encontrarán blandas afecciones, gratas imágenes, dulces y amorosas ternuras,—reflejo fiel de los sentimientos del poeta potosino.

En cuanto á las *Odas*, siendo este género de composicion de un difícil desempeño, porque requiere gran brío de imaginacion, imágenes severas y pomposas, tono grandilocuente, y un lenguaje sonoro y digno, ya se deja entender que quien las escribe tiene que vencer diferentes y sérios obstáculos: hay que cuidar, sobre todo, de que los pensamientos sean elevados, y hasta sublimes, si es posible.—El Sr. Othon ha escrito algunas odas, y la verdad es que en diversos pasajes estuvo muy feliz: agradan, por ejemplo, la que dedicó á Cristóbal Colon, aquel *visionario* inmortal que nunca se borrará de la memoria de los hombres, y las dos *A la juventud del Instituto*. Las octavas *Al* 15 *de Setiembre*, canto patriótico verdaderamente inspirado, causan entusiasta y ardiente emocion por sus generosos acentos, su noble intencion, y la gratitud y el aliento que respiran.

Dice el Sr. Othon:

No saldrá de mi boca, patria mía,
Una sola de aquellas maldiciones
Que puso en nuestras almas algun día
El hervor infernal de las pasiones.

....

Para cantar tus glorias, patria mía,
Es fuerza bendecir á la matrona

Que te enseñó la luz de un nuevo día
Y te dió por corona su corona.
Eres grande, eres noble y eres pia;
Tu gratitud sus yerros le perdona,
Que ella te dió por celestial herencia
Su religion, su amor y su conciencia.

El Sr. Othon merece felicitaciones por los sentimientos que revela en estos versos, pues tiempo era ya de que jóvenes inteligentes é ilus-lrados como él, se apartaran de aquel camino de ódios y de preocupaciones contra España, sembrados de zarzas y de espinas, que vino á timpiar del todo el magnánimo é inolvidable D. Anselmo de la Portilla.

Antes de concluir esta parte, no dejaré de recomendar al lector la composicion intitulada *¡Patria!* Es, en mi sentir, una de las mejores de la coleccion, por las ideas que en ella campean, la gallardía de la diccion y las consideraciones filosóficas de que está llena.—Este es un género poco cultivado en México, y para el cual se descubren en el Sr. Othon excelentes dotes. La poesía de pensamiento es de las que más honran una literatura.

Las *Leyendas y Poemas* que ha coleccionado en su libro el Sr. Othon, son de grata y amena lectura, si bien es de sentirse que en algunas falte cierto interés dramático, ó éste no esté bien sostenido hasta el fin; pero, en general, la ternura de sentimientos y las bellas descripciones, así como las hermosas figuras que presenta, compensan al lector, hasta donde es posible, de aquella falta: la cual, por otra parte, no es muy gra-

ve, si se atiende á que el autor se propone únicamente pintar sus sentimientos ó una pasion del alma. Las heroinas de sus leyendas, como Blanca de Nieve, Rosa del Mar, Consuelo, Fiorella, son niñas enamoradas, pálidas, gentiles, que viven y sueñan con los encantos del amor, ó que sufren ó mueren por las tristezas y dolores que trae la ingratitud.—Estos ensayos dicen bien claramente que el Sr. Othon no carece de una imaginacion fecunda: siga escribiendo, medite los desenlances de esos dramas íntimos del alma, dé mayor colorido y movimiento á sus cuadros, y es seguro que llegará á escribir preciosas leyendas y conmovedores poemas. Los que ahora ofrece al público son bonitos; pero es indudable que llegará á escribirlos mejores. ¿Se desconsolará por esto que yo le digo?—No lo quiero en manera alguna, ántes deseo que en mis palabras, que son sinceras y bien intencionadas, tenga un estímulo para más eficaces y provechosos estudios. Piense, además, que si persevera, y medita, y siente lo que escribe, sus poemas y leyendas podrán llegar á ser el encanto y deleite de los corazones sensibles, como lo son las composiciones de Campoamor que hoy toma de modelo.

Terminaré este prólogo. diciendo: que el estilo del Sr. Othon es fácil y florido, ameno, y casi siempre armonioso y brillante; y que si bien en ocasiones carece de imágenes y de giros valientes, no faltan en él, sin embargo, aquella elegancia ni aquella gracia que hacen estimables las obras de este género. Por lo demás, fuerza es manifestar con franqueza que se echan

todavía de ménos en los versos de esta coleccion la correcta limpieza y los primores de lenguajes que solo pueden ser fruto de la edad ó de un estudio profundo y no interrumpido. Nótanse en algunas composiciones frases que no son castizas, cuyo defecto proviene seguramente de la asídua lectura de libros extranjeros; y en otras hay pensamientos que, desarrollados con detenimiento y esmero, pudieron haber dado mayor brillo y magnificencia á las frases con que fueron expresados. Pero es justo hacer observar que tales lunares merecen ser disimulados por los que lean este libro, ya en gracia de la juventud del autor, ya porque desde luego se ve que su imaginacion inquieta y fogosa, le lleva más á cuidar de decir lo que siente y piensa, que de la forma que para ello ha de emplear. —Desterrará el Sr. Othon sus defectos de estilo, leyendo y meditando con cuidado los maestros del idioma, los poetas y escritores españoles que supieron unir á una inspiracion vigorosa y original, una forma castiza, tersa y elegante.—Y entónces, enriquecidos sus conocimientos y perfeccionado su estilo, llegará á ocupar indudablemente distinguido lugar en la literatura de su patria.





EL SR. BANCROFT.

I

ULTIMAMENTE ha llegado á México el diligente historiador americano Sr. Huberto Howe Bancroft. Viene en busca de nuevos documentos con que enriquecer é ilustrar la obra que, con el título de *Historia de los Estados del Pacífico*, escribe y publica en San Francisco California.

Sabemos que su primera visita ha sido para nuestro eminente escritor y bibliófilo Sr. D. Joaquin García Icazbalceta, gloria y ornamento de las letras hispano-mexicanas. Es un tributo tan merecido como honroso para quien ha sabido ilustrar, cual ninguno, la historia de nuestra patria, ora con sus eruditas disertaciones, tan bellas por la forma como interesantes por la riqueza y novedad de sus noticias, ora con la publicacion y anotacion de preciosos manuscritos, salvados muchos de ellos por este medio de una segura é irreparable pérdida.

El Sr. Bancroft pertenece á ese número de hombres estudiosos que nó perdonan gasto ni sacrificio alguno para ir en busca de la verdad; que son tenaces é incansables en sus investigaciones; que no gustan de formarse juicio de las cosas sino cuando han agotado las fuentes donde pueden hallar un rayo de luz, y que, por último, proceden en todo con la mayor escrupulosidad.

Deseosos de dar á conocer á nuestros lectores á un historiador de las cosas de América, vamos á presentarles una noticia de la vida y empresas literarias del Sr. Bancroft, extractándola del folleto publicado este año por los Sres. Trübner y Compañía de Lóndres.

II

Nació el Sr. H. H. Bancroft en Granville, Estado de Ohio en la Union Americana, el 5 de Mayo de 1832. Sus antepasados vinieron de Inglaterra en 1632, y tomaron parte en las guerras contra los salvajes, y más tarde en la lucha por la independencia de su patria.

Tenía el jóven Bancroft diez y seis años cuando entró como dependiente á la librería de un pariente suyo, en Buffalo, Estado de Nueva-York. Su asiduidad é inteligencia en el trabajo eran tales, que el dueño de la negociacion le envió en 1852 á California, para establecer allí una sucursal de su casa, lo cual efectuó con notable acierto y buen éxito. Habiendo fallecido

el citado dueño de la librería, ésta quedó por cuenta de una sociedad que se formó por el Sr. Bancroft y otras personas.

Al ordenar las publicacaciones de su establecimiento, notó que entre ellas se encontraban multitud de preciosos datos relativos á la historia primitiva del país, que hasta entónces habían pasado inadvertidos. Como por instinto empezó entónces á recogerlos y conservarlos, logrando reunir desde luego unos 75 tomos para principio de su coleccion. Y lo que con más empeño comenzó á formar fué una "Biblioteca de la costa del Pacífico," en la cual se propuso reunir todos los libros, manuscritos, folletos y áun revistas y periódicos que se refiriesen ó tuvieran un punto de contacto con la historia de la América.

Como para el Sr. Bancroft proponerse una cosa equivale á realizarla, debido al buen órden y constancia con que procede en sus investigaciones, no pasó mucho tiempo sin que comenzara á ver cumplidos sus deseos de una manera del todo satisfactoria. De su librería, segun dijimos ántes, separó un considerable número de obras que convenían á su propósito, y despues fué reuniendo datos y documentos originales de distintas procedencias. Los gobiernos de Centro-América le proporcionaron algunos; de México logró reunir otros, mediante los buenos oficios del Sr. García Icazbalceta; y por último, diversas familias fundadoras ó establecidas de antiguo en California le dieron tambien no pocas é interesantes noticias, y esto mismo hicieron los misioneros del Oregon y los

oficiales de las compañías Cazadoras de la Colonia Británica. No satisfecho con lo que de este modo había reunido, emprendió un viaje á los Estados orientales de la nacion vecina y á Europa, á fin de ver lo que allí podía encontrar. Esto lo ha hecho despues varias veces, con un éxito que siempre ha coronado sus esfuerzos y correspondido á su incansable diligencia.

Cuando se puso á la venta en Leipzic la biblioteca de D. José M. Andrade, y que Maximiliano había comprado poco ántes para fundar una Gran Biblioteca Imperial, el Sr. Bancroft estuvo presente, y no obstante los elevados precios que se pusieron á aquel conjunto de tesoros bibliográficos, él compró 3,000 volúmenes, de los más interesantes y escogidos. Más tarde asistió en Lóndres á la venta de la famosa y abundante coleccion de libros y manuscritos raros formada por el inolvidable D. José Fernando Ramírez; é inútil es agregar que el Sr. Bancroft ha aprovechado despues, y siempre, todas las oportunidades de aquella misma naturaleza; lo cual, como debe suponerse, ha contribuido á que su biblioteca sea hoy la más rica y completa en asuntos americanos.

Entre tanto, los negocios particulares de este activo librero que había dado en California un espectáculo enteramente nuevo, fundando una colosal librería, eran ya de suma importancia y magnitud, y fué preciso levantar un nuevo edificio para trasladar á él la negociacion. Así se hizo en efecto, y en el quinto piso estableció el Sr. Bancroft su biblioteca particular, la cual se

componía á la sazon de 16,000 volúmenes, allegados con inmenso trabajo y dispendio de dinero, de todas las partes del mundo y en todas las lenguas entre los cuales se encontraban muchos manuscritos originales de que ya no existen copias, muchos libros valiosos é interesantes, verdaderas joyas literarias que estuvieron en grave peligro de perderse entre las ruinas de las revoluciones.

III

Pero por importante y rico que fuese aquel material, ningun beneficio práctico podría llevar á las generaciones venideras en el estado y forma en que se encontraba. Era preciso que álguien formara con él un cuerpo ordenado y compacto, ciñéndose á un método que permitiera aprovechar todas y cada una de las noticias reunidas; órden y método que se refiriera, no solo á las distintas regiones del territorio cuya historia se investigaba, sino tambien á las diversas ramas que de aquella pudieran desprenderse, como la lingüística, los orígenes de raza, la historia natural, las instituciones populares, etc.

Pues bien: esto nadie mejor que el mismo Sr. Bancroft podía hacerlo, porque solo él conocía la extension y el mérito de los datos acopiados en su biblioteca. Diversas ocasiones, en efecto, durante sus laboriosas tareas de colector, le había asaltado el deseo de aprovecharse él mismo del fruto que con ellas había alcanzado, y cuan-

do por fin (en 1868) se resolvió á ponerlo en práctica, dejó en manos de un hermano suyo el manejo directo y activo de sus negocios mercantiles, y se entregó por completo á sus tareas literarias. Fué la resolucion más acertada que por entónces pudo tomar el Sr. Bancroft, pues de no hacerlo así, quizás sus trabajos de tantos años se habrían perdido para siempre. Porque, ¿quién otro, si no él, podía clasificar aquellos millares de volúmenes diversos, en los cuales se hallaban diseminadas, en confusa mezcla, noticias de todas clases, en doce idiomas distintos, junto lo importante con lo supérfluo, y formando todo un hacinamiento tal de datos, que por su misma variedad, forma y confusion no podía servir á nadie? Allí había manuscritos casi ilegibles; geroglíficos y signos que era preciso descifrar; relaciones de viajes por mar y tierra; historias locales, y un sin número de narraciones y juicios escasos tal vez de interés para el historiador, pero que no por eso debían de dejar de ser consultados.

El plan que desde luego se formó el Sr. Bancroft fué reunir en obras separadas todas las noticias relativas á determinada localidad ó territorio, pero formando aquellas un conjunto de tal modo enlazado, que todas estuviesen en relacion entre sí. Y esto, sin dejar de tratar un solo asunto, desde las razas aborígenes de cada pueblo, su crecimiento y desarrollo, idiomas, costumbres, etc., hasta el estado y florecimiento en que actualmente se encuentran.

Comenzó sus labores en 1869, y de entónces

acá ha escrito y publicado 39 gruesos volúmenes, en el órden siguiente:

I á V. *Las Razas Nativas de los Estados del Pacífico;*—VI á VII. *Historia de la América Central;*—IX á XVI. *Historia de México;*—XVII. *Historia de Nuevo México y Arizona;*—XVIII á XXIV. *Historia de California;*—XXV. *Historia de Nevada;*—XXVI. *Historia de Utah;*—XXVII y XXVIII. *Historia de la Costa del Noroeste;*—XXIX y XXX. *Historia del Oregon;*—XXXI. *Historia de Washington, Idaho y Montana;*—XXXII. *Historia de la Colombia Británica;*..XXXIII. *Historia de Alaska;*-XXXIV. *La California Pastoral;*-XXXV. *La California Inter-Pócula;* —XXXVI y XXXVII. *Tribunales Populares;*—XXXVIII. *Opúsculos y Miscelánea;* y XXXIX. *Industrias Literarias.*

Imposible nos sería dar una idea exacta de las obras que acabamos de mencionar. Baste decir que ellas han sido calificadas ventajosamente por los primeros sabios y publicistas de la época, como Herbert Spencer, Draper, Lecky, Darwin, Longfellow, Holmes, Carlyle, Parkman, y otros muchos. El tratado sobre *Las Razas Nativas* es considerado hasta hoy, como único en su género, magnífico monumento levantado á la literatura científica contemporánea. En él se reveló de un modo palpable, la magnitud de la empresa que el Sr. Bancroft había acometido, y de la cual esa obra era tan solo la primera muestra. Conocíase el asíduo y minucioso trabajo con que había sido escrita, y

daba alta idea de la imparcial y severa crítica del autor, no cabiendo ninguna duda sobre su escrupulosidad en buscar las mejores fuentes y en tomar de ellas todo lo que convenía á su objeto. "Ninguna obra—ha dicho un escritor—producida de cincuenta años á esta parte, ha sido recibida con tanto favor por los críticos nacionales y extranjeros."

El estilo del Sr. Bancroft es elegante y claro: sóbrio, pero matizado de rasgos llenos de interés; conciso y de una energía natural y propia del asunto. Le auxilian en sus trabajos doce personas competentes, que se ocupan principalmente en examinar y clasificar documentos, formar índices y extractos, hacer referencias, verificar citas, etc., etc. Su laboriosidad es incansable, y trabaja con regularidad y método tales, que á esta circunstancia se debe tal vez que en años relativamente cortos, haya podido escribir y dar á la prensa los volúmenes que ántes enumeramos.

Profesando el Sr. Bancroft singular cariño á su coleccion de libros y manuscritos, no debe extrañarnos que á ella dedique su predileccion y sus cuidados. Hace dos años compró un extenso solar en San Francisco California, y allí mandó construir un gran edificio de ladrillo, de dos pisos y un subterráneo, para dar nueva colocacion á su biblioteca. Forma ésta ya un verdadero Museo, que excita la curiosidad y la admiracion de cuantos ven el citado edificio, y saben su contenido. Además de un considerable número de mapas, el de los libros y manuscritos se elevaba ya en 1881 á 35,000, sin con-

tar más de 400 colecciones de periódicos publicados en pueblos de la Costa del Pacífico. "Allí—dicen los apuntes que hemos consultado para escribir este artículo — pueden verse los célebres fólios sobre Antigüedades Mexicanas de Lord Kingsborough: una série completa en 27 volúmenes 4° y fólio, de la Comision Exploradora de los Estados Unidos; tomos de fotografías y grabados de las ruinas mexicanas y de Centro América, por Charnay, Waldeck, Dupaix y otros; 130 volúmenes de la coleccion histórica del juez Hayes, sobre la parte meridional de la Alta California; obras en ruso sobre Alaska y la colonia de Ross, y algunos millares de sermones mexicanos, en 60 tomos. De no poca importancia es una coleccion de *Papeles varios*, en 260 volúmenes, que contiene cosa de tres mil folletos mexicanos, los más de ellos sobre asuntos políticos y de inestimable valor desde el punto de vista histórico. Esta gran série se ha formado uniendo una docena de otras más pequeñas, formadas á su vez por varios mexicanos distinguidos en años anteriores. —Se encuentran tambien muchos documentos curiosos y de valor, del siglo XVI, sobre asuntos mexicanos, y entre ellos no hay uno solo que no merezca ser estudiado detenidamente, con especialidad las primeras producciones de la prensa en México, y los primeros libros impresos en California."

IV

En cuanto á la *Historia de los Estados del*

Pacífico, objeto de los desvelos é incansables diligencias del Sr. Bancroft, debemos decir que ella no está aún terminada; pero lo estará quizá en breves años, y para eso ha venido el incansable historiador á nuestro país. Aquí encontrará los datos que puedan faltarle para la historia de nuestros Estados de Occidente, y debemos esperar que al escribir sobre ellos lo hará con la serena imparcialidad y la debida justificacion que ha empleado hasta hoy en sus demás obras. Para facilitarle el camino, creemos que el gobierno le abrirá con mano franca la puerta de nuestros Archivos y Bibliotecas, proporcionándole además cuantos datos y auxilios le sean indispensables para el mejor logro del propósito que aquí le ha traido. Afortunadamente el Sr. Bancroft es hombre sensato y de buena fé, y sabrá apreciar debidamente las atenciones de que en México se le haga objeto. No irá despues á adulterar la verdad en sus obras como otros muchos, ni ménos arrojará sobre nuestra patria las injustas censuras y los desfavorables juicios que estamos acostumbrados oír en boca de extranjeros ingratos.

Hombre de estudio ántes que todo, investigador incansable de la verdad histórica y sereno apreciador del mérito, sea cual fuere la persona ó el lugar donde lo encuentre, el Sr. Bancroft es un escritor digno de respeto y consideracion, que merece las simpatías de un pueblo a quien ha dedicado gran parte de sus afanes y desvelos.

No concluirémos este artículo sin dar al ilustre historiador nuestra cordial bienvenida, de-

seando que queden satisfechos los deseos que le han traído á nuestra patria, de encontrar nuevos datos y documentos con que ilustrar sus importantísimas obras.

México, Octubre 10 de 1883.





ALOCUCION.

Después de unos ejercicios.

I

CUANDO el hijo de familia, ya crecido y aleccionado por sus padres para recorrer solo el camino de la vida, ve acercarse el momento en que ha de abandonar el hogar querido donde nació y gozó de las purísimas alegrías de la infancia, no puede menos que sentir en su corazon la dulce y blanda tristeza que trae consigo toda separacion. Otro hogar, trasunto de aquel de que va á alejarse, le espera, tal vez decorado y aderezado por sus mismos padres: en él hallará á la que va á ser compañera de su existencia, radiante todavía con las galas de la desposada. En ese nuevo y bendito hogar, el hijo de familia, transformado en jefe de la que va á formarse á su sombra, todo lo encuentra dispuesto para su recreacion y complacencia. Comodidades, adornos, primores y delicadezas que revelan la mano de una madre solícita, se ven por todas partes. Nada falta; todo está previsto: y hasta los libros de devoción, las imágenes sa-

gradas que parecen sonreír al recien llegado, anuncian á éste que en aquella mansion de felicidad podrá seguir las mismas costumbres, las mismas prácticas de piedad que de niño ha visto en la casa de sus padres Y sin embargo, ese hijo de familia, si tiene un corazon sensible, no dejará de entristecerse suavemente ante la consideracion de que va á trocar el caliente nido paterno, por otro que parece llamarlo, solicitarlo y ofrecerle los halagos y venturas de una nueva existencia.

Algo semejante á lo que siente ese mancebo, sentimos nosotros en estos instantes. Esta Santa Casa de Ejercicios ha sido nuestro hogar durante nueve días: en ella, como que hemos nacido á una nueva vida espiritual, y se han abierto nuestros ojos á la luz de la gracia; en ella, nuestro Padre que está en los cielos nos ha enseñado á balbutir las primeras oraciones de nuestra conversion y arrepentimiento; en ella hemos visto crecer día á día nuestro fervor; nos hemos fortalecido, y hemos encontrado los secretos para saber luchar y vencer en las batallas de las pasiones y del mundo. Por eso hoy, que nuestro Padre nos dice á cada uno de nosotros: "Sal afuera, que ya puedes seguir tu camino," nos entristecemos y nos sentimos turbados. Dirigimos nuestra vista al rededor, y por do quiera encontramos objetos que despiertan nuestros recuerdos. En este hogar, como en el paterno, todo nos habla de un pasado tranquilo, risueño y dulce; y así como al dirigir por última vez los ojos al huerto de nuestros juegos infantiles, al gabinete de estudio de nuestra ju-

ventud, á la alcoba donde nos entregábamos al sueño, nuestro corazon no pudo dejar de conmoverse, así hoy nos es imposible contemplar sin emocion estos muros, estas galerías, ese templo y ese Camarin de la Santísima Vírgen, donde tantas veces hemos orado y gemido; esas celdas, testigos mudos de nuestros monólogos solitarios y de nuestros íntimos clamores......

Sí; tenemos que decir adios á esta morada de paz y de consuelo, humedecida por las lágrimas de innumerables pecadores arrepentidos, y que en sus bóvedas guarda escondidos los ecos dolientes de las voces de esos mismos pecadores. Tenemos que abandonar estos sitios, caros de hoy en más para nuestro corazon, porque en ellos se nos ha manifestado el Señor, como á Moisés Jehová en las montañas del desierto. Pero al salir de esta arca santa, refugio nuestro, donde por unos días nos hemos librado del diluvio de iniquidades que cae sobre el mundo, ¿la abandonaremos con los ojos enjutos, y sin mostrarnos agradecidos á los virtuosos y respetables sacerdotes que en ella nos recibieron; que de ella han guardado las llaves, y que han dirigido nuestras plegarias mientras afuera rugía la tempestad?......¿No deberemos, antes de volver al mundo, dirigir una mirada á las huellas que aquí dejamos?......

¡Ah, sí! Y nuestras primeras palabras deben ser para Dios, que nos trajo aquí, que aquí nos congregó, que aquí nos ha hablado en íntimos y regalados coloquios. Nos prefirió á tantos otros, para que en este santo retiro gustásemos las dulzuras de su misericordia infinita, y para

que con la antorcha de la gracia, buscásemos desde la cumbre de esta montaña, entre todos los caminos, el único que puede conducirnos á la morada de luz y de delicias, donde espera á sus escogidos.

Recordad, señores, antes de partir, el estado en que se hallaba vuestro corazon y las particularidades de que estuvo rodeado vuestro ingreso á esta Santa Casa; traed á la memoria vuestras primeras impresiones en esta soledad, en este apartamiento; recordad despues todo lo que habeis sentido en tantas horas de retiro espiritual, y comparadlo con la placidez de vuestro espíritu, hoy que hemos dado cima á la grandiosa empresa que aquí venimos á acometer. Hacedlo y luego me direis si no tenemos razon para alejarnos con dolor de este claustro, por más que sepamos que á la puerta de él nos esperan las emociones más vivas y más dulces, como son las que se experimentan al volver á ver á seres queridos de quienes hemos estado separados.

II

Cuando el Señor tocó nuestro corazon para que viniésemos á estos Santos Ejercicios, el mundo con sus halagos, la familia con sus delicias y ternuras, los negocios con sus magníficas promesas trataron de detenernos: ¡como si no fuera bastante todavía el tiempo que les dedicamos; como si, despues de las faenas que dividen nuestra existencia, no mereciésemos al-

guna tregua; como si, finalmente, ese descanso no lo viniésemos á emplear aquí en el asunto más grave, más importante, más trascendental de cuantos pueden preocupar á la inteligencia humana!

Vencidas, al cabo, todas las resistencias del mundo, del cariño y del interés, ingresamos, no sin cierto temor, á esta Casa de oracion. ¡Día inolvidable para cuantos tuvimos esa dicha! — Las primeras impresiones recibidas; las primeras prácticas de devocion; aquella capilla oscurísima, donde al entrar pudimos ver apenas la majestuosa escena del Calvario representada en el altar mayor; el silencio que sellaba nuestros labios, la soledad de los claustros, la pobreza de nuestras celdas; las pausadas figuras de los ejercitantes, atravesando los pasillos y galerías, envueltos en sus capas, como monges de otra edad; la voz solemne, grave y conmovida de nuestro Director de capilla; aquellas expresi as pláticas del sacerdote, en medio de tinieblas; las prolongadas meditaciones, las penitencias, y por último, este amplio refectorio, donde, como en los monasterios, no se oía más que la voz del lector de algun libro piadoso: todo esto nos infundía cierto religioso respeto, cierto pavor, y nos sorprendía y edificaba.

Bien lo recordais: durante los primeros días, el mundo nos tenía de sus garras, y en vano procurábamos desasirnos de él. El demonio nos perturbaba en nuestras meditaciones, y en ellas sentiamos las *sequedades* de que habla San Francisco de Sales. Mas, por fin, triunfó la gracia, triunfó Jesucristo Señor Nuestro; y desde ese

instante todo nuestro pensamiento fué de Dios, de Dios solamente. Tambien las lágrimas se resistían á salir de nuestros ojos; y espantados ante esa inconcebible dureza, clamábamos á Dios desde lo íntimo de nuestro sér, pidiéndole que, como de la roca de Horeb, hiciera manar agua viva de la roca de nuestros corazones. ¡Y el prodigio se verificó! Compadecido Dios de nuestra miseria y de nuestra profunda angustia, tocó con la vara de su poder nuestros pechos, más duros que el granito, y el llanto inundó nuestras mejillas. ¡Ya nada nos faltó entónces para estar satisfechos y contentos!

Sorprendidos, maravillados cada día por un nuevo milagro de la gracia, seguimos recorriendo nuestro camino, esa vía dolorosa, donde la sabiduría de San Ignacio puso, á modo de faros, los puntos de meditacion.

¿Para qué he de hablaros de esos días angustiosísimos en que, á todas horas, nuestros ojos no veían más que cuadros de desolacion y dolor?...... ¡Cuán imponentes, cuán terribles fueron ciertamente los primeros asuntos puestos á nuestra consideracion! Nuestra mente, caldeada por la fiebre de una inquietud hija del pecado; nuestras almas hondamente atribuladas, vivieron los primeros días entre tinieblas, entre horrores, entre llamas, entre tormentos......Desfilaron á nuestra vista las escenas más tétricas y más lúgubres...... los cuadros más pavorosos...... Nos parecía oir á cada paso gritos lastimeros, y nuestro miedo era sofocante...... ¡Todo nos amedrentaba! ..... Sentíamos algo como el frío de la muerte; hasta

nosotros llegaba el vaho pestilente de las tumbas, y ántes que eso, los dolientes quejidos de los agonizantes.... . ¡En esas horas cruelísimas, los dogmas de nuestra Santa Religion, relacionados con el destino del pecador, se impusieron á nuestro espíritu con una evidencia abrumadora!...... Mas, por fortuna, y cuando ya el corazon desfallecido casi no tenía fuerzas para seguir considerando los medrosos asuntos en que había consumido sus energías; cuando ya nuestra vista, cegada por tantas lágrimas, no acertaba á hallar el camino para salir de aquel dédalo tenebroso, en donde habíamos venido dejando girones de nuestro corazon; cuando todo esto sentíamos, comenzamos á vislumbrar algunos rayos de luz...... Fueron quedando atrás las podredumbres del sepulcro, las llamas y horrores del infierno, los terrores del juicio final, las ánsias y tormentos del pecado....... Pronto empezamos á acercarnos á los dulcísimos fulgores de la gracia, anunciados por la parábola del Hijo pródigo, esa reina de las parábolas; y muy pronto tambien, con una delicia infinita, con la delectacion propia del que apetecía el bien, comenzamos á paladear las dulzuras con que la misericordia divina recompensa el verdadero dolor...... Y á poco, en fin, Dios nos dejó ver, no ya un rayo de luz, sino un sol que derramó indecibles resplandores en nuestras conciencias.

Recordadlo bien, aunque estoy seguro que lo teneis presente: á la parábola del Hijo pródigo siguió, para asunto de nuestra meditacion, el asunto por excelencia, el más alto, el más cua-

jado de misterios: aquel ante el cual vivieron en perpétuo pasmo todos los santos de la tierra: la Pasion del Divino Redentor. ¿Recordais con cuánto amor, con cuánta solicitud nos recomendó nuestro Director que al meditar sobre ella acreciéramos nuestro recogimiento y observáramos con extricto rigor la regla del silencio?.... Cumplimos como fieles hijos, y ese dia fué de duelo en nuestra santa Casa. La capilla y el claustro fueron regados con nuestras lágrimas, y al pie del Calvario, y á las plantas de la Virgen dolorosa, gemimos con todo el desconsuelo de desamparados huérfanos.

¿Habíamos llegado ya al fin de nuestra jornada?

No, que aún faltaba el conocimiento de las promesas de Nuestro Redentor; faltaba que consideráramos lo que constituye el eterno anhelo de todo corazon cristiano: el amor de Dios, la gloria, la bienaventuranza, la posesion de Dios por toda la eternidad......¡Qué cuadros vieron entonces nuestros ojos! ¡Qué arrobamientos tan deleitosos nos embriagaron! ..... Vislumbramos por fin esa patria celestial, mansion de delicias inefables, paraíso hermoso, gloria eterna y felicidad perdurable, objeto de las ánsias de todos los justos .... Decidme si entonces no abominásteis el pecado; si entónces no os propusísteis ser buenos y virtuosos; si entónces no formásteis la resolucion firmísima de conquistaros un sitio en esa morada de hermosura y felicidad.....

Y debieron afirmar vuestros santos propósitos las postreras horas pasadas en este retiro,

durante las cuales vimos un trasunto de la gloria, en aquella solemnísima procesion del Señor Sacramentado, verdadera marcha triunfal de nuestro Rey vencedor. Le formamos séquito sus hijos amantísimos; lo ensalzamos y aclamamos hasta llegar al trono, y, ya allí, para realzar su victoria, rendimos los últimos honores á tan soberana Majestad, postrados por riguroso turno, todas las horas de la noche, los que componíamos su legion.

Tal fué el término de nuestros Ejercicios, de nuestro viaje á través de las verdades eternas

Duranteél, hemos dado, estad seguros de ello, días de rabia al infierno, porque estando abismados ante la justicia y misericordia infinitas, habíamos dado el primer paso para nuestra conversion. Y ha habido tambien grandes regocijos en el cielo, porque los ángeles y los bienaventurados veían que las almas de los aquí presentes se abrasaban en el amor divino, única manera de ir á reunirnos con ellos en el seno de la eterna gloria.

III

Y bien: para llegar á este fin, tan consolador como saludable, ¿qué nos ha sido preciso hacer? ¿Han sido necesarios grandes sacrificios, mortificaciones austeras y dolorosas penitencias? Bien sabeis que no. El yugo del Señor es blando y suave; y cuando el amoroso Jesus quiere atraer á su seno al pecador ingrato, se

esmera más todavía en hacer deleitosos y amenos los caminos que conducen á Él.

El mundo tal vez creerá que para nosotros han sido una gran pérdida estos días de retraimiento; dirá que nos hemos privado de muchos bienes, y tal vez nos compadezca. ¡Cuánto se engaña! Decidle, cuando volvais á él, que no cambiamos por todos sus halagos y deleites, una sola de las horas que aquí hemos pasado en íntima conversacion con Dios; que preferimos á su estruendo y locos devaneos los momentos en que nuestra alma ha permanecido postrada ante el Sagrado Tabernáculo y ante la dulce imágen de María.—Decid al mundo que desde el primer día que tuvimos la dicha de salvar los umbrales de esta morada, nos sujetamos á las santas reglas de la obediencia, del silencio y del recogimiento. ¡Que no les fuera dado ver, á esos mundanos que acaso nos tienen lástima, cómo varones encanecidos, cómo abogados ilustres, cómo hombres de alta posicion social, acostumbrados á mandar y ser ciegamente obedecidos, aquí han vivido sumisos bajo una ley que les prohibía hablar, que les ordenaba el recogimiento, que les prescribía las horas en que habían de alimentarse y recogerse!

Si el mundo, ahora que volvais á él, dice que os habeis privado de encantadoras diversiones, de sorprendentes y admirables espectáculos, contestadle que á todos ellos preferis el cuadro edificante de cien corazones que, llenos de uncion y de piedad, elevaban al cielo sus plegarias y se purificaban contritos por medio de la peni-

tencia. Si el mundo os dice también que aquí habreis sufrido y habreis estado atormentados, apresuraos á sacarlo de su error, pintándole la tranquilidad de nuestro sueño, el gozo con que saludábamos el nuevo día, porque en él íbamos otra vez á alabar á Dios todos los ejercitantes, unidos en un mismo sentimiento. Pero ¡qué más!...... El día que no lloraban nuestros ojos, estábamos tristes y afligidos, siendo, en cambio, aquel en que más lágrimas derramábamos el que reputábamos más feliz.

Decid al mundo, para que no viva engañado, que de tal manera nos hallábamos aquí tranquilos y contentos; que nos era tan ligera y suave la ley de la sujecion, que estábamos siempre prontos, siempre expeditos para acudir á nuestras prácticas piadosas, áun ántes de que la campana nos llamara para congregarnos. Por último, haced ver al mundo que nuestro olvido de él llegaba á hacernos formular, con voz suplicante, cuando álguien turbaba nuestra soledad, esta frase patética: "¡Por Dios, dejadnos en paz!"

Todo esto le direis al mundo; y se lo direis, porque así lo sentís; y se lo direis, porque es la verdad.

En efecto, á nuestra vista se han realizado prodigios sin cuento: como que han tenido su más exacto cumplimiento aquellas palabras de Nuestro Salvador: "*Venid á mí todos los que teneis trabajos, y estais cargados, que yo os aliviaré,*" pues el que vimos enfermo, hoy está sano; el que estaba triste, hoy está alegre; el desesperado, lleno de consuelo; el inquieto, tranquilo;

el duro y empedernido, hoy se deshace en lágrimas. Aquí se han calmado nuestros dolores, se han restañado nuestras heridas, se ha robustecido nuestra fé, se ha iluminado nuestra inteligencia. Y los padres de familia lo mismo que los ricos, como los que viven de su profesion; todos los que tienen deberes naturales ó sociales que cumplir, han meditado acerca de ellos para aquilatarlos y proponerse cumplirlos, á fin de evitar así que algun día su conciencia se levante terrible y justiciera para acusarlos, si faltan á ellos.

¡Oh días tranquilos, oh momentos de sosiego y de reposo, qué pronto habeis pasado! ¡Cuánto se recrea hoy el espíritu contemplándoos! ......¿Quién no suspirará despues por vosotros?...... ¡Oh lágrimas, derramadas á torrentes en este apartado recinto!...... ¿no es verdad, señores, que han sido más dulces que las molicies del placer?

IV

Tiempo es ya de concluir. Pero ántes séame permitido manifestar el gozo que me ha causado ver que en este concurso de ejercitantes, en esta porcion escogida de la grey de Cristo, la mayoría está compuesta de apreciables jóvenes, que forman singularísimo contraste con otros que, impíos y descreídos, han arrojado á Dios de su corazon, siguiendo en esto la enseñanza y el ejemplo de quienes, más que el nombre de maestros, merecen el de asesinos de almas. Re-

cibid mis parabienes más sinceros, jóvenes ejercitantes, esperanza risueña y consoladora para la moralizacion de nuestra sociedad. Seguid las huellas de Jesus, é inspiraos en su celestial doctrina, y no olvideis estos dias en que vuestras almas se han abrevado en los veneros de la Salud Eterna. Sobre todo, no arrojeis jamás del santuario de vuestros recuerdos á esa Virgen Purísima, á cuyas plantas os he visto dia á dia, y momento á momento, implorar socorros y consuelos. Conservad incólume el tesoro de impresiones que llevais en vuestro corazon; y en cuanto á las santas verdades de que tambien vais henchidos, propagadlas, difundidlas con afan por todas partes......

A vosotros, venerables, virtuosos y abnegados sacerdotes que nos habeis acompañado y dirigido en estos Santos Ejercicios, ¿qué os podré decir que alcance la medida del reconocimiento profundísimo en que rebosan nuestras almas? ¿Cómo podré pintaros el inmenso bien que sentimos y los consuelos que nos habeis proporcionado con vuestra solicitud y vuestros cuidados?

Vuestra palabra, encendida, vibrante é inspirada, ha sido la de los apóstoles que se abrasan en el celo por la salvacion de las almas. Nos habeis hecho ver, por medio de vuestra persuasiva elocuencia, lo que mejor podía encaminarse á nuestro bien espiritual. La claridad de vuestros conceptos; vuestra precision al exponer á nuestra vista los dogmas y la doctrina de nuestra fé; vuestra ternura y uncion al excitarnos á la práctica de la virtud, no ménos que

vuestra energía y arrojo para condenar nuestros delitos, han hecho que la batalla librada contra Satanás en estos Santos Ejercicios, haya sido coronada con la victoria más completa, definitiva y perdurable. ¿Qué mejor recompensa podríais apetecer?

Volverémos á ser atacados por el enemigo con más furor, con más rabia que nunca, segun nos lo habeis anunciado. Pero no importa; hoy estamos fuertes; hoy el ángel rebelde no nos sorprenderá desarmados, ni desprevenidos. Hoy la gracia del Señor nos acompaña, nos escuda, nos defiende.... Y si algun dia, esas armas preciosas de la gracia que nos habeis ayudado á forjar comienzan á gastarse, á sernos inútiles, porque ya no podamos manejarlas, acá vendrémos presurosos á renovarlas, á fortalecernos nosotros mismos, que será el mejor modo de acreditar que hemos alcanzado el fruto de estos Santos Ejercicios.

Vendrémos, sí.... ¿No es verdad que vendremos....? Porque, ya lo vereis: esta Casa nos atraerá con fuerza misteriosa é irresistible, y volveremos á ella, en busca de estos dichosos dias en que todos hemos confundido nuestras lágrimas, mezclado nuestros sollozos, invocado á la Vírgen Santísima, y pedido á Dios misericordia.................................

....

Y ahora, señores, ¡al mundo! ¡otra vez á luchar! ¡otra vez á combatir por la salvacion de nuestras almas y por el triunfo de Jesucristo!

1894.



DESPEDIDA.

Despues de unos ejercicios.

VÍRGEN Santísima, Madre y Señora Nuestra: aquí estamos, á tus sagradas plantas, estos tus hijos amantísimos, para pronunciar la triste despedida de este Asilo bendito, donde, huyendo de la tempestad, nos hemos refugiado durante nueve días. ¡Qué pronto ha llegado este amargo momento, temido ¡ay! por los que podemos decir lo que Pedro, allá en el monte donde se transfiguró tu Divino Hijo: *¡bien estábamos aquí, Señor!* ¡Qué breves ban sido esas horas de íntimas confianzas en que veníamos á Tí á descargar nuestro pecho de sus tristezas, á revelarte nuestras angustias, á pedirte fuerzas para vencer nuestra debilidad! ¡Qué léjos están ya aquellos instantes en que Tú nos oías atenta y enternecida, dispuesta á que se obraran en nosotros, por tu mediacion, los milagros de la gracia!....

Ahora.... ¡oh dolor!.... venimos á despedirnos de Tí; venimos á decirte adios, porque el deber nos arranca despiadadamente de tu lado....

¡Y el corazon no se nos parte en pedazos al pronunciar esa palabra! ¡Y nuestros ojos no se nublan al dirigirte nuestra postrera mirada!...

En estos momentos en que vemos transponerse el sol que nos ha alumbrado durante nuestras medrosas meditaciones; en que las voces amigas y salvadoras que hemos oído en el santuario se han apagado; en que los perfumes de tantas oraciones se disipan, y las huellas de tantas lágrimas se borran, una indefinible mezcla de amargura y de júbilo inunda nuestras almas. De amargura, porque te dejamos; de júbilo, porque nos llevamos impresas en lo más hondo de nuestro sér indelebles señales de tu amor, prendas valiosas y seguras de tu solicitud maternal. De júbilo, sí; porque merced á Tí, hemos podido recoger en el mar insondable de la Misericordia Divina, sartas de preciosas perlas que codiciosos escondemos hoy en el relicario de nuestro corazon, y que podrán servirnos mañana para lograr la entrada á la celestial Jerusalem.

¡Y cómo no regocijarnos, Madre amorosa, si al abandonar hoy esta isla solitaria y apacible, para volver al embravecido océano del mundo; si al dirigir nuestros adioses á los sitios donde han resonado nuestras plegarias, recordamos agradecidos las promesas dulcísimas que nos has hecho en nuestros coloquios contigo, en este mismo lugar!....

Permítenos, ¡oh Amparo de los débiles! que ántes de partir, y cuando más necesitamos acogernos á tu piedad, para no desfallecer, vengamos á recordarte esas promesas tuyas, que como rocío del cielo han caído sobre nuestros corazones; que como fresca y suave brisa ha impregnado de aromas nuestros sentimientos; que como luz desprendida de la corona que ciñe tu frente inmaculada ha iluminado las lobregueces de nuestro espíritu; que como licor de vida y de salud nos ha fortificado.....

Permítenos, ¡oh Azucena de los vergeles del cielo! que vengamos á recordarte, hoy que se desgarra nuestro pecho por esta dolorosa despedida, que tú nos ofreciste, cuando te lo pedimos enmedio de dolientes gemidos, que convertirías los áridos arenales de nuestras almas, en pensiles floridos, donde crecerían todas las virtudes. Tú, Madre de toda pureza, nos has ofrecido tambien ampararnos con tu manto, para que el pecado no manche nuestras almas, para que nuestro pensamiento no se turbe, para que nuestra conciencia no se aduerma sosegada con las máculas que nuestra maldad arroje sobre ellas; sino que nos pida con apremiantes clamores las aguas de la piscina purificadora. Tú, Manantial inagotable de toda fortaleza, nos has dicho que darás aliento, poder y resistencia á nuestros corazones, para que no sufran desmayos en el dolor, ni desesperacion en las penas, ni quebrantos en las vicisitudes del mundo, ni turbaciones ante las injusticias de los hombres.

¿Recuerdas, ¡oh Madre del amor hermoso!

que bajo tu patrocinio hemos puesto nuestros hogares, y que Tú gustosa has acogido las prendas de nuestro corazon, para velar siempre por ellas y protegerlas?.... ¡No queremos irnos sin el consuelo de repetir aquí, delante de tu imágen bendita, que la Paloma del Cielo será desde ahora, conforme á tu promesa, la que cobije bajo sus alas á nuestras cristianas familias!

Finalmente: Tú, María, la Madre de los pecadores, cuyo corazon es el rico sagrario de la misericordia, has oído llena de clemencia nuestra angustiosa súplica, cuando te pedimos que nos asistas y salves á la hora de la muerte.

Esta es la promesa tuya que más valer tiene á nuestros ojos; la que nos enagena de gozo; la que llevamos como un tesoro, el más hermoso y el más querido, entre nuestros recuerdos de estos días inolvidables ...

Nos vamos, Señora: pronto las puertas de esta Santa Casa se abrirán para arrojarnos al mundo; pero.... ¡oh dicha inefable, oh merced singular que excede á nuestro agradecimiento!.... saldremos agobiados bajo el suave peso de tus ternuras y de tus bondades, de tus consuelos y de los dones preciosísimos con que, en union de tu Hijo Amadísimo, has cargado á nuestras almas pecadoras.... Sobre todo, Madre de la dulce esperanza, aquellas promesas de salvacion y de eterna salud, ¿cómo las podremos olvidar, hoy que necesitamos gustarlas con delectacion angélica para amenguar la amargura de nuestra partida?....

Razon tenemos, pues, ¡oh Madre nuestra!

para glorificarte y bendecirte, y bien podemos decir, con las palabras de tu Cántico, que *nuestro espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad* de la Vírgen de los cielos, *porque ha puesto la mira en estos sus humildes siervos, á quienes tendrán por dichosos* los que no han participado de estos bienes: *pues ha hecho en nuestro favor cosas grandes y maravillosas* la que es Hija predilecta del Todopoderoso, *y cuyo nombre es infinitamente santo*....

Sí, porque tu misericordia se extiende á todos los pecadores, y en ella buscan un refugio y un amparo los que temen al Señor.... Vuelves tus ojos á quienes te invocan y te llaman, y con el brazo de tu poder disipas las tormentas en que perecen. Tú cubres con tu manto á los humildes y á los débiles, y los elevas hasta el cielo, *por tu gran misericordia y bondad*.....

¡Míranos, pues, ahora, Santísima Vírgen María, y que tu mirada sea el lazo amoroso que nos una para siempre á tu corazon sacrosanto!

Nos vamos; pero ántes, regálanos por la vez última con el dulce nombre de hijos tuyos; favorécenos con nuevos dones, que sean el escudo que ha de librarnos de los dardos enemigos, y llénanos de tu divina gracia, para triunfar y perseverar ..

Nos vamos; pero ántes, repítenos tus promesas de que serás siempre la dulce medianera entre tu Divino Hijo y nosotros; de que estarás á nuestro lado en la hora tremenda de nuestro juicio para ser nuestro refugio....

Mira que entre los que postrados á tus sagradas plantas gemimos hoy de dolor, hay mu-

chos que tenemos miedo de caer y perecer; mira que á las puertas mismas de esta morada de paz, nos esperan nuestros implacables enemigos, para reanudar desde luego su batalla contra nosotros; mira que si Tú no nos proteges y amparas, pereceremos sin remedio! ¡No permitas, ¡oh Vírgen Inmaculada!, que el lobo carnicero del pecado desgarre las vestiduras de la gracia con que de aquí salimos hoy engalanados! ¡Sé nuestra Salvadora, sé nuestro Refugio, sé nuestra Madre!. . . .

(1895.)





ALOCUCION.

(Al colocarse la primera clave de un templo.)

LEVANTAR templos en una época en que las tempestades de la impiedad los destruyen; construir santuarios cuando la zapa demoledora de los enemigos de Dios una á una van desgajando las piedras que forman los venerables monumentos de la piedad de nuestros padres,—¿es locura, Señores, ó es alarde magnífico y valiente de la acendrada fé de los mexicanos católicos?

Nunca, como hoy, todo lo que lleva el sello de la Religion del Crucificado tiene que sufrir tan rudos golpes, tan extraordinarios y continuados embates. Instituciones, ideas, creencias; templos, casas de caridad, claustros silenciosos donde sólo se ora y se bendice al Señor, todo sufre en esta época de molicie y de pla-

cer la implacable acometida de los poderes del infierno.

Caen con estrépito las monarquías para ser sustituidas por gobiernos revolucionarios, enemigos de la paz, del órden y de la felicidad de los pueblos; en la escuela y en la tribuna, en la prensa y en el libro, se hace propaganda de ideas perturbadoras, sembrando así en todos los corazones el gérmen envenenado de pavorosas dudas y de mortales desengaños. Las moradas de Dios, esos santuarios donde en otras edades se tributaban fervorosos homenajes á la Divinidad, son profanados, derruidos, y de muchos de ellos no va quedando ya ni el recuerdo. En los apacibles retiros donde en otro tiempo sólo resonaban los cánticos de las vírgenes del Señor, oyénse hoy, cuando no los alaridos de la orgía, las maldiciones y los conjuros de quienes quisieran borrar de la faz de la tierra hasta la última huella de los que creen y ponen sus esperanzas en el cielo.

Pues cuando esto vemos y esto presenciamos diariamente, ¿no debe admirarnos que se levanten templos espaciosos y magníficos como éste?.... ¿No deben latir de gozo nuestros corazones de católicos al contemplar tan singular prodigio....? Ayer apénas, puede decirse, colocamos la primera piedra de este nuevo Santuario, y ya hoy sus muros alcanzan notables proporciones.

La bóveda azul del cielo ha cobijado hasta ahora este recinto, y hoy venimos á colocar la primera clave de sus arcos, sobre los cuales se construirán las bóvedas donde se detendrán

despues, como estáticas ante los misterios del Altar, las nubes del aromoso incienso. . . . ¿No merece este acontecimiento ser celebrado con cánticos de regocijo?. . . . Por que hoy no estamos ya, por desgracia, en las venturosas edades en que un templo se levantaba como por milagro, obra de la espléndida munificencia de algun magnate piadoso; en que los tesoros de nuestros mayores se abrían liberalmente para construir catedrales y levantar monasterios.

Hoy los milagros tienen que ser mayores, más estupendos y pasmosos. Hoy, para fabricar muros como éstos, tiene que acudirse, no á los potentados, no á los poderosos de la tierra, no á los que tienen henchidas sus arcas de oro y pedrería, sino al pobre, al humilde, y al desvalido. . . . Hay que reunir una á una, como se juntan las gotas de miel en los panales silvestres, las ínfimas monedas que han de formar el tesoro necesario para construir y decorar este templo. . . . Aquí vienen el pobre óbolo de la viuda, la exígua economía del artesano, la humilde dádiva del huérfano, el modesto presente de la madre de familia. Vosotros, católicos habitantes de estas Colonias, sois las abejas que estais formando este panal de dulcísima miel, este santuario consagrado á la Inmaculada Vírgen María, en el cual podreis venir á libar más tarde las dulzuras de la oración. . . .

Vosotros estais confirmando de elocuentísima manera la creencia que todos tenemos de la acendrada fé, de la piedad honda, de la ternura infinita que guardan los corazones mexi-

canos para la Santa Madre de Dios. Y al erigir este templo, y al dedicarlo al Purísimo Corazon de Nuestra Madre que está en el cielo, vais á perpetuar el amor que por Ella abrigais, la gloria que, de llamaros hijos suyos, os cubre y ampara.

No desmayeis, pues: proseguid con fé, con ardor é inacabable constancia esta obra meritísima, grata á los ojos de Dios y de su Santísima Madre.

Os dije ántes que el mundo podrá llamar locura al hecho admirable de levantar una basílica en estos tiempos de general demolicion. Demostrad vosotros que esa locura os hace obrar milagros, pues no de otra manera merece llamarse ciertamente la construccion de este templo, con solo los dones modestísimos de los católicos de estas Colonias. Demostrad tambien que al levantar estos muros, quereis hacer ostentacion de vuestro glorioso título de hijos de Jesucristo. hoy que tantos quieren ocultarlo.

Cada piedra, cada pilar, cada bóveda de este novísimo templo, podrá significar para muchos de vosotros un sacrificio; pero ¡qué importa! si por medio de ese sacrificio estais sin duda conquistando un sitio al lado de la Vírgen Santísima, allá en el cielo. . . . ¡Qué Ella os dé perseverancia. que Ella conserve vuestros días hasta el felicísimo momento en que vengamos todos á alabarla y bendecirla en su templo ya concluido!

Abril 1º de 1894.

INDICE.

ILUSTRACIONES:



«BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS.»

El Editor cree conveniente dar á conocer á los señores suscritores las siguientes cartas que ha recibido:

I

DE DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

"Sr. D. Victoriano Agüeros.—Madrid, 26 de Enero de 1897.

Mi distinguido amigo:

Gran placer me ha causado el tener noticias de vd. y ver que su iniciativa sigue siempre, activa y fecunda, empleándose en asuntos tan provechosos para la literatura y para su patria. He leído con sumo gusto los cuatro primeros tomos de su BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS. Reciba, al propio tiempo que las gracias por su bondadoso recuerdo, mi enhorabuena más cumplida por la feliz idea que está realizando. Formar una coleccion de obras selectas de los más notables escritores, antiguos y modernos, de México, es suplir una deficiencia, que hoy se advierte, altamente perjudicial para la literatura de ese hermoso país. Su BIBLIOTECA está llamada á prestar un gran servicio, no sólo á México, sino á las letras en general, facilitando el conocimiento y el estudio de una série de obras que merecen fijar la atencion, y que, hasta ahora, por falta de la necesaria publicidad, se encontraban en el más injusto olvido, ó agotadas las cortas ediciones que de ellas se han hecho, ó perdidas en el cúmulo de trabajos que sirven de pasto á la insaciable voracidad de periódicos y revistas.

Animo, pues, y adelante! Penosa y difícil labor es la que ha emprendído, pero una voluntad firme, como la de vd., vale mucho cuando se consagra á pensamientos cuya bondad se impone.

Le reitero mi felicitacion, y, seguro de que encontrará su noble empresa el eco que merece, me repito á sus órdenes afmo S. S. y amigo.—GASPAR NÚÑEZ DE ARCE."

II

DE DON JUAN VALERA.

"Madrid, 25 de Enero de 1897.—Sr. D. Victoriano Agüeros

Muy estimado amigo:

....

¿Qué he de decir á vd. que no sea en alabanza de una empresa tan patriótica y tan útil á la cultura de esa Nacion y á la de todos los pueblos hispano-parlantes?

Claro está que me parece muy bien que publique vd. esos libros y que deseo que no se canse, y que la BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS llegue á merecer este nombre y contenga todos los autores de algun valer que ha habido y hay en esa República.

La forma y el tamaño, imitados en la "Coleccion de Escritores Castellanos," que publica aquí D. Mariano Cata-

